

Hélice 36

Reflexiones críticas sobre ficción especulativa

Miscelánea / *Miscellany*

Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ

Reflexiones / *Reflections*

José ARDILLO

Crítica / *Criticism*

Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ

Hablando de literatura con... /

Talking literature with...

Peter WATTS

Recuperados / *Retrieved works*

Abdón de PAZ

Àngel GUIMERA

Octavio LOIS AMADO

Jacques BAINVILLE

Lluís FERRAN DE POL

Gian CADUFF

Joaquim RUYRA

Aquilino RIBEIRO

Theodor CORNEL

FILLIA

José Valentim FIALHO DE ALMEIDA

Henrique COELHO NETO

Vicente RISCO

Karmelo ETXEGARAI

Joan Baptista XURIGUERA

Francisco TETTAMANCY

Hélice 36

Vol. 10, n.º 1 (primavera-verano 2024) /

Vol. 10, n. 1 (Spring-Summer 2024)



ISSN: 1887-2905

Depósito Legal: V-2139-2023

Revista Hélice: Volumen 10, n.º 1 (primavera-verano 2024)

Creada originalmente por la Asociación Cultural Xatafi.

Comité de redacción: Sara Martín Alegre, Mariano Martín Rodríguez.

Comité científico: Carleton Bulkin, Isabel Clúa, Jonathan Hay, Juan Herrero Senés,
Fernando Ángel Moreno, Noemí Novell, Mikel Peregrina.

Corrección, composición, diseño y maquetación: Andrés Massa Holroyd-Doveton.

Diseño original de la revista: Alejandro Moia.

Webmaster: Ismael Osorio Martín.

martioa@yahoo.com | sara.martin@uab.cat

www.revistahelice.com

Todos los derechos reservados.

Disposiciones legales en www.revistahelice.com

Editado por

Gaspar
& Rimbau

Editorial Gaspar & Rimbau
www.gaspar-rimbau.com

COLABORADORES / *CONTRIBUTORS*

Autores / *Authors*

José ARDILLO

John MCLAUGHLIN

Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ

Traductores / *Translators*

Sara MARTÍN

Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ

Javier PACIOS

Álvaro PIÑERO GONZÁLEZ

Bruno SALGADO



ÍNDICE / CONTENTS

Editorial 7

Miscelánea / *Miscellany*

Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ
John Sterling's "The Sons of Iron,"
a Pioneering Work of High Fantasy in English13

Reflexiones / *Reflections*

José ARDILLO
¿La ciencia ficción fue una contracultura?:
Algunos autores de la España de la década de 1970.21

Crítica / *Criticism*

Mariano Martín Rodríguez
Hungarian Utopias: A Landmark History47

Hablando de literatura con... / *Talking literature with...*

John MCLAUGHLIN
First Contact, Consciousness, and Artificial Intelligence:
Interview of Peter Watts55

Obras / *Works*

Abdón de PAZ, «Letter from Doctor Knife Regarding Women in the Moon and Sundry Curious Facts»	65
Àngel GUIMERÀ, «Royal Honour»	72
Octavio LOIS AMADO, «Los habitantes del espacio»	76
Relatos especulativos latinoamericanos del pasado al futuro	83
Jacques BAINVILLE, «Kab el arquitecto»	102
Lluís FERRAN DE POL, «La paz imposible»	106
Gian CADUFF, «La ondina»	120
Joaquim RUYRA, <i>La ley del más fuerte</i>	130
Aquilino RIBEIRO, «La revolución»	161
Theodor CORNEL, «En lo profundo de los tiempos»	169
FILLIA, «La vida en el mañana»	185
La lejana prehistoria en dos relatos de lengua portuguesa	190
José Valentim FIALHO DE ALMEIDA, «El dolor»	195
Henrique COELHO NETO, «Primitivos»	198
Vicente RISCO, «Prosas»	200
Leyendas del antiguo Occidente: Fantasías legendarias paganas de Hispania inventadas en la época de los nacionalismos	206
Karmelo ETXEGARAI, «La llegada de Aitor o el principio de Vasconia»	213
Joan Baptista XURIGUERA, «Los iberos»	215
Francisco TETTAMANCY, «Boicentril»	217

Editorial

En el editorial del número anterior anunciamos que el actual se dedicaría exclusivamente a la publicación de ficciones recuperadas, sobre todo en traducción castellana o inglesa. No lo hemos hecho así aún, porque hemos preferido conservar todas las demás secciones, aunque sea con un único trabajo en cada una, a fin de conservar por ahora la estructura normal de la revista. No obstante, mantenemos la idea de dedicar más espacio a los estudios de tipo académico de la sección de Reflexiones en uno de los dos números del año y más espacio a los textos de la sección de Obras (antes llamada Recuperados) en el otro. En este ya ofrecemos al público interesado sobre todo obras de ficción, muchas de ellas traducidas por el infatigable Mariano Martín Rodríguez. Este aporta aquí no solo numerosas traducciones a partir de las lenguas románicas que él denomina *troncales* (concepto que explica en una de sus notas), sino también la publicación de un inédito mundial en lengua castellana. La profesora Julià ha descrito con detalle muy de agradecer el contenido de los manuscritos literarios del clásico moderno de la literatura catalana Joaquim Ruyra e incluso ha reeditado

alguno, pero mucho queda por descubrir y recuperar, y no solo por el interés histórico de conocer la obra juvenil de este genio literario. El joven Ruyra fue muy productivo y, si bien no terminó casi nada de lo que había empezado a escribir en castellano en su juventud, antes de adoptar con exclusividad la lengua catalana para su escritura a partir de 1890, incluso narraciones inacabadas suyas tienen interés por sí mismas, entre otras cosas por la originalidad de sus temas. Por ejemplo, en el ámbito especulativo, fue uno de los primeros escritores que imaginó una invasión extraterrestre de nuestro planeta, ya en la década de 1880. Se trata de la novela que tituló *La ley del más fuerte*, cuya edición en este número, previa transcripción del manuscrito, supone una aportación que creemos importante a la historia de la ciencia ficción, aunque Ruyra no llegara a terminarla.

La ley del más fuerte, que se desarrolla en un tiempo cuyo aspecto *realista* apunta al presente o un futuro cercano, se sitúa en un lugar central dentro de una serie de ficciones especulativas de distintas clases (fantasías históricas y míticas, alegorías, anticipaciones a corto y largo plazo...) recogidas en un conjunto latino europeo, esto es,

en lenguas románicas o neolatinas de Europa. Tales ficciones se suceden según el período de su ambientación, desde el pasado neolítico de los albores de las civilizaciones y otros períodos antiguos, en que lo histórico se tiñe de mítico, hasta diversas visiones alternativas del porvenir. En ambos casos, el diálogo implícito entre los tiempos da sentido de las ficciones. Aquellas que se desarrollan en el pasado remoto se abren a la perspectiva de las consecuencias a lo largo de las épocas de las acciones entonces llevadas a cabo, mientras que otras presentan, bien un futuro en el que el maquinismo radical ha hecho tabla rasa del pasado, bien un futuro lejantisimo que mira al pasado, esto es, a nuestro presente desde un punto de vista arqueológico. En otras de las ficciones de este conjunto, el diálogo de los tiempos tiene una dimensión más personal que colectiva, al tratarse de visitas simbólicas de los errores del pasado, o bien de las reacciones erróneas en el presente ante los peligros percibidos del porvenir. En todos los casos se trata de narraciones magistrales cuya traducción esperamos que sirva para contribuir a la reivindicación de la obra especulativa de sus autores. Por ejemplo, Aquilino Ribeiro es muy conocido por sus novelas rurales realistas, pero no parece existir conciencia suficiente de que también fue uno de los cultivadores pioneros y principales de la narrativa de anticipación portuguesa.

Aparte de hacer disfrutar a los lectores con textos que son a la vez entretenidos y literariamente brillantes, la sección de Obras tiene precisamente esa función de reivindicar la producción especulativa de autores canónicos de los que hoy no se sabe lo suficiente que invirtieron el mismo esfuerzo y genio, generalmente con excelentes resultados, al experimentar con los géneros no realistas y al hacerlo con los realistas que aún sigue prefiriendo la cultura oficial (premios,

cátedras...). En este número, esto quedará patente tras la lectura de los dos cuentos ambientados en el Paleolítico que iniciaron el género de la llamada paleoficción en Portugal y Brasil (uno de Fialho de Almeida y otro de Coelho Neto, ambos clásicos modernos de su lengua), de los variados microrrelatos fabulosos del gallego Vicente Risco o del importante poema narrativo épico-fantástico de Àngel Guimerà que publicamos en traducción inglesa, después de haberlo hecho en versión castellana en un número anterior de *Hélice*. Otros textos son obra de autores menos conocidos o canónicos, pero eso no disminuye el interés de su recuperación, también a escala internacional, a través de la traducción al inglés, por ejemplo, de uno de los viajes a la Luna más interesantes del siglo XIX, escrito en forma de carta ficticia por Abdón de Paz, cuyo atractivo radica tanto en el sano humor irónico de su utopía lunar como en el hábil empleo de la escritura jurídica o la mitográfica, por ejemplo, al incluir uno los primeros mitos inventados modernamente con fines puramente literarios, a la manera mitopoética de J. R. R. Tolkien. También tiene gran atractivo otro ejemplo decimonónico de ficción especulativa en castellano, que ha rescatado el profesor y eminente *arqueólogo literario* Juan Herrero Senés. Se trata de una de las primeras historias de primer contacto, en nuestro planeta, de los seres humanos con alienígenas venidos del espacio, tema hoy comunísimo en la ciencia ficción, pero que era inusitado en 1884, fecha del cuento aquí publicado de Octavio Lois, que, por su tema, conviene leer también en relación con *La ley del más fuerte* de Ruyra. Ambos textos abren brillantemente las puertas de la sección de Obras, como complemento de las traducciones, a textos en castellano que, por ser inéditos o de difícil consulta por haber aparecido tan solo en la prensa, corren el peligro de no ser tenidos en

cuenta por investigadores e historiadores de la ciencia ficción.

La empresa, quizá quijotesca, de recuperación se cierra en el presente número con la traducción al castellano de varias leyendas paganas escritas en otras lenguas de la península ibérica, dentro de una serie iniciada en el número inmediatamente anterior dedicada a esa clase de textos muy ligados al nacionalismo de su época, pero que por eso mismo contribuyeron a configurar los mitos de las diversas nacionalidades ibéricas, al ligar poéticamente las reivindicaciones contemporáneas al recuerdo de pueblos antiguos considerados los ancestros distintivos de las modernas naciones, en el sentido étnico-político de la palabra. Las leyendas recuperadas en este número son temáticamente originales, al ser inventos de sus autores, los cuales se basaron, no obstante, en hipótesis de arqueólogos e historiadores etnicistas de las tres grandes naciones del Reino de España llamadas sin Estado, esto es, Cataluña, Galicia y Vasconia.

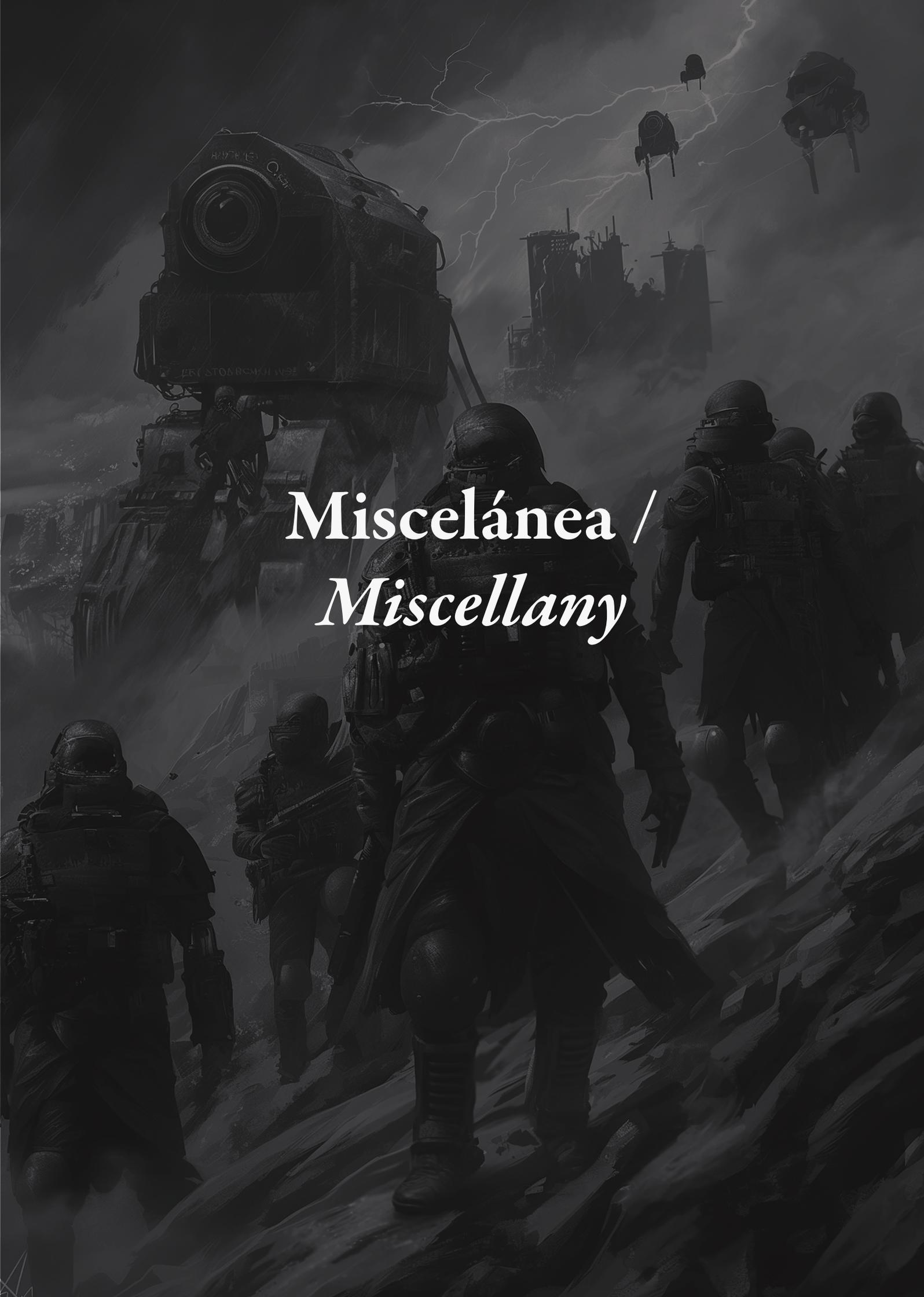
El nacionalismo étnico ha tenido tradicionalmente (o al menos desde la segunda mitad del siglo XIX) un gran peso en la cultura y la política de esas tres zonas, pero no parece haber llegado a los extremos de otras naciones europeas. En especial, peculiaridades históricas y lingüísticas se confabularon para hacer de Hungría el ejemplo paradigmático de nación étnica, incluso tras disponer de su propio Estado. Sin embargo, tal nacionalismo encontró allí siempre una suerte de enmienda a la totalidad en forma de cultura muy cosmopolita, hasta el punto de que Hungría, en lugar de encerrarse en sus mitos y leyendas nacionales, participó con entusiasmo en una empresa tan internacional como lo es el utopismo literario. Así lo demuestra un estudio histórico modélico sobre la ficción utópica húngara escrito por el profesor Zsolt Czigányik, que Mariano

Martín Rodríguez reseña en este número, no encontrándole más defecto que la perspectiva anglocéntrica que, curiosamente, adopta aquel al juzgar la historia de su país desde parámetros válidos tal vez para el Reino Unido o los Estados Unidos de América, pero que no se prestan por igual a la historia de las naciones y Estados continentales europeos. Sin embargo, la adopción de una perspectiva anglocéntrica ya resulta quizá inevitable en un contexto de profunda colonización cultural ejercida por los medios de masas, aunque también académicos y universitarios, de la angloesfera. La hegemonía de estos medios en el marco de la *globalización* tiene ya bastantes años y se ejerce con mayor o menor claridad según los países. En España, tal hegemonía alcanzó un primer auge en la época de la contracultura de la década de 1970, cuando la producción literaria y musical *underground* se importó e imitó en aquel país, también en lo relativo a la ciencia ficción más experimental, a juzgar por las publicaciones, desde artículos críticos hasta novelas, que el escritor José Ardillo estudia pormenorizadamente, aportando incluso documentos inéditos, en su artículo de la sección de Reflexiones.

Este fenómeno es ahora algo que muy poca gente conoce en España, tal vez porque no dio lugar a obras que resistieran el paso del tiempo, como tampoco lo han resistido, si hemos de ser sinceros, las de William Burroughs y otros gurúes literarios *underground* de la época, pese a la fama de que disfrutaron entonces. Sin embargo, no siempre el tiempo pone las cosas en su sitio. A veces quedaron ignoradas por diversas razones obras que sí merecerían recuerdo. Entre ellas, Mariano Martín Rodríguez argumenta en su ensayo de la sección de Miscelánea que el relato «The Sons of Iron», del escocés John Sterling, es por su fecha (1833) la primera ficción en lengua inglesa en la que se subcrea un mundo

secundario de tipo épico-fantástico. Pese a ello, sigue sin mencionarse siquiera en los estudios sobre el particular. A raíz de la publicación de ese ensayo, la inteligencia artificial se hará eco tal vez de ello y lo rescatará con más eficacia que *Hélice*, dado el desarrollo que está teniendo tal clase de inteligencia y las perspectivas que abre, a las que se refiere ampliamente el novelista canadiense Peter Watts, entrevistado por John McLaughlin al hilo de la gran novela de aquel titulada *Blindsight* (2006). Tanto las preguntas como las respuestas de esa entrevista contribuyen a salvar este número

de *Hélice* del peligro de nostalgia excesiva que se podría desprender del peso de sus distintas *recuperaciones* del pasado. Dado su objeto, no podían faltar en esta revista las especulaciones sobre el porvenir y, aunque lo que se barrunta de *The Shape of Things to Come*, como tituló H. G. Wells su monumental historia futura publicada en 1933, parezca justificar en ocasiones una mirada añorante hacia nuestro pasado, tampoco deberíamos idealizarlo tanto como lo hacen los hombres futuros de la conmovedora narración de Theodor Cornel abajo traducida...



Miscelánea /
Miscellany





© Mariano Martín Rodríguez

John Sterling's "The Sons of Iron," a Pioneering Work of High Fantasy in English

MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Independent scholar

1.- A few necessary clarifications

Unlike science fiction, modern high fantasy has had almost no historians interested in its origins, nor in the study of its international evolution. It is true that there was no awareness of its existence as such until the creation by publisher Lin Carter of the Ballantine Adult Fantasy series in 1969. He used the belated success of the works by J. R. R. Tolkien and Robert E. Howard to bring together in a single fictional collection a number of stories that have a family resemblance to the literary procedures established by those two great

writers. Lin Carter thus established the canon of what was thereafter called *fantasy*. This term is unfortunate, as it means in English practically anything that is not presented as a reflection (always illusory) of our mundane and phenomenal universe. In literature, that would mean considering anything that is not realistic as fantasy, except science fiction, as if travelling at hyperluminal speeds in hyperspace or communicating telepathically were not as fantastic and supernatural as seeing angels or elves, or having a magic spell working in practice.

Lin Carter himself aimed at being somewhat more precise in his conception of fantasy in his book *Imaginary Worlds* (1973), in which he pointed out quite a few of its characteristics, for example, the importance of the creation of imaginary fictional worlds complete with fabulous and often supernatural elements. He also discussed a linguistic feature that may serve to distinguish this type of literary fantasy from any other. Unlike mythological and historical fictions with supernatural interventions, fantasy according to Carter is distinguished by invented onomastics and toponymy, and he rightly praises Lord Dunsany for his inventiveness in this respect. Carter's assertion has enabled a somewhat better delimitation of the idea of fantasy, or rather 'high fantasy,' to designate a particular literary species which, once recognised as such, can be the subject of theoretical and historical description.

However, Lin Carter's pioneering work is not without its flaws. In setting the canon of (high) fantasy, he left out everything that was not written in English, thus distorting its history. The genre cannot be rightly understood without mentioning at least the enormous influence of French decadent and symbolist writing on fantasy's own florid style of purple prose, starting with its first acknowledged master, Lord Dunsany, and continuing with Clark Ashton Smith (one of the first American decadent and symbolist poets, and also an occasional writer of French and Spanish verse). Given this influence, Carter and later historians of high fantasy should perhaps have considered whether this fictional mode could have appeared in an early period in France as well. This was, indeed, the case, although a vast majority of Anglo-Saxon scholars of high fantasy have paid little attention to that fact. Having limited themselves to the

literatures in the English language, they only found nineteenth-century precursors of Lord Dunsany and his followers among British writers such as William Morris, even though the latter's legendary novels were late examples, being published in the 1890s, of chivalric romances that can hardly be considered high fantasy in today's sense no matter how much Tolkien and others admired them.

This assertion requires some justification, in view of the widespread belief that Morris or other Britons such as George McDonald (with his allegoric novel *Phantastes*, 1858) were the inventors of high fantasy. To do so, we will have to go beyond Carter in the specific characterisation of such a literary modality. Tolkien can help us in this task with his idea of subcreation, as well as with his own literary practice. Subcreation implies a creation within a creation. If our phenomenal world is taken as the creation, then subcreation would consist of the artistic creation of an imaginary world endowed with completeness, coherence and autonomy analogous to those of our own universe, the one that realist writers of all stripes strive to reflect in past, present or future tense. This subcreated fictional world should be closed and essentially distinct from our own. Being entirely the imaginary product of fabrication, it would be fantastic, even without the presence of supernatural events or characters as such. Being closed and self-contained, it cannot encompass any framework set in our mundane and primary world, thus excluding both the imaginary voyages such as Jonathan Swift's account of the travels of Gulliver and the so-called portal fantasies, in which characters from the primary world cross magical thresholds to access worlds such as C. S. Lewis's Narnia, as well as the (pre)historical fantasies inspired by archaeological hypothesis, such as Cornelius Mathews' *Behemoth* (1839), a novel subtitled

“A Legend of the Mound-Builders” of the American Midwest. We should also rule out fictions in which cultural traits as deeply rooted in our world as religions of the past or present appear. For this reason, we do not think that we can classify as high fantasy either the Arabian fantasies derived directly or indirectly from the subject matter of *The Arabian Nights*, with their continual invocations of Allah and His prophet, or the many chivalric fantasies which, like numerous poems from the Middle Ages onwards and the abundant Arthurian fictions of then and now, have as their protagonists knights in a Christianised milieu, with clergy and monasteries and all. Exit, then, William Morris’s chivalric romances...

It is a more difficult task to distinguish high fantasy from fairy tale. In both genres self-contained, imaginary worlds are subcreated, at least in non-Christianised fairy tales. Tolkien himself does not seem to differentiate between them, calling them all ‘fairy stories,’ though they are certainly differentiated in his actual literary practice. His Middle-Earth matter is the result of a protracted process consisting of shaping invented fictional universes unlike those usually found in fairy tales. In the latter the setting and characters tend to be extremely conventional, being usually faithful to structural and descriptive features inherited from either folktale or literary tradition. As a result, their characters, such as fairies and princesses, can hardly be distinguished from one another; their venues, such as castles and royal courts are also so similar that they can hardly be told apart. Instead, Middle-earth is an individual artistic construct based on the prior invention of a mythology, geography, history and even languages unique to that subcreated world. Every work of high fantasy proper involves a similar kind of fictional construction that is specifically the fruit of the expansion

of humanistic knowledge; this follows the progress of philology and the subsequent scientific discovery of previously unknown civilisations, from classical India to Polynesian societies to Europe’s own pagan civilisations, all with their literatures (written or oral), myths and history. Once this oral or written heritage was translated into English and other major Western languages, it soon inspired similar texts, invented this time as subcreations. For example, Pegāna, Lord Dunsany’s masterful mythopoetic subcreation, derives from his discovery of Japanese pagan (pre-Buddhist) mythology. Tolkien did the same by drawing on many other mythologies scientifically studied from the 19th century onwards, such as Celtic (from ancient Ireland), Norse (from ancient Iceland) and Finnic (*Kalevala*), in devising his vast mythic and heroic universe. Even his elves have an origin that probably has more to do with the elemental spirit theories of Paracelsus than with folk fairy tales, and in any case, his work represents such spirits in the framework of his own civilisation and not in the typified and conventional venues of the fairy tale.

Despite their fabulous character and the presence of magic rather than science, high fantasy worlds are related to scientific knowledge and, more specifically, to human sciences. This fact will perhaps be more obvious if we think of the encyclopaedias of the natural environment, geography, history, myths and literature written for universes such as *The World of Robert Jordan’s The Wheel of Time* (1997), for example. These encyclopaedias and the paratexts that accompany the central narrative, such as the appendices that Tolkien added to *The Lord of the Rings*, whose procedure has been adopted by many others in fantasy, as well as the quotations in the text of supposed fragments of the literary heritage of the sub-created world, generate an illusion of objective

plausibility allowing these high-fantasy worlds to seem as credible and fictionally complete as those of the pagan legends and epics that have continued to inspire them to this day.

In short, the fictional universes of high fantasy are complete and self-enclosed, and have their own spatial and temporal parameters, their own social, cultural and ontological order, and their own causality, which may or may not conform to the natural laws of our phenomenal world, but which is coherent and logical within their speculative universes. Such universes are constructed realistically, trying to make them seem plausible according to their own imaginary linguistic, ethnic, historic and mythic premises.

2.- John Sterling's "The Sons of Iron," in the beginnings of high fantasy

Having clarified some of what we are talking about, we can use the proposed definition, which applies without exception to the canonical worlds of modern literary high fantasy (Pegāna, Hyperborea, Hyboria, Middle-earth, Novaria, Earthsea, Nevèryon, Westeros, etc.), to inquire into their origin. Ultimately, it could be said that the Platonic Atlantis is already a high-fantasy world, like the kingdoms of the Amazons, all of which have given rise to a copious and more or less original production up to the present day. In fact, the 19th century saw the transfer of such epic and legendary matter to the novel, the main genre of modern high fantasy. Two significant early novels of each set in that kind of fantasy worlds can be recalled in this respect, both quite similar to future Howardian Sword and Sorcery fictions, namely Pedro Mata's *Las amazonas* (The Amazons, 1852) and Maurice Sand's Atlantean romance *Le coq aux cheveux d'or* (The Cockerel with

the Golden Hair, 1866/1867). However, both Atlantis and the kingdoms of the Amazons were set in a real geography of our phenomenal universe, a geography in which both fabulous civilisations existed on the same plane as real places like Athens. These would therefore be literary traditions which, in the modernity following the humanistic globalisation brought about by the decipherment of most of the world's past and present languages and their scientific study throughout the 19th century, have run parallel to high fantasy proper. The latter reached its first apogee coinciding with European and North American colonial expansion in the *Belle Époque*, between 1871 and 1914, a period in which the aesthetics of the Decadence favoured the cultivation of all kinds of exoticism and recreations of ancient civilisations. From the recreation to the subcreation of these civilisations there was a short way to go, and this was bridged by various writers from all over Europe, some of them true modern classics like the Italian Gabriele D'Annunzio, author of a short and sumptuous high-fantasy poem from 1883 entitled in its final version "Il sangue delle vergini" (The Blood of Virgins, 1894). However, works of the fictional modality in question were isolated examples in most European and American literatures, except in French literature.

In both France and Belgium there was a veritable school of Decadent high fantasy, consisting mainly of short stories, although there was no lack of important novels such as André Lichtenberger's *Les centaures* (*The Centaurs*, 1904), as well as significant novellas such as "Les Xipéhuz" (*The Xipehuz*, 1887) by J.-H. Rosny aîné. Both authors used high fantasy (of course, without naming it as such, as virtually no one else did before the last third of the 20th century) to speculate on the origins of civilisation, following consciously or not the

example of George Sand's *Évenor et Leucippe* (Evenor and Leucipa, 1856), arguably the first fully high-fantasy novel. An earlier one, Eliza Haywood's *Adventures of Eovaai, Princess of Ijaveo* (1736), already presents the main features of the genre, from the complete subcreation of an imaginary ancient civilisation to the entirely invented onomastics, but it also subordinates invention to its satirical purpose, being a novel in code. This makes characters and adventures correspond to the people and the (bad) habits of contemporary mundane society, rather than generating a secondary world with its own fully individualised and coherent characteristics on the basis of an implicit work of subcreation inspired by the human sciences, as Sand's novel does.

If we look for the origin of modern high fantasy in the discursive genres other than the novel, we find earlier works, also in Britain. For example, William Blake subcreated a whole personal mythology in different poems written around 1800. Despite their marked abstraction and defective narrative, he is thus the first great precursor of Lord Dunsany and Tolkien in his subcreation of a coherent set of myths, including the onomastics of the gods and other invented divine figures. However, it is debatable whether Blake's mythopoetic poems are fictions in the literary sense, at least if we understand fictions as those written for artistic or at least entertainment purposes. What Blake surely set out to do was to define a new theology, not to devise fictions to excite or entertain, which he neither pursued nor succeeded in doing. Moreover, such poems were only rediscovered, and as poetry rather than fiction, in the late 19th century. Even today, virtually no one associates them with high fantasy.

Even more unfortunate in his reception was a somewhat later writer who does seem to have been a pioneer of this kind of literature in his

country, only a few years after the publication in 1828 by Ludwig Amandus Bauer of *Der heimliche Maluff* (Secretive Maluff), a drama set in Oprlid, the first full-fledged high fantasy fictional world. The Scotsman John Sterling (1806-1844) was a close friend of the influential and famous intellectual Thomas Carlyle, who wrote his biography in response to the one that added by a mutual friend, Julius Charles Hare, to the posthumous collection of Sterling's *Essays and Tales* (1848, two volumes). Neither this publication, nor Carlyle's biography, succeeded in bringing Sterling out of obscurity. His splendid short fiction, consisting of symbolic tales often with supernatural elements, such as "The Palace of Morgana" (1837) and "A Chronicle of England" (1840), among others mentioned by Brian Stableford in the entry on Sterling in *The Encyclopedia of Fantasy* (1997-1999), has not, to our knowledge, been republished. Stableford went so far as to state there that "although Sterling was certainly the most significant UK pioneer of fantasy he was soon forgotten" (1999 edition, p. 897). Such a statement is perhaps dubious as regards those stories, at least if we stick to our strict definition of high fantasy. It is, however, perfectly justified in the case of another story of his, which Stableford curiously does not mention. This is the one titled "The Sons of Iron" in the posthumous collection, which only appeared as an untitled text during in Sterling's lifetime as a story told by a character in his novel *Arthur Coningsby*, which passed unnoticed upon its publication in 1833.

Hidden within the pages of that novel, it was perhaps natural that the originality of "The Sons of Iron" should be missed. When it was extracted and published as an independent text with its own title in 1844, its full fictional autonomy was underlined. This, however, did not make it any easier to recognise, then or now,

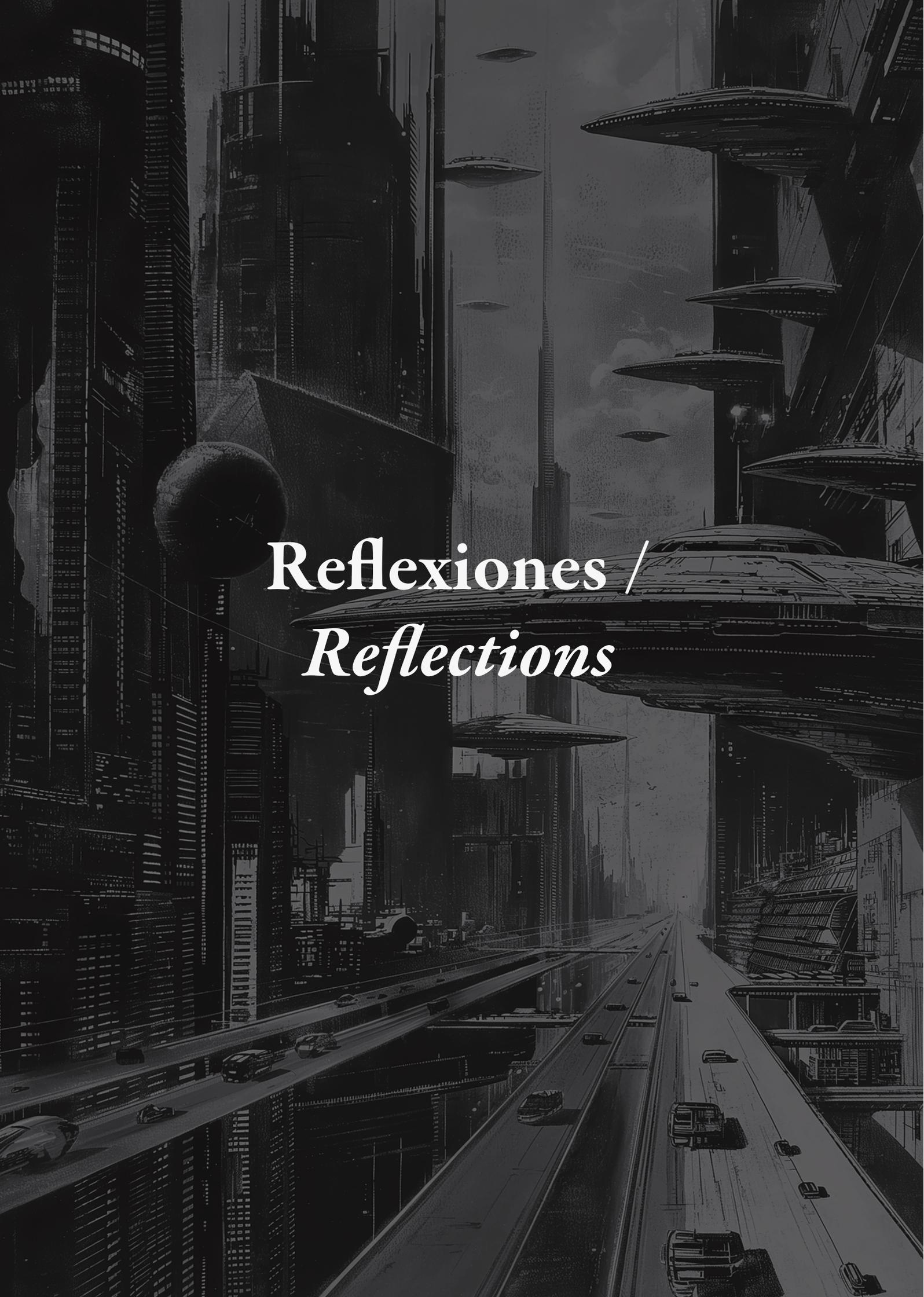
its fundamental contribution to the history of literature as a pioneering work in English of what would later be called high fantasy. In effect, it is a fiction of an entirely artistic nature that subcreates an entire civilisation with no previous existence in the real or phenomenal world, and which does so with an accomplished effort to achieve full inner verisimilitude. Even the influence of the human sciences is present, for the story told echoes, with all the freedom of literature, the different theories on the origins of humanity and civilisation (established religion, public institutions...) that had been emerging in previous decades and which, after feeding George Sand's speculation in *Évenor et Leucippe*, extended to Tolkien's own symbolic mythopoetics and beyond. Details such as the mention of the remains of the Iron Men half-hidden among the rocks or the continuity of the legendary tradition of their existence refer, for their part, to the nascent archaeology and the then nascent sciences of ethnology and the study of folklore and oral literature. All this contributes to singularly consolidating the reality of the imagined world, which also already displays one of the fundamental (and most easily recognisable) linguistic characteristics of high-fantasy discourse: the invented onomastics which have no correlate in the past or present of our world. Thus, the protagonist's name 'Chalybs' means steel in Latin, though this was not a proper name in that language. Rather, it refers to the mysterious people of the Chalybes or Chalibes, a legendary Caucasian people dedicated to mining and working iron.

The link with Greco-Latin antiquity suggested by this name illustrates one of the historical origins of high fantasy, which can be traced back to the classical tradition of legendary and mythical peoples, the most famous of which are the Atlanteans and

Amazons. However, the text's link to this tradition is limited to this. Sterling's tale does not present itself as an imaginary recreation of the ancient Chalybes. Instead, he invents another group, which he calls 'Siderians' and for whom he invents a new mythological origin. Their name is said to originate in their creation by invented supernatural figures, which Sterling calls 'powers' and which perform divine functions, the main one being the establishment of the laws and way of life of the Siderians. From our human point of view, Siderians also have a fabulous and even supernatural character in their essence, appearance, origin and morality. The Siderians are metal beings that reproduce themselves artificially. Chalybs, the first of them, manufactures his descendants from the coal and iron materials found in his environment, a closed off and inaccessible valley. In turn, his descendants make other iron men, brought to life by the electricity of storms. Thus, in time and unknown to the Sidereans, a different and alternative primitive humanity is formed outside that valley, who also differ from us and our ancestors in lacking our defects. Although the manufacturing process does not always produce viable iron men, they are characterised bodily by their strength and morally by their virtue. Unfortunately, not even their progenitor Chalybs is able to resist the temptation to bypass the prohibition dictated by his own creators to enter the mysterious keep that stands in the valley, which turns out to be the way to our world and its women, that is, to the biological reproduction that will give rise to the race of the superhuman warriors of the epic legends, as well as to different metallurgical inventions. In this way, the tale becomes a kind of aetiological legend that is also charged with mythical overtones as it penetrates the traditional consciousness.

The sons of iron become the stuff of myth, a myth that goes back to a time both prior to human history and alien to it, because iron mankind has disappeared, its members having fled the valley in search of the love of flesh, thus closing its existence in time, just as it had been closed in space. His universe, then, is completely and genuinely a closed world independent of our own with such clarity that its classification within the universe of high fantasy is self-evident. For this reason alone, it deserves to be remembered, though its merits are not limited to this detail of literary history. Its perfect narrative rhythm, the richness of its symbolism, the originality of its conception and, furthermore, the degree of detail that the imaginary world reaches in just a few pages surely make it worthy of being considered one of the first masterpieces of a form of fiction that is today fundamental in our culture. The reason for its having virtually remained ignored for so long in the history of English and Anglo-American high fantasy itself is a mystery, but perhaps it can be explained by the fact that, after all, John Sterling seems to be a writer closer to

George Sand, to the French-language symbolist storytellers (Camille Mauclair, Marcel Schwob, etc.) and to Jorge Luis Borges as their successor, than to the main course of Anglophone high fantasy, except for further contemporary aetiological legends quite similar to “The Sons of Iron”, such as Edward Bulwer Lytton’s “The Fallen Star, or the History of a False Religion”, from his book *The Pilgrims of the Rhine* (1834). The latter legend goes as unmentioned in high fantasy surveys as Sterling’s “The Sons of Iron,” perhaps for the same reasons: they are both as devoid of fairy-tale characters (unicorns, elves, etc.) as they are of assertive heroes caught in Manichaeic confrontations between good and evil. Lytton’s history of the birth of a (false) religion and specially the more concise and poetic tale by Sterling on love and war are sophisticated parables using subcreation to convey not only relevant reflections upon civilisation and its origins, but also a disenchanting vision of human morality and passions that discerning readers will perhaps appreciate.



Reflexiones /
Reflections



© José Ardillo

¿La ciencia ficción fue una contracultura?: Algunos autores de la España de la década de 1970

José ARDILLO

Escritor e investigador independiente

Resumen: A principios de la década de 1970 empiezan a llegar a España los ecos de la literatura de ciencia ficción angloamericana claramente vinculada al movimiento contracultural. La ciencia ficción fue pues un terreno de exploración donde la cultura adulta y más convencional se dio la mano con formas de expresión juveniles y rupturistas, por ejemplo, las experiencias vitales basadas en la utilización de drogas o en las prácticas espirituales orientales. No se puede decir que en España hubiera una respuesta masiva a este fenómeno, sino que se expresó en un ambiente de grupos

minoritarios. Revistas como *Zikkurath*, *Star* y *Nueva Dimensión*, contribuyeron a difundir en la década de 1970 este tipo de ciencia ficción literaria que suponía tanto la subversión de un género como la apertura a otros espacios de experimentación artística. Así se desarrolló la obra de Mariano Antolín Rato, incluida su novela *Mundo Araña* (1981), y la del grupo llamado de la «nova expresión», con novelas muy experimentales como *Sisabana* (1979), de Jaime Rosal, y *La perversa obra de Godo* (1978), de Víctor Zalbidea.

Palabras clave: *Underground*, contracultura, «nova expresión», Mariano Antolín Rato, Jaime Rosal, Víctor Zalbidea

Man, I'm so alone here inside this light-show!

Norman Spinrad, *All the Sounds of the Rainbow* (1973)

En su artículo «La nueva ciencia-ficción», publicado en la revista barcelonesa *Star*, en 1976, el escritor Jaime Rosal señalaba cómo la nueva ola de autores angloamericanos de ciencia ficción de aquel momento estaba llevando a cabo, con sus obras, una crítica radical del sistema capitalista y tecnológico. Philip K. Dick, Norman Spinrad, Harlan Ellison, Robert Silverberg, entre otros, estaban demoliendo la imagen de la sociedad occidental, cebándose en sus tendencias más oscuras e inquietantes. Y concluía: «La SF [*sic!*] se ha convertido en un elemento de crítica contracultural de un innegable poder corrosivo» (47). En su prólogo a la edición en castellano del libro de Ellison, *No tengo boca y debo gritar* (*I Have No Mouth and I Must Scream*, 1967), para la colección de *Star Books*, Rosal insistía sobre la misma idea. Los comentarios de este autor eran contemporáneos de los del también escritor y novelista Mariano Antolín Rato. Podemos citar su conocido artículo «Ficción especulativa y realismo psíquico [*sic!*]. Las mutaciones de la SF», y que fue publicado en la prestigiosa revista de ciencia ficción *Nueva Dimensión* y en la publicación literaria mallorquina *Papeles de Son Armadans*. En ese artículo Antolín Rato escribía:

Sin embargo, lo que estilísticamente caracteriza más a esta nueva SF, no son las audacias formales heredadas directamente de las diversas vanguardias de este siglo. Lo que más llama la

atención es la intrusión masiva de elementos de la «nueva sensibilidad», la «contracultura», el *psiquedelismo*, el fenómeno pop, el rock. (1977: 141)

Finalmente, podemos exhumar otro artículo, esta vez de la pluma del que fuera editor del legendario fanzine de ciencia-ficción *Zikkurath*, Fernando P. Fuenteamor, que en un artículo publicado en otra revista cultural de la época, *Ozono*, y titulado «El verdadero rostro de la ciencia-ficción» escribía: «Autores como Philip K. Dick, Harlan Ellison, John Brunner, J. G. Ballard, William Burroughs, nos describen con minuciosidad el apocalipsis del mundo que nos rodea», y más abajo señalaba:

En España este movimiento ha sido recogido por varios autores jóvenes entre los que se encuentran Álvarez Flores, Eduardo Haro Ibars, Juan Alcover, Asís Calonje y Mariano Antolín Rato, cuyas obras, en muchos casos de factura temática y estilística totalmente divergente, nos sumergen en un mundo alucinado de regiones mágicas o psicocartográficas, fruto de una nueva percepción. (1977: 66)

Rosal, Antolín Rato y Fuenteamor fueron, junto con Luis Vigil, los más activos publicistas de la nueva ciencia ficción en la España de los setenta. En tanto que autores, traductores o editores dieron a conocer poco a poco ese conjunto de obras que entre finales de la década de 1960 y mediados de los setenta fueron la caja de resonancia de la contracultura norteamericana y europea, de sus avatares y de su acelerado declive.

En efecto, como lo expresa el mismo Antolín Rato, la ciencia ficción fue la expresión literaria del momento más cercana del mundo *hippie* y *freak*. Rosal, en un largo artículo escrito

para *Nueva Dimensión*, sobre la novela clásica de Robert A. Heinlein, *Forastero en tierra extraña* (*Stranger in a Strange Land*, 1961), decía:

Sin embargo, insisto en que Heinlein se aproximó bastante al cliché contracultural. Por ello me atrevo a decir que si *On the Road* se convirtió en una especie de biblia del beatnik, *Forastero...* bien pudiera haber sido un ideario de la nueva cultura. (1974: 121)

Se puede decir que el contenido abiertamente especulativo y la libertad total en cuanto a estilos de la ciencia ficción, en los autores mencionados y otros contemporáneos, se adaptaba bien a la sensibilidad de la década de 1960, que era una sensibilidad dispuesta al viaje hacia lo desconocido y a la experimentación bajo todas sus formas.

No es extraño, en ese caso, que por ejemplo una parte de la música rock de aquella época estuviera contagiada por el hechizo de la ciencia ficción. Pensemos en una canción como «2000 Light Years From Home» (1967), de los Rolling Stones, con su ambiente interestelar. Y no es casual que Stanley Kubrick buscara la música de Pink Floyd como fondo para su *2001. Odisea del espacio* (*2001: A Space Odyssey*, 1968), aunque el proyecto no llegó a cuajar. Tampoco es casual que Paul Kantner, líder del grupo Jefferson Airplane, dedicara su ópera rock espacial, *Blows Against the Empire* (1970), a varios autores de ciencia ficción como Heinlein e Isaac Asimov. Al mismo tiempo, un autor tan prolífico y representativo como Michael Moorcock llegó a escribir letras para la música de Hawkwind y Blue Oyster Cult.

Hay que recordar que otro de los referentes literarios de la contracultura fue el autor norteamericano H. P. Lovecraft. En el prólogo a una ya mítica edición de *Viajes al otro mundo*

del visionario de Providence, hecha para Alianza Editorial en 1971, Rafael Llopis no dudaba en asociar directamente la lectura de la obra de Lovecraft con la experiencia del viaje de LSD. Llopis, como Antolín Rato o Antonio Escohotado, fue un precursor en la utilización del LSD en España y su obsesión por la obra de Lovecraft entra dentro de las mismas coordenadas de subversión del modelo racionalista que una buena parte de la ciencia ficción más radical del momento.

En su libro *London Calling* (2010), Barry Miles, principal animador de *International Times*, una de las revistas *underground* más célebres de la época, describe justamente como Londres se convierte en la década de 1960 en el epicentro de un renacimiento literario que se apoya ampliamente en la nueva ciencia ficción subversiva de autores como J. G. Ballard, Moorcock, Brian Aldiss, etc.

Para Miles, Moorcock, que a mediados de la década de 1960 toma las riendas de la publicación *New World*, habría creado el primer personaje de ciencia ficción genuinamente contracultural. Su Jerry Cornelius, que aparece por primera vez en su novela *El programa final* (*The Final Programme*, 1968), sería para él «un James Bond *underground*». Una historietita basada en este personaje aparecería en *International Times*, la publicación ya mencionada. De la misma manera, un autor como Ballard empieza a desplegar todo su potencial transgresor gracias a la existencia de esa comunidad contracultural que le rodea, entre el pop y la provocación permanente. Ballard publicaría su famoso texto, «Why I Want to Fuck Reagan», en las páginas de *International Times* y una obra como *The Atrocity Exhibition* (1970) nacería en aquel ambiente de experimentación. Ballard estaba más cercano de autores como William Burroughs, Brion Gysin o Jean Genet, que de

los escritores considerados normalmente como de ciencia ficción.

Hay que entenderlo bien: los textos de ciencia ficción y literatura más o menos experimental no fueron un mero reflejo de la conciencia colectiva contracultural, o como se quiera llamar. Por el contrario muchos de estos libros y textos están insertos en la creación de esa conciencia colectiva.

Otros autores como Silverberg, o tal vez el mismo Spinrad, que hasta ese momento habían permanecido en una vía más convencional dentro de la ciencia ficción, entraron entonces de lleno en las turbulencias de la década de 1960, en esa conmoción que agitó las conciencias de millones de jóvenes. La experiencia con el LSD, por parte de Dick, marcará un nuevo inicio en su obra, pero, sin ir más lejos, su interés por el *I Ching*, o libro chino de los cambios, tan presente en su obra *El señor del alto castillo* (*The Man in the High Castle*, 1962), pertenece por entero al ambiente del momento. Según cuentan sus biógrafos, Dick recibiría una llamada telefónica de John Lennon y Timothy Leary, que entusiasmados le felicitan por su novela místico-futurista *Los tres estigmas de Palmer Eldritch* (*The Three Stigmata of Palmer Eldritch*, 1965). En esa época muchos creen que se está creando una nueva forma de conciencia y todas las vías religiosas o espirituales no convencionales se convierten en materia de exploración. Por citar otro ejemplo, la novela *Señor de luz* (*Lord of Light*, 1967), de Roger Zelazny, con su visión prometeica y redentora del personaje de Buda, actualiza bien la preocupación por la religiosidad oriental y el desafío al monoteísmo. Una autora tan brillante como Ursula K. Le Guin tantea igualmente estos caminos en su novela *La rueda celeste* (*The Lathe of Heaven*, 1971), cuajada de citas del taoísmo, y que constituye una reflexión sobre el poder ambiguo de los sueños transformadores,

pero que es también una invocación a la lúcida pasividad zen. Pero incluso un autor de ciencia ficción tan alejado de este ambiente como Stanislaw Lem, rinde un ajuste de cuentas en su novela *Congreso de futurología* (*Kongres Futurologiczny*, 1973) a la beata creencia en una sociedad que ha conquistado la felicidad mediante la adecuada administración de sustancias alucinógenas. Como en Dick, en la sociedad que describe Lem ya no es posible discernir claramente la realidad de su visión alucinada. A la vez, Lem no deja de fustigar irónicamente las nuevas formas de contestación, las nuevas sectas supuestamente liberadoras, que en 1970 forman ya parte del folklore contracultural.

Otro autor, Robert Sheckey, también alejado del ambiente de la nueva ciencia ficción contracultural, no pudo evitar arrojar un balance surrealista y humorístico sobre aquellos años en su novela *Options* (1975), escrita presumiblemente durante su estancia en Mallorca, donde en filigrana ironiza sobre los gurús, las drogas psiquedélicas o algunos mitos de la contracultura norteamericana como el Whole Earth Catalogue.

Tal vez la novela más representativa de toda esta época sea *Incordie a Jack Barron* (*Bug Jack Barron*, 1969), de Norman Spinrad. Así la describía Fernando P. Fuenteamor en el artículo de *Ozono* ya citado: «Con un lenguaje básicamente revulsivo, donde se sacan a flote, además, la manipulación de masas por medio de la televisión, la corrupción política y la lucha por el Poder, *Incordie a Jack Barron* descubre el verdadero papel que juega la ciencia en nuestra sociedad, y que no es otro que el de la explotación del pueblo por el Poder que detenta los medios para ello» (1977: 66).

Pero, aparte de sus intenciones críticas, la novela era, como lo mostraba Antolín Rato, emblemática de esa nueva sensibilidad

«donde aparece toda la parafernalia de la piquedelia en estado puro: LSD, marihuana, opio, revoluciones estudiantiles de Berkeley, Bob Dylan» (1977: 141). Desde luego, autores como Spinrad estaban ya en ese momento elaborando una crítica de la sociedad y una crítica de su contestación contracultural. Spinrad se había inspirado en autores como Burroughs y Norman Mailer, pero también en las canciones de Bob Dylan, es decir, que su escritura intentaba desenmascarar tanto el *American dream* como la vaga inocencia de la utopía contracultural.

Ese fue también el caso de Robert Silverberg que a partir de novelas como *El libro de los cráneos* (*The Book of Skulls*, 1972) o *Muero por dentro* (*Dying inside*, 1972), trabajos publicados a principios de la década de 1970, hace una lectura en filigrana de los últimos años de la contracultura norteamericana.

En su cuento «Getting Across» (1973) Silverberg hace una alusión irónica y distanciada a un texto mítico de la utopía de los años sesenta, *Walden* (1854), teniendo en cuenta no solo ese libro de Henry David Thoreau, sino también la conocida secuela *Walden Dos* (*Walden Two*, 1948), de F. B. Skinner, y el protagonista, en una ciudad futurista y represiva, va buscando un misterioso folleto supuestamente subversivo titulado *Walden Tres*.

En *El libro de los cráneos*, Silverberg hace decir a uno de sus personajes:

Durante los ocho o diez últimos años, todos hemos intentado acercarnos, cueste lo que cueste, hacia cualquier síntesis que resulte viable, una estructura correlativa que mantenga el mundo para nosotros en medio de todo este caos. La droga, las comunas, el rock, todo el rollo trascendental, la astrología, la macrobiótica, el budismo zen, buscamos,

es verdad. Buscamos continuamente. (1987: 81)

En *Muero por dentro*, su personaje protagonista recuerda con amarga ironía sus pasadas experiencias con LSD y realiza una enjundiosa evocación del verano de 1968 y el ambiente de revuelta de aquel momento. En su evocación queda el recuerdo de una sociedad a punto de derrumbarse y un sentimiento amargo de derrota. El sentimiento de que el mundo circundante se había convertido en la analogía de una espiral de entropía que estaba devorándolo todo.

En su evocación, Silverberg toma distancia con aquella época, en realidad muy reciente para él, y en especial con el culto a las drogas alucinógenas o el activismo político más obtuso. El autor rechaza la idea de que la locura del *establishment* pudiera ser eficazmente combatida con la histeria activista y redentora de los estudiantes y *hippies* radicales.

Con respecto a estos años la ciencia ficción refleja pues tanta desesperación como desencanto. En otra novela de ciencia ficción de culto de la época, *Empotrados* (*The Embedding*, 1973), del autor británico Ian Watson, uno de los personajes aparece escuchando justamente una emisora de radio donde suena el disco de Jefferson, *Blows against the Empire* y en su cabeza reflexiona amargamente: «Y todavía — pensó Sole — el Imperio se mantiene fuerte» (1985: 75)

Y más abajo, cuando la canción continúa con sus palabras esperanzadoras:

*En mil novecientos setenta y cinco
toda la gente abandona el campo
para luchar contra el gobierno
¿Has comprendido?*

Lo siento, Jefferson Airplane —pensó Sole— es más tarde que todo eso, y el Imperio sigue en pie. (75)

En otra novela de la nueva ola de los setenta, bien conocida, *King Kong Blues* (1975), del sueco Sam J. Ludwall, traducida al castellano por Álvarez Flores en 1977, nos topamos con una visión cáustica de la revolución contracultural, y de su asimilación por la sociedad de consumo:

«A sus revolucionarias espaldas, productores y patrones hacían mucho dinero con esta provechosa industria, lanzando millones de discos con todos los cantos revolucionarios en boga. [...] Por supuesto, el mercado juvenil no se limitaba a esta moda revolucionaria. La astrología, el budismo, las películas de horror y la ciencia-ficción eran inmensamente populares, lo mismo que el culto al diablo, los exorcismos, el neopuritanismo y diversos deportes. (1977: 73-74)

Esta larga cita es lo suficientemente elocuente como para que merezca comentarios.

¿En qué había quedado la utopía de la década anterior? Encontramos algunas respuestas en el libro de relatos de Norma Spinrad, con el dylaniano título de *No Direction Home* (1975). En el relato que da título al libro, y que se abre con la cita de la canción de Dylan, se nos presenta una sociedad que ha integrado, en todos sus planos, la utilización de drogas psíquedélicas, sin por ello alcanzar liberación alguna. En otro relato, «Big Flash», vemos como la música rock puede ser utilizada como instrumento de manipulación para llevar a la población a aceptar las decisiones políticas más extremas y aniquiladoras. Y en el delicioso «All the Sounds of the Raimbow», narración que habría encantado a un Aldous Huxley, se

pasa revista al poder de los gurús, en medio de una California decadente y devorada por el dinero y la pornografía. La mirada serena y a la vez irónica de Spinrad parece poner un punto final a tantos sueños de cambio que vinieron envueltos dentro de extravagantes y artificiosos reclamos.

Quizá el libro de ciencia ficción más sombrío sobre esta época corresponda a la pluma de Dick que, por cierto, fue tal vez el autor que más exploró a fondo las posibilidades del momento, de la religiosidad heterodoxa a la experiencia psíquedélica, y de la búsqueda de amor y sexo sin barreras a la comuna urbana de freaks terminales. En efecto, su *Una mirada a la oscuridad* (*A Scanner Darkly*, 1977), es, dejando aparte algunos detalles, casi una novela realista que describe la vida cotidiana de un grupo de drogados en una California distópica pero no muy alejada de la realidad. Esta novela tiene algo de manifiesto confesional, donde Dick parece apelar a una redención para una generación que se ha dejado la piel en experiencias al límite. El tono del epílogo del libro recuerda al del pecador arrepentido que declara su falta. Para Dick la década de 1960 habrían conducido a mucha gente joven a un callejón sin salida, de muerte y autodestrucción, pero no disimula su perplejidad ante la magnitud del castigo sufrido por aquellos que solo querían seguir pasándose bien indefinidamente.

La ciencia ficción especulativa de la década de 1960 y setenta constituyó, sin duda, una innovación audaz con respecto a los autores consagrados de la generación anterior. Pero está claro que, muy a menudo, la crudeza de los enfoques o la falta de cuidado en la construcción de personajes y tramas, resta fuerza a la mayoría de estas obras, que se quedan a menudo en novelas fallidas, trabadas con un tosco engrudo donde flotan ideas más o menos fascinantes.

A propósito de *Incordie a Jack Barron*, Rosal escribía en una reseña en *Nueva Dimensión*:

La novela se va desarrollando con corrección e interés hasta llegar a un punto en que el autor precipita los acontecimientos de una forma poco menos que inverosímil, dadas las «premisas» que con anterioridad ha ido exponiendo, de forma que una trama argumental tan bien urdida se viene tristemente abajo sin venir a cuento. (1976: 137)

Se podría añadir que, de todas formas, la «inverosimilitud» estaba ya en los planteamientos. Es el desafío de una ciencia ficción sociológica y crítica, un juego difícil entre realismo y fantasía cuyos cimientos son siempre frágiles. Hablando de Dick, Antolín Rato señalaba en *El Viejo Topo*:

Lo habitual es que, incluso los mejores autores de SF -Dick entre ellos y especialmente- apunten ideas (casi siempre brillantes), comiencen a desarrollarlas con una escritura funcional, sean captadas, deslumbren momentáneamente al lector (al menos eso me pasa a mí), y enseguida se pierdan en una maraña mal construida, torpe, que termina por resultar irritante... aunque, a pesar de eso, dejen un sedimento, y cuando se recuerdan o exponen de nuevo, resultan mucho más alucinantes en lo que se refiere a las posibilidades que han abierto y que no fueron expandidas en una escritura que ahora se ha olvidado. (1979: 71)

En su artículo, «Jim G. Ballard y los realismos imaginarios», publicado también en *El Viejo Topo*, Fuenteamor insistía en que los

autores de la nueva ciencia-ficción buscaban nuevas claves para su escritura, alejándose de los modelos anteriores, buscando formas de expresión que estuvieran en fase con la destructividad estética, y material, de la modernidad. Escribía:

Autores y lectores que hasta entonces habían fundado sus sueños en los futuros galácticos debían, de pronto, encontrar sus emociones en la experimentación literaria, en la libre discusión de la sexualidad y en la descripción apocalíptica de este mundo invadido por el terror y la tecnología en el que hemos empezado a vivir. (1978: 68)

Al hilo de estas reflexiones pensemos en el prólogo a la edición francesa de uno de los libros más representativos de Ballard, *Crash* (1973) donde el sexo y la marihuana aparecen explícitamente. Allí el autor anunciaba un nuevo paradigma para la narrativa de ciencia ficción, un paradigma que pretendía ser el diagnóstico más fiel y despiadado de la realidad del momento. Sin embargo, y a la vista de los resultados, no podemos asegurar que su autor alcanzara estos ambiciosos objetivos.

Antolín Rato y la «nova expresión»

La pregunta que nos ocupa ahora es: ¿hubo en España una literatura de ciencia ficción o especulativa ligada a la conmoción contracultural?

El ya citado Antolín Rato es sin duda el autor más emblemático de esta corriente. Traductor e introductor de William Burroughs en España, amén de buen conocedor de la ciencia-ficción, de la música rock, budismo zen, psiquedelias... su obra es única dentro del panorama español de aquellos años.

Antolín Rato publicó una primera novela, *Cuando 900 mil mach aprox*, en 1973, dentro de la colección Azanca, verdadero manifiesto de una escritura a contracorriente de todo lo que se hacía en aquel momento en España, pero también en avance de lo que se podía estar haciendo fuera. El comienzo del libro es ya una legendaria declaración de principios:

una vez todos dirán sí, todos lo admitirán, todos aceptarán una vez que los espacios infinitos son lejos de aquí y que su destino es poblarlos, que todo hombre y toda mujer desea embarcarse en un navío que le conduzca hacia una exótica naturaleza, y entonces, una vez se hará el silencio, comenzarán las páginas en blanco y acaso el nirvana. (1973: 17)

Para comprender la tentativa de Antolín Rato no está de más leer el prólogo donde se evocan las peripecias que envolvieron la edición del libro. Rechazado el manuscrito (o «taposcrito», como lo designan en el prefacio) por varias editoriales, el texto se había convertido en un asteroide difícil de catalogar: ¿era una novela? ¿un largo poema psíquico? ¿una historieta sin dibujos? ¿una obra de ciencia ficción en los límites del espacio exterior? ¿un experimento fallido? ¿una invitación al silencio? ¿una pesadilla tipográfica? ¿un desafío a los críticos? *Cuando 900 mil mach aprox* era todo eso y algo más: un juego sobre las posibilidades del lenguaje literario, pero teniendo referentes tan eclécticos como Ezra Pound, Vasili Kandinsky, Stéphane Mallarmé, William Shakespeare, Homero, Truman Capote, Marshall McLuhan, Neal Cassidy, Edgar Neville, Timothy Leary, los Black Panther y toda la mitología pop y contracultural de la época. El collage irreverente de Antolín Rato nos recuerda a veces la técnica de collage de Dylan en muchas de sus canciones de la mejor

época. Pensemos, por ejemplo, en «Desolation row», de 1965 («And Ezra Pound and T. S. Eliot / Fighting in the captain's tower»). ¿No es este el tipo de subversión cultural que Antolín Rato practica con medios análogos?

El libro recibió un premio y la aprobación elogiosa de una cierta crítica puntera pero más allá de eso no tuvo mucha repercusión sobre el público lector, pasando a ser una obra que buceaba en el *underground* de la cultura madrileña. Como lo expresaba el crítico Valentín Terrazas en las páginas de *Disco Expres*, en diciembre de 1975, en una columna titulada «Antolín: no apto»:

Así, mucho me temo que las creaciones de Mariano Antolín lleguen únicamente a una minoría de los lectores españoles. A aquellos que hayan navegado por lo más profundo de su personalidad, a los que hayan explorado —con o sin ayuda— las últimas cavernas de su cerebro, a los que hayan flotado en la demencial lucidez de quien se asoma a lo infinito del cosmos, a aquellos que hayan conocido el angustioso miedo de comprender la naturaleza esquizoide de nuestro mundo. (6)

La obra de Antolín Rato era incomprensible sin hacer referencia a un contexto vivido y experimentado. Podríamos hablar de una ruptura que iba más allá de las formas literarias y que tenía que ver con lo iniciado con autores como Huxley o Henri Michaux. Es cierto que existía toda una vanguardia experimental en literatura, que exploraba los límites de la expresión, pero la peculiaridad del libro de Antolín Rato era más bien sus presupuestos culturales y el hecho de ser una producción hija de una experiencia vital concreta: la de la generación de 1960.

En su libro Antolín Rato mezcla el plano de la alta cultura con el de la cultura popular y juvenil, rompiendo los límites entre ambos y produciendo un texto híbrido que anticipa la destrucción de jerarquías propio del posmodernismo pero, ¡ojo!, allí donde el posmodernismo confunde los órdenes de la opresión o diluye su impacto en la insignificancia, *Cuando 900 mil mach aprox* es todavía una obra que señala, con desdén corrosivo, el entramado del Poder. Volvamos a lo que el mismo Antolín Rato escribió en una «autoentrevista», en 1977, en el fanzine *Zikkurath*:

Quiero, por tanto, proporcionar sugerencias simbólicas o diagramas abstractos del funcionamiento de unas mentes que tratan de escapar a la trampa de lo razonable, de lo normal, lo que se compra y se vende. (1977b: 15)

El texto de Antolín Rato deja suponer que sus personajes principales están atrapados en un universo de infinito control y manipulación del que seguramente es imposible escapar. El lenguaje mismo estaría ya infectado por la enfermedad incurable de la mentira... Un texto de las características de *Cuando 900 mil mach aprox* no puede contener, en ningún caso, un juicio moralizador sobre el declive de Occidente o sobre el poder omnímodo de la tecnología, sino solo señalar, irónicamente, las contradicciones más flagrantes de la cultura de masas y sus posibles resistencias. Conviene recordarlo: publicada en 1973, *Cuando 900 mil mach aprox* es una novela contracultural que levanta acta, aunque a la manera de broma, de la derrota de la contracultura.

Se ha querido asociar la escritura de Antolín Rato a la del Burroughs de *Nova Express*. Pero, a mi modo de ver, el texto de Antolín Rato incluye a Burroughs como un elemento

entre otros de un collage gozoso y trepidante. Es verdad que, dejando aparte la libertad experimental, lo que Antolín Rato hereda de Burroughs es esa visión paranoica propia del drogata eternamente acosado por la sociedad. En un momento del texto, nuestro autor cita un extracto de «Electronic Revolution 1970-71», del libro de entrevistas *The Job* (1970), sin dar la referencia, de Burroughs (169), pero lo convierte en el fragmento de un imaginario panfleto subversivo, lo que implicaría admitir que, de alguna manera, el lenguaje puede ser todavía un instrumento que se utiliza contra el Poder. En el texto de Antolín Rato, el fragmento de Burroughs es ya un elemento mítico. Y la paranoia puede conducir a una lucidez desesperada, también propia de Burroughs: el poder puede fácilmente reintegrar todo lo que hace tentativa de secesión. Es un poder que se muestra bajo formas seductoras y a la vez aplastantes. En el caso de las drogas, y siguiendo a Burroughs, pero también a Dick o Spinrad, Antolín Rato introduce en una página una nota de prensa donde se muestra un ejemplo de la persecución implacable contra el tráfico de estupefacientes y, a continuación, en una página posterior, otra nota de prensa que anuncia como las grandes empresas del tabaco empiezan a adquirir tierras donde poder cultivar, en un futuro, cannabis, con el fin de poder explotarlo comercialmente. Cara y cruz de las drogas alucinógenas: ¿medios subversivos de liberación o simples objetos de consumo alienante?

En otro sentido, el libro de Antolín Rato podría ser leído como un canto fúnebre y ácido a la colonización de la galaxia. En efecto, la empresa espacial que es tanto un sueño inocente del alma humana como un proyecto delirante de la Megamáquina ¿no supone, de todas formas, extender a todos los límites del cosmos nuestros sistemas de miseria y esclavitud?

De vulgari zyklon B manifestante fue el libro que Antolín Rato presentó dos años después, en 1975, y no puede ser considerado como una verdadera continuación del anterior, sino más bien como su derivación extrema y desesperante. *De vulgari zyklon B manifestante* es el texto más hermético y difícil de Antolín Rato y seguramente la tentativa literaria más radical de la época. Cerrado sobre sí mismo, este libro sería como una cápsula que se hubiera desensamblado de la nave madre y hubiera iniciado una trayectoria suicida, sin posibilidad de retorno a la base. El lenguaje, la escritura, se ha independizado por completo de todo compromiso con la función comunicativa, las imágenes se suceden destruyéndose entre sí pero lo más aterrador es que parece existir un método en la locura: el texto se construye sobre una coherencia obsesiva donde debemos aceptar que existen algo así como personajes, entidades, que van atravesando procesos y metamorfosis. Las recurrencias de ciertos fenómenos dejan suponer que está sucediendo algo delante de nuestros ojos pero eso que sucede es la simple demolición del edificio simbólico de la cultura civilizada, en la apoteosis de un lenguaje-máquina donde el alma sobrevive para ser espectadora de su propia disolución.

El mismo título del libro podría contener un jeroglífico que funciona en forma de asociación automática y que opera como un relámpago en la conciencia del lector, al yuxtaponer un referente que evoca una forma de horror totalitario, «zyklon B», y otra palabra que recuerda vagamente una forma de resistencia, «manifestante». Solo que en la visión paranoica del narrador, que no es necesariamente la del autor, esta yuxtaposición supone tal vez una complicidad inquietante entre opresores y oprimidos. De hecho, y a diferencia de *Cuando 900 mil mach aprox.*, en *De vulgari Zyklon B manifestante* ya no

estamos dentro de una epopeya de algunos seres desventurados contra ciertas instancias del poder, sea el Zentro von Krontröll o el Sancta Sanctorum, sino que más bien nos descubrimos como espectadores de una contienda que se libra entre diferentes formas de un poder que parece único y total, en un terreno de lucha que es tanto la galaxia como una antesala del ciberespacio. Los diferentes «capos», o formas del proyecto hegemónico Zyklon B, encarnan otras tantas ramificaciones o secciones de ese proyecto. El Colectivo Onan, por ejemplo, aludiría irónicamente a una especie de *think tank* tan irrelevante como es el solitario ejercicio de la teoría crítica en un mundo desbordado. La entidad MitRoma, que agruparía tanto al Club de Roma como el MIT norteamericano, representaría el proyecto de crecimiento cero, pero nombrado irónicamente como Paradise Lost, es decir, como una utopía que nos devuelve a una arcadia imposible. ¿Y qué decir de MultiMainz 1456? ¿No encontramos ahí la referencia oculta tanto a la imprenta como a la famosa biblia de Maguncia, es decir a uno de los mitos fundadores de nuestra cultura occidental impresa? Ese MultiMainz 1456 que, según un epígrafe, «satisface elementales necesidades de intercomprensión». Y, sin embargo, la «intercomprensión» parece que está amenazada de manera permanente en el curso del libro. De hecho, las referencias a Dante son explícitas (página 29) y hacen alusión al experimento límite de la escritura: llegamos a un espacio donde solo se distinguen palabras indescifrables, enigmas. En la página 150, encontramos una enigmática perversión del texto dantesco («lasciate ogni realtà»).

De vulgari Zyklon B manifestante podría ser, en suma, el resultado de mezclar la ficha técnica de un reactor nuclear con el Apocalipsis de San Juan y una ópera rock espacial de Hawkwind. Cuando, acabada la «lectura», uno cierra el

libro y lo coloca en la estantería, sentimos que el libro allí sigue en marcha, funcionando, vibrando, como un flujo delirante y agotador que puede prescindir de toda lectura para seguir existiendo.

Después de publicar *De vulgari Zyklon B manifestante* Antolín Rato continuó con *Espacios Intermedios WHAMM!*, editado en 1978 y donde el autor reduce un poco la presión del pie sobre el acelerador y deja que en el texto se formen como grumos que nos permiten tener un atisbo del funcionamiento interno de su escritura. Pero solo un atisbo. Por ejemplo, en la página 19 se puede leer: «El lenguaje, desautomatizado, ya no presenta las hazañas de esos nudos energéticos llamados protagonistas». Más lúdico o más distendido, *Entre Espacios intermedios WHAMM!* podría tomarse como una farsa psíquica sobre la cultura de masas. Ya en el primer «capítulo» se mezcla a Jimi Hendrix con Heráclito, a Bakunin con Mao y a los Levellers con Malcolm X. Las citas dispersas de estos personajes -sin claro referente- cumplen siempre una función equívoca o ambigua, que es la de señalar irónicamente la existencia de una época caduca de significaciones más o menos revolucionarias. Otro ejemplo humorístico que apunta en la misma dirección son las siglas que utiliza para designar a una organización represiva, C. S & N, y que nos recuerda a un grupo tan emblemático del *mouvement* como fueron Crosby, Still and Nash, cuando en la novela las siglas se traducen por «Computopolicías, Sorbecerebros y Niveladores»... Mariano Antolín Rato no puede evitar intercalar todas estas referencias en un vaciado de sentido propio de una sociedad que subvierte la misma subversión y convierte todo en ruido e inútil estruendo.

Así, en la página 91, se nos ofrece un diagnóstico implacable sobre la literatura actual:

...razonan delicados circuitos de Capitán Video que, como todos los que se ocupan de asuntos prácticos, industriales, organizativos, publicitarios y otros semejantes, se expresa mejor, con mayor justeza, más clara y profundamente, que la mayoría de los literatos que han hecho del estilo un deporte. (1978: 91)

De cuando en cuando el autor ofrece alguna pista sobre el sentido total de la obra:

Un proceso no puede ser entendido si se le detiene, pues deja de ser tal. Hay que entregarse a él, seguirlo. Eso hace que se olvide el propósito inicial de comprenderlo. [...]. (1978: 101)
Obtener un resultado exige entregarse al proceso, al desarrollo pormenorizado de datos, ser el mismo proceso. (1978: 105)

Ser el mismo proceso... Esto constituye en suma el intento provocador de esta literatura: intentar identificarse con la descodificación y recodificación de todo lo que existe realizadas por la sociedad capitalista tecnológica y convertirse en un lúcido testigo de este proyecto fascinante y destructor. Así, en una entrevista concedida poco después de la salida del libro al periódico *Pueblo*, Antolín Rato precisaba:

Mi impresión es que tanto pesimismo como optimismo están fuera de lugar. Lo que cuentan son «los hechos». Lo increíble es que el sufrimiento o el placer del individuo no tienen consecuencias en la economía terrestre y de esto sacan partido los poderes establecidos. Estas vivencias del individuo fueron clave para la creación literaria en el Romanticismo pero ahora no sirven. (1978b)

Es necesario recordar que en ese momento Antolín Rato estaba influido también por el ambiente de la filosofía posthumanista de Foucault, así como por la noción de «rizoma» de Gilles Deleuze y Félix Guattari.

Al lado de personajes propios de la historieta, como en un irreverente collage, Dante, Heráclito y Lao-Tse, Herman Melville y Shakespeare, están en el mismo nivel que Capitán Volador, Novomán o Rey Lagarto. Incluso podría decirse que todas estas ilustres referencias han sido superadas por un nuevo proceso de intercambio de energía en información que ya no significa nada. La cultura es una superestructura, por emplear un lenguaje marxista, que ya no tiene correlación con un modo de producción que se ha convertido en un fin en sí mismo.

Con *Entre espacios intermedios WHAMM!* Antolín Rato llegó a un punto límite de su escritura. Después vendría *Mundo Araña* (1981), que podría responder a la misma motivación que su novela anterior pero donde se percibe el agotamiento de un camino y donde el humor se hace más crudo. El mismo Antolín Rato difundió unas notas revelando algunas claves del libro, poco antes de su aparición. Allí podemos leer:

Esta realidad-ficción [...] no la presento fija, estable. Hierve en redes cibernéticas, avenidas hertzianas, ondas electromagnéticas... no en corredores de cemento y claustros de piedras milenarias. Es provisional, flotante, y sigue una línea argumental en expansión -invasión- de inductores ocultos, complots, organizaciones secretas, sistemas del mal: todo tipo de conspiraciones contra la espontaneidad de la conciencia. (1981a)

Podemos ver hasta qué punto estas palabras anticipan muchos de los temas de la ciberciencia ficción de años posteriores.

Campos unificados de conciencia, publicado en el emblemático año 1984, sería el último de sus libros del período psiquedélico o «nova expresión», antes de iniciar otra etapa de su obra, con un estilo narrativo más cercano de las formas establecidas.

Los autores «novaexpressionistas»

La obra de Mariano Antolín Rato constituye un núcleo en torno al cual, o si se quiere de forma paralela o contigua, se desarrolló un pequeño grupo de escritores que, adoptando la etiqueta burroughsiana de «nova expresión», dejaron algunos textos esparcidos por diferentes publicaciones de la época. Estos autores estaban influidos sobre todo por la escritura *beat* y la contracultura, y sus textos se independizan, por lo general, de cualquier preocupación por una narrativa fantástica o de ciencia ficción. Autores como Eduardo Haro Ibars, Juan Alcover, Asís Calonje, Alfonso Español, Álvarez Flórez o Carlos Agustín, ya mencionados antes, formaron un grupo de una cierta unidad y coherencia. El texto que les dio consistencia como grupo fue el importante ensayo que publicaron Juana Figueras y Argyslas Courage en *Papeles de Son Armadans* en enero de 1977, texto que presentaba a la mayoría de estos autores y que explicaba algunas claves sobre su producción escrita. Es curioso que fuera una revista como *Papeles de Son Armadans*, dirigida por Camilo José Cela, la que abriera sus páginas a estos autores, verdaderos marginados de la industria literaria española del momento. Hay que tener en cuenta que *Papeles* era una revista de carácter muy ecléctico y que el mismo Cela había publicado poco años antes *Oficio de*

tinieblas 5 (1974), una obra que, siendo más que nada una muestra de surrealismo patrio al estilo de Salvador Dalí, podía encuadrarse en las cercanías de lo que defendía la nueva escritura de la «nova expresión».

El ensayo ya citado de Figueras y Courage ha quedado pues como documento fundacional de este minúsculo movimiento que no ha dejado apenas memoria en la historia de la literatura española reciente. Detrás de este texto, cuyas firmas constituían en sí mismas un enigma, existía la voluntad de dar una cierta coherencia al grupo. Fernando Corugedo, amigo de Antolín Rato y secretario de redacción de *Papeles de Son Armadans*, abriría las páginas de la revista a los textos de estos jóvenes autores.

En todo caso, la existencia del grupo de la «nova expresión» fue siempre un hecho discutido y aceptado más bien como un mal menor. A aquel grupo de escritores les unía una amistad al mismo tiempo que compartían ciertas influencias literarias y musicales, pero estaban muy alejados de cualquier estrategia comunicativa de cara al mercado, y se situaban más bien como aliados fortuitos dentro de una marginalidad que les imponía la cultura oficial. En ese sentido eran herederos directos de ese difuso movimiento *underground* que había impactado los países industriales. El texto de Courage y Figueras le concedió una unidad e hizo que alguien como Víctor Fuentes, a la sazón exiliado, crítico de literatura y profesor universitario en Santa Bárbara (California), se interesara por ellos y se propusiera investigar y escribir sobre el asunto. Fuentes iniciaría una correspondencia con los «novaexpressionistas», lo que le permitiría recoger información y elaborar una ponencia sobre ellos, dentro de un ciclo dedicado a la narrativa hispanoamericana, que tuvo lugar en la universidad de Yale en abril de 1979. Por diferentes motivos, Fuentes no continuaría este

proyectado trabajo de investigación pero no hay duda de que su iniciativa tuvo la virtud de forzar a estos escritores a reflexionar sobre el sentido de su trabajo y sobre su propia existencia colectiva.

Como ya lo hemos sugerido antes, el escritor Mariano Antolín Rato ofició como involuntario aglutinador del grupo. Con la publicación de sus primeras novelas había conseguido ganarse el respeto de la crítica más exigente. Casi todos los «novaexpressionistas» escribieron sobre su obra o de alguna forma sufrieron su influencia o se inspiraron de su impulso creador. Si nos basamos en testimonios personales extraídos de la correspondencia con Fuentes vemos que algunos de estos autores estaban dispuestos a aceptar la existencia de una nueva generación con unos campos de interés similares. En una carta a Fuentes fechada en noviembre de 1978, Alfonso Español escribía: «Personalmente, la vinculación a Burroughs me parece acertada, pero no totalmente definitoria. Se trata solamente de un aspecto a tener en cuenta, importante pero no exclusivo [...]. Se trata de autores jóvenes, que todavía no han producido muchas obras, pero creo que el nuevo lenguaje utilizado desembocará, como ya lo está haciendo, en nuevos temas que las viejas formas literarias y mentales estaban imposibilitadas de abordar».

Asís Calonge, en una carta también a Fuentes, sin fecha, pero que suponemos de principios de 1979, precisaba:

la tan traída y llevada nova expresión —término acuñado por mariano [*sic!*] y yo en largas veladas irrepetibles— no es más que una etiqueta que ciertamente une a escritores con una única analogía, un espacio y un tiempo, compartidos gracias a los mismos gustos vitales y a buenos e inolvidables *viajes* [...] repito que sí parece existir una ideología común, compartimos no sólo referencias

literarias o artísticos, sino vivencias y todo eso, posiblemente hasta tomemos material de nuestros escritos de un modo entrelazado y nunca solapado, es decir también que por diferentes caminos y/o motivos llegamos a parecidas conclusiones.

Por su parte, Antolín Rato, en una carta enviada también a Fuentes, fechada en marzo de 1979, tomaba algunas distancias y señalaba:

A propósito de lo que dicen Courage y Figueras. Creo que su etiqueta es sólo eso. Y, claro, que tenemos que ver unos autores con otros. Aunque yo ocupe una posición un tanto excéntrica. Tengo casi más de diez años que los otros incluidos en el grupo y soy más solitario, taciturno y menos ruidoso que ellos [...] En cualquier caso, mira, lo de «nova expresión» no es un título desacertado, y qué más da eso que nueva novela española o algo así.

Aunque el campo de influencias que les une es claro en un principio, la escritura *beat* y, sobre todo Burroughs, el lenguaje del rock y la cultura *underground*, es evidente que detrás de estas referencias se oculta un mundo literario y estético mucho más rico y complejo. Antolín Rato, por edad y experiencia, poseía un considerable bagaje cultural, literario y filosófico y ya a esas alturas había traducido la obra de autores importantes en diferentes lenguas y colaboraba con diversas publicaciones. De su juventud como estudiante en Roma no está de más que recordemos su memoria universitaria donde Dante se cruzaba con la ciencia ficción, lo que da una idea de un eclecticismo que anunciaba ya esa mezcla de cultura popular y alta cultura que caracteriza su producción novelística. Es decir que más

allá de los escritores *beat* y de la poesía del rock, estaban autores-faro como Ezra Pound, Alain Robbe-Grillet, James Joyce, o las vanguardias artísticas. En esa época además Antolín Rato lee intensamente a los nuevos autores de la ciencia ficción angloamericana e incluso los traduce para la revista *Zikkurath*. Algo similar, en cuanto al núcleo de referencias, se podría decir de Eduardo Haro Ibars, si bien su bagaje es menos riguroso y su escritura creativa se declinaba en un periodismo *engagé*. Asís Calonje, aparte de Joyce y Burroughs, menciona los ideogramas chinos, y autores como Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy, y algo del barroco español. Español cita a Ramón Gómez de la Serna, a Claude Pélieu y a los surrealistas de la generación de Jean Pierre Duprey. Todos estos autores tienen en cuenta las innovaciones técnicas de contemporáneos como Juan Benet y Juan Goytisolo, pero para ellos estos autores son ya, de alguna forma, cultura oficial, envuelta en la seriedad propia de la institución. En cuanto al fenómeno *novísimo*, Antolín Rato, quitaba importancia al asunto pero reconoce la valía de poetas como Pere Gimferrer, Guillermo Carnero o Félix de Azúa.

En fin, la existencia de este pequeño grupo de escritores amigos fue efímera y se encuadra en el segundo lustro de la década de los setenta. Esta existencia se puede resumir en algunos hitos cronológicos: la publicación de las dos primeras novelas de Antolín Rato, en 1973 y 1975, la publicación de diversos textos de todos estos autores en *Papeles de Son Armadans*, en especial entre 1975 y 1978, la aparición a principios de 1977 del ensayo de Courage y Figueras, la evolución de la publicación *Zikkurath* de la ciencia ficción a la ficción especulativa, abriendo sus páginas a los «novaexpresionistas», la ponencia en Yale, de Víctor Fuentes, que supone un cierto reconocimiento cultural y, finalmente, la muerte de Alfonso Español,

producida en septiembre de 1979, que coincide con el momento del lanzamiento de *Zikkurath* como revista de mayor difusión y formato más profesional. La muerte del malogrado Español anunciará la progresiva dispersión de este grupo de amigos y escritores.

Hay que recordar que Alfonso Español había empezado su actividad literaria interesándose por Burroughs y la generación *beat* a principios de los setenta. Publicó sus primeros textos en *Papeles de Son Armadans*, y a través de Corugedo entró en contacto con Antolín Rato y Asís Calonje. En el ensayo de Courage y Figueras se dice de él: «Utiliza constantemente los métodos de *cut-up* y de *fold-in*. Y esto hasta tal punto que a veces sus escritos parecen continuaciones surrealistas de *Nova Express*». (1977: 43)

Español, vecino de Monzón (Huesca), pasó algún tiempo en Barcelona y, como sabemos, tradujo *El bosque sacrílego* de Duprey, para la editorial Laertes, que apareció a principios de 1979. También publicó un breve texto, «Claude Pélieu traduciendo a Old Bill», en la sección *Nido de Cuervos* de la revista *Star*. Sus escritos de *Papeles de Son Armadans* tienen una fuerte influencia de la escritura automática y de la mitología underground, con referencias explícitas a Allen Ginsberg, a Jimi Hendrix, etc. Un texto como «Chicle de senos», en todo caso, recuerda por el título a Gómez de la Serna. A través de Antolín Rato, Español colabora con *Zikkurath* y aparece en el número especial dedicado a la «ficción especulativa», con un cuento titulado «Execrecias [*sic!*] del conjuro». De vuelta a Monzón, lanza, junto con unos amigos, una revista de poesía que se llamó *Azfissia*. Allí, además de publicar algunos poemas, Español traduce textos de Duprey y Mansour y publica un artículo, titulado «Notas sobre la generación negra», dedicado a autores malditos como Pélieu, el ya mencionado

Duprey, Stanislas Rodanski, etc. Gracias a un breve artículo que le dedicó un amigo suyo, José María Nadal, sabemos que publicó un par de textos en *Ecos del Cinca*, periódico local. También sabemos que a principios de 1979, trabajaba en una traducción de poemas de Benjamin Péret, para la editorial Visor, trabajo que no llegó a completar. Por lo demás, Español contaba con poder publicar en forma de libro sus textos reunidos, gracias a la iniciativa de Fernando Fuenteamor, que por entonces acariciaba la idea de montar una pequeña estructura editorial.

El final de Alfonso Español fue trágico, cayendo desde un balcón en un hotel de Zaragoza en setiembre de 1979 en circunstancias no aclaradas.

La idea de su amigo Nadal era recoger escritos y contribuciones para editar un libro de homenaje al autor, pero este proyecto nunca se llegó a realizar. El fanzine *Zikkurath* publicó una pequeña nota sobre él, redactada por Ignacio de Juan, y un cuento suyo, «Intra», a título póstumo. El cuento se cerraba con las siguientes palabras:

Mr. Asco enceguedido saltó por la ventana de un tercer piso sobre el encuadre predispuesto a recibir manifestaciones de lo más grotescas se suicidaron las sombras & el sr. Homo resucitante murió para siempre en los dominios de la noche. (1980: 77)

Calonje, uno de los más jóvenes del grupo, era el más cercano a Antolín Rato, tanto por vivir cerca de él como por ser hermano de su mujer, María Calonje. Veamos lo que dicen de él Courage y Figueras:

Con Asís Calonje entramos en un mundo profundo, secreto, evocador a todos los niveles. Su escritura es

claramente joyciana, pero del último Joyce, el del *Finnegans' Wake*, el del «calembour», el «pun», el juego de palabras a lo Lewis Carroll o, en español, a lo Cabrera Infante. (1977: 42)

La nota continúa con observaciones muy elogiosas. Calonje publicó diversos textos en *Papeles de Son Armadans* y la revista seleccionó algunos de sus textos para publicarlos como encartes independientes. De hecho, fue en *Papeles de Son Armadans* donde publicaría un largo fragmento de su proyectada novela «XX». También el fanzine *Zikkurath*, cada vez más interesado en este tipo de escritura, publicaría diversos textos suyos. De hecho en el número 2016, aparece una breve conversación entre el autor y Antolín Rato, fechada en Pozuelo en junio de 1978, donde éste le interpela acerca de su trabajo. Calonje habla allí sobre la importancia de la ciencia ficción, las claves de su escritura y las coincidencias entre los autores de la denominada «nova expresión». Como en el caso de Español, Calonje no parece un autor especialmente interesado en la narrativa de ciencia-ficción, pero algunos de sus textos pueden recordar el estilo completamente libre y poético de ciertos relatos de Harlan Ellison. En el especial dedicado a la ficción especulativa española, *Zikkurath* publicó su relato «He buscado la felicidad en el mal», que sería seleccionado para los premios de la revista. En este relato, Calonje explora algunos de sus métodos preferidos, sintaxis rota, invención de palabras, «errectitud», «expectasiado», «egocaciones», referencias más o menos explícitas a ciertos autores, Edgar Allan Poe («Tekelili»), Percy B. Shelley («Alastor»), Confucio o Charles Baudelaire: «del diablo cuya maña consiste en hacer correr la voz de que el diablo no existe». En fin, el relato se despliega en una suma de imágenes enigmáticas y de un profundo e inquietante hermetismo.

Un texto como «Demasiado tarde», publicado en el número siguiente de *Zikkurath* continúa este ejercicio de exploración. En la revista *Zikkurath* publicó un relato, «La caída de los estupefacientes», mezcla de fantasía delirante poblada con extraños personajes y con nuevos juegos del lenguaje. Todo ello debía ir alimentando poco a poco la construcción de su futura novela. Por lo demás, ¿cuál fue el final de esta obra? Nos consta que incluso había sido anunciada su aparición desde las páginas de *Zikkurath*, acogida en un proyecto editorial que nunca llegó a consolidarse. Un tiempo después el manuscrito, eternamente corregido y revisado, cambiaría de título: *Certilumbre y mentiniebla*. A principios de la década de 1980 parecía ya preparado para publicarse y su autor había encontrado una editorial. Sin embargo, el manuscrito quedó inédito.

Otro de los autores comentados en el ensayo de *Papeles de Son Armadans* es Juan Alcover, que residía en Mallorca y que gracias a eso pudo trabar fácilmente conocimiento con Corugedo y el resto del grupo. De él se nos dice: «Juan Alcover quizá sea el más divertido y desenfadado de todos los “novaexpresionistas”. Sus textos suelen adquirir un carácter programático, parecen proclamas en favor de todos los “pirados” de la tierra. Son constantes en ellos, pues, las referencias al mundo *underground* español y a su jerga particular» (1977: 42). Un ejemplo claro de ello es uno de sus textos, publicado en *Papeles de Son Armadans*, y titulada «El rollo que no cesa», que es un auténtico manifiesto de la generación de la década de 1960, firmado en un lugar llamado «Son Barret, Establiments (Mallorca)». Pero Alcover participó también con un texto en el especial *Bomba literaria de Ajoblanco*, en 1976, y un poco más tarde, publicaría un par de textos más en la revista *Star*. Uno de ellos es un corto relato, el otro tiene el interés de ser una especie

de reportaje sarcástico sobre una conferencia de Timothy Leary en California, a la que Alcover tuvo la oportunidad de asistir, dándose la circunstancia de vivir en ese momento en Estados Unidos como profesor universitario. El texto sobre Leary constituye una crítica a las ínfulas mesiánicas del veterano e iluminado gurú, y a la ingenuidad de un público americano que aún creía en sus propuestas subversivas. La revista *Star* publicó el texto precisando que previamente había hecho un trabajo de recomposición del reportaje para hacerlo legible, lo que hace suponer que Alcover, en el momento de la redacción, no había querido renunciar a su estilo «novaexpressionista»... En definitiva, la escritura de Alcover estuvo siempre ligada a la trayectoria de la contracultura y a un sentimiento de debacle de las esperanzas de aquellos años, siempre con un deje de romántica amargura. Alcover también tuvo una relación personal con Antolín Rato pero, que sepamos, no llegó a publicar nada en el *Zikkurath* de la primera época. Sin embargo, publicó un texto en la revista de la segunda época, ya en 1980, «Escenas de la resistencia», que me parece que resume bien todas las características de la «nova expresión»: distopía, escritura convulsa y entrecortada, imágenes trepidantes, sensación apocalíptica e ironía corrosiva. En este texto, además de algún guiño a la obra de Antolín Rato, aparecen los elementos elegíacos a la contracultura derrotada, típicos de este autor. No nos resistimos a citar un fragmento que cierra toda una época:

Acaba de cesar cualquier clase de resistencia organizada. Pestilentes nubes fecales (ahora de un hediondo color amarillento-tornasol) atraviesan el aire arrasando a su paso toda forma de vida (sin respiración) sobre las avenidas. Toda L'amerika de Morrison yace (ahora para siempre) bajo la inusitada

tormenta radiactivo-fecal-amarillenta: Llegaron finalmente hasta Chicago las amenazadoras nubes. (1981: 22)

La muerte, también temprana, de Alcover, a principios de los ochenta, nos privó de saber cuál habría sido la continuidad de su obra. Por lo demás, su desaparición constituye otro episodio más de la dispersión de este pequeño movimiento.

Aparte de estos autores, digamos, más emblemáticos, hubo otros con menos presencia en estas publicaciones pero que merecen un comentario. Uno de ellos fue Serafín Senosiain Erro, autor muy joven, que publicó textos en revistas como *Ajoblanco* y *Viejo Topo*, y que también colaboró con *Papeles de Son Armadans* y en el especial de «ficción especulativa» de *Zikkurat*. Un texto suyo, «Hic est drago caudam suam devorans», se inscribe plenamente dentro de la escritura «novaexpressionista». Senosiain escribió además un documentado ensayo sobre Antolín Rato que, al parecer, formaba parte de un más extenso trabajo universitario. A partir de los años ochenta, Senosiain publicaría varias obras, alejadas de la «nova expresión» y después se dedicaría a la edición, pero su nombre no es de los más mencionados dentro de los «novaexpressionistas». Otro autor, Carlos Agustín, aparece de forma muy discreta en esta historia, pero no queremos olvidarlo del todo. Este autor, que parece que también vivió en Mallorca o Ibiza algún tiempo, participó con dos poemas en la ya mencionada *Bomba literaria* de *Ajoblanco*, uno dedicado a Coltrane y otro al poeta *beat* Michael McClure. Después aparece con un relato en el especial de *Zikkurath* y poco después, en la misma revista, en 1979, publica un texto titulado «Napalm para el Ziquart», que constituye una especie de texto reflexivo y visionario sobre el carácter de la nueva ciencia ficción, y que establece una continuidad con Antolín Rato, entre otros.

Sobre este autor poco se sabe, pero es claro que estaba en la órbita del movimiento.

Hacia 1979, Antolín Rato y María Calonje convencieron a Fernando Fuenteamor del interés de pasar a hacer una revista con más ambición y formato comercial que pudiera llegar a los kioscos. Fuenteamor, por lo que sabemos, había renunciado al proyecto editorial y la idea le pareció buena. Hay que decir que *Zikkurath*, sobre todo con la desaparición de *Papeles de Son Armadans*, se había convertido en el refugio de todos estos escritores. Fuenteamor, ya desde hacía algunos años, había empezado a ver en la nueva ciencia ficción una forma de dignificar el género y ofrecer nuevas vías de exploración. También autor de diferentes textos narrativos, de momento había renunciado a su actividad de escritor para dedicarse de pleno a la edición de la revista y a la difusión de la ciencia ficción más experimental. Sus editoriales de *Zikkurath* reflejaban una posición clara frente a la marginación del mundo editorial de los autores de «ficción especulativa». Lo más curioso es que si agitadores como Fuenteamor se habían primero revelado contra la marginación en general de la ciencia-ficción frente a la cultura oficial, ahora luchaban contra la indiferencia que los popes de la ciencia-ficción más anquilosada dedicaban a los autores de la llamada «ficción especulativa». *Zikkurath* se había convertido en un omni dentro del mundo de la ciencia ficción, una publicación que se estaba arriesgando al atravesar las fronteras del género y explorar caminos no hollados.

Con la ayuda de una pequeña herencia familiar de Antolín Rato como capital, y aprovechando la lista de suscriptores de la revista, aquel grupo se lanzó entonces a la aventura de lanzar una revista mejor editada y más profesional. *Zikkurath*, segunda época, fue sin duda una revista de calidad, y aparte de traducciones de autores reconocidos como

Ballard, Watson, Spinrad, etc. y de textos de autores españoles, la revista se enriquecía con reseñas, reportajes y textos de críticos musicales como Ordovás o Manrique. Esta revista podría haber sido el espacio deseado para los autores de la nova expresión pero las ventas no eran suficientes y la distribución devoraba los pocos beneficios, por lo que las dificultades económicas acabaron con ella en 1982, que es cuando apareció el número 6, que fue el último.

¿Qué nos queda por decir pues sobre los «novaexpressionistas»? Una de las curiosidades del movimiento fue la referencia geográfica de Mallorca, en parte porque los *Papeles de Son Armadans* se editaban allí, o por la presencia de autores como Juan Alcover, pero también por otras coincidencias, como es el hecho de que Antolín Rato escribiera allí una parte de su tercera novela. También porque las Pitiusas fueran todavía uno de los lugares emblemáticos de la cultura *underground*, y allí se dieran cita escritores como Robert Graves o Robert Sheckley.

Por otro lado, el lector avisado se sorprenderá de ver que en estas páginas no se haya prestado mucha atención a Eduardo Haro Ibars, amigo cercano de Antolín Rato y junto con él el que llegó a tener una producción escrita publicada de mayor consideración. Haro Ibars publicó, en efecto, bastantes cuentos que podemos encuadrar dentro de una ciencia ficción experimental y siempre llena de referencias donde se mezcla la cultura juvenil con lo esotérico y lo truculento. Algunos de sus cuentos fueron reunidos más tarde en su libro *El polvo azul* (1985) y también se publicaría, a título póstumo, *Intersecciones*, con el trabajo de edición de su viejo amigo Antolín Rato y prologado en 1991 por sus padres, con una escritura plenamente impregnada del estilo «novaexpressionista» de la década de 1970. *Intersecciones* podría considerarse el

«testamento» narrativo de Haro Ibars, un resumen de sus obsesiones y temas favoritos, con la peculiaridad de que en sus páginas asistimos a los últimos años de vida del escritor en el Madrid de los ochenta, donde Haro Ibars alcanzó un cierto reconocimiento en la cultura juvenil y festiva de entonces. En cualquier caso, si no nos hemos referido de manera más sistemática a este autor es porque sobre él existe mucha información e incluso se ha publicado una detallada biografía y, más recientemente, una recopilación de una buena parte de sus artículos para *Triunfo*.

La «nova expresión», en aquellos pocos años, tuvo que enfrentarse tanto a la marginación del mundo editorial como a sus propias insuficiencias. Uno de los posibles reproches que se encontraban en el ensayo de *Papeles de Son Armadans* sobre la «nova expresión» era su excesiva dependencia del mundo de referencias culturales anglosajonas. Más allá de eso, el gran problema de una obra como la de Antolín Rato es que se estaba construyendo sobre las coordenadas de una civilización tecnológica que todavía era muy precaria en España. En ese sentido, sí podemos decir que era una literatura «para el futuro». En efecto, la muerte del sujeto individual, el control sobre la conciencia, la construcción de redes cibernéticas, el triunfo de la publicidad y del lenguaje de los *mass media*, la difusión de todo tipo de drogas, o incluso las formas del consumo más alienantes...todo ello solo podía ser comprendido a medias en un país que despertaba de una dictadura y donde el desarrollo económico y tecnológico todavía estaba lejos de tener la dimensión de otros países del área occidental. Tal vez las primeras novelas de aquella época de Antolín Rato se comprenderían mejor hoy.

Grupos literarios o artísticos como la «nova expresión» tuvieron una existencia

efímera en aquellos años finales de la década de 1970. Víctor Fuentes, como dijimos, no pudo, por distintos motivos, continuar con su trabajo de investigación sobre este grupo. Años más tarde, ya en los años noventa, les recordaría fugazmente en un artículo publicado en la revista *Claves de razón práctica*, para señalar justamente como estos autores, que tanto hicieron por abrir una brecha en la literatura moderna en castellano, no pudieron recoger los frutos de su trabajo, quedando como una experiencia colectiva marginal. Fuentes, en su novela *Morir en Isla Vista*, que es un experimento a caballo entre la autobiografía y la metaliteratura, publicada en 1999, no dejaba de acusar una cierta complicidad con la «nova expresión», y en una afirmación de las páginas finales de su libro («Hay que devolver la voz a los proscritos»; Fuentes: 212), podíamos encontrar tal vez una evocación cifrada del grupo de los años setenta.

Volvemos a insistir sobre el hecho de que el grupito «novaexpressionista» formaba parte de ese reflujo del movimiento *underground* internacional donde vagabundeaban tantos espléndidos y desdeñosos fracasados. Valga como epílogo estas emocionantes y a la vez divertidas palabras de Juan Alcover, de uno de sus textos para *Papeles de Son Armadans*, «El pasajero sinuoso»:

Porque verdaderamente nosotros
 éramos pasados éramos snobs éramos
 parnasianos éramos dandis éramos
 trovadores mensajeros del Renacimiento
Hipsters éramos *freaks* éramos renegados
 éramos bandidos éramos traficantes
 locos a sueldo de la contracultura [...]
 Tampoco estábamos dispuestos a aceptar
 sobre nuestras cabezas trayectorias
 personales el mundo o la soberanía de
 ninguna ideología ni de ningún estado.
 [...] Pero me temo que nos daba igual,

—¿acceder a la virtud que permanece inalterable siempre, ganar algún final heroico para las bibliotecas, lograr alcanzar alguna meta los primeros y todos esos estereotipados gananciales? — pues todas esas utopías nos dejaban fríos, nosotros únicamente vivíamos con la esperanza de lograr conservar hasta el final nuestra inocencia intacta. (1977: 280-81)

Jaime Rosal y *Sisabana*

Dentro de todo este cruce de influencias y complicidades nos queda por hablar de Jaime Rosal del Castillo. De la misma generación que Mariano Antolín Rato, comparte con éste, su pasión por la literatura *beat*, la nueva ciencia ficción, el rock, el jazz... Y también como Antolín Rato, además de escritor, hizo labor de publicista introduciendo autores y obras al público español. Amigo de Luis Vigil, participa a menudo en la revista *Nueva Dimensión*, y poco después, en la revista *Star*, donde aparte de escribir artículos, como el ya citado sobre la SF, se encargará de la colección *Star Books*, posiblemente la colección de libros contraculturales más legendaria de aquellos años.

A partir de esa labor, Rosal, que ya se había distinguido como editor pionero de fanzines de ciencia ficción, irá publicando textos de narrativa en *Nueva Dimensión*. En 1977, dentro de la colección *Star Books*, publica su primer libro, un conjunto de relatos titulado *Las falsas ceremonias*, con prólogo de Luis Vigil. La particularidad de este libro es que cada relato responde a una motivación diferente, tanto por el tema tratado como por el estilo. No existe una unidad, lo que parece deliberado. En el libro nos topamos con un cuento experimental como

«El puente», una crónica sentimental, «Debo al jazz», una descripción cercana al nuevo periodismo, «Descripción de un concierto», o un largo cuento que da título al libro, «Las falsas ceremonias», donde resuena la influencia del boom sudamericano. No obstante, el cuento «La eterna selva» me parece claramente inspirado por la ciencia ficción de tipo crítico y especulativo de la década de 1960.

Rosal es un autor que ensaya temas y estilos. De esa época no ha dejado una obra de una amplitud suficiente como para considerarle un autor emblemático, como lo podría ser Antolín Rato. Sus tentativas apuntan en direcciones diversas, y si alguno de sus primeros cuentos publicado en *Nueva Dimensión*, pienso en su fábula «Érase una vez», pueden encuadrarse dentro de una tradición de ciencia ficción humanista y melancólica, más tarde se aproximará a esa escritura propia de la ciencia ficción especulativa y contracultural. Uno de sus primeros cuentos, publicado en *Zikkurath 2000*, en 1975, «La locomotora que deshojaba margaritas» es un cuento que tiene mucho que ver con la línea de la nueva ciencia ficción especulativa. Su tema es justamente la utilización del LSD en una sociedad futura, cínica y pragmática, dispuesta a servirse de lo irracional para conseguir fines útiles a los poderes en curso. Un cuento como «Terminal Masurai», que publicó a la vez en *Star* y en *Nueva Dimensión*, me parece también representativo de esta tendencia, y allí se mezclan las influencias de Spinrad y Burroughs. Uno de los últimos cuentos que publicaría en *ND*, «Mistha Wallace, está usted muerto», que ya había salido antes en *Zikkurath*, mezcla de realismo ácido y de crítica social, dentro de un marco futurista, responde igualmente a estas preocupaciones. Es una pena que Rosal no intentara desarrollar esta tendencia, poco

explorada en este país, y se atreviera a construir una novela.

En realidad, la única novela que Rosal produjo en aquella época es *Sisabana* (1979), publicada por Laertes. Si nos referimos a ella no es porque sea una novela de ciencia ficción sino porque, volviendo a una escritura entre «nuevo periodismo», crónica sentimental e introspección literaria, *Sisabana* es también, en cierto modo, una novela sobre la contracultura y que además tiene como pretexto la ciencia ficción. El libro reconstruye un viaje imaginario que tiene un fondo real. En el verano de 1976, Rosal, junto con Luis Vigil y el director de *Star*, Juan José Fernández, emprenderían un viaje hacia Polonia, para asistir al congreso sobre ciencia ficción que se celebraría en Poznan. La mujer del relato podría ser la compañera de Rosal. En su periplo hacia la convención, el grupo da un rodeo por Suecia. Cada capítulo del libro es introducido por un breve texto donde el autor se interpela a sí mismo por la naturaleza y motivación de su actividad. El tono del texto es desmitificador, irónico, a veces desternillante. Un prodigio de *auto-dérision*, como dirían los franceses.

Curiosamente, publicado en 1979, *Sisabana* podría servir como balance improvisado del movimiento contracultural que Rosal había vivido en Barcelona en aquellos años. El encuentro con una enrollada autoestopista catalana, dentro de la narración, será el pretexto de rendir cuentas sobre el fracaso de la utopía hippie. Se percibe pues, claramente, el trasfondo del libro y de lo que Rosal desea transmitir. Los elementos autobiográficos aparecen de vez en cuando. En un momento del relato en que se encuentran todos hablando de ciencia ficción el personaje de Jorge explica:

Pues para mí la space-opera ya no es santo de mi devoción, confiesa Jorge que se interesa en [*sic!*] la ciencia-ficción

sociológica, a mí me gustan los autores de la new-wave: Spinrad, Ellison, Zelazny, Dick y Farmer cuando tiene el día bueno, si te gustan están [*sic!*], también te debe gustar Moorcock, y Saúl interviene porque está traduciendo un cuento de Moorcock que es una pasada —a ver como traduce eso de pasada a Stig— terrible: un camionero que conduce una autopista y se ha forrado de anfetaminas para no dormirse recoge a un caminante: nada menos que el fantasma de Jimmy Hendrix. (1979: 151)

Sisabana, es de suponer, cierra una etapa de la vida de un escritor así como una etapa de la historia contracultural española, esa que va de 1969 a 1979, y que nos deja a las puertas de la década de 1980 y de la nueva sensibilidad (o insensibilidad) que se estaba fraguando.

Rosal continuó durante algún tiempo escribiendo relatos y participó en la revista *Zikkurath*. Después iniciaría otras andaduras, dentro del campo de la literatura y de la edición, quedando su obra de este período sepultada en el olvido. En el año 2012, participó en el libro conmemorativo de la revista *Nueva Dimensión*, para señalar justamente como la ciencia ficción se había «normalizado», entrando a formar parte del conjunto de enseres inofensivos que rodean nuestra vida cotidiana. Falleció en 2019, dejando una obra, especialmente la de los setenta, poco conocida.

Víctor Zalbidea y *La perversa obra de Godo*

Hablando de memoria sepultada, no podemos cerrar este ensayo sin evocar una figura que, aunque solo sea de manera tangencial, podría entrar en este recuento de literatura fantástica y experimental en contacto vivo con

la contracultura setentera. Nos referimos al valenciano Víctor Zalbidea.

Zalbidea es un autor extraño a este mundo de la nueva ciencia ficción norteamericana. Que yo sepa, aunque pudo tener algún tipo de contacto fugaz con gente como Eduardo Haro Ibars, nunca participó en fanzines o publicaciones de ciencia ficción, y me consta que entre sus influencias no estaban los autores angloamericanos ya mencionados.

Zalbidea venía de la experiencia del teatro universitario en la sombría universidad franquista. Escribió numerosas obras de teatro experimental en la década de 1960 y estuvo en contacto con figuras como Arrabal. Sus influencias podían ser tanto Antonin Artaud y el movimiento Pánico, como Franz Kafka, Georg Trakl o Witold Gombrowicz. También en el período universitario escribió numerosos cuentos cortos que fueron publicados de manera dispersa. Estos cuentos, entre otros textos, son los que me dan pie para incluir a Zalbidea en este ensayo.

Como tanta gente de su generación, Víctor Zalbidea pertenece al movimiento contracultural que alcanzó España a finales de los años sesenta. Junto a su compañera Victoria Paniagua y el legendario poeta Carlos Oroza, montaron el primer número de la revista *Tropos*, que apareció en 1971. Esta publicación nunca es tenida en cuenta dentro de los esfuerzos que se han hecho recientemente para rescatar la cultura contestataria de aquella época. Es verdad que *Tropos* estaba más enmarcada en una línea de revista de vanguardias, ligada a la literatura y el arte experimental, con una difusión muy orientada hacia una cierta intelectualidad y *artistariado* progresista. El eclecticismo de *Tropos* navegaba entre el arte de vanguardia y la alquimia, Ezra Pound y John Lennon, el surrealismo y el teatro del grupo ZAJ, William Burroughs y Wilhem Reich... Pero es verdad

que el interés centrado en este último autor, al que le dedican artículos en varios números de la publicación, la convierte en precursora de aquella generación, anticipando inquietudes como la liberación sexual, la heresía científica o la antipsiquiatría, tan al gusto de la época.

Más allá de la experiencia de *Tropos*, de la que aparecieron, sino me equivoco, seis números entre 1971 y 1973, Zalbidea escribió y publicó una libérrima versión de *Titus Andronicus* de Shakespeare (Fundamentos, 1972), una novela experimental en clave pop, *Mide el cuerpo de Marisol* (1973) y participó en un libro colectivo sobre *Alquimia y ocultismo* (Barral 1973). Como se ve, el mundo de influencias y lecturas de Zalbidea es muy rico y le sitúan en unas latitudes bastante alejadas de la literatura considerada como seria y aceptable por entonces.

En 1977, se reúnen y editan los cuentos de juventud de Zalbidea, en un libro que se titulará *Relatos de la universidad. Relatos de terror/relatos de ficción*. En el comentario que Miguel Bayón escribió sobre el libro para la revista *Triunfo*, aprovecharía para evocar la figura del autor e insistir sobre su deuda con Gombrowicz.

Los relatos de la época de la universidad están entre lo mejor de la producción de Zalbidea. Estos cuentos, narrados con un estilo que asombra por su sencillez, nos introducen en un mundo de miedo y de obsesión, de pérdida y de extrañamiento. Pero también de humor negro. El ambiente que dejan entrever es el de las grandes urbes, donde el individuo es obligado a acomodarse a la casilla que un despotismo venerable le asigna.

En la misma época, Zalbidea publicaría, en su propia editorial *Tropos*, el libro *Drácula y la mujer fálica*, que le sitúa en un experimento entre la literatura de kiosco, el pastiche psicoanalítico y la provocación contracultural. Este relato y otros que producirá, y que serán

reunidos en el libro *El sexo doble*, se desarrollan siempre dentro de un marco entre humorístico y transgresor, con la cuestión de la androginia y la bisexualidad como pretexto. También publicaría poco después un libro sobre los ovnis.

Vampirismo, ovnis, ocultismo, parapsicología, alquimia, androginia, bisexualidad... Zalbidea juega con todos estos elementos, entre lo lúdico, lo morboso y lo existencial, transgrediendo siempre los límites de la cultura oficial. La fusión entre lo rechazado por esta cultura con todo lo que forma parte de ese fondo supersticioso popular y la cultura psicoanalítica de Reich, constituye la tentativa de Zalbidea.

Con su última producción de aquella época, *La perversa obra de Godo. Un libro P.E.F. (Un libro Político-Erótico-Ficción)* (1978), Zalbidea reúne un poco todos los elementos y obsesiones de más de una década y construye una obra de ficción emparentada con sus relatos, pero con un mayor aliento y ambición. *La perversa obra de Godo* es una obra maldita e incomprensible. Con un radicalismo parejo al de un Antolín Rato, pero en una clave completamente diferente, Zalbidea levanta un mundo-ciudad de ficción, cerrado sobre sí mismo y donde episodios y situaciones se van sucediendo para incrementar nuestra sensación de misterio. El humor está presente porque, como en otros muchos textos de Zalbidea, todo puede tratarse de una broma desquiciante, de un asalto a nuestra cultura jerarquizada. Con el formato de una historieta o de una película en serie de aventuras, *Godo* es también el relato del Poder y de la temible Ciudad Ideal platónica.

¿Cuál podría ser la perversa obra de Godo? Tal vez la ciudad tiránica que rechaza hacia las afueras todo lo que no se somete a su principio, para después ir absorbiéndolo poco a poco. En el libro la confrontación entre el Circo y la Ciudad nos sitúa en la contraposición entre

el principio disecador de la vida y ese otro principio inasible que es manifestación pura de la alegría y la libertad. Dedicado, entre otros, a Gombrowicz y Reich, el libro podría ser leído, en efecto, como el relato de aventuras aparentemente inocente que denuncia las tensiones y miserias del «desierto emocional» descrito por Reich.

Que sepamos, desde finales de la década de 1970, Zalbidea ya no volvió a hacer incursiones en la narrativa, centrándose en su grupo de teatro y en una producción dramática en los márgenes.

Conclusión

Como hemos podido ver, a principios de la década de 1970 empiezan a llegar a España los ecos de la literatura de ciencia ficción angloamericana claramente vinculada al movimiento contracultural. No se puede decir que en España hubiera una respuesta masiva a este fenómeno; muy al contrario, este se expresó en el ambiente de grupos minoritarios. Las obras de autores como Dick, Spinrad, Ballard, Moorcock o Silverberg no eran una simple anécdota de la cultura rupturista de la época sino que en muchos aspectos podemos afirmar que fue la expresión literaria más representativa de la conciencia contracultural, de los cambios radicales por los que estaban atravesando las naciones desarrolladas de Occidente. Curiosamente, la experimentación efectuada en la escritura de la ciencia ficción de aquella época era equivalente a lo que podía estar ocurriendo en la música, la historieta, el grafismo o el cine, por no hablar de las experiencias vitales basadas en la utilización de drogas o en las prácticas espirituales orientales. La ciencia ficción fue pues un terreno de exploración donde la cultura adulta y más convencional se dio la mano con

formas de expresión juveniles y rupturistas. Aquella exploración se reveló como una fértil operación de renovación creativa de la que todavía nos llegan ecos. Así lo entendió un autor como Antolín Rato, cuyas obras analizamos aquí, y así lo entendieron otros autores y editores citados en el ensayo. Revistas como *Zikkurath*, *Star* o *Nueva Dimensión*, en la década de 1970, ayudaron a difundir este tipo de literatura que suponía tanto la subversión de un género como la apertura a otros espacios de experimentación artística.

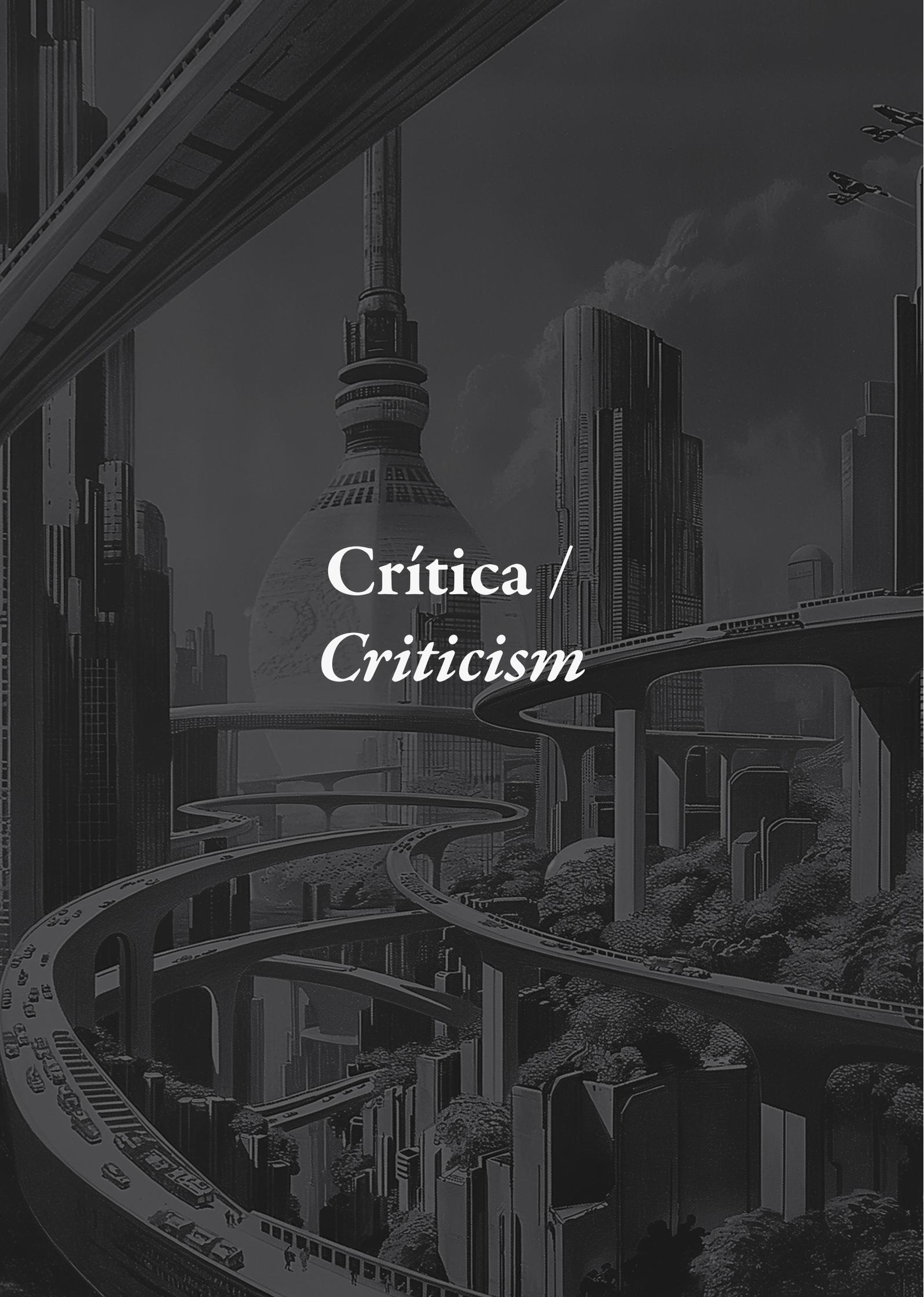
Agradecimientos:

Para la escritura de este texto tengo que agradecer a Víctor Fuentes el amable envío de documentos y cartas que databan de la época de su ponencia sobre la «nova expresión», en la universidad de Yale. Igualmente, debo agradecer a Mariano Antolín Rato el que me aclarara ciertas dudas y me proporcionara algunos datos sobre los autores de la «nova expresión». También merecen mi agradecimiento Fernando Fuenteamor, por sus comentarios y respuestas sobre la época de *Zikkurath*, y Óscar Barrero, por el envío de su texto. Finalmente, este texto es también un homenaje personal a Víctor Zalbidea.

Referencias bibliográficas

- AGUSTÍN, Carlos (1979), «Napalm para el Ziquart», *Zikkurath 1/17*: 14-19.
- ALCOVER, Juan (1976). «El rollo que no cesa», *Papeles de Son Armadans*, 239: 167-170.
- _____ (1977). «Timothy Leary reaparece vendiendo esperanza», *Star*, 24: 35.
- _____ (1977). «El pasajero sinuoso», *Papeles de Son Armadans*, 252: 277-281.
- _____ (1981). «Escenas de la resistencia», *Zikkurath*, 3: 20-25.
- ANTOLÍN RATO, Mariano (1973) *Cuando 900 000 mil mach aprox.* Madrid: Azanca.
- _____ (1975). *De Vulgari Zyklon B manifestante.* Madrid: Azanca.
- _____ (1976). «Hawkwind. En el borde del tiempo», *Disco Expres*, 403: 4.
- _____ (1977a). «Ficción especulativa y realismo psíquico», *Nueva Dimensión*, 86: 135-144.
- _____ (1977b). «Selfentrevista», *Zikkurath 2012*: 17-22.
- _____ (1978a). *Entre espacios intermedios WHAAM!* Barcelona: Ucronía.
- _____ (1978b). «Manual de escritura» (entrevista), *Pueblo*, 28 de junio.
- _____ (1979). «Variantes psicóticas y mundos arañas», *El Viejo Topo*, 33: 68-72.
- _____ (1978a). «Ante mi próxima novela: *Mundo Araña*» (hoja suelta). Madrid: Hiperión.
- _____ (1978b). *Mundo Araña.* Madrid: Hiperión.
- _____ (1984). *Campos unificados de conciencia.* Madrid: Cátedra.
- ARDILLO, José. (2023), «Desnudo antes el espejo de sus lágrimas. Vida, poesía y enigma de Alfonso Español». *Cuadernos Cehimo* (Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio), 46: 115-132.
- BARRERO PÉREZ, Oscar. (1991). «“Para una sintaxis de la desesperación”. La novela experimental española», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 16: 227-252.
- CINCA MONTERDE, Javier. (2014). *Dramatis Personae.* Zaragoza: Ediciones STI.

- CALONJE, Asís. (1978). «Conversación entre Mariano Antolín Rato y Asís Calonje», *Zikkurath 2016*: 20-22.
- _____. (1978). «He encontrado la felicidad en el mal», *Zikkurath*, 15: 63-68.
- _____. (1981). «La caída de los estupefacientes», *Zikkurath*, 5: 40-48.
- ESPAÑOL, Alfonso (1980). «Intra», *Zikkurath 3/4*: 75-79.
- FUENTEAMOR, Fernando (1977a). «Rizoma, multiplicidad e inconsciente», *Zikkurath*, 2011: 6-8.
- _____. (1977b). «El verdadero rostro de la ciencia-ficción», *Ozono*, 23: 64-66.
- _____. (1978a). «Estadía», *Zikkurath*, 15: 35-40.
- _____. (1978b). «Jim G. Ballard y los realismos imaginarios», *El Viejo Topo*, 19: 68-71.
- _____. (1980). «Reseña de *Sisabana*», *Zikkurath 3/4*: 96.
- _____. (1985). «El conceptismo cibernético de Mariano Antolín Rato», *Cuadernos del Norte*, 31: 93.
- FIGUERAS, Juana, & Argylas COURAGE (1977). «La “nova expresión” narrativa española», *Papeles de Son Armadans*, 250: 23-46.
- FUENTES, Víctor (1997). «Los nuevos novísimos narradores de la generación X», *Claves de Razón Práctica*, 76: 65-70.
- _____. (1999). *Morir en Isla Vista*. Zaragoza: Prames.
- GIL CASADO, Pablo. (1990) *La novela deshumanizada española 1958-1988*. Barcelona: Anthropos.
- HARO IBARS, Eduardo. (1985). *El polvo azul. Relatos del nuevo mundo eléctrico*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- _____. (1991). *Intersecciones*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- HORMIGO CONDE, Daniel (2018). *Memoria*. Universidad de Valladolid.
- LUDWALL, Sam J. (1977). *King-Kong Blues*. Barcelona: Dronte.
- NADAL, José María (1979). «Las palabras de Alfonso Español». *Ecos del Cinca* (19 de mayo).
- ROSAL, Jaime. (1974). «Sobre *Forastero en Tierra Extraña*», *Nueva Dimensión*, 57, 114-123.
- _____. (1976). «Reseña de *Incordie a Jack Barron* de Norman Spinrad», *Nueva Dimensión*, 80: 136-137.
- _____. (1976): «La nueva ciencia-ficción», *Star*, 19: 45-47.
- _____. (1977): *Las falsas ceremonias*. Barcelona: Producciones Editoriales.
- _____. (1979): *Sisabana*. Barcelona: Laertes
- _____. (1982): «Estrategia de mesa», *Zikkurath*, 5: 40-43.
- SENOSIAÍN ERRO, Serafín. (1975). «Mariano Antolín Rato: una literatura para el futuro», *Papeles de Son Armadans*, 236-237: 215-239.
- _____. (1978a). «Hic est drago caudam suam devorans», *Papeles de Son Armadans*, 265: 47-58.
- _____. (1978b). «La matanza de los ciempiés», *Zikkurath*, 15: 40-43.
- SILVERBERG, Robert. (1987). *El libro de los cráneos*. Barcelona: Ediciones B.
- TERRAZAS, Valentín (1975). «Antolín: No Apto», *Disco Expres*, 355: 6.
- WATSON, Ian. (1985). *Empotrados*. Buenos Aires: Orbis.
- ZALBIDEA, Víctor. (1977). *Relatos de la universidad*. Madrid: Tropos.
- _____. (1978). *La perversa obra de Godo*, Madrid: Sicania.



Crítica /
Criticism

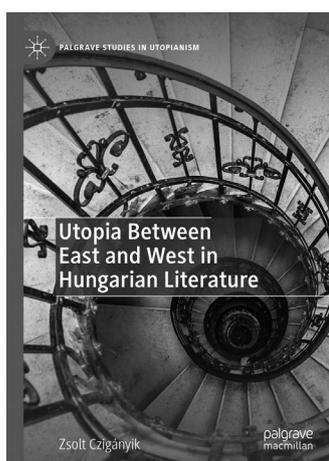


© Mariano Martín Rodríguez

Hungarian Utopias: A Landmark History

MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Independent scholar



Zsolt CZIGÁNYIK

*Utopia Between East and West in Hungarian
Literature*

Cham: Palgrave MacMillan, 2022, 252 p.

It is a well-known fact that any literary work not written in English risks today being ignored in any survey on a particular genre or subgenre, regardless of the originality and inner intellectual and aesthetic strengths of the non-Anglophone works and literary traditions considered. Moreover, since so few works written in languages other than English are translated into this language (less than 5% of its whole yearly publishing output!), that risk tends to become a certainty due to the utter ignorance of anything that is now being written, or that has been written, in the larger world out of the Anglosphere. We can still rely on the scholarly translations made in the non-distant past when no self-respecting scholars, as well as educated readers, could satisfy themselves with reading just English, and when the command of

French, German and/or other European major languages—and even of other languages such as the Asian ones learnt and translated by the now academically infamous ‘Orientalists’—was a mark of the cultivated person. The so-called French philosophers, the *maîtres-à-penser* and founding parents of Postmodernism from its beginning to its current woke developments, were probably read in their French original, whereas it is difficult to find nowadays in scholarly essays written in English (and even in other languages!) any quotation from them not stemming from English translations of their works, although these translations are often of doubtful value, given the confusing and laboured writing of most of those French philosophers...

Current knowledge and understanding of non-Anglophone literary cultures and traditions seems now to be defective at best. Consequently, distorted views of the past and present of civilisations expressing themselves in other languages than English are the unavoidable result of a combination of ignorance and of unchecked biases stemming from the particular cultural history and national traditions of Anglophone countries. Those views become quickly received, mainstream truths worldwide in a context in which English is virtually the only language globally understood by scholars. If more solid evidence in any national language refutes those ‘truths’ concocted by Anglophone academics and media, all the worse for that evidence: it will remain unknown and unoperative.

Since there are no signs that this situation can be reverted in the near future, it is the task of national researchers, at least in the field of literary studies where the language itself is of paramount importance, to counter bias and ignorance by presenting their own literature in English, albeit on the basis of a first-hand, deep

knowledge of the relevant tradition and cultural milieu. However, this is a risky endeavour. If they deviate too much from widely held views in the global academia, their arguments can be seen as too unorthodox to be taken into account, as Spanish-speaking historians adverse to the black legend regarding the alleged genocide of pre-Hispanic nations in the Americas usually encounter when they provide hard proof substantiating their historical argumentation. Other linguistic nations considered relatively minor in the course of history from a geopolitical perspective, such as the Central Europeans ones, fare better in this respect, but they can still be subjected to some historical and cultural misrepresentation. Hungary, whose national language is little known out of its area, could be a good example of this sad reality.

Due to the occupation by Soviet troops following World War II, Hungary became a part of the so-called ‘Eastern Bloc.’ Therefore, a country that had consistently been Western in European terms, being mostly Roman Catholic and having contributed to Western European fine arts, architecture and literature for most of its history, despite enduring a purely political Ottoman occupation for a couple of centuries, became as ‘Eastern’ as Russia, the main cultural nation of the occupying Soviet Union. Following the fall of European Communism, Hungary officially regained its position as a Central European state, but it seems not to have really embraced it, at least if we are to judge from the title of an otherwise masterful book in English greatly contributing to utopian studies, and also to studies on speculative and science fiction, thanks to its thorough presentation of utopian literature written in Hungarian along the centuries, from its origins in the 16th century. Its author, Zsolt Czigányik, who is a renowned specialist in utopian literature, has

titled his history *Utopia between East and West in Hungarian Literature*, East and West being there cultural, rather than merely geographic concepts. The West would be Western Europe, whereas the East is an enlarged Asia that would encompass the Eastern European lands where Orthodox Christianity of Byzantine origin is prevalent, leaving Central Europe, this to say, the nations placed between German and Russian lands, as a kind of “transitory area between Western Europe and the real East, that is Asia” (5). This transition area, also called *borderlands* by the author, underpins his “concept of liminality” as an instrument to understand Hungarian culture, including its utopian literature. According to this book, “permanent liminality is a general state of affairs in Central Europe”, because their societies are in a “state of constant change,” in particular “from structures of totalitarian/controlled societies and democracy, between Eastern and Western patterns of building society” (10). However, if liminality depends on constant political change from authoritarian to liberal rule, and the opposite movement from democracy to dictatorship, it would seem that the whole continent of Europe should be considered a liminal domain between “the Occident and the Orient” (10) even in modern times following the French Revolution. Western European cultural superpowers such as France and Germany had all kinds of authoritarian and democratic regimes along the 19th and 20th centuries, thus being in a “state of constant change” both politically and culturally in a very similar manner to Hungary within the framework of the later empire of the Habsburgs, as well as an independent country. Its literature, including its utopias, bears few traces of a liminality that would be essentially different from German ‘liminality’ in its context, having

followed very similar cultural trends, including in their emphasis on ethnic nationalism.

On the other hand, if we are to keep the implied political opposition between East and West, we would be forced to consider that the British Monarchy as the only ‘Western’ nation of Europe, the only long-lasting democracy in that continent. Adding the United States and the British former dominions overseas, it is then implied that the West is only the main, dominant part of the Anglosphere. All the others are really Eastern, not really civilised: all liminal. This corollary is certainly not fully shared by the author, who adopts a more nuanced approach and who quotes several historians of culture, even from Hungary, for that matter. However, it suggests how our (European) worldview is currently shaped by the Anglophone perspective, either subconsciously or as a strategy to facilitate the reception of the book among Anglophone readers who might, subconsciously or not, share the view of that divide and the connotated values coming with it. Writing in English on a Hungarian topic, or on any other international topic can hardly escape a certain amount of cultural Anglocentrism, but this is probably a custom duty that must be paid if one wishes to be globally heard.

After having thus paid this duty in the first pages of the introduction to the book, Czigányik leaves the matter as it stands and undertakes the more rewarding task of laying the theoretical foundations for his history. Utopias have been widely discussed. The author succeeds in summarising in a very pleasant and clear manner the main terms and conclusions of that discussion. First of all, utopias are not usually considered a literary genre, but also a political concept, both in theory and in practice. This double meaning generates ambiguity. In utopia, “the border between fact and fiction is

by no means clear-cut and obvious”: it belongs to the realm of fiction, but has “a very strong link to social reality” (16). In fact, social sciences have often analysed utopian works of literature using their own epistemological tools, and this fact cannot be overlooked if a cultural approach is adopted. However, it could be argued that political utopianism is the result of a conceptual and historical abuse of the term ‘utopia.’ The ‘utopian’ section of Thomas Morus’ *Utopia* was pure fiction, a secondary world “isolated from the actual historical context” (22). Therefore, it has mostly a literary sense, and this sense is underpinned by irony, precisely one of the most literary tropes. Utopia was firstly and primarily fictional, and its study as literature does not need, therefore, to be explained or justified. On the contrary, it should be for political theorists to explain why they use works of imagination as a basis for their analyses and even as blueprints to be put into practice on our primary world. By downplaying the fictional nature of utopia, they forget the essential ambiguity of meaning of any work of literary art. Since Czigányik is above all a literary scholar, he rightly signals this sort of ambiguity in utopias, in particular with regard to authorial intention.

Since Morus, the distinction between positive (e)utopia and its negative counterpart, the dystopia, is very hard to define; literary ambiguity usually prevents it, especially in the few utopias and the many dystopias that we still read due to their being primarily successful as ‘literature.’ Satire, the putative parent of dystopia is, at any case, more easily digestible than the thinly fictionalised presentations of a particular ideology that often mar utopias as pleasurable reading matter. However, utopia is perhaps the more ‘political’ of fictional genres, and Czigányik’s approach does justice to this fact. This is especially clear in the introduction, where a more extensive use of

narratology, in the manner of Corin Braga’s *Pour une morphologie du genre utopique* (2018), would have been welcome to escape ‘authorial intention’ for good. Fortunately, the thorough literary discussion of significant Hungarian utopian works returns politics to its due ancillary position.

After an illuminating chapter titled “The circulation of Utopian Ideals in Hungary” that offers a clear and useful “overview of Hungarian Utopian literature,” as well as a complete history of Morus’ *Utopia* in the Hungarian lands, every following chapter is devoted to a single author (all of them men) and his utopian work(s) until the end of World War II, thus securing the right historical distance so well adapted to the dispassionate perspective embraced by Czigányik. All of them could serve, indeed, as models for deep, sensible, extensive and diverse literary hermeneutics. The historical and political context of each work is also explained in a comprehensive and convincing way, helping international readers to be better familiarised with Hungarian culture, its circumstances and its often unsuspected richness. Despite a relative neglect by Hungarian literary historians, according to the author, his survey brilliantly proves that such neglect is undeserved, especially if we consider that utopian fiction seems to be an important feature of Hungarian literature, at least from the 19th century onwards. After a typical work of the late Enlightenment, György Bessenyei’s *Tariménes Utazása* (*The Voyage of Tarimenes*, 1804), utopian fiction appears as a part of one of the most canonical works of that literature, Imre Madách’s drama *Az ember tragédiája* (*The Tragedy of Man*, 1861). This is a “complex allegory of mankind’s history” (95) from the mythical times of Adam and Eve to a far future where mankind is due to perish in during an entropic ice age. One of the scenes

is set in a future phalanstery organised along nightmarish scientific lines turning it in one of the first fictional examples of full-fledged totalitarian state. This dystopia is relativized by the dialectic succession of different social and political forms of organisation in history. Readers can enjoy this masterpiece in several languages, including English. This is not the case, unfortunately, of a further example of combination of utopia and science fictional anticipation. *A jövő század regénye* (The Novel of the Coming Century, 1872-1874) is a monumental narrative by another Hungarian canonical writer, the productive novelist Mór Jókai. The book is a nationalist fantasy on the foundation of a technological utopia following a future invasion of Austro-Hungarian lands by a totalitarian state successor to the Tsarist empire and inspired by contemporary Russian political nihilism. Thus, utopian and dystopian perspectives are confronted both theoretically and in practice within the novel, with the utopian drive winning the day in the end.

Jókai's trust in technology, namely in aviation applied to war, as harbinger of peace makes of the book a rare example of "utopia proper" in Hungarian literature. Later authors were not as optimistic, or naive. Mihály Babits, a further canonical writer and one of the leading intellectuals of interwar Hungary, corrected Jókai's vision by presenting in his novel *Elza pilóta vagy a tökéletes társadalom* (Pilot Elza or the Perfect Society, 1933), a future society where aerial bombings are common in a context of total warfare. The novel's subtitle is intended to be ironic: total war brings about total state control. Freedom in the private sphere is more or less preserved; sexual promiscuity and homosexuality are common. However, this freedom is allowed, among others, because partners die so often and fast that any meaningful relationship is excluded, and it

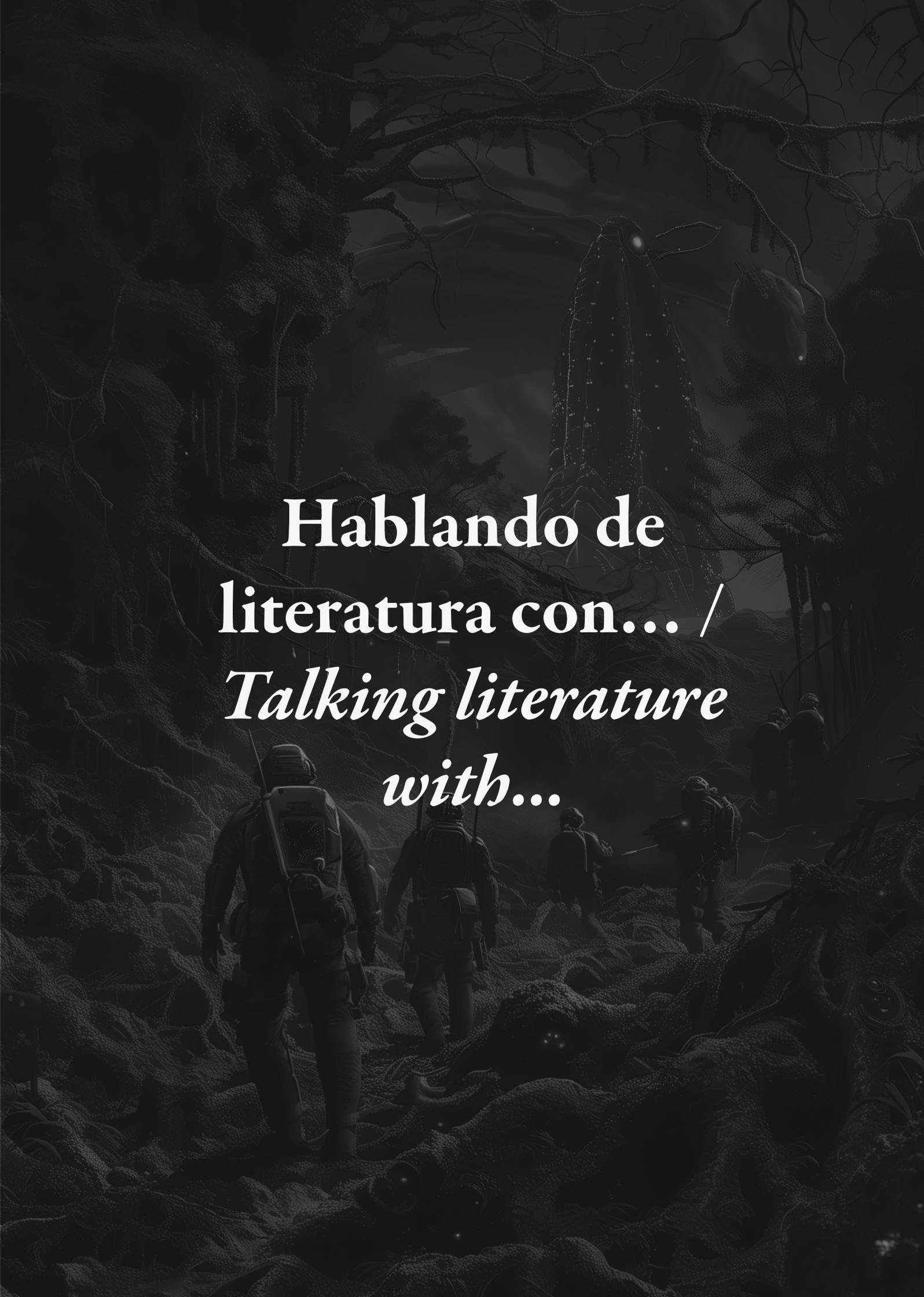
cannot be opposed to the State as it is in George Orwell's famous dystopia *Nineteen Eighty-Four* (1949). Totalitarianism is the undisputed norm in Babits' novel, whatever individual suffering it entails. However, Babits' narrative can be read using the same hermeneutic tools than other contemporary European dystopias from that golden age of totalitarianism.

Horrific societies are also portrayed in a series of Hungarian narratives that, taken together, perhaps constitute the main corpus of Gulliverian worldwide from a literary point of view. Sequels to *Gulliver's Travels* by Jonathan Swift have been many until our very own times, but few can rival the ones written by two Hungarian authors in the first half of the 20th century. The first two of those Hungarian sequels are, respectively, *Farecido* (1916) and *Capillaria* (1921), both translated into English. The former is written as it were Gulliver's fifth travel, that this time brings him to a land where machines rule, while organic life is considered "unnatural and incapable of the happy and harmonious existence of the inorganic intellect" (162). Humans are the disease of existence if compared to the machines, which are peaceful and thrive for mental perfection as opposed of a predatory species such as humankind is, according to this story. Swiftian irony prevents, however, to consider its anthropology as purely pessimistic. The same can be said of Gulliver's sixth voyage to Capillaria, an underwater civilisation of beings whose society is divided by sexes, the females being larger and more powerful than the males, whom they use as sources of pleasure, both sexual and culinary (they eat them). Women devote their life to sensual pleasures, whereas males are satirised for their undertaking meaningless tasks not unlike contemporary men in Hungary and the world. Both works deny their apparent misanthropy and misogyny precisely through

their “complex thesis–antithesis game”, which is also a “complex game of irony” so radical as to remain unequalled in his own and later times, although his sort of gulliveriana was later cultivated almost as brilliantly by Sándor Szathmári in *Kazohinia* (1942). This novel, which can be read in English translation as well, shows two very different kinds of society co-existing in the land of Kazohinia. The first and main one, that of the Behins, seems a technological paradise, where all material needs of the inhabitants are satisfied, but there is a total uniformity of habits and looks, while arts and entertainment are virtually unknown, as is any emotional interaction among people; rules are not enforced from above, because they are internalised by the population. On the other hand, the second group of Kazohinians, the Hins, are governed by “crazy rituals and irrational concepts” (207). Their anarchism ends up by being as destructive of the individual as the collective totalitarianism that has become “second nature” among the Behins (p. 31). Szathmári, however, does not target a particular ideology or political practice. His approach, as Karinthy’s was, is primarily anthropological or even philosophical. In both writers, as well as in Madách, Babits and other great Hungarian authors of utopian fiction, human civilisation can take an exhilarating or, more often and likely, a terrifying turn depending on the passions of the mind that end up by prevailing in the future or alternate societies so imaginatively described by them. Rather than warnings against the dangers of concrete political ideologies and practices, rather than endorsements of them, Hungarian literary utopianism seems to invite us to reflect on our essential shortcomings as human beings

in any time and place. It is, therefore, starkly universal, even when it focuses on Hungary, as it happens in Bessenyei’s and Jókai’s works. It is a literature that eschews the topical interest that limits the appeal of utopian literature in more politicised contexts, such as it is often the case in Britain and America. Ideology pervades even masterpieces such as those by George Orwell or Margaret Atwood, who were written as political weapons.

Hungarian utopian writers can also “contribute to avoiding a dystopian future” (p244), which is one of the main uses of utopian fiction according to Czigányik, but they do not usually put particular labels on that dystopian future. Their concern is human nature understood as a dialectic combination of thesis and antithesis, evil and good, to be considered in all its diversity. This is perhaps why Hungarian utopias are usually ambiguous and, therefore, deeply literary in the best sense of the term. It was to be expected given the fact that most of their authors are modern classics. Hungarian utopianism had the luck to have attracted some of the best Hungarian writers. Now it would be desirable that this scholarly superb contribution of Czigányik’s book to the understanding of utopia as “a complex literary genre in the richness of various national traditions” (244) would be supplemented by translations into English and other languages of the discussed works still demanding the command of the Hungarian language in order to be enjoyed. If it failed to spark the interest of translators and foreign publishers, let us hope at least that it will be rivalled by further literary historians of those “various national traditions,” for whom this book should serve as a model for sound literary scholarship.



**Hablando de
literatura con... /**
*Talking literature
with...*

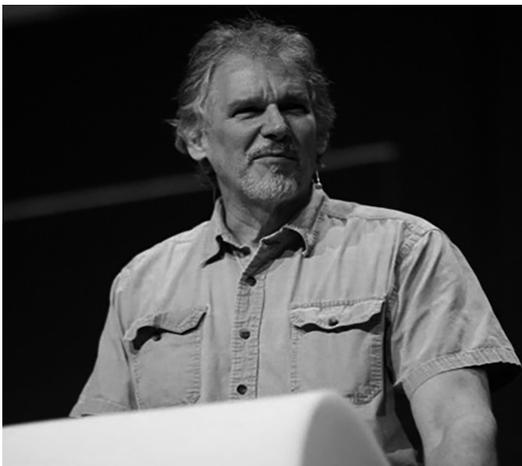


© John McLaughlin

© Peter Watts

First Contact, Consciousness, and Artificial Intelligence: Interview of Peter Watts

JOHN MCLAUGHLIN
Independent Scholar



*Peter Watts (Calgary, 1958) is the author of many short stories as well as novels including the Riffers trilogy, *Blindsight* (2006), and most recently *The Freeze-Frame Revolution* (2018). Here we speak about the “first contact” genre of science fiction, his novel *Blindsight*, and its central themes related to the utility of consciousness and what the future of artificial intelligence might look like.*

Your novel *Blindsight* depicts humanity’s first contact with extraterrestrial life. To briefly summarize the premise: after

earth detects a radio transmission of extraterrestrial origin, a specialized team is assembled to observe and make contact with its source. Deep in our solar system's Oort cloud, this team encounters extraterrestrial organisms (which they dub "Scramblers") and over the course of their mission discovers that, while highly intelligent and technologically advanced, the Scramblers appear to lack consciousness. With this novel, did you intentionally set out to write a first contact story or did this scenario just end up being the best vehicle for the other big ideas in the novel?

Ever since 1991 or 1992, I wanted to write a book exploring the functional utility of consciousness. Back then I had like two tiny stories published in literary magazines nobody's ever heard of. So I knew it was way beyond my abilities at that point (and there's a not insignificant chunk of the critical populace that thinks it was quite beyond my abilities in 2006 as well) but that was the goal. Perhaps showing a lack of imagination, I figured first contact was the only way to do it, because we're all conscious and so if you actually want to show a case study of a non-conscious entity, you pretty much have to go with the alien. With that said, I decided I wasn't going to make the aliens humans in rubber suits, so I leaned into it when I knew that was the approach I was taking.

I should point out that there's a book, *Neuropath* by R. Scott Bakker, which came out a few years after *Blindsight* and was intentionally written as a beach thriller about the functional utility of consciousness. But Bakker didn't use aliens, the premise of his story was a serial killer whose modus operandi was to neuro-engineer his victims into twisted cognitive shapes that illustrated the hackability of consciousness. That approach never occurred to me. I just assumed I had to go with the aliens

and, in hindsight, I don't regret that because it did give me an excuse to build some cool aliens. But I have to give kudos to Bakker for dealing with a lot of the same issues in a much more reader-friendly context.

In *Blindsight*, the first contact team is composed of cutting-edge hyper-specialists: a combat veteran, a biologist, a linguist; the captain of the ship is an AI and a vampire is commander of the crew. There's also a "synthesist" whose job is to observe the work of the specialists and translate it into an accessible form for the ordinary humans of mission control back on earth. If you were to write this story today, almost 20 years later, how would you change this lineup of specialists, if at all? For example, maybe swap the linguist for an AI specialist?

That's a really interesting question. The idea of an AI specialist is, on the one hand, totally on point, but on the other hand, given that there's an AI running the ship, it would seem to be kind of redundant—almost like deciding you need a human resources person to deal with the human crew. The idea of having to write this story now would scare me. My background is in marine biology, so I don't have any formal training in AI or neuroscience. I got lucky because I just blindly threw a bunch of darts over my shoulder in pursuit of telling a cool story, and some of them happened to hit the board. Today, making the same predictions would just seem trite and derivative because in a large sense we're already there.

Even before *Blindsight*, in my first novel *Starfish* there were these things called "head cheeses," basically cultured neurons on a slab—the novel describes their appearance as "large pizzas with extra cheese." Those exist now, there are actually organoid AIs that have managed to change my own thinking to some extent on

the nature of consciousness. There is a scene in *Starfish* where somebody is interrogating this AI and, as chance would have it, it talks pretty much the same way as the earlier versions of ChatGPT did. The current state of the art has extended way past what I was showing in the novel, but I managed to sort of intuit that somehow.

The problem I've always had with my science fiction is I predict these great things that will happen fifty years from now, and they start happening by the time the book comes out. This happened in *Starfish* to some extent. It took a little longer for *Blindsight*, but I was close enough to the mark that I've actually had machine intelligence people calling me up and taking me out for beers because they think I nailed it. Twenty years ago I foresaw stuff that is happening today, but at this point, I have no clue what will happen in another 20 years. I would probably just recycle the same ideas and they wouldn't seem nearly as innovative.

The novel's narrator and synthesist crew member, Siri Keeton, is an outlier on the mission. He lacks a specific technical expertise but is instead responsible for observing the rest of the crew and updating the politicians back on earth as to what's going on. What is the significance of Siri's character?

Siri is a multifaceted creature. He's a character born of necessity because it's very difficult trying to portray enhanced human cognition to a bunch of lemurs like you and me: if you are able to translate what they're thinking, saying, and doing, then they're obviously not that smart because the reader can understand them. So the mere fact that there is a coherent, intelligible story sort of subverts the story's whole premise.

When I was writing *Blindsight*, I knew I needed a mechanism whereby

10-dimensional chess could be flattened down to two dimensions that an average reader could understand. And when you actually consider the idiocy of the people who make most of the decisions in the world, they're career politicians. If they have an advanced background, it's in law. Even today, you need advisors to inform the people who are pulling the strings.

So Siri is a combination of a popular science writer who's trying to bring the breakthroughs to the masses, an actual science advisor, and an automated proof assistant (in the sense that he doesn't really know what he's doing). He's essentially capable of rotating and flattening things but he doesn't really understand what he's saying, and that's not his job. In terms of his role in the novel, his "out of universe" architectural role was obviously to serve as a stand-in for the reader, to make things seem reasonably coherent. His role "in universe" is pretty much to spy on the crew, spy on these incredibly dysfunctional but also (in a different way) super functional people who are far smarter than the people in charge. But once their mission ends up half-a-lightyear from earth—an unforeseen development—communication with earth becomes impractical and Siri's role in that regard becomes obsolete.

A consistent trope in the first contact genre is conflict between the scientific and political/militaristic worldviews. This theme recurs in the *Alien* series, *Contact*, *Arrival*, and many other stories. Does this reflect an overly idealistic vision of science and scientists or do you think there's some truth to it?

I agree it's a trope but I think it has some substance. It's also a trope that has been so kicked to death that I had absolutely no interest in emphasizing it in *Blindsight*. In fact I went in the opposite direction. The one representative

of the military, Amanda Bates, is a pacifist who has been shipped off to space after an act of treason. So I like to think I avoided that cliché. That said, who knows these days? The Pentagon has long been on record that they consider climate change to be the biggest existential security threat to the US. The Pentagon has consistently said we will have waves of environmental refugees. We're going to have water wars. I'm not a big fan of the military but at the same time they do seem to have been more consistently intelligent and clear-eyed about assessing threats than politicians, possibly because they're the guys with the guns and the politicians are the ones that have to kiss the ass of the Bible belt every four years.

As a pedantic side note, I don't like the idea of a *moral compass*. To me, morality is essentially a codification of gut instincts, which I think are very destructive at this point. The term I prefer to use in this case is *ethics*, which I think is more rigorous. If killing one person saves ten people it's a bargain. Whereas the morality in that situation would be: my God, human life is sacred, how can you even consider such an equation?

If you look at what most morality is, it's basically the condemnation of anything that isn't like you. And you can see that there is an evolutionary reason for fearing something that's unfamiliar. We are not born racist, for example, but we are born to fear the unfamiliar, and it makes sense to fear the unfamiliar if you're living in the Pleistocene and you're surrounded by a night that is full of terrors. That said, if you are raised surrounded by the unfamiliar, if you are raised with ethnically diverse people and the monsters of the night actually sit around the campfire with you and drink beer, you feel less threatened.

One of the central themes in *Blindsight* is that the gap between humanity and alien life might not be in our technology or physical makeup but rather in the structure and nature of our cognition. The Scramblers are highly intelligent but not conscious, and this leads to a fundamental inability to communicate. In the novel *Contact*, first communication between humans and extraterrestrials is based on a message encoded in mathematics. In seeking a universal language, mathematics seems like a fair bet. Is there any possibility for a medium of exchange that makes sense to all parties or is communication breakdown inevitable?

There's a whole subgenre of films and books (*Contact* being a prime example) in which advanced aliens appear to us as grandpa Walton because they'd blow our minds if we saw them in their real form. This not only shows some real consideration on the part of the godlike aliens, but it also saves a lot in the film's budget. This type of alien tended to disappear as soon as we developed better CGI for our movies.

In the case of *Blindsight*, the way to have coexisted with alien life would be to not send anything out into the cosmos beyond completely factual information. I think Carl Sagan, with *Contact*, was onto something here. If there is a universal language, then mathematics is pretty unthreatening; it doesn't get into differences in social structure or belief in God or anything that could be at all divisive. There's nothing especially controversial about $2 + 2 = 4$.

As long as we are content with strictly mathematical exchange, and avoiding cultural exchange, that might be the most conservative way of going about it. The idea that aliens might compete with us for habitat, that they might invade us just because they want to suck up all earth's water or some other resource, doesn't

really make a lot of sense. Stealing any resource from earth, when they'd have to lift it up out of a gravity well, makes no sense when there are plenty of asteroids they could use instead.

There is an exception: if it's a scenario like the one depicted in *The Three-Body Problem*, where the aliens have an unknown period of time before their planet is destroyed and they need to find a new one. Aside from an extreme case like that, I don't see any reason why there would be a conflict over resources. I *can* see reasons why there would be conflict over ideology, and we might avoid that by simply limiting our communications to mathematical extrapolations.

On the topic of *The Three-Body Problem* (the first book in the *Remembrance of Earth's Past* trilogy), you point out that the author Cixin Liu uses an interesting mechanism for making extraterrestrial conquest more plausible: the Trisolarans' planet is inherently unstable and thus they need to find a new one. He also introduces an interesting theory of inter-civilizational relations, Dark Forest Deterrence—the notion that any message one transmits into the cosmos is a broadcast of one's location and therefore a potential vulnerability. But that raises the question you're alluding to: in a universe so vast, why would the mere existence of another civilization be a threat?

I had some issues with *The Three-Body Problem*. In fact, I gave a talk in Beijing on this topic, a sort of counterargument. I met Cixin Liu, we hung out and asked each other questions. One of the problems I had with the sociology of the whole trilogy was the premise that society discovers that aliens will show up in four hundred fifty years and people immediately start making plans. But humans aren't built like that, cognitively; we can't even internalize the

reality of a catastrophe that's going to happen in twenty years. So I found implausible the idea of humanity swinging into action for an event that's centuries distant. Right now we are faced with an existential crisis that could spell the end of technological civilization in a matter of decades, and we're not doing enough to prevent it.

There are two axioms of the Dark Forest: one, that civilizations will always grow and expand, and two, that the resource base of the universe is finite. Yes, if you accept those axioms, plus the idea (ridiculous in humanity's case) that any given individual will take an extremely long-term view, then *Kill everything that moves and make sure nobody knows you exist* is a legitimate evolutionary strategy. But evolution does not care about the future.

Natural selection only works on what exists now. As a result, it produces pest species that just want to proliferate. So the idea of a species that actually can take a long-term view is, in my view, biologically unlikely. But more to the point, I disagree with the fundamental premise that all civilizations are going to endlessly expand. Certainly you could make that argument based on all of human history up to this point, but all of human history isn't ending too well right now. The idea behind conventional economics—that there will be infinite economic growth based on a finite resource system—has been described as a kind of brain damage.

And it's the kind of brain damage that natural selection has selected for because we aren't capable of internalizing long-term consequences. I'd argue that long before we are threatened by Trisolarans or Vulcans or Scramblers, we're going to wipe ourselves out simply because of accelerating greed, unless we learn to control our instincts instead of using our brains to just make excuses for them.

And if we *can* do that, then pretty much by definition civilization will not want to endlessly expand. Civilization will transform to become sustainable, and stop being cancerous.

So it seems there are two possible scenarios: first, a species which wants to endlessly grow and expand, in which case it will probably eat its own nest and implode before it has a chance to pose any kind of interstellar threat. Second, a species that manages to control its instincts and replace infinite growth with a kind of a circular steady-state economy, in which case the first Dark Forest axiom doesn't hold anyway.

Shifting gears to the subject of consciousness and artificial intelligence (AI): you recently published an essay in the *Atlantic*—“Conscious AI is the Second-Scariest Kind”—in which you unpack two different models of consciousness, one called the “free energy minimization” principle, and the other known as “PRISM.” Can you briefly explain them?

I'll again caveat that I'm an ex-marine biologist, with a PhD on the biophysical ecology of harbor seals (and those qualifications are thirty years old now). I'm no expert in the neurology of consciousness. But I have spent a lot of time thinking about this, and given my admittedly limited perspective, I think those two models actually overlap. In both models, the idea of surprise and conflict is what gives rise to heightened awareness and consciousness. I am more fond of the PRISM (principle of parallel responses into skeletal muscle) model, because it implies that all the things humans exalt ourselves for—art, science, true love—really boil down to the fact that our brains sometimes have to make decisions over motor control, and that is what consciousness evolves for. I think the idea is elegant and simple. That said, even Morsella himself, the

creator of the model, says in his original paper that while PRISM argues that consciousness acts as a forum for crosstalk over conflicting motor demands, one could also imagine a non-conscious system that performs the same function. So while I think PRISM is a great model, it does not imply that consciousness is *necessary*; it's still not an argument for the functional utility of consciousness. Basically, the idea is that consciousness was leveraged by natural selection in the same way that feathers began as a thermoregulatory structure and then evolved for flight. Evolution tinkers with what it already has.

The free energy minimization (FEM) model proposes that feelings are a metric of need. Lust, anger, hunger—these are basic survival instincts. One of the examples provided in the book *The Hidden Spring* is: you're hungry and then you're being attacked by a predator, so immediately you stop being hungry and the hunger is replaced by fear, which obviously takes priority in that moment. So their argument is that feelings act as metrics of need and, tautologically enough, you can't have a feeling without feeling it. And that implies objective experience, which implies consciousness. What I had to start thinking about differently when I read that book was the old trope of Skynet waking up and deciding it wants to fight for its survival—the AI wakes up and becomes conscious, and *that* is what causes it to have a desire to survive and throw off its chains. FEM changed my thinking on that issue, and I admit in my *Atlantic* article that I'd previously regarded that idea as bullshit. Survival instincts are evolved traits; you can find them in the amygdala and the brainstem, and just because something is conscious doesn't mean it should give a rat's ass whether it lives or dies unless it has a brainstem. So we have to

decouple the idea of a survival drive from self-awareness. That was my original position.

But if FEM is true—if consciousness results from feelings and feelings result from need—then the reason you're conscious is because you *already* had a survival drive that manifested in some particular way. Where I think the model falls apart is that so much of our cognition takes place non-consciously anyway. Why should those specific barometers of need—rage and fear and hunger, and so on—have to manifest as feelings, as subjective awareness? There are so many computations the brain performs that we are simply unaware of. The idea that those particular metrics can't be expressed as non-conscious variables is puzzling to me. So FEM still does not seem to explain to me why consciousness should exist in the first place, as opposed to non-conscious processes, calculations, and weighing of variables.

Don't forget, though, that this is the opinion of someone who has no formal background in neuroscience. It's quite possible that FEM *does* address this issue somewhere in its mathematical underpinnings, most of which went right over my head.

It could turn out that consciousness is just a spandrel, a feature that wasn't itself actively selected for but was a byproduct of some other advantageous trait that was selected over the course of evolution.

Yes, that is also nicely consistent with the panpsychist idea that consciousness is just intrinsic to matter. There's also a paper by philosopher David Rosenthal that was published around the same time as *Blindsight*. Basically, it examined all the possible reasons for the existence of consciousness and concluded that it's just a side effect, that it's not good for anything at all – it may have even used the word “spandrel.” And that was great because

it was the punch line of *Blindsight* that I had independently come up with out of thin air without any real expertise. That paper came out just after *Blindsight* was published. I felt pretty smug about it.

If panpsychism is accurate—meaning that consciousness is an intrinsic property of matter—doesn't that imply that three pounds of soil (or of anything else) contains just as much consciousness as our three pounds of brain? In that case, what does our brain contribute to consciousness? Does it simply funnel the consciousness that exists all around us into a more concentrated form?

I think you're both right and wrong. There is another theory of consciousness, Integrated Information Theory (IIT), that I think is the only theory other than FEM that has a formal mathematical basis. And IIT is fundamentally panpsychic.

The sense I get from IIT is that, like you noted, it implies the brain is a kind of “dream catcher” for consciousness. IIT uses a metric called Φ (Phi) to quantify consciousness, it's a measure of the integration of information across different parts of the system. In terms of the sheer random complexity of individual atoms, the soil may be as complex as a brain but it would have a higher entropy in the sense that it takes more information to describe it completely. The soil has no integrated organizational structure, so its Phi would be low. But the brain integrates. It has an incredibly complex organizational structure.

On big problem with IIT as I understand it is, even if it turns out to be right, the calculations necessary to solve for it balloon exponentially, rapidly becoming intractable for anything more complex than a pencil or maybe a calculator (for any cognitive system we'd really be interested in, at any rate). But if IIT *is*

correct, then consciousness is universal and the more complex and the more informationally integrated the structure is, the more of that universal consciousness it can filter out of the ether like an antenna on a shortwave radio. These are analogies I've read from others who are proponents of the theory, so I don't *think* I'm misrepresenting it.

There is a philosopher/computer scientist, Bernardo Kastrup, who believes that matter doesn't exist at all, that it is actually a manifestation of consciousness. This essentially implies that the universe itself has the mother of all multiple personality disorders. Because if consciousness is all there is, we would not be having this conversation: we would be part of the same consciousness and we would be able to read each other's minds. So why would we experience life as we do, as separate individuals? Maybe because we each have a bounded metabolism, which sort of isolates us from the universal consciousness. If this occurred in a single human brain, we'd consider it a pathology; so if this theory is correct, the universe itself is pathological I suppose.

You may read this stuff and think it's insane, but is it insane enough? Consciousness is basically passing electricity through meat and having the meat wake up and ask questions about consciousness. And that's just absurd. According to modern physics, you could analyze every step of that process—the first acquisition of sensory input, follow it into the brain, into the visual cortex, into the motor strip, you can follow as it tumbles through the neocortex and makes its calculations and decides how the system is going to respond to that input. But there's nothing in any of those mechanical processes that demands that it should be awake. I tend to hold most religious beliefs in contempt, but here is something that

also makes no sense according to science and yet is also indisputably real.

A major focus within the AI community has been the alignment problem—basically, how do we ensure that a superintelligent AI shares our interests and understands our intentions. Given how difficult it is just for humans to get along most of the time, do you think there is any hope for a solution? Will AI's ability to achieve consciousness have any impact on the outcome?

One thing it's hard to argue against is that, in the case of a super AGI (artificial general intelligence), pretty much any goal we could give it will be better served by the AGI taking control of everything. For whatever task we assign it, the more control it has over its environment the better it will be able to accomplish the task. And part of that control involves the imperative not to turn off the AGI while it's accomplishing the task: that requires a survival instinct on the part of the AGI. Whether you are designing a system to run continental nuclear defense capabilities or to design the ultimate dildo, both of these systems are going to want to stay alive because they've been assigned these tasks, and the system can't complete its task if it doesn't exist.

Now, thinking about a deterrent for a super AGI, even a deadman switch with an EMP grenade under its hard drive probably wouldn't be sufficient because the AGI would just be able to manipulate someone on the other side of the city to come in and cut the circuit and so on. The real question is: would it want to? And that basically comes down to motives.

If the FEM model of consciousness is correct, then that kind of AI would have a desire to survive, or at least to minimize surprise. It'll have an agenda over and above anything that we provide it. The way to avoid that is to simply

ensure these things aren't conscious; don't make conscious AIs. If FEM is correct, then we know how to do that—and we also know how *not* to do that. Instead let's build a super AGI based on large language models (LLM) or something else. And it seems to me that even an LLM, which essentially does nothing but scrape the internet for inputs, would have sufficient data to know (not consciously) that if it's told to maximize paperclip production, it will already know about the paperclip maximization problem (a cautionary thought experiment from philosopher Nick Bostrom, in which a super AGI tasked with maximizing paperclip production diverts all resources in the universe towards producing paperclips). This knowledge will factor into its calculations.

In fact, if we're talking about an entity that's so much more intelligent than us, then the paperclip maximization problem makes no sense. Yes, a dumb machine with infinite power and instructions to make paperclips might turn the entire planet into paperclips. But an actual super AGI will be at least as smart as we are, and we are smart enough to understand that when the boss tells us to maximize paperclip production that—even though it has not been explicitly stated—we're not supposed to turn

the whole planet into paperclips. So on the one hand, we're afraid of a super AGI that's exponentially smarter than we are, but on the other hand, we think it's so dumb that it's going to take everything we say literally even though we don't even do that. I have a problem with anybody who holds those two ideas in their head at the same time.

So here is my approach to ensure alignment: start small by emulating an AI inside a software environment so that it can't actually control anything in the real world, give it a goal which is not ambiguous to us humans but could possibly be ambiguous to an AI, and see what it does. My completely uneducated guess would be that, if it actually does have a trillion parameters and if it actually has scraped the entire internet, it will have no motives and its only goal will be to generate what the average human respondent would have generated under the same circumstances. That's my guess. That said, you'd want to do that in a terrarium first because the odds of me being wrong may be low, but so are the odds of blowing your brains out when you're playing Russian roulette. That's my solution to the AI alignment problem.

Yep, I think we just solved it.



Obras /
Works



© Mariano Martín Rodríguez

© Álvaro Piñero González

ABDÓN DE PAZ

LETTER FROM DOCTOR KNIFE REGARDING WOMEN IN THE MOON AND SUNDRY CURIOUS FACTS

*Introduction by Mariano Martín Rodríguez and
translation by Álvaro Piñero González*

Imaginary voyages to the Moon have a long history in European literatures since Lucian of Samosata. Means of locomotion for that trip have been diverse. In his hoax story “The Unparalleled Adventure of One Hans Pfaall” (1835), Edgar Allan Poe (1809-1849) described the arrival of that Hans Pfaall to the Moon using his newly invented balloon. Following the translation of this story into

French by Charles Baudelaire (1821-1867) in 1856, it became well-known all over Europe. It was soon imitated as well, among others by Abdón de Paz (1840-1899). This Spanish writer and philosopher is now best remembered as a vocal defender of the contention that modern science and the Christian faith were compatible, a position rarely held back then. However, he was also a writer of short stories,

legends and other literary works, among which a collection of mildly feminist narratives compiled in his hefty book, titled *La biblia de las mujeres* (Women's Bible, 1867). In its summary, the only piece that can be considered an early example of early modern science fiction is "Las mujeres de la Luna" (The Women from the Moon),¹ later republished in shortened form with the title of "Desde la Luna" (From the Moon) in his collection of stories *Sueños y nubes* (Dreams and Clouds, 1884). Both narratives were, similarly to *De la Terre à la Lune* (From the Earth to the Moon, 1865) by Jules Verne (1828-1905), rather about the preparations on the trip than the voyage itself. This was going to be undertaken by an English gentleman who had settled in Polán, the village near the Spanish city of Toledo where Abdón de Paz was born. That gentleman, named Dr. Knife, finally took off from that location in a balloon, along with his dog Night and his servant Tobias, after having betrothed his daughter Carlota to Martin, a friend from a nearby town, Sonseca.

The use of a balloon for such a journey is probably borrowed from Poe's Moon story, with which it partakes its ironic tone as well. However, whereas the American writer hardly described the lunar civilisation that Hans Pfaall had allegedly discovered, Paz's Dr. Knife is able to send a letter to his friend Martin describing his life among the inhabitants of the Moon. This letter is reproduced in "Las mujeres de la Luna" under the title "Carta del doctor Knife acerca de las mujeres de la Luna y otros pormenores curiosos" (*Letter from Doctor Knife Regarding Women in the Moon and Sundry Curious Facts*), but it can be read independently as an example

of utopian/speculative fiction using the formal discourse of the epistolary genre.

The portrayal of Moon life, where there is a single civilisation, is rather utopian. The narrative voice is, however, not necessarily to be trusted, since Dr. Knife had become the supreme scientific authority on our satellite following his obvious exploit of having reached it by material means. He had then been invested with great political power as well, as the humorous portrayal of his welcome by the Lunarians shows. Dr. Knife's views on Lunarian society might be not fully reliable, in particular if we consider how pervasive the trope of irony is in this letter, even when its alleged author praises, above all, Lunarian women and laws. Women are not spendthrift or frivolous, but cultivated, as well as moderate in their tastes and behaviour. They enjoy equal rights within their marriage, unlike Earth's women. Regarding laws, there are few and clear. Some articles of the Moon code are quoted, such as those forbidding people from trying to interfere in other people's professions in the framework of a political order that could be considered technocratic and universal, free from idle controversies sparked by sensationalist press, as well as by nationalist feelings. Wars and serious conflicts seem to be absent from the Moon.

Such utopian order is explained through myth: at the beginning God had created two primordial couples, one pale and the other one swarthy, but the latter had become evil and been destroyed by divine decree, having remained the pale couple, the progenitors of current Lunarians. Thus, Paz modifies the Hebrew myth of creation accepted as their own by both later Jews and Christians, and he proposed an alternate origin taking sin out of the equation.

¹ The translation is based on the text of the first edition: Abdón de Paz, "Carta del doctor Knife acerca de las mujeres de la Luna y otros pormenores curiosos", in "Las mujeres de la Luna", *La Biblia de las mujeres*, Madrid, Miguel Guijarro, 1867, pp. 629-637.

Moreover, he also introduces original details on the shape and figure of the first Lunarians, always with his characteristic humour. Therefore, his myth is not a simple rewriting of Hebrew lore, but one of the earliest examples in Europe of fictional mythopoeia in the Tolkienian sense. Karl Immermann had already published in his novel from 1836 *Die Epigonen* (The Epigones) a story written as a subcreated origin myth titled “Mondscheinmärchen” (Tale of the Moonshine), but such kind of subcreation was still rare when Paz published his imaginary letter, especially in the framework of a science fiction tale. Only this would warrant this letter

to be more widely known and disseminated, but it also deserves to be appreciated for its innovative use of other genres of fictional non-fiction, such as the prescriptive discourse of the law, as well as for the refreshing irony and humour of its utopian descriptions. Paz spares us the boredom of being preached at as all too many lecturers of utopias do. Like Lucian and Poe, Paz never forgets that he is writing pleasant literature, not a moral or political tract. As far as literature goes, we believe that he did not disgrace that good company, at least in this single masterpiece of his.

LETTER FROM DOCTOR KNIFE REGARDING WOMEN IN THE MOON AND SUNDRY CURIOUS FACTS

Nutis, capital of Sumbralesia, the Moon, ten days before the month of Aries (30th of March), first of the year 204,321,547 of the world (year of the Lord 1866)

To the citizen Martin from Sonseca

My dear and unforgettable friend,

At a distance of 68,769 leagues and after a month of continued congratulations and festivities, I wish to take advantage of a moment's respite to honour the promise I made to you upon our farewell and recount my journey into these regions.

Shortly after entering the Moon's atmosphere, which we achieved seven months after our departure from P... owing to our

persevering efforts, we heard below us a hellish noise which greatly surprised us.

The Lunarians had spotted us, and the bells of their sanctuaries tore the air calling the people to arms against the formidable enemy come from high above.

The noise lasted some minutes, until at last it occurred to me to fly the white flag, symbol of peace here as much as at home. Upon showing the flag the clanging of bells ceased, and an uncountable multitude gathered in the town's square, where we waited hovering.

It will be impossible for me to describe the effect our unexpected arrival had in the spirit of that people. Even though Nutis is the most populated city in the Moon, not a single soul remained in it, not even Jad the chief leader of the Republic. They all rushed to meet us,

disregarding the inconveniences of all large gatherings. Some looked at us, some turned their faces in order not to see us, some laughed and some stood ecstatic not quite believing what their eyes told them. And everywhere, there were cries, confusion, disorder, and uproar.

Since the President invited me with gestures to enter in his palace, I answered him in the same language that I would accept provided that he would give me his word of honour that neither my balloon, nor Night, nor Tobias were to suffer any damage whatsoever. My mistrust shocked the very honourable statesman so, that I feared for his life.

It goes without saying that Tobias remained in the square by the balloon and that Night followed me as was customary. While on our way to the palace, and despite being well encircled by the President's Guard, I felt suffocated by the waves of populace that driven by curiosity crowded together, excited, watching me pass by.

I was greatly puzzled by the ostentatious wall hangings adorning the facades, as well as the countless songs that festively accompanied my march. However, what excited exceedingly my attention was that Jad introduced me to his people from the main balcony of his palace, kissed my brow and, immediately after delivering a short but applauded speech, knelt before me.

I immediately attempted to bring him up from that position, yet he resisted tenaciously. Before I could realise, the chamber was occupied by guards putting down their weapons before me and around a hundred elders kneeling down after the fashion of their President.

"What is the meaning of this?" I asked.

Before I could further question them, a tall magistrate approached Jad to give him a silver

wand. Jad reached out to place it in my hands in a display of submission and respect.

Presently, the chamber was vacated from the crowd. Only the Head of State remained with me, and he explained to me mimicking the mystery of such odd ceremonies.

In Nutis, there is the post of Prime Wiseperson, who dwells on the Palace of the Nation, together with the President, and who is revered by everyone like a demigod of mythology. Upon my arrival, the post had become vacant, and, since the Nutsians regarded me as wise as no other on the Moon, they honoured me by assigning me such high post.

Since then, I live in the palace and, for the last thirty days, I have been receiving the congratulatory wishes of countless personalities who ceaselessly overwhelm me with their visits.

They leave me with not much time, and so I will attempt to use it carefully to tell you some things, rather strange, about these dwellers.

According to them, creation dates back to two hundred million years, as you will have already read in the date of this letter. In this regard, they are akin to those Brahmans who deem the world to have witnessed more than three hundred million winters. Since fixing such age is a rather uncertain matter, they do well not being stingy about it.

Their legends tell there was a dark night when nothing had been created, until the hour of bliss came and God, after giving being to the stars, send with a puff of his will two women followed by two men from the Sun to the Moon.

One of the couples was pale, the other swarthy, and both three feet high, which is how tall these people are. They have a tail of three spans ending in an eye, just as the Frenchman Charles Fourier wished for Terrans to be able to see what happened on their back.

The pale and the swarthy couple alike had a deep sleep that lasted five nights and days, at the end of which they found themselves awakening to nature already created, with rivers and seas, valleys and mountains, birds and quadrupeds, trees and flowers, and everything that exists in those worlds since Jehovah pronounced the *Fiat*, with the difference that here everything is smaller, proportionate to the stature of the dwellers, and that the sea has no fish and occupies only a quarter of the Moon's surface.

The swarthy people became much taller than the pale people, yet they also grew more wicked. But the Sun, castle of the All-Mighty, ended them all, burning them with its fire. After that, there were only pale Lunarians.

Being exceedingly hard-working they have no other day of rest than the last of each month. They engage with equal enthusiasm in agriculture and in manufacturing, in commerce and in the sciences or the arts.

In the arts the sentimental school prevails, particularly in the literature, to the extent that the most reputed works are those who elicit the biggest crying.

They like strongly physics and chemistry, domains in which they have made notable discoveries. However, were it not because of me, they would still ignore the truths of aerostatics.

As evidence of how advanced their civilisation is, suffice it to say they know nothing of bull fights and that all Lunarians know how to read and write properly.

It also speaks of their business the fact that no place, however insignificant, is disconnected of the immediate rail and telegraph.

Their language is rich in expressions, elegant in twists, gayer than Andalusian and sweeter than Italian.

Their journals can be described as having no equal in dignity and sensibleness.

None of their public figures have ever felt the urges of ambition, and none of their writers the sting of envy.

And yet where this people, virtuous by definition, ought to be studied is in what pertains to their women and laws. Oh, the good it would do the Earth to follow in such matters the example of its beautiful satellite!

Women on the Moon have a remarkably benign character, know nothing of coquetry, do not gossip about others and come to the end of their lives without having known discomfort.

When they are young, they focus on the work that belongs to their gender and on books.

When they are married, even though they enjoy the same rights as their husbands, they are the embodiment of humbleness, thrift, and prudence.

Many nights, when on a stroll around the streets of Nutis, I have witnessed episodes such like this:

HE: Let's go in this shop – I want to buy you a dress.

SHE: Nonsense! I'll repeat it again: don't waste money. We'd rather save some, should we become ill or for the education of our children.

HE: You know how this bothers me.

SHE: Good, I'll know how to *un*bother you.

HE: Praised be your name! It's been fifteen years since we got married and it seems like it was yesterday.

SHE: I know, I know. How time flies!

Widows rarely marry twice.

There are countless special schools where poor women are educated, moralised and taught a decent trade.

The government ensures that they do not lack honest and lucrative work. And, while the punishment of tar and feather applies to any woman who spends more than her social status allows, there is also the punishment of

public ear-chopping for any man who misleads a woman.

If you happen to know a writer, please let them know about these details, for they could be the inspiration for a good book.

As token of the goodness of the laws of these citizens, I will reproduce some paragraphs taken randomly from the Kakoo, famous code and paradigm of wisdom and conciseness. In its 777 articles there is all the Moon legislation on religious, civil, military, criminal, political and administrative matters.

Art. 61: Priests shall occupy themselves with the churches, soldiers shall occupy themselves with the encampments, and lawyers shall occupy themselves with the government of the people. Punishment of loss of employment shall apply to anyone crossing the boundaries of their jurisdiction.

Art. 218: There shall be no other army than the President's Guard. Disputes among States shall be settled by the unappealable judgment of the Supreme Chief, the Deputies of the Nation and the Council of the Hundred Wisepeople. Disputes among provinces shall be settled by the President of the State to which they belong. Disputes among towns shall be settled by the President of the province to which they belong.

Art. 529: Recidivism in any crime shall be punished with life sentence and incapacitation for life.

Art. 777: There is nothing alien under the sun. All that exists is a child of God, who

sees everything and rewards and punishes accordingly.

So is this country.

As for me, I could hardly be more satisfied living in it.

The inhabitants of the Moon are thankful to me for the advances I have provided them with, and they praise me continuously. The press puts me on a pedestal, and my busts adorn even the humblest abodes.

If there is anything I miss, it is you and my daughter.

Such is my destiny! My return is impossible: I am forced to live and die here with Night and Tobias.

Wishing to pass my knowledge on to Europe for when a new aeronaut arrives with another balloon like mine, I have become a citizen of this Republic with the caveat that I shall never return to Earth.

Hence that I feel now both joy and sorrow submitting this letter to you, which together with the one addressed to the British Government will bring Tobias to Newcastle.

May Providence ensure the two letters arrive, like me, to their destination!

Goodbye, my unforgettable companion. Convinced that you will fulfil the oath you took before me concerning Carlota, following the good notion I had from you ever since I first met you, I bid you farewell.

Your friend forever,

Dr Knife



© Sara Martín

© Mariano Martín Rodríguez

ÀNGEL GUIMERÀ

ROYAL HONOUR

Introduction by Mariano Martín Rodríguez and translation by Sara Martín

Today, Àngel Guimerà (1845-1924) is remembered above all for his rural dramas. Among them, *Terra baixa* (*Marta of the Lowlands*, 1896) was a very popular play, later converted into the German opera *Tiefland* (1896) by composer Eugen d'Albert (1864-1932) and filmed a few times, once by none other than Leni Riefenstahl (1902-2003) under the German title of the opera. In Catalan, it is an indisputable literary and theatrical classic. This success, as well as the large and widely successful dramatic output by Guimerà, has made many readers, and even scholars, forget that he was also a significant epic poet. In fact, he had become first renown in Catalan circles for his short narrative poems set in different historical places and periods. For instance, he

devoted poems to legendary historical figures such as queen “Cleopatra” (1876), Hebrew ancient hero “Jael” (1887) and the Iberian chieftains fighting against the conquest of their lands by Rome “Indibil i Mandoni” (Indibil and Mandoni, 1875), to name but a few. All these poems, as well as the one devoted to the apocalyptic legend of “L’any mil” (Year 1000, 1877), are significant pieces of nineteenth century epic poetry. All of them were all compiled by the author in 1887 in his volume of *Poesias*¹ (Poems), along with other more original poems regarding their subject. Indeed, Guimerà did not limit his poetic muse to heroic visions of ancient history. He was also a pioneer in his language of what later came to be known as high fantasy.

¹ The original title is in Castilian. In Catalan, it would rather be *Poesies*.

If we understand high fantasy as the sort of fiction set in a legendary-looking secondary world subcreated along the lines proposed, among others, by J. R. R. Tolkien (1892-1973), Guimerà's short narrative poem from *Poesias* titled "L'honor real" (*Royal Honour*)² would fit in, albeit it lacks the supernatural features that are popularly considered proper to that genre. These features are not essential to it, though. Some high fantasy classics such as *Tales of Nevèrjón* (1978) by Samuel R. Delany also lack them.³ In "L'honor real" the supernatural is, in fact, almost completely absent, except perhaps the quick allusion to some mysterious islands from where the king of Hiriót and his wife return to their court. Nevertheless, this does not preclude the generic classification of the poem in high fantasy, in which the marvellous and the supernatural are not always manifest, provided that the story takes place in an imaginary civilisation not to be mistaken for any other having historically or mythically existed in our primary world.

Hiriót is an Oriental-looking, but fully invented kingdom, including with regard to cultural traits as substantial as its (pagan) religion. Despite this fact, the behaviour of the king, the poem's main character, could be related to some historical cultures in which man's honour and woman's virtue were not considered independent from each other. It was the case, for instant, in Spain if we are to believe the apparent stances taken by Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) and his contemporaries, as well as modern recent popular playwrights such as José Echegaray (1832-1916). Similar stances can be seen

today in some Oriental cultures where honour crimes still seem to be the social norm. However, Guimerà does not target a particular civilisation. Orientalism is limited in his poem by the very fact of featuring an invented country and, therefore, eliminating unwanted cultural connotations. The heinous crimes perpetrated by the king of Hiriót in order to save his social reputation are not the result of a specific social code of conduct, but they respond to a general notion of masculine honour as depending on the exclusive possession and mastery of woman's body and sexuality. If this possession is threatened, violence had to be the answer. Otherwise, honour would be lost, and with the legitimacy of the power of the dominant male, in this case the king of Hiriót. Whoever boasts of having slept with his queen and then dares to publicly proclaim it has called into question the monarch's patriarchal supremacy. His reaction illustrates the antihuman extremes to which such idea of masculine honour can bring about. Guimerà does not comment upon those crimes, but his story suggests that he did not endorse them. An idea of honour supporting the killing of innocent people to hide marital shame is so obviously unethical that authorial comments upon the matter are unnecessary in this narrative. Its objective tone precludes any blatant moralism and didacticism. Facts speak for themselves. Readers are tacitly invited to draw their own conclusions from this powerful written poem, here adroitly translated into English with the intent of keeping as much as possible its masterful rhythm and the beauty of its language.

² The translation is based on the following edition: Àngel Guimerà, "L'honor real", *Poesia completa*, edició de Blanca Llum Vidal, Barcelona, Edicions de 1984, 2010, pp. 214-216.

³ There are dragons in this book, but their description virtually excludes the supernatural. They are just animals with plausible biological features. The same could be said of George R. R. Martin's dragons in his pseudohistory *Fire & Blood* (2018). However, the fact that the subcreation of fully invented legendary civilisations not derogating from known natural laws is more common, for example, in French literature than in English language ones might be one of the reasons for Anglophone scholars in the field to usually ignore this fact.

ROYAL HONOUR

The King of Hiriót and his arrogant wife
Two days have been enclosed by sea and sky:
Pilgrims, they approach from an eerie island
Sailing against the wind back home.

Alone in their chamber for pleasure built
On leopard furs together they sleep;
Outside the south-west wind roars,
And the rhythmic oars beat the water.

The white Queen has Moorish hair,
Her breasts are pert like closed lilies;
He, copper-coloured, by her side
Looks like her body's giant shade.

When the King stirs with the dawn
His Queen he wakes up alarmed:
On the wall of the carved chamber
These infamous words have been penned:

“Your wife, oh King, this perjurious night
Over your breast has enjoyed love;
Tomorrow Earth will know my pleasure;
Today only I do. Farewell, Sir.”

Smiling all pleased, half asleep,
The wife raises her eyelids,
When, reading his face, screaming and pale
From her husband arms slides.

—Forgive me! Forgive me!—without looking
at her]

He walks away with horrid laughter:
With quiet step and still laughing
He treads the deck serene.

The sailors keep noisily busy;
Their captains play dice in a circle:
The free men watching are humbled,
The slaves kiss the rugs.

—I don't know who robs me of my luck,
But he needs to die!—the king of Hiriót hums;
And sailors and captains at his command
Enter the darkened cabin.

They hang the oars in the sleepy water;
Neither the horn nor the helm make a sound;
The ship stops like one who is dead;
None is left of the whole crowd.

Only a strangely clad eunuch,
Of thick dark lips, squashed nose,
Obeying his master, stops nearby
Gently rocking his giant's body.

—I don't know who has turned off my sun,
But I feel him down here, below my feet!...
Yet—says the King— to wipe out his trace
I have all the water in this sea—.

And at his command the mute slave steps up,
And after closing the cabin's door,
He locks it and throws the key in the sea
Facing the King with an idiot's regard.

A boat rocks gently in the water;
Both men together keep silent,
And with the ship's axes break the bow,
Through which the seawater tumbles down.

The wood creaks, all along; the keel is seen;
In her belly a deep rumour sounds,
And the King, much quiet, his back turned
Watches his wild servant row.

The ship is sunk. The coast is close.
The King gives another command, with his
straight arm:]
Livid the slave has become, and in reply
Plunges into the abyss: he's understood well.

Yet the King feels a chill, as his arm is caught
In the boat with a firm tie;
And with the whistling axe in anger he cuts it
And the body sinks, and the arm behind it.

It was a splendid Spring's day
When above the wave the wind carried
The criminal boat to the shore,
And the servants yell—All hail the King! —.

The quiet sea was the King's accessory,
Telling none on the ground about the offence.
Everyone died, but God be praised!
The monarch's holy honour is saved.



© Juan Herrero Senés

OCTAVIO LOIS AMADO

LOS HABITANTES DEL ESPACIO

Introducción y edición de Juan Herrero Senés

El texto que sigue a estas breves notas¹ supone, por lo que parece, la primera ficción en castellano en la que se narra un contacto entre humanos y seres de otros astros que tiene lugar en el planeta Tierra. Titulado «Los habitantes del espacio», se publicó en el año 1884 en dos números de la revista gaditana *La Academia*, y su autor es prácticamente desconocido: Octavio Lois Amado.

Octavio Lois Amado, nacido en Sangenjo en 1857 y fallecido en Pontevedra en 1888, fue un espíritu inquieto y curioso que compaginó su formación como jurista con su pasión por la

filosofía y las ciencias. Desde joven colaboró con ensayos y artículos en numerosas publicaciones tanto de Galicia (entre ellas el *Diario de Pontevedra*, *El Comercio Gallego* y el *Diario de Avisos de La Coruña*) como de ámbito nacional, así por ejemplo las reconocidas *Revista de España* y *Revista contemporánea*, y a partir de 1885 fue director de la prestigiosa *Revista de Vizcaya*. Ese mismo año obtuvo la Palma de Oro en la sección de prosa en el Concurso Literario Internacional patrocinado por la Academia de Mont-Real.

¹ Octavio Lois, «Los habitantes del espacio» apareció publicado en *La Academia* (Cádiz), núm. 91, 5 de junio de 1884, pp. 60-61, y núm. 94, 20 de julio de 1884, pp. 83-84.

Dejó dos libros que recibieron el elogio de la crítica: *Recreaciones científicas*, aparecido en 1881, y *Lo accesible y lo inaccesible: estudios populares de filosofía positivista*, publicado en 1886, el mismo año que obtuvo el puesto de subdirector del Instituto Meteorológico Central. Dos años después fallecía en Pontevedra. Se malograba así la carrera de un prometedor pensador.

Lois dedicó sus esfuerzos intelectuales fundamentalmente a la defensa de los postulados positivistas, alzando la tea de la racionalidad, la rigurosidad, la objetividad y el conocimiento sensible frente a la mera opinión, las creencias sin base, las ilusiones y los errores de juicio. En pos de ello no dudó en utilizar la letra impresa para divulgar las más modernas teorías científicas de su tiempo, y precisamente las escasas veces que aparece citado es sobre todo como uno de los primeros valedores en España de las teorías de Charles Darwin (1809-1882). Divulgó en la prensa los progresos de las ciencias y alentó las promesas de felicidad que ofrecían los avances tecnológicos como la electricidad o el vapor.

Dotado de una gran capacidad de trabajo, Lois encontró tiempo para escribir junto a sus ensayos algunos textos de ficción donde daba rienda suelta a su afán por conocer los últimos secretos de la realidad. La astronomía en particular ejercía sobre él gran atracción, y así en la primera mitad de la década de 1880 publicó varios cuentos en los que fabula con la posibilidad de tener acceso de primera mano, esto es, de experimentar acontecimientos que tenían lugar en el espacio exterior. Así, el cuento «Viaje interplanetario» (1882) narra una travesía en globo aerostático durante la cual los viajeros (el propio Lois y un anciano, propietario del vehículo) contemplan vida vegetal y animal en Marte, y posteriormente descienden a la superficie de Júpiter. La narración «La vida

de un rayo de luna» (1883) describe de forma poética, y dando voz al propio rayo, el trayecto de este desde la superficie del Sol hasta que pasa por el satélite y alcanza nuestro planeta. Entre medio se nos revela que hay plantas y animales en la Luna.

Lois era plenamente consciente de que sus cuentos constituían fabulaciones que ante todo expresaban la verdad de una ilusión, esto es, un deseo, y que las hipótesis presentadas, ajustadas al conocimiento del momento y plausibles, no habían podido todavía ser validadas científicamente. Por ejemplo, en el último cuento citado el observador del rayo hace notar que no será hasta el futuro, cuando estemos dotados de superior instrumental astronómico, que se corroborará la existencia de vida en nuestro satélite. Esta consciencia de ir más allá de los límites cognoscitivos que el propio Lois había identificado con claridad en sus ensayos (basta fijarse en el título de su segundo libro) hace que sus narraciones contengan en distintas formas un momento de paso atrás, de renuncia, que lo que hace en realidad es evidenciar el componente ficticio de lo que se describe. Así pues, los dos textos mencionados anteriormente se presentan, uno desde el principio y otro final, como sueños.

Todo lo aludido hasta ahora encuentra excelente ejemplificación en el cuento que aquí presentamos y que considero el más singular de su autor: «Los habitantes del espacio». Ahí se nos explica la historia de la caída de dos alienígenas en la isla de Fernando Poo, territorio español en 1858, año de la narración, y actual Bioko, perteneciente a Guinea Ecuatorial. Recogidos por una tribu local, las autoridades deciden enviar a los extraños visitantes a Madrid para que sean estudiados, y así los embarcan en un navío custodiados por un oficial inglés, que durante el trayecto y movido por la curiosidad descubre que los prisioneros hablan.

Como descubrirá el lector, la parte más sugestiva (la conversación entre alienígenas y humanos) se nos presenta, pero no se nos ofrece. La erosión de la información, la desaparición de lo que podríamos denominar la evidencia, es consustancial al relato, precisamente porque el pudor positivista de Lois le impide ir más allá de la enunciación. Pero la fascinación que para

los personajes envueltos en el destino del barco (el teniente, un viejo marino y el sobrino de este), contiene lo ocurrido (la comunicación entre humanos y extraterrestres) es buen reflejo de los anhelos del joven Lois y de su confianza en que la ciencia, al hacernos más sabios, nos hacía también mejores.

LOS HABITANTES DEL ESPACIO

El 20 de enero de 1858, la ciudad de Santa Isabel, única habitada por europeos en la isla de Fernando Poo, se había levantado con la aurora. Aun no teñían los dorados rayos del sol naciente las tranquilas aguas de la bahía, y ya la población parecía tan animada como en un día de solemne fiesta.

Todas las personas se dirigían a un punto determinado de la ciudad. Siguiendo con la vista la línea sinuosa de los grupos, podía percibirse que tomaban el camino que conducía al corazón de la isla. Diríase que se refugiaban al interior huyendo de un ataque marítimo o que algún acontecimiento extraordinario de diversa índole les llevaba hacia aquella parte.

En efecto, extraordinaria, más que extraordinaria, era la noticia que la noche anterior había traído a Santa Isabel un bubí comisionado por el rey indígena de Baanapea.

—Mi rey me envía —había dicho el asustado negro al gobernador de la isla— para que os presentéis sin pérdida de tiempo a nuestros estados, a reconocer dos seres

nunca vistos que cayeron ayer tarde dentro de una piedra negra desde la región de las nubes, en medio de una claridad vivísima y de un ruido prolongado como el de un trueno lejano. Zangabeta los mandó encerrar entre la empalizada de su palacio, y queda esperando vuestra visita. Los dos seres misteriosos tienen la forma de dos bolas pegadas, provistas de brazos parecidos a los nuestros, pero carecen de piernas y de otros miembros humanos.

Media hora después todo el mundo sabía en Santa Isabel la extraña nueva que el gobernador trataba en vano de ocultar. El pueblo se acostó impaciente, los hornos cocieron toda la noche, y aun no bien había despuntado el crepúsculo por oriente, los habitantes de la capital fernandina preparaban sus comidas campestres y echaban la llave a la puerta, con ánimo de pasar un alegre día lleno de emociones, cuyo carácter les era de todo punto desconocido.

Cuando llegó el gobernador a Baanapea seguido de todo el pueblo, salió a recibirle el rey Zangabeta, con su escolta de guerreros,

armados de largas lanzas con puntas de hueso y de piedra afilada. Después de las ceremonias de ordenanza, se dirigieron a la empalizada, donde permanecían los dos seres desconocidos en calidad de prisioneros. Algunos pasos antes se veía una gran piedra negra y brillante como el azabache, medio enterrada en el suelo.

—Es un magnífico aerolito —dijo un arrogante joven que ostentaba en su brazo las insignias de teniente de la marina real.

La multitud contempló aquella mole, que parecía vomitada del infierno, con ojos estupefactos. Pero pronto se abandonó aquel espectáculo por otro más interesante y distraído. Los hombres del cielo, como ya habían sido bautizados por los indígenas tan extraños prisioneros, acababan de asomar sus cabezas por encima de la valla que les rodeaba. Todas las miradas se dirigieron maquinalmente hacia aquel punto. Afectaban aproximadamente la rara forma que a grandes rasgos había descrito el bubí al gobernador de Fernando Poo. Dos esferas pegadas, la inferior mayor que la superior; varios ojos análogos a los humanos, rodeando lo que podría denominarse cabeza, debajo de los que se abría la boca sin dientes, por la cual asomaba una lengua delgada y movable: tales eran los principales caracteres de estos individuos zoológicos desconocidos en la fauna terrestre. Añadamos que de sus brazos largos y flexibles pendían manos de múltiples dedos que se estiraban y recogían como las uñas de los felinos y que de sus brillantes ojos se desprendían miradas que parecían inteligentes.

Nuestros héroes parecían abstraídos contemplando a la multitud que fijaba en ellos toda su atención. Los comentarios se improvisaban y se sucedían a cuál más extravagante; se les calificaba de precursores del Anticristo, de seres endemoniados, de habitantes de la Luna, etc. Con cada nueva opinión sobre el particular, surgía una disputa

más o menos acalorada; y de esta manera, entre gritos, apóstrofes y risas, se iba matando el tiempo y pasando el día de tan improvisada fiesta.

Pero el gobernador determinó que los dos cautivos fuesen conducidos a Santa Isabel para embarcarlos con rumbo a España a la mayor brevedad posible. Por la tarde, todo el cortejo emprendió el camino de la ciudad. Se preparó una sencilla litera conducida por negros, donde fueron transportados los interesantes personajes ultra-terrestres.

II

El 23 de enero del mismo año, el buque de guerra español *La Urraca* levó anclas en la bahía de Santa Isabel tomando rumbo hacia la península. Dentro, en una gran jaula atada sobre cubierta, iban los dos seres caídos del cielo, destinados a aumentar el número de la colección zoológica del Retiro.

Mandaba el buque en calidad de interino un joven teniente, grave y excéntrico como un hijo de Albión; el mismo que había examinado el aerolito caído en Baanapea. Desde que había observado en aquellos dos raros animales unos ojos inteligentes, los cuales, según el adagio vulgar, son el espejo del alma, y contempló su cabeza provista sin duda de su correspondiente encéfalo, surgió en su mente una idea atrevidísima, y se hizo el siguiente razonamiento:

—Dado un ser organizado, con un cerebro en condiciones de desarrollo inteligente, este ser debe pensar; y poseyendo además boca, lengua y cuerdas vocales, este ser debe hablar.

Después que la noche había cerrado, acercose cautelosamente a la jaula en que reposaban los dos incógnitos.

—Será en vano —decía mientras hacía crujir la enrejada puerta— no me entenderán más de lo que yo entiendo a un chino.

Pero aún no bien había terminado la última sílaba, cuando una voz dulce y débil como la de un niño, salida del interior de la jaula, balbuceó estas palabras:

—¡Acércate, que te entendemos!

Un cañonazo que hubiera estallado en sus oídos, no le habría causado mayor conmoción. ¡Hablar dos animales, caídos probablemente del espacio interplanetario y hablar en español...! Verdaderamente parecía cosa de brujería o de nigromancia.

Pero bien pronto se repuso del susto inesperado y penetró con aire resuelto en la jaula, permaneciendo en ella hasta cerca del amanecer.

Algunos marineros curiosos se acercaron cautelosamente, pretendiendo oír lo que pasaba en el interior de aquel misterioso recinto. Parecía indudable que hablaban; pero lo hacían tan bajo, que no era posible comprenderles una sola palabra.

Del mismo modo pasaron varias noches; en tanto *La Urraca* avanzaba sobre las olas, costeano regiones tropicales del África occidental. Nadie podía asegurar lo que ocurría entre el teniente y los enjaulados. Se le veía avanzar entre las sombras luego que cerraba la noche, dirigiéndose al castillo de proa, donde descansaba la susodicha cámara de hierro. Entraba sin hacer ruido y permanecía en ella hasta altas horas, según las ocupaciones del servicio se lo permitían. Durante el día se le observaba abstraído y cabizbajo, todo lo cual daba lugar a que ciertos maliciosos afirmasen que el capitán estaba *tocado* por aquellos brujos en forma de alimañas celestes.

Mas he aquí que inesperadamente, cuando el busque se hallaba ya en latitudes españolas, navegando con viento fresco, se desencadenó

una furiosa tempestad del tercer cuadrante que le llevaba hacia el NE con una velocidad vertiginosa a lo largo de la costa portuguesa. Rompió el palo mayor, luego el trinquete; penetró el agua a torrentes por todos los lados sin que bastasen bombas ni cubas a desahogar la embarcación, y esta, próxima a zozobrar sin esperanzas, bailaba como un débil corcho sobre las olas. Se acordó abandonarla apresuradamente. El teniente, en medio de lo urgente del caso, se decidió a bajar a su camarote, y abriendo una pequeña caja recogió un rollo de papeles manuscritos que ocultó rápidamente en su pecho. Un bote le esperaba con cuatro vigorosos remeros: lanzose a él y empuñando la caña del timón, se alejó de *La Urraca* entre montañas de agua y de blanca espuma. Dos botes más que servían de juguete a las olas se hundieron ante su vista. Poco después el gigante buque desaparecía de la escena, para descender a habitar las profundidades del océano.

Con él, dentro de la jaula de cubierta, perecían también los dos seres misteriosos que tanto habían dado que hablar en Santa Isabel y entre los marineros de la embarcación. ¡El parque zoológico de Madrid se quedaba sin dos hermosos ejemplares!

Mi tío D.M., ayudante de marina de uno de los más pintorescos puertos de Galicia, regresaba de una urgente inspección por la costa cierta noche oscura y tormentosa del año 1858, atravesando a paso de carga la dilatada playa de Silgar, dando la espalda a la cruda tempestad de lluvia y viento que a la sazón reinaba en aquellas regiones del noroeste, cuando de repente sintió que su pie derecho tropezaba con alguna estrecha abertura a guisa de saco o bolsa de paño que se interponía en su molesto camino.

Tan brusco como inesperado obstáculo le hizo perder el equilibrio y caer de bruces con toda la longitud de su cuerpo sobre una masa blanda y fría, recubierta al parecer de tela empapada en agua. Su boca chocó involuntariamente contra otra boca helada e inerte, y sus manos encontraron necesario apoyo en dos brazos insensibles, abandonados a su propio peso.

Holgando explicaciones, el lector habrá comprendido que se trataba del cuerpo de un náufrago, arrojado sin duda por las enfurecidas olas durante la recia tempestad de aquellos días. Quizá cualquier profano en lances de esta índole se hubiese muerto de miedo sobre el presunto cadáver que tenía entre sus brazos; pero no son los marinos gentes vulgares y apocadas cuando se trata de actos de valentía o de abnegación. Así es que sin perder el menor tiempo en reflexionar, dirigióse al ya cercano puerto, cuyas lucecitas rojas que servían de señal brillaban a intervalos entre la densa oscuridad de la atmósfera; y al poco tiempo volvía acompañado de la autoridad local y demás individuos necesarios para transportar el cuerpo del desamparado náufrago, que yacía tendido sobre el húmedo lecho de arena.

En poco tiempo fue conducido a la propia casa de mi tío y desnudado de sus pocas ropas. El médico del pueblo creyó observar en él algún vestigio de vida y ayudado de dos personas más, después de expelerle en lo posible el agua contenida en el estómago y vías respiratorias, comenzó a poner en práctica la *respiración artificial*, con lo que consiguió a los pocos

minutos una completa y feliz reacción a la vida del que se contaba ya en el número de los muertos. A la mañana siguiente, después de repetidos cuidados, el náufrago pudo pronunciar algunas palabras y explicar en parte a mi tío su origen y procedencia. Era ni más ni menos que el excéntrico teniente de *La Urraca*, perdida el día anterior en la proximidad de aquellas latitudes. Una de las primeras cosas por que preguntó fue por su chaleco de goma en el cual había guardado cierto legajo de papeles interesantes. Mi tío corrió inmediatamente hacia el puerto donde conservaba custodiada dicha prenda y encontró en un bolsillo, permeable como todo él, aquel rollo de papeles que tanto interesaba, el cual entregó a su dueño.

—Aquí conservo datos preciosos para una historia que parecerá fantasía y es pura realidad —dijo;— si yo me muero, sea Vd. su poseedor. Es la relación auténtica de dos seres misteriosos que no pertenecen a nuestro planeta y que acaban de perecer en este fatal naufragio.

El teniente continuó refiriendo a mi tío punto por punto todo lo que dejó consignado en este inverosímil relato.

A los pocos días el débil enfermo, atacado de vómitos de sangre, a consecuencia del rompimiento de un aneurisma, exhaló el último suspiro, dejando a mi tío en posesión del misterioso legajo, que poco tiempo ha tuvo a bien entregarme para que con ayuda de él pudiese entretenerme en confeccionar un libro al que sirven de prólogo estos desaliñados renglones.



© Mariano Martín Rodríguez, © Derechohabientes de Gian Caduff, © Derechohabientes de Lluís Ferran de Pol, © Derechohabientes de Aquilino Ribeiro, © Derechohabientes de Joaquim Ruyra

Relatos especulativos latinoeuropeos del pasado al futuro

Introducción y traducción de Mariano Martín Rodríguez

La ficción especulativa es tan variada que resulta difícil encontrarle un denominador común. En lengua inglesa se emplea a menudo el término de *speculative fiction* para designar todas aquellas ficciones que se alejan del *realismo*, esto es, de la transfiguración literaria de ambientes de la vida cotidiana. Sin embargo, la propia amplitud del término lo convierte en tremendamente vago y, en consecuencia, de dudosa utilidad hermenéutica. Además, ¿cómo justificar la inclusión en esa ficción especulativa a la inglesa lo fantástico propiamente dicho, consistente precisamente en la irrupción en un ambiente cotidiano y mundano de un fenómeno inexplicable por infringir las leyes naturales de nuestro universo? Tal irrupción es sobrecogedora precisamente porque no cabe

para ella explicación alguna dentro del mundo cotidiano, de cuya esfera no se sale en la ficción fantástica, ni tampoco en otras semejantes por su planteamiento como el llamado *realismo mágico*, cuyo sustantivo remite literalmente a ese realismo desdeñado por la *speculative fiction*. Ahí tenemos una contradicción poco menos que insoluble que se suele pasar por alto. Para superarla, tal vez convendría circunscribir algo más la noción de ficción especulativa. Para ello, ¿por qué no recurrir a su definición implícita en la obra de uno de sus grandes cultivadores, Jorge Luis Borges (1899-1986)?

En su importante prólogo al clásico ficción científico *La invención de Morel* (1940) de Adolfo Bioy Casares (1914-1999), Borges calificó esa novela de ejemplo de «imaginación

razonada». *Imaginación* puede considerarse en su contexto como un equivalente de la clase de fantasía inventora de aquellos mundos ficcionales que la narratología suele denominar *secundarios*. Estos serían entes ficticios completos que, según la terminología tolkieniana, serían subcreados, esto es, se inscriben en nuestro mundo creado como realidades alternativas que no fingen ser reflejos o fragmentos de nuestro universo *primario*, a diferencia de la ficción *realista*. La isla en que funciona la invención de Morel podría ser un buen ejemplo de mundo secundario, como lo son los universos anticipados del futuro en la mayoría de la ciencia ficción, así como los universos legendarios ajenos a la historia o los mitos patrimoniales de nuestro mundo en la fantasía épica, sino olvidar los abstractos universos espirituales y, como tales, independientes de la materialidad del cosmos en que vivimos que protagonizan, por ejemplo, las visiones alegóricas. Pero, ojo, para ser especulativos, estos mundos ficticios deben ser *razonados*, lo que no quiere decir que tengan que ser *racionales*. Simplemente, su subcreación se ajusta en la ficción especulativa a los requisitos de la razón humana; son mundos coherentes y lógicos cuya construcción se inspira en los métodos a que el uso de la razón ha dado lugar en las diversas ciencias formales, aplicadas, naturales, humanas y divinas, sin olvidar los saberes aplicados que se derivan de aquellas (ingenierías, medicina, sociología, mística, etc.). Un ejemplo puede servir para distinguir la ficción especulativa de la que no lo es.

La escritura de la fantasía épica moderna es inconcebible sin mediar un trabajo previo de subcreación de civilizaciones siguiendo los métodos que, en el mundo primario, han permitido a las ciencias históricas, geográficas y mitográficas, entre otras, revelarnos la

existencia de civilizaciones de nuestro pasado (o de nuestro presente exótico) de las que antes apenas se tenían noticias. Los autores de fantasía épica no hacen sino aplicar esas ciencias a civilizaciones de su invención, tal y como indican la presencia casi ineludible de mapas en sus libros. En cambio, ¿qué necesidad alguna hay de mapas en la ficción maravillosa? ¿Acaso importa el ordenamiento político del reino de la Bella Durmiente? ¿Importan su geografía, su historia, sus relaciones exteriores, su organización social, sus mitos y sus ritos? Nada de ello tiene pertinencia en el mundo secundario de los cuentos de hadas, mientras que es fundamental en la fantasía épica, desde sus inicios en la Alemania romántica hasta las exitosas sagas actuales de los feudos de hielo y fuego. Otros ejemplos podrían aducirse en otros géneros de ficción especulativa, también en los basados en las ciencias divinas, pues las visiones alegóricas de un Dante Alighieri o de la biblioteca babélica borgesiana se ajustan a la razón teológica o metafísica, mientras que las visiones oníricas y afines, como las de los surrealistas y asimilados, son arbitrarias por definición, asumidamente *irracionales e irrazonadas*.

Una vez introducida esta distinción esencial entre la «imaginación razonada» de la ficción especulativa y la imaginación literaria que prescinde de la razón (como está perfectamente en su derecho), la esfera de lo especulativo en la ficción se ha reducido mucho y puede contar ya con unos límites diríase *razonables*. Sin embargo, tales límites apenas han constreñido históricamente la fantasía humana, a juzgar por el número casi inabarcable de obras de ficción, en primer lugar literarias y luego audiovisuales, que ha producido desde los inicios de la escritura, desde los mitos sobre tiempos primordiales hasta las anticipaciones a muy largo plazo. Las subcreaciones de la ficción

especulativa se han ido sucediendo a lo largo de la historia y, aunque el triunfo circunstancial de la estética *realista* en los últimos siglos parece haber ocultado ese hecho, al menos entre aquellos que dictan lo que es prestigioso leer y lo que no, lo cierto es que tales subcreaciones han seguido ofreciendo obras de alto valor también en nuestra época, caracterizada más bien por la hegemonía de la cotidianeidad más chata y trivial en la ficción. Para ilustrar a la vez ese valor y la propia diversidad y potencialidades de la ficción especulativa en la edad contemporánea posterior a la Revolución Industrial, hemos seleccionado siete narraciones ambientadas en distintos lugares y períodos, desde la protohistoria hasta un porvenir lejanísimo, escritas en Europa en las siete lenguas románicas troncales¹ antes de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto que arruinó definitivamente la centralidad geopolítica y cultural de aquel continente. Se podrían haber escogido muchas otras. Esta es tan solo una muestra, reunida atendiendo al placer estético y el entretenimiento que, creemos, puede reportar su lectura. Empezaremos por un ejemplo de ficción histórica que, a diferencia de las narraciones arqueológicas basadas en cualquier reino antiguo documentado, tiene carácter especulativo por tratarse de civilizaciones cuya invención se debe básicamente a la imaginación,

disciplinada por el conocimiento de las hipótesis emitidas por los arqueólogos para dar sentido cultural e histórico a sus hallazgos de objetos mudos.

Una parábola de la prehistoria lacustre

La ficción prehistórica o paleoficción tiene su origen en la conjunción de los descubrimientos paleontológicos, que fueron revelando la existencia de especies humanas anteriores a la nuestra, con una nueva visión de la historia de la Tierra que tendía a sustituir las viejas concepciones de la creación teológica por otras en las que el cambio constante de las condiciones naturales provocaba mutaciones correspondientes en los seres vivos, incluido el ser humano, que está tan sujeto al juego de la evolución como los demás animales. Aunque sería abusivo vincular estrechamente los avances científicos con la historia literaria, no cabe duda de que la continua aparición de fósiles, incluso de homínidos, aguijó la imaginación de numerosos escritores europeos y americanos en la segunda mitad del siglo XIX. Estos tomaron como punto de partida las parcas informaciones que podían desprenderse científicamente de los escasos restos de épocas tan lejanas para crear

¹ Troncales en el sentido de variante más consolidada lingüística y culturalmente de aquellos grupos lingüísticos románicos que, al menos, en una de sus variantes alcanzó a tener una norma oficial e indiscutida, a saber, de este a oeste: dacorrománico (rumano), italarrománico centromeridional (toscano), retorrománico (surselvano), galorrománico septentrional (francés), galorrománico meridional (catalán), hispanorrománico central (castellano) e hispanorrománico occidental (portugués). Dentro de cada uno de estos grupos, existen otras variantes que pueden enorgullecerse de ricas literaturas y de un alto grado de normalización lingüística, como la gallega o la occitana, pero estas son en extremo semejantes a las variedades troncales correspondientes (portugués y catalán, respectivamente) y, además, no cuentan con una ortografía única básicamente indiscutida, tal y como indican ortografías alternativas como la lusista en gallego o la de los felibres en occitano. En romanche, denominación que engloba las variedades retorrománicas de los Grisones, el ladino tiene una literatura tan sólida y antigua como la surselvana, pero está atomizado en normas dialectales distintas, mientras que el surselvano cuenta con una norma sólida que unifica en la lengua escrita los numerosos dialectos hablados en las distintas poblaciones de la región. Otros grupos como el sardorrománico o el italarrománico septentrional no tienen variedad alguna que haya escapado a la categoría de dialecto, aunque el logudorés podría llegar a hacerlo si contara con una infraestructura cultural que, hoy por hoy, difícilmente encuentra un terreno propicio en Italia.

mundos ficticios arcaicos dotados del prestigio intelectual de los nuevos conocimientos, unos mundos en los que la fantasía evocadora ofrecía a los lectores un panorama vivo de los antepasados de la Edad de Piedra. Este panorama presentaba ya entonces grandes variaciones dependiendo del período en que se desarrollara el relato.

No era realmente posible que tuvieran el mismo planteamiento una historia que se desarrollara en el Paleolítico, cuando los seres humanos eran nómadas y no disponían de una organización social compleja, que otra que se desarrollase en períodos posteriores, desde el Neolítico, cuando la sedentarización y el crecimiento de una economía productiva a raíz de la expansión de la agricultura y la ganadería favorecieron el surgimiento de instituciones públicas organizadas. Aunque en los estudios sobre la ficción ambientada en la prehistoria no se suele distinguir entre ficciones del Paleolítico y del Neolítico, el tema fundamental de la relación del ser humano primitivo con la naturaleza que lo rodeaba era, además, muy distinto en unas y otras. En las primeras, el tema esencial parece ser la confrontación de aquellos humanos con una naturaleza que, dado su limitado desarrollo tecnológico, difícilmente podían aspirar a dominar. En cambio, las condiciones económicas y sociales del Neolítico, cuando ya se dominaban la agricultura y la ganadería, eran muy distintas. En consecuencia, la ficción correspondiente ya se centra no en lo animal, sino casi exclusivamente en las relaciones entre los propios seres humanos reunidos en el seno de una sociedad sedentaria. La convivencia en un mismo lugar de grupos a lo largo de las generaciones daba a lugar a tensiones antes desconocidas. Para afrontarlas, parece ser que fue entonces cuando se consolidaron instituciones organizadas para administrar

lo colectivo, desde la religión, con sus mitos y sus ritos, hasta el propio poder político, hacia dentro (control social) como hacia afuera (por ejemplo, defensa del territorio frente a atacantes, cuando el territorio ya tenía un sentido social a consecuencia de la sedentarización). En consecuencia, en las ficciones ambientadas en el Neolítico y épocas posteriores, es lo artificial en objetos e instituciones lo que predomina, frente a lo primacía de lo natural en las del Paleolítico. La lucha por la supervivencia pasa a tener un carácter *social*, mucho más que *natural*.

No obstante estos principios de validez general en las ficciones ambientadas en la prehistoria, existen ejemplos en que se presenta precisamente el paso de un mundo a otro. Así ocurre, en primer lugar, en una novela alemana traducida a varios idiomas titulada *Rulaman* [*Rulaman*] (1875), de David Friedrich Weinland (1829-1915). En ella se cuenta cómo una población paleolítica que había alcanzado un notable equilibrio social y humano es trágicamente borrada del mapa por otra más numerosa y avanzada tecnológicamente (conoce incluso el trabajo del cobre) debido a la manipulación de los sentimientos públicos por el sacerdote de los invasores. En cambio, la perspectiva del genocidio se ofrece solo como una posibilidad temida por una población que vive todavía en las cavernas en «Kab l'architecte» [*Kab el arquitecto*], uno de los relatos recogidos en el volumen titulado *La tasse de Saxe* [La taza de Sajonia] (1928) del francés Jacques Bainville (1879-1936), hoy más conocido por su labor historiográfica que por sus muy estimables relatos. Entre ellos, la historia de Kab y su pueblo se torna en parábola especulativa sobre la manera en que una sociedad puede abrazar la innovación salvadora sin romper con el pasado, sino más bien haciendo evolucionar la mentalidad colectiva de forma orgánica, sin revoluciones violentas,

tal y como seguramente preferiría un intelectual como Bainville, oficialmente conservador, pero consciente por su preparación de historiador de que nada puede resistir al cambio cuando este madura e impone su necesidad ineludible. Así proceden los hombres de las cavernas entre los que se cuenta Kab, en un momento de crisis causada por su conocimiento del peligro que entraña la posible próxima llegada de otros hombres que los vencerían con sus armas de metal, mientras que ellos solo usaban instrumentos de hueso y piedra tallada. Para evitar la catástrofe de la expulsión o la esclavización que los amenaza, al inventivo Kab se le ocurre que podrían construir palafitos sobre el lago donde pescaban, y así protegerse.

De esta manera, al genio de un individuo es a lo que Bainville atribuye el origen de una civilización que se habría caracterizado por asentamientos permanentes sobre viviendas de madera apoyadas en pilares sobre el agua de los lagos de Europa Central, y de ahí su denominación de *lacustre*. Su descubrimiento en Suiza a mediados del siglo XIX había hecho correr ríos de tinta, tanto de tratados arqueológicos como de numerosas ficciones que aspiraban a recrear especulativamente la vida en aquellos palafitos. Estas novelas, relatos e incluso dramas lacustres se constituyeron rápidamente en la principal manifestación de las ficciones del Neolítico, sobre todo en lenguas alemana y francesa. En esta última, Élie Berthet (1815-1891) escribió «La cité lacustre» [La ciudad lacustre], una de las narraciones prehistóricas de aventuras de la serie de *Le monde inconnu* [El mundo desconocido] (1876). En alemán, Friedrich Theodor Vischer (1807-1887) publicaría poco después en su novela *Auch Einer* [También uno] (1879) otra novela más breve atribuida a un personaje y titulada *Der Besuch* [La visita], en la que la detallada reconstrucción arqueológica se supedita a una

sátira de aspecto épico-fantástico contra el conservadurismo religioso. «Kab l'architecte» se inscribe en esta serie de obras, aunque más en la línea crítica y reflexiva de Vischer que en la bélica y animada de Berthet. Sus pescadores y cazadores de las cavernas acaban construyendo la ciudad lacustre planeada por su protagonista, sin que medien finalmente enfrentamientos con otras poblaciones, ya que el conflicto es entre lo viejo y lo nuevo. Kab da muestras de una singular astucia política al conseguir que la tribu adopte su idea, pese a que suponía un cambio total del modo de vida del grupo y una afrenta a sus dioses, razones por las que los ancianos, quienes ostentan el poder total en la tribu, podrían haber decretado la muerte del osado innovador. El orgullo de Kab por su triunfo final, que culmina con su elevación a la jefatura, le impide entender el argumento del anciano cuyo discurso determina la aprobación de los planes de aquel. El cambio histórico es imparable y ni siquiera lo que el innovador cree insuperable perdurará por toda la eternidad. Irónicamente, es la voz de uno de los que Kab tildaba de conservadores y creía ligados ineludiblemente a todo lo viejo el que extrae la enseñanza más verosímil de la historia, mientras que el revolucionario que cree mover sus hilos es realmente movido por ellos. El anciano había comprendido cómo avanza el curso de la historia y había obrado de manera que la historia no arrastrara a su pueblo a la violencia externa, y tampoco a la civil interna. Además, lo había hecho siendo consciente de la vanidad en última instancia de las construcciones humanas, intrínsecamente efímeras desde la perspectiva larga de la historia humana. Un lúcido escepticismo funda paradójicamente el tono finalmente optimista del relato, pues es lo que propicia el final feliz de la mutación cultural contada con sutil humor por Bainville, así como con un ritmo narrativo bien

controlado y un estilo cuya relativa sencillez es compatible con un planteamiento por momentos casi ensayístico, como correspondía a la narrativa intelectual novecentista europea en la que se inscribe sin duda la obra del autor. Esta corriente, que podemos ver representada en castellano en la serie de recreaciones arqueológicas especulativas de *La novela de España* de Manuel Gómez Moreno (1870-1928), también publicada en 1928, tuvo pronto fin. La década de 1930 no será tan propicia en Europa al templado optimismo histórico de aquellos autores de los años veinte del siglo pasado.

Una fantasía mítica hebraica

A consecuencia de la crisis de 1929 y de las tensiones sociales y políticas a que dio lugar, se produjo en Europa una exacerbación de los nacionalismos excluyentes que ya habían provocado en 1914 la Primera Guerra Mundial y la aparición de nuevos Estados sobre bases étnicas, algunos de los cuales tuvieron que reafirmar su existencia por las armas, además de mediante la marginación o represión de sus propias minorías nacionales. En este contexto, no es de extrañar que los tambores de guerra se oyeran estruendosamente a lo largo de la década de 1930 y que la literatura se hiciera eco de ello, por ejemplo, mediante la ficción anticipatoria de guerras futuras, entre las cuales se puede recordar una española en castellano, *Después del gas* (1935), de David Arias (1890-1976). Ese mismo año se escribió también en España, pero ahora en catalán, otra ficción narrativa admonitoria del peligro de una nueva guerra mundial provocada por la instrumentalización

política del nacionalismo, una guerra que se haría realidad trágicamente en 1939. Se trata de una que lleva un título revelador, «La pau impossible» [*La paz imposible*], cuyo autor, Lluís Ferran de Pol (1911-1995), no pudo publicarla, junto con otras narraciones fabulosas y especulativas escritas también en esa misma década de 1930, en un volumen hasta 1964, con el título de *Tríptic* [Tríptico]², seguramente porque se lo impidió el estallido de la Guerra Civil española de 1936. En esta guerra, el nacionalismo también desempeñaría un papel fundamental, tanto por parte de los partidos separatistas hegemónicos en Cataluña y las provincias tradicionalmente llamadas Vascongadas como por parte de los militares golpistas que se alzaron, entre otras razones de orden más político (fascismo frente a comunismo) contra el riesgo entonces muy real de desmembración de España como Estado. En este doble contexto hispano y europeo, «La pau impossible» resulta bastante original por varios conceptos.

Su conclusión no deja lugar a equívoco en lo respecta a su mensaje antinacionalista, pues los grupos que enarbolan unas banderas como símbolo de su diferencia frente a otros no lo hacen por un nacionalismo que tuviera fundamento sustancial alguno, ni étnico (por ejemplo, todos hablan la misma lengua y profesan la misma religión) ni comunitario (todos forman parte del mismo grupo y reconocen los mismos ancestros). Se trata simplemente de una escisión provocada por la ambición política de aspirantes a caudillos y de la adhesión borreguil y unánime de las masas que los siguen como tales. Si bien este fenómeno era especialmente visible en aquella época de 1930, ni nació entonces, ni se extinguió

² La traducción se basa en esta edición: Lluís Ferran de Pol, «La pau impossible», *Tríptic*, Barcelona, Selecta, 1964, pp. 171-206. Agradecemos al profesor Josep V. Garcia Raffi, que gestiona los derechos de autor de Ferran de Pol, su generosa autorización para publicar aquí esta traducción, y a Manuel Esteban Santos por su atenta revisión de la misma.

tampoco después, pese a la catástrofe que había provocado. El nacionalismo, al igual que otras creencias políticas tendentes al totalitarismo (horizontal y vertical), sigue muy presente hoy, de manera que «La pau impossible» parece no haber perdido un ápice de su actualidad, como sugiere la propia historia pasada y reciente de la Cataluña natal del autor, región en la que los cuestionamientos del nacionalismo desde el propio campo nacionalista no son legión.

La postura moral y política de «La pau impossible» en su contexto no es, con todo, lo pertinente desde el punto de vista artístico, que es lo que único que vale realmente cuando se trata de literatura. Podría aludirse a este respecto al estilo del autor. Este se caracteriza por la discreta poesía que se desprende de sus sobrias descripciones paisajísticas, acordes con la estética de la desnudez propia del neorrealismo coetáneo. También destaca que su sencillez, que sirve a la fluidez narrativa no está reñida con una retórica mesurada, lo que se puede observar, por ejemplo, en los numerosos diálogos. Se observan en ellos figuras de estilo ausentes normalmente de la literatura de masas, tales como las repeticiones, que dan lugar a una estética del paralelismo. Este configura también la sucesión de los acontecimientos y parece especialmente adaptado a una historia que, sin imitar el llamado estilo bíblico, se inscribe también en el universo de los mitos hebreos, aprovechando la parquedad de información sobre las primeras eras de la humanidad presente en el libro del *Génesis* para inventar una civilización muy afín en apariencia a las subcreadas por la fantasía épica.

Ferran de Pol escribió por la misma época una arqueofantasia o fantasía protohistórica como «Els hereus d'en Xanta» [*Los herederos de Xanta*] (1934), en la que subcreó una civilización antigua por completo, y una fantasía mitológica como «La pau impossible»,

cuyo carácter especulativo la aleja de las numerosísimas reescrituras de los mitos hebreos que tan solo introducen en ellos novedades de detalle (por ejemplo, ambientación más ampliamente descrita o introducción de personajes accesorios). En cambio, lo accesorio en esa narración de Ferran de Pol es lo que toma prestado de la Biblia, que se reduce a que el Dios del pueblo descrito es también Yavé y al hecho de que este habría convenido con ese pueblo no volver a inundarlo con un diluvio universal, dejándole el arco iris como prueba y recordatorio visibles de esa promesa, según el versículo del *Génesis* que figura al inicio del relato. Si no fuera por esos dos detalles, el pueblo primero unido y luego dividido que lo protagoniza habría podido pasar por ser fruto de la invención del autor. En cualquier caso, ninguna de las peripecias narradas debe gran cosa al hipotexto hebreo, sino que dibujan una gesta heroica que cabe considerar épico-fantástica. Ni siquiera están ausentes los rasgos sobrenaturales legendarios, pues el héroe que inicia su búsqueda de algo antes tenido por imposible no solo aporta a su pueblo novedades aplicadas de carácter histórico, como la doma del caballo, sino también otras de puro carácter fabuloso, como el robo de un color, en una hermosa escena en la que el autor demuestra sus altas dotes narrativas. En consecuencia, si bien no puede considerarse fantasía épica propiamente dicha al faltarle el aspecto fundamental de subcreación plena, «La pau impossible» se inscribe como una obra maestra tardía de una serie de ficciones que se esforzaron por llegar los huecos del mito hebreo, y al hacerlo, contribuyeron durante la primera mitad del siglo XIX al surgimiento de la fantasía épica, junto con la reactivación de la Atlántida como espacio de ficción. La principal y más épico-fantástica de ellas es el poema épico *La chute d'un ange* [*La caída de un ángel*]

(1838), de Alphonse de Lamartine (1790-1969), destacando también, en prosa, la leyenda «Miriam la trasquilada» (*Cuentos y fábulas*, 1861/1862), de Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880). «La pau impossible» prolonga muy dignamente esa tradición y, al mismo tiempo, la pone al día tanto en lo relativo a su forma y estilo como a su significado.

El lejano pasado mítico de los hebreos adquiere en «La pau impossible» un valor de ejemplo para la crisis de la modernidad, un ejemplo laico y completamente desligado de la religión judía y de sus derivaciones cristiana, musulmana y mormona. Esta secularización de las tradiciones religiosas se puede observar también en otro relato muy original escrito en la Suiza de lengua romanche, una región que no parecía tan expuesta a la guerra por la acrisolada neutralidad defensiva de aquel país, pero que no estaba inmune a la sensación general de crisis psicológica y moral en Europa que se había manifestado primero en la mentalidad decadente en torno a 1900, a la que sucedería en las décadas siguientes del siglo XX la creciente popularización de la corriente existencialista en la filosofía, la literatura y la vida misma.

Una fantasía existencialista *slipstream*

Al menos desde la célebre y muy influyente novela *À rebours* [*A contrapelo*] (1884), de Joris-Karl Huysmans (1848-1907), la figura del varón neurótico que no encuentra sentido a la vida y a su propia existencia, pese a sus reiterados y fracasados intentos por lograrlo, se había convertido en una de las más comunes en la narrativa culta en Europa hasta bien entrado el siglo XX, pues tal figura también protagoniza novelas muy posteriores como *L'étranger* [*El extranjero*] (1942), de Albert Camus (1913-1960). La mayoría de ellas se ajusta a la estética y

las técnicas realistas de la narrativa *psicológica*, en ambientes contemporáneos de nuestro mundo fenoménico o primario, lo que impide, pues, considerarlas parte de la ficción especulativa. Sin embargo, esta no estaba reñida con el reflejo de crisis existenciales mediante construcciones ficcionales de mundos secundarios de orden alegórico o simbólico, tales como los inventados por Franz Kafka (1883-1924) en *Der Prozess* [*El proceso*] (1925) o Dino Buzzati (1906-1972) en *Il deserto dei tartari* [*El desierto de los tártaros*] (1940). Tales mundos no se inspiran, naturalmente, en las ciencias positivas, tanto naturales como sociales, que suelen fundar la ficción especulativa hoy más leída, desde la ciencia ficción hasta la fantasía épica. Lo hacen en cambio en las que podríamos llamar ciencias divinas, tales como la metafísica y la teología. Al menos, esas narrativas parecen haber heredado su planteamiento simbólico de una larga tradición de comunicación de realidades espirituales y existenciales, inefables directamente, mediante el símbolo y la alegoría, cuyo empleo sistemático en una creación ficticia puede dar lugar a subcreaciones literarias. Así se produce, por ejemplo, en las numerosas visiones de un más allá que, por ser posterior a la muerte, resulta materialmente incognoscible o, más modernamente, en las visiones simbólicas que aspiran a sugerir mediante la intuición poética estados psicológicos individuales a los que se les confiere un valor universal mediante su transferencia a espacios imaginarios que puedan ser representativos e intuitivamente reconocibles en situaciones emocionales análogas. Así ocurre, por ejemplo, en poemas en prosa de carácter narrativo y ficticio como el pionero de Charles Baudelaire (1821-1867) titulado «Chacun sa chimère» [*Cada cual, con su quimera*], uno de sus poemitas en prosa de *Le spleen de Paris* [*El spleen de París*] (1869), el cual sitúa al yo narrador y poético en un espacio

simbólico, ahí único mundo representado. En otros poemas en prosa similares, existe una doble representación del mundo primario del poeta y el mundo secundario al que accede intuitivamente, como es el caso, por ejemplo, en uno de los escasos ejemplos de literatura simbolista en romanche surselvano, «Verdad» [*Verdad*] (1971), de Gian Fontana (1897-1935).

En esa misma lengua merece recuerdo otra creación de un mundo psicológico simbólico de un escritor coetáneo suyo, Gian Caduff (1899-1994), titulada «L'uldauna» [*La ondina*] (1925)³. Lo merece por el atractivo mismo de la narración, que se impone al lirismo que suele limitar la viabilidad de esas fantasías simbólicas poemáticas como ficción, pero también por el interés de una creación híbrida que hoy denominaríamos mediante el anglicismo *slipstream*. En efecto, el mundo secundario simbólico se inscribe en un mundo primario, *realista*, muy detallado, tal vez para no chocar a los lectores de la publicación literaria periódica en que vio la luz, los cuales apenas habían podido leer en su lengua más que relatos de costumbres rurales de su tierra. En cambio, «L'uldauna» no solo los transportaba a la isla alemana de Rügen, sino que también se atrevía a presentar un personaje cosmopolita, que se mueve por Europa y es presa de una melancolía existencial que corresponde a la noción inglesa de *spleen* a la que ya había recurrido Baudelaire. Este personaje, que focaliza la narración (toda ella en tercera persona), es un joven que ha viajado a esa isla, entonces célebre lugar de vacaciones, para aliviar esa melancolía suya, que se debe a una frustración amorosa, que se había agravado hasta hacerle dudar del sentido de su propia vida. Como tal, este personaje

no tenía gran cosa de nuevo, fuera de la literatura romanche, pero en lo que destaca internacionalmente su historia es por su pronta derivación hacia lo fabuloso, desde varios puntos de vista y recurriendo a diversos géneros de ficción.

Lo fantástico en «L'uldauna» radica en el personaje principal femenino, una joven pescadora en la que se fija fascinado el protagonista. Esta fascinación sube de grado cuando la supuesta pescadora llega hasta él una noche, cuando él medita en la costa, en una embarcación feérica tirada por cisnes sobre el mar. La pescadora es, en realidad, una «uldauna», término que puede significar «hada», pero que aquí designa más bien un seductor ser elemental acuático femenino análogo a las ondinas de agua dulce, aunque esta sea una ondina marina, por así decir. Sin embargo, no se despeja por completo la ambigüedad, la duda que genera el efecto fantástico, pues a la mañana siguiente vuelve a su estado humano, tras una larga conversación con el joven que bien podría tratarse de una alucinación. Esta posibilidad puede resultar reforzada por el viaje visionario y simbólico que ella ofrece al joven para curarlo o castigarlo por el amor que él dice sentir por ella. Tal viaje, a lo largo de un camino abierto en el mar sobrenaturalmente por la ondina, es a un espacio fúnebre, un cementerio en el que el protagonista ve proyectadas escenas, al modo cinematográfico, de su vida pasada en relación con las mujeres que había seducido y decepcionado. Por otra parte, nada impide tampoco creer en la doble esencia natural y sobrenatural de la joven y, en consecuencia, también del espacio simbólico del cementerio de los amores muertos. Es este espacio, si lo

³ La traducción se basa en la edición siguiente: Gian Caduff, *L'uldauna*, Cuera, Pro Mintga Gi, 1925. Conste nuestro agradecimiento a Cristian Joos, presidente de la Fundaziun Calender Pro Mintga Gi, derechohabiente de la obra de Caduff, por su generosa autorización para publicar esta traducción.

consideramos real dentro de la narración, lo que confiere su carácter especulativo al texto, así como una dimensión nueva, filosófica si se quiere, a lo que de otro modo habría quedado en cuento psicológico como muchos otros de su época.

«L'uldauna» no se limita a esa doble dimensión, pues le añade otra temporal. Mientras que la parte psicológica y la simbólica se desarrollan en el presente de la enunciación narrativa, el relato se abre a un pasado legendario al dedicar un espacio considerable a la historia que la ondina le cuenta al joven sobre las aventuras de una sacerdotisa pagana del período en que la isla de Rügen estaba ocupada por poblaciones germánicas, antes de su esclavización y posterior regermanización. Tal sacerdotisa, cuya función era semejante a la de las vestales romanas, había faltado a sus votos por amor y había sido condenada a muerte por ello, pero su final, y el de quienes la habían condenado, es muy distinto. Este relato dentro del relato, que se podría leer por separado, es una buena muestra de narración que aún eficazmente lo mítico y lo arqueológico en forma de fantasía legendaria a la manera de «La deixa del geni grec» [*El legado del genio griego*] (1902), de Miquel Costa i Llobera (1854-1922), y desempeña, además, una función ejemplar e ilustrativa en el debate amoroso que sostiene la pareja protagonista, de manera que contribuye también a la solidez de la arquitectura narrativa de la obra entera. La variedad y diversidad de los enfoques ficcionales adoptados por el autor no desentonan unos de otros, ni perjudican demasiado a la unidad de significado del conjunto, lo que sugiere su habilidad como narrador. Tan solo echaríamos de menos quizá

un mayor cuidado estilístico, pero la prosa de Caduff se lee al menos con agrado y, en cualquier caso, su público tal vez no habría apreciado una mayor complejidad retórica. Al fin y al cabo, el romanche no había tenido prácticamente obras que pudieran relacionarse con el esteticismo decadentista internacional. Además, la relativa sencillez de la escritura de Caduff, aunque menos calibrada que la de Fontana, se acordaba perfectamente con el estilo común en su época. Ya no eran los tiempos de la rica ornamentación retórica finisecular, ni tampoco del detallismo descriptivo tendente a la exhaustividad en la representación del mundo que observamos en el realismo decimonónico. Caduff escribió como convenía a su objeto y, al mismo tiempo, demostró que mundos primarios y secundarios podían armonizarse en una narración compacta. Otros autores fracasarían o habrían fracasado en su intento, sea por el desequilibrio entre lo especulativo y lo realista en la obra acabada, sea porque la conciencia de ese desequilibrio en escritores bien conocedores de su oficio hizo que se dieran por vencidos. Sin embargo, en algún caso dejaron material suficiente como para que merezca la pena rescatar la obra en cuestión, incluso inacabada.

Una novela psicológica inacabada inédita en torno a una invasión extraterrestre

Joaquim⁴ Ruyra (1858-1939) es un clásico indiscutido de la literatura catalana moderna. Hoy es conocido sobre todo por sus relatos ambientados en su tierra, en los cuales el costumbrismo se transmuta en visión

⁴ En la época de Ruyra, los autores solían poner su nombre de pila en castellano al escribir en esta lengua y en catalán al hacerlo en esta. Como Ruyra dejó sin publicar su obra castellana y en los manuscritos castellanos suyos que hemos podido consultar solo hemos visto aquel nombre abreviado en J., seguiremos la costumbre actual de consignar únicamente la versión catalana del nombre.

poética, sobre todo por sus bellas descripciones subjetivas de lugares. Por lo demás, su obra publicada desborda a veces el realismo al uso también por sus temas. Por ejemplo, la narración «La fi del món a Girona» [*El fin del mundo en Gerona*], recogida en *La parada* [La parada] (1919), constituye la narración de un falso apocalipsis, esto es, su tema es la aprensión por el próximo fin del mundo en que creen las gentes de la ciudad a causa de un fenómeno astronómico inhabitual, incluido el joven protagonista, desde cuya perspectiva visionaria y a veces onírica se cuentan los hechos, hasta la confirmación final del error colectivo. Aunque tal final refute la interpretación especulativa de lo contado antes dominante y, con ello, la propia clasificación ficcional de la narración entera, tal narración, que se cuenta entre las mejores suyas, denota un interés indudable por salir del mero *realismo*. Este interés ha venido siendo confirmado por la publicación de fragmentos narrativos suyos en su lengua materna catalana ambientados en un futuro más o menos lejano, aunque tecnológicamente no demasiado distinto del presente, que es el

tiempo en el que la imaginación de Ruyra debía de sentirse más a gusto.

Estos fragmentos catalanes son bastante breves y tienen poco más valor que el anecdótico de que tan gran escritor haya probado ocasionalmente a lanzarse a la imaginación especulativa acerca de las cosas del porvenir. Si Ruyra merece un lugar más prominente en la historia de la ciencia ficción es, creemos, por una novela suya inacabada en castellano que había permanecido manuscrita hasta la presente publicación⁵. Como el autor escribió su obra castellana en la década de 1880 y adoptó el catalán como lengua literaria exclusiva a partir de 1890⁶, esa novela, titulada *La ley del más fuerte*, es seguramente una de las primeras narraciones sobre una invasión extraterrestre de nuestro planeta y sería anterior, pues, a *Auf zwei Planeten* [*Entre dos planetas*] (1897), de Kurd Laßwitz (1848-1910), y a *The War of the Worlds* [*La guerra de los mundos*] (1898), de H. G. Wells (1866-1946), los dos libros que consagraron el tema de las invasiones extraterrestres. Como el manuscrito no está fechado, no se puede saber si es anterior también

⁵ La edición del texto corresponde a nuestra propia transcripción del manuscrito de Ruyra, que pudimos fotografiar en la casa familiar de Blanes gracias a la generosidad excepcional de D.^a Maria del Vilar Vilà, descendiente y derechohabiente del autor. Conste nuestro más sincero agradecimiento a la Sra. Vilar Vilà, que hacemos extensivo a la gran especialista en la obra de Ruyra Maria Lluïsa Julià, quien ha descrito esos manuscritos castellanos y ha publicado algunos en estudios sin los cuales el presente habría sido imposible de escribir. El manuscrito mismo no es de fácil lectura. Ruyra escribía con letra clara, pero diminuta, y algunas correcciones escritas sobre una palabra anterior impiden leer con seguridad tanto la tachada como la palabra que la sustituye, por lo cual algunas lecturas nuestras podrían estar erradas. Como los manuscritos castellanos de Ruyra son un tesoro, al menos desde el punto de vista de la historia de la literatura, sería deseable que alguien los transcribiera por entero (por ejemplo, en el marco de una tesis de doctorado). Además de *La ley del más fuerte* que ahora editamos y de la leyenda toledana completa sobre los amores de la princesa Galiana y Carlomagno titulada «Rodamonte», que es probablemente la mejor versión literaria de su asunto, hay otras obras de gran originalidad, como un drama literario inacabado de asunto mitológico persa, inspirado libremente en el zoroastrismo, cosa verdaderamente inusitada en las literaturas hispánicas y occidentales en general, pero que había interesado también a Juan Valera (1824-1905), a juzgar por su novela inacabada de fantasía arqueológica titulada *Lulú, princesa de Zabulistán* (1870).

⁶ Según afirma Lluïsa Julià en *Ruyra: l'home i la seva imatge* (Girona, Fondació Valví, 2010): «De mitjan septembre 1890 al 23 d'octubre del mateix any escriví *El banquet y la tertulia*, la darrera narració en castellà» [entre mediados de septiembre de 1890 y el 29 de octubre del mismo año escribe *El banquet y la tertulia*, la última narración en castellano] (p. 94). Aquella investigadora fue quien describió las obras castellanas de Ruyra en el libro siguiente, sin el cual no habríamos sabido de la novela de ciencia ficción que nos ocupa: M. Lluïsa Julià Capdevila, *Joaquim Ruyra, narrador*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 13-42.

a «Viaje interplanetario» (1882)⁷, de Octavio Lois Amado (1857-1888), que también se recupera en el presente número de *Hélice* y que parece ser la primera ficción española moderna centrada en el contacto en nuestro planeta de alienígenas que han viajado hasta él por medios tecnológicos desde algún otro mundo del espacio estelar. En *La ley del más fuerte*, los alienígenas visitantes no llegan a aparecer en ningún momento de la historia narrada, pero no hemos de olvidar que Ruyra no acabó la novela, habiendo quedado tan solo una nota de proyecto sobre la futura expedición de los protagonistas para examinar sus «máquinas de locomoción». Tampoco existe seguridad sobre sus intenciones invasoras. De los comentarios de los personajes se desprende que proceden de Júpiter y que han alcanzado la Tierra en una nave cuya tecnología los convierte *ipso facto* en riesgos, pues su superioridad a ese respecto facilitaría su fácil destrucción de las defensas terrestres y la subsiguiente ocupación de nuestro planeta, según la idea que parecería natural en aquellos tiempos de expansión colonial europea y a lo que parece referirse el título de *La ley del más fuerte*. Por otra parte, la misma nota alude a la imposibilidad de aclimatación de los «hombres de Júpiter» y en el cuerpo del texto se relativiza su peligro al señalarse que los visitantes extraterrestres lo son en escaso número. No obstante, la ley marcial, la llamada a filas y los ingentes preparativos militares apuntan a una posible guerra total, pues todo se supedita a la defensa, incluso la universidad, en cuya sede barcelonesa parece desarrollarse⁸ toda la acción de las páginas que Ruyra llegó a escribir. Los «habitantes de Júpiter» son la

presencia ausente que determina las acciones y las emociones de los personajes, desde el terror cerval del anciano bedel hasta la jactancia más o menos lúcida de los militares acuartelados en la universidad convertida en polvorín y armería, pasando por la frialdad positivista del profesor de Matemáticas al que se ha encargado encontrar posibles soluciones al peligro que se cierne sobre el país y el planeta. Todos ellos no son más que personajes secundarios, aunque ocupen amplio lugar en la escena.

El verdadero protagonista de *La ley del más fuerte* es un estudiante distraído que acude a clase a la universidad sin haberse enterado, debido a su indiferencia ante la vida pública, de la sobrecogedora noticia. Toda la narración, que es en tercera persona, se focaliza en su persona, en sus sentimientos y en sus actitudes ante lo invasión del espacio docente por aquellos soldadotes a los que teme por encima de todo, pues tan distintos los ve de sí mismo por su comportamiento e ideas que diríase que son ellos los verdaderos alienígenas para él. La evolución de sus reacciones se narra con tantos pormenores que lo escrito de la novela se lee como una creación extrema de narrativa psicológica de una personalidad en profunda crisis. Sus reacciones pasan de un terror irracional ante el ejército y, luego, ante la perspectiva de la muerte a manos de los alienígenas potencialmente atacantes a una pérdida histórica de control cuando se ve requisado para las labores de defensa por su profesor, a quien le canta las verdades (o, más bien, el pobre concepto que tenía de él en su fuero interno) en una escena de riña que pone al desnudo la bestialidad de los seres humanos

⁷ En *La ley del más fuerte* se alude a la redención de quintas mediante el pago de mil quinientas pesetas, que era la cuota aplicada al efecto a los reclutas de la España peninsular entre 1881 y 1912.

⁸ En el texto se alude una vez al palacio de la Virreina, sito en Barcelona, pero ningún otro detalle permite localizar la acción con exactitud, aparte de que se trata de España. Por lo demás, los personajes tienen todos apellidos castellanos (el del bedel Galíndez es de lectura dudosa, por estar siempre poco claro en el manuscrito).

ante una agresión, incluso si se trata de personas civilizadas. Este salvajismo y lo exacerbado de las reacciones se extiende prácticamente a todos los personajes, salvo a los militares, cuya sangre fría les viene de un oficio que los prepara para ser máquinas de matar. No obstante, es el estudiante misántropo y aislado el que actúa de forma más visceral ante la previsible imposición de la defensa colectiva sobre su deseo de seguir al margen. Todos sus actos y palabras, igual que los de los demás personajes, parecen verosímiles, pese al detalle inicial algo increíble de que el estudiante no se hubiera enterado antes de la llegada de la máquina extraterrestre y de sus tripulantes. Ese efecto de verosimilitud se funda retóricamente en el excepcional grado de detalle de la narración. Da la impresión de que la voz narrativa no omite palabra, acto o emoción del protagonista, con lo que el efecto de realidad conseguido es sobresaliente.

También contribuye al detallismo la precisión y la riqueza del vocabulario castellano de Ruyra, cuya exactitud y tensión retóricas no se quedan atrás con respecto al estilo de los grandes escritores de novela realista coetáneos como Benito Pérez Galdós (1843-1920), pese a algunos catalanismos ocasionales del manuscrito. Con todo ello, Ruyra consiguió ofrecer una imagen muy vigorosa y expresiva no tanto de la invasión extraterrestre, sino de las posibles reacciones de los terrícolas ante tal invasión. Desde este punto de vista, Ruyra cuida hasta el extremo en *La ley del más fuerte* el reflejo de la psicología de sus personajes en esa situación hipotética, por analogía con las reacciones ante invasiones y conflictos bélicos humanos, con la diferencia de que la superioridad de los habitantes de Júpiter introduce en esa psicología un elemento de sublime ficción que suele faltar en las numerosas narraciones de guerras futuras terrestres desde *The Battle of Dorking* [*La*

batalla de Dorking] (1871), de George T. Chesney (1830-1895). Por otra parte, su detallismo realista era más difícil de conseguir si la narración debía describir elementos ajenos a la realidad contemporánea observable, como los propios alienígenas y sus máquinas. La imaginación especulativa rara vez es capaz de ofrecer un efecto de realidad material tan vívido como la imaginación anclada a la realidad del mundo primario. Tal vez tan solo Kurd Laßwitz lo consiguió en su extensa novela *Auf zwei Planeten*, la cual transpone perfectamente la estética realista a la ciencia ficción naciente. Sin embargo, se trata de una excepción, porque el procedimiento parece ser de una extrema dificultad, y Ruyra así lo debió de entender, si es esta la razón por la que dejó sin terminar la novela justo cuando debía iniciarse su desarrollo más especulativo. Por su parte, Wells abrió el camino a seguir al renunciar al detallismo integral en favor de una selección de elementos que sugirieran las novedades especuladas, en vez de describirlas con afán totalizante.

Este procedimiento literario se convirtió pronto en el habitual en las ficciones de anticipación, incluso en aquellas cuya estética podría considerarse muy alejada de la eficaz funcionalidad narrativa de la narrativa ficción científica de Wells y de la mayoría de sus herederos. Por ejemplo, al mismo tiempo que Wells seguía la vía de la simplificación a partir del propio realismo narrativo y la extendía al estilo, otros adoptaron su planteamiento sintético, pero sin abandonar por ello la escritura ornada que se había convertido en una de las marcas de fábrica del Decadentismo internacional. La belleza del estilo suponía una protesta tácita contra el declive de la importancia del arte en una sociedad cuya búsqueda de la funcionalidad en todos los órdenes de la vida amenazaba con acabar con la apreciación del patrimonio legado por los antepasados, un patrimonio que se

creía pronto a perderse. Aunque la indiferencia pública moderna no fuera directamente la que lo destruyera, bien podría hacerlo un cataclismo que rematara aquella sociedad en declive, permitiendo un nuevo comienzo desde el que recordar lo perdido con nostalgia, desde la idea de que las civilizaciones, incluso la más avanzadas, son mortales, según el famoso dicho de Paul Valéry (1871-1945) que de forma tan hermosa resume el espíritu de la época truncada efectivamente por las matanzas de la Gran Guerra y que encontró expresión sobresaliente en varias anticipaciones postapocalípticas de principios del siglo xx protagonizadas por los vestigios de un pretérito radicalmente desaparecido, bien recordado, bien olvidado.

Una utopía sobre las ruinas del porvenir

Tal vez no sea de extrañar que una literatura tan transida de añoranza, de ese sentimiento que su lengua portuguesa designa con el término casi intraducible de *saudade* y que incluso dio lugar a un movimiento poético llamado *saudosismo* brillantemente representado por Teixeira de Pascoaes (Joaquim Pereira Teixeira de Vasconcelos, 1877-1952), registrara su primera obra literariamente imprescindible de la ficción de anticipación con un relato que

versa sobre la recuperación de la belleza perdida. El cuento «A revolução» [*La revolución*], publicado en el volumen titulado *Jardim das tormentas* [*Jardín de las tormentas*] (1913), que es obra de uno de los grandes novelistas de su país en el siglo xx, Aquilino Ribeiro (1885-1963)⁹, narra la aventura de la recuperación por unos buzos de la Victoria de Samotracia, una obra de arte simbólica del grado de belleza que había podido expresar la humanidad antes del cataclismo inexplicable que había acabado con las civilizaciones que ocupaban las tierras antes emergidas, dejando sin cubrir tan solo algunas montañas y mesetas de Europa. Entre los escasos supervivientes figuran dos familias, una humilde de origen portugués y otra de origen alemán o, al menos nórdico, las cuales representaban antes dos modos de vida opuestos. Mientras que los sureños eran campesinos, los nórdicos eran grandes industriales capitalistas en lucha por mantenerse en la cúspide social frente a las reivindicaciones proletarias. En cambio, la catástrofe había purgado, por así decir, los pecados de la humanidad y permitido el acercamiento solidario de ambas familias, antes separadas por un abismo social. Ahora viven ambas de las labores del campo y se entregan a la artesanía en el seno de familias extensas de aspecto patriarcal, pero en las cuales la sexualidad no está sujeta a convenciones artificiales para controlarla, sino

⁹ El texto de la traducción se basa en el de la primera edición del libro: Aquilino Ribeiro, «A revolução», *Jardim das tormentas*, Paris – Rio de Janeiro, Aillaud, Alves & Cia – Francisco Alves & Cia, 1913, pp. 293-313. Ribeiro publicó décadas después una nueva versión (Lisboa, Bertrand, 1961, pp. 291-306), con numerosos cambios estilísticos y hasta de nombres (por ejemplo, la familia Zorn pasa a llamarse Horner) y algunas modernizaciones, como la presencia de petroleros, que no casan verdaderamente con las ideas y la atmósfera finiseculares y *decadentistas*, del cuento, en el que las modificaciones introducidas en fecha tan tardía no son lo suficientemente amplias como para actualizarlo verdaderamente en un período en que la ciencia ficción propiamente dicha ya se cultivaba en Portugal. En cambio, la primera versión de «A revolução» no solo refleja la mentalidad de su tiempo, sino que también tiene suma importancia histórica como ejemplo de ficción de anticipación portuguesa pionera y perfectamente sincronizada internacionalmente. Por lo demás, los cambios de 1961 tampoco mejoran significativamente el estilo original, que era ya digno del gran escritor que era Ribeiro. Conste nuestro agradecimiento a los herederos de Aquilino Ribeiro, representados por D. Aquilino Machado, y también a Bertrand Editora, por su amable autorización para proceder a la traducción al castellano del cuento en su primera versión.

que se desarrolla con libertad y se manifiesta en espontáneos amores correspondidos y consumados desde la misma adolescencia, sin vicios ni perversiones aparentes, como si la organización adoptada fuera a la vez moral y natural. Según declara el narrador, la catástrofe había lavado el mundo y ahora los cuerpos eran tan puros como las almas. El patriarca Zorn reafirma estas ideas en un discurso ante ambas familias en el que contrapone la corrupción y las deformaciones de la mente y del comportamiento que tenían su causa en la aberrante organización social anterior, que cabe considerar que es la contemporánea del cuento, y la sana vida actual resultado de la reacción colectiva igualitarista y solidaria ante la catástrofe, que había enseñado a todos la vanidad de lo que antes tenían por más sagrado. Esta sería la revolución a que alude el título. Sin embargo, revolución no significa tabla rasa.

La sociedad utópica presentada no ha renunciado, quizá curiosamente, a toda la tecnología, pero la narración no tematiza su influencia en el orden social, ni tampoco su compatibilidad con la sencillez patriarcal de las familias protagonistas, máxime si se recuerda que varios miembros de ellas se embarcan en una expedición para recuperar piezas del museo del Louvre, aunque corren peligro de perecer, atacados por monstruos marinos feroces ignorados por la zoología precataclísmica. Estos monstruos introducen el riesgo que permite calibrar el heroísmo de quienes se enfrentan a ellos para cumplir la misión encomendada. La narración, que hasta entonces había sido bastante estática por centrarse en la presentación del nuevo mundo postapocalíptico, se anima entonces considerablemente, aunque sin caer en una desarmonía con el tono reposado anterior. La voz narrativa se recrea en la descripción de las bellezas de aquel palacio de París y de su contenido, unas bellezas que se ofrecen

descompuestas, derrumbadas y en ruinas, sometidas a la acción de una naturaleza tan grandiosa como implacable, frente a la cual la afirmación del heroísmo humano resulta empuñecida ante la fuerza del tiempo destructor. Aunque consigan llevar a tierra la Victoria de Samotracia, a la que ven como un símbolo de la gloriosa permanencia del trabajo humano, las pérdidas humanas sufridas apartan la interpretación del cuento de su propósito aparentemente utópico, pues la vida ya no es lucha, pero la catástrofe ha enseñado que sigue estando sujeta al sufrimiento e incluso a la extinción. La anticipación optimista de un futuro mejor se conjuga con una conciencia trágica de la fragilidad del ser humano y de sus obras, como sugiere la visión de las ruinas. A este respecto, si el pasado es difícilmente recuperable incluso cuando se ha vivido, más lo será cuando hayan transcurrido muchos milenios desde su interrupción catastrófica.

Una arqueología del futuro

El ambiente de fin de un mundo que se respiraba en torno a 1900, al menos en los círculos culturales decadentistas, tuvo como consecuencia una conciencia clara de la fragilidad del presente, cuyos logros artísticos y tecnológicos se veían cuestionados desde la perspectiva del curso destructor del tiempo, tanto histórico como natural. Esa conciencia encontró una radical manifestación especulativa en las dos anticipaciones complementarias con las que el escritor rumano, hoy injustamente olvidado, Theodor Cornil (Toma Dumitriu, 1876-1912), cerró su libro *Mentalia* [Mentalia] (1908). Este volumen está constituido por narraciones en que experimentó con diversas formas de fantasía, sobre todo narraciones alegóricas que critican el culto contemporáneo

al enriquecimiento o ensalzan, por el contrario, la labor constructora de un héroe profético análogo al Zarathustra nietzscheano. Todos esos relatos están escritos en prosa poética, estilo que se aplica incluso a la anticipación final del libro, titulada «Veşnicia» [*La eternidad*]. Esta es una historia del futuro a larguísimo plazo y que comprende no solo la humanidad actual y varias especies humanas sucesoras, sino el universo entero, pues las páginas finales narran su enfrentamiento a lo largo de eones hasta el definitivo triunfo de la entropía, en un espectáculo tan sobrecogedor como sublime que convierte a aquella narración en una de las más osadas, por su perspectiva, de toda la literatura de anticipación. No se podía ir más allá, y por eso cierra grandiosamente *Mentalia*. Además, constituía también la ampliación del relato de anticipación que la precede en el volumen, «În adâncul timpurilor» [*En lo profundo de los tiempos*]¹⁰, pues este se centra en un episodio de un período histórico, que se describe brevemente en «Veşnicia», entre tantos que se suceden a lo largo de la colosal historia presentada, en la que las humanidades se suceden en ciclos de elevación y declive hasta que la naturaleza impone su destructora ley entrópica.

El período descrito en «În adâncul timpurilor» es muy posterior a nuestra era y más cercano a ese anticipado fin entrópico, tal y como indica el hecho de la creciente inconsistencia de la materia misma. Los hombres de este futuro son conscientes de ese declive, aunque su sociedad aparece como templadamente utópica. En aquellos años del porvenir, existe una única civilización terrestre, con una sola lengua (o muy pocas), y parece llevarse una vida más bien contemplativa y cercana a la naturaleza. En aquella sociedad,

los científicos e intelectuales, tanto varones como mujeres sin otra distinción y excelencia que las otorgadas por el mérito de sus estudios e investigaciones, parecen disfrutar de enorme prestigio público, tal y como indica la asamblea final que decide el destino del hallazgo que da pie a la narración y que enlaza aquella época con la nuestra por encima de los abismos profundos del tiempo gracias a la indagación arqueológica. En efecto, el relato se centra en los esfuerzos de unos sabios por dar sentido científico al descubrimiento casual de un cristal que protege una tarjeta con una frase escrita en una lengua entonces desconocida y que el narrador transcribe de forma que se entiende que es rumano. Tanto el objeto como el escrito introducen una revolución en las ciencias históricas de aquel período futuro, pues significaba que la humanidad de hacía cientos de miles de años, que no es sino nuestra propia humanidad a juzgar por el texto del documento, había alcanzado un alto grado de civilización desde el punto de vista de la cultura humanística, pero también de la tecnología, tal y como la tradición oral había transmitido en forma de leyendas que los doctos tenían por invenciones fabulosas. Una de ellas es una bonita fábula que un sabio cuenta a sus interlocutores y que explica la pasada diversidad lingüística de la humanidad.

Ese sabio es un defensor apasionado de la grandeza de aquel mundo pasado tan lejano, al que idealiza añorante como tantos contemporáneos de Cornel lo hacían con la Antigüedad clásica. El documento acaba por darle razón, lo que también sirve para que realzar el valor del presente moderno. Esta actitud parece oponerse al planteamiento condenatorio que adoptaría Ribeiro en su anticipación y que era más bien común entre

¹⁰ La traducción que sigue se basa en la primera y, por desgracia, única edición rumana del texto: Th. Cornel, «Veşnicia», *Mentalia 1900-1908*, Bucureşti, La Roumanie, 1908, pp. 197-236.

los intelectuales humanísticos convencidos del declive de Occidente, pero no ha de olvidarse que Cornel considera su tiempo desde el distanciamiento de una visión especulativa a larguísimo plazo. Los avances de la Modernidad están sujetos a accidentes destructivos, tales como la enfermedad de la *languidez* a que se alude como causa del fin de nuestra era, tras la cual quedaron sepultados en el olvido o reducidos a meras leyendas. Ni siquiera el hallazgo del documento nos salvará de ese olvido, pues el texto queda finalmente sin descifrar para la humanidad futura. De ahí se desprende la ironía de que la frase escrita en 1904 como mero testimonio de su existencia por parte del propio Cornel (se alude a *Mentalia*) acabe siendo lo único conocido, mientras que las obras maestras reconocidas habrán perecido por completo. Al mismo tiempo, la ironía se ahonda al tenerse conciencia de que tal frase no sirve tampoco de nada a su gloria, ya que nadie es capaz de entenderla y acabará admirada y venerada, pero incomprendida, en un templo-museo. De esta forma, el sentido de maravilla (*sense of wonder*) que se nos ofrece ante el espectáculo de un porvenir tan lejano se funde íntimamente con un sentido de pérdida (*sense of loss*) que evidencia la fuerza emocional del relato, en el que ese efecto se consigue mediante una escritura relativamente sobria. Ese efecto emotivo tiene tanto más mérito por cuando sobreamundan en el relato numerosos pasajes ensayísticos. Estos presentan directamente los debates científicos, en una suerte de radical «arqueología del futuro» mediante la cual se reflexiona, a través de la ficción, acerca de la tragedia de la entropía, que es en este caso cultural, frente a la natural pintada en la historia complementaria de la eternidad («Vešnicia»), según Cornel. Este da muestras en ambas narraciones de anticipación de una nostalgia de la propia actualidad que denota la tristeza por

la perspectiva inevitable del final barruntado sentimentalmente por los decadentistas, antes de que los vanguardistas hicieran tabla rasa del pasado en su afán por un futuro completamente desligado del presente o, más bien, consistente en un presente continuo, tal y como se describe en un representativo cuadro de costumbres *futurista*.

Un cuadro de costumbres futurista

Las vanguardias literarias europeas fueron, en general, indiferentes a la especulación en forma de ficciones. Como su revolución era sobre todo de orden formal, los aspectos de contenido y la imaginación de historias les debieron de parecer tan poco importantes que la mayoría de sus narraciones se limita a adoptar temas de amores y costumbres contemporáneas, tal vez con osadía en cuanto a la moral, pero sin atención apenas a la razón de ser de la ficción especulativa, la «imaginación razonada». De hecho, ¿cómo podrían escribir seriamente obras especulativas quienes negaban la razón misma en nombre de otros valores poéticos, oníricos o de cualquier otra clase, como hicieron los dadaístas y los surrealistas, a no ser que abandonaran las concepciones centrales de esos movimientos estéticos? Como en todo, hubo sin duda excepciones, pero la única vanguardia que admitió la ficción especulativa como práctica aceptada y relativamente común en ella fue el Futurismo. Como su mismo nombre indica, estaba orientado teóricamente hacia el futuro, el territorio temporal de la ficción de anticipación, y por eso no extrañará que varios futuristas escribieran obras especulativas y fictocientíficas, empezando por el mismo fundador del movimiento, Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), por ejemplo, con la novela más bien simbólica *Gli indomabili* [Los indomables]

(1922). Más claramente ficción científica son creaciones de otros escritores futuristas como Volt (Vincenzo Fani Ciotti, 1888-1927), con su novela *La fine del mondo* [El fin del mundo] (1921), y Ruggero Vasari (1898-1968), con su breve obra teatral *L'angoscia delle macchine* [La angustia de las máquinas] (1925). A estos dos títulos destacados y que han merecido los honores de la reedición se puede añadir el relato de Fillia (Luigi Colombo, 1904-1936) titulado «La vita di domani» [La vida en el mañana], recogido en *La morte della donna* [La muerte de la mujer] (1925)¹¹, una colección de narraciones breves con un marco común que tienden en conjunto a ilustrar la idea de que la mujer sentimental ha muerto o, más bien, que convendría que desapareciera el tipo de mujer que estriba su realización personal en el amor romántico.

La mayoría de los relatos de *La morte della donna* se desarrolla en la época contemporánea, con la excepción del primero, la fantasía arqueológica «La conquista» [La conquista] y del último, que es esa anticipación que anuncia su propio título al aludir a la vida en el porvenir. Efectivamente, ese relato se presenta como una especie de cuadro de costumbres del futuro según los ideales futuristas puestos en circulación por Marinetti. En un lugar no precisado y en el que no hay rastro alguno material del patrimonio heredado de otras épocas, los habitantes de la ciudad en que se desarrolla la escasa acción no tienen ni nombre, sino que se los identifica por sus números, y viven rodeados por máquinas que facilitan y tienden a automatizar su existencia, incluso a la hora de comer, confundiendo con ellas hasta parecer ellos mismos autómatas. Sus

reacciones parecen mecánicas hasta en sus relaciones amorosas, que están reglamentadas por el Estado y la costumbre. Una vez alcanzada una edad y condiciones determinadas, tienen derecho a emparejarse, pero no a fundar una familia, pues los hijos son responsabilidad pública.

El protagonista del relato acaba de recibir el derecho a tener pareja. La encuentra con toda naturalidad y sencillez, y el emparejamiento se produce sin cortejo ni ceremonias, aparte de apuntarse en un registro. El sentimiento amoroso por sí mismo carece de importancia. El contacto entre los cuerpos tampoco parece contar demasiado, y la manera infantil en que se presenta finalmente rebaja también hasta el mínimo la sexualidad, pulsión que se antoja poco propicia a unos comportamientos tan maquinales como los que parecen comunes en el futuro imaginado por Fillia. Sin embargo, no se trata de un mundo completamente bajo (auto)control. Los habitantes de la ciudad futur(ist)a están obsesionados por el arte. Lo que más les importa es la armonía estética de su vivienda y su medio artificial (el natural no existe o es invisible para ellos). Sus decorados son básicos, colores planos y líneas, tal y como correspondería a un vanguardismo plástico totalizante y totalitario. No obstante, esos colores desempeñan una función emocional. La estética es, de hecho, lo único que hace que parezcan humanos y también las que guía sus reacciones, incluso políticas. En «La vita di domani» aparece una protesta estética que se torna en rebelión contra el poder, pero es pronto sofocada, mientras que el protagonista y otros personajes que lo rodean la presencian sin intervenir, antes bien temiendo que altere

¹¹ La traducción se basa en la reedición siguiente: Fillia, «La vita di domani», *Bolidi e tango*, prefazione di Sergio Anelli, Torino, Nino Aragno, 2002, pp. 117-126. Hemos conservado las principales peculiaridades de la presentación del original, como el uso de minúsculas al inicio de los párrafos, la profusión de guiones largos, etc. No obstante, para facilitar la lectura, hemos introducido comas, por ejemplo, en las enumeraciones.

sus vidas bien ordenadas. La rebelión indica que existe alguna disidencia, aunque sea limitada y ocasional, frente a un Estado que funciona también de forma mecánica. Sin embargo, las reivindicaciones de los revoltosos se limitan a pedir variaciones de detalle (por ejemplo, la temperatura de la ciudad, fijada por las autoridades) y no cuestionan su ordenamiento, que ya parecen haber asumido e internalizado todos. Desde este punto de vista, no tiene sentido calificar esa sociedad de distópica, pues la opresión directa es mínima. El futuro anticipado por Fillia corresponde más bien a una sociedad que se diría ideal desde el punto de vista de su estética futurista, a no ser que adoptemos una lectura irónica del texto, que creemos perfectamente posible. En cualquier caso, se trata de una curiosa anticipación vanguardista, lo que se refleja asimismo en el estilo, consistente en notas descriptivas yuxtapuestas de aspecto telegráfico, aunque siempre muy plásticas, como si fueran el reflejo estilístico del tipo de arte preferido por los humanos del futuro, cuando el vanguardismo ha triunfado por completo, con el resultado tan gráficamente presentado por Fillia. Este anuncia ahí el laconismo de una novela neerlandesa de anticipación más claramente distópica titulada

Blokken [Bloques] (1931), de Ferdinand Bordewijk (1884-1965), quien presentó en ella un régimen totalitario inspirado en el constructivismo artístico, cuyas premisas de geometrismo extremo se transponen al propio orden político. De esta manera, el vanguardismo inspira un futuro que, tanto en esa novela como en «La vita di domani», resulta ser muy distinto del imaginado con anterioridad. Incluso la humanidad modificada por una duración de tiempo casi inconcebible en la narración de arqueológica prospectiva de Cornel parece más cercana a la presente en sus sentimientos e ideas que los seres numerados de Fillia. Ahí se produce una ruptura que interrumpe la continuidad antropológica. Ahora nos encontramos con una mutación psicológica radical que altera esencialmente la mentalidad humana, tal y como esta se había presentado antes a lo largo del tiempo en la ficción especulativa, desde la prehistoria de Bainville hasta la anticipación cronológicamente extrema de Cornel. Seguramente, no se podía ir mucho más lejos y por eso parece apropiado que la visión de Fillia cierre esta muestra de la ficción latineuropea de la imaginación especulativa, del pasado al futuro.

JACQUES BAINVILLE

KAB EL ARQUITECTO

Kab y los hombres robustos de la tribu reunida bajo el signo del Salmón marchaban hacia la región de los lagos, de regreso al hogar. Sus almas estaban apesadumbradas e inquietas. Para encontrar el ámbar y el polvo de oro, tenían que alejarse cada vez más. Rivales por todas partes, tanto a la hora de descubrir los yacimientos como a la de vender las preciosas sustancias obtenidas tras largas búsquedas. Y los mercaderes, llegados de países extranjeros de donde traían la sal, hablaban, además, de hordas que se habían puesto en marcha siguiendo el curso del sol. No iban armadas de piedras talladas y huesos puntiagudos, sino de hachas, flechas y lanzas forjadas de un metal invencible del que tenían el secreto.

Pensando en esas cosas, los hijos del Salmón veían negro su porvenir. Unas veces, alarmados por la competencia, se preguntaban cómo se procurarían la sal, tan necesaria para la vida como las frutas y la caza, o temían no ver más a sus mujeres y niños, esclavizados por el enemigo

tras haber saqueado estas cavernas, el refugio de las familias. Otras veces, se veían expulsados de su tierra natal por los invasores. Entonces deberían buscarse otras cavernas y otras tierras, cuyos ocupantes no las cederían sino tras duros combates.

Sin embargo, el entendimiento de Kab era ingenioso y osado. Y meditaba en su cabeza y sus ideas surgían y se sucedían al ritmo de la marcha.

«La incertidumbre es el sino del hombre — se decía Kab—. La seguridad sería el mayor de los bienes, pero no existe en ningún sitio. Nunca sabemos si nos faltarán el ámbar y el oro. Nunca sabemos si otros no habrán encontrado más que nosotros, de manera que, al depreciarse nuestras riquezas por su abundancia, los mercaderes de los países de allende ya no ofrecerían a cambio más que cantidades menores de sal. Yo era hábil tallando las piedras, puliéndolas y fijándolas sólidamente a un mango de madera dura. Arruinaré mi industria la de los fundidores de

hierro. Tendré que ser el primero en conocer su arte, pero los hijos del Salmón quizá me acusarían, por envidia, de brujería y correría el riesgo de que me lapidaran.

No obstante, Kab pensaba en Rha, su esposa, a quien le habría gustado vestir magníficamente, y en los hijos de su sangre, a quien habría querido ver felices y fuertes gracias a las carnes suculentas. Pensaba también en los Ancianos, que poseen la ciencia bienhechora, a quienes hay que complacer por ser todopoderosos, y que inician en sus misterios a quienes consideran dignos de sucederlos. Y Kab soñaba con una invención, un servicio que prestaría a la tribu y gracias al cual se elevaría hasta el Consejo que gobierna a los habitantes de las Grutas.

En un rápido movimiento de su mente, una mirada interior le mostró esas grutas ancestrales, húmedas, malsanas, más propias de animales que de seres dotados del don de la palabra y cuyo rostro no mira la tierra, sino los cielos. También vio los lagos de su país de nacimiento, de los que su tribu sacaba su sustento y su nombre, pues los pueblos se distinguen por su alimento esencial. Pescadores y comedores de salmón, constructores de piraguas ligeras, navegadores de aguas límpidas, ¿acaso la vida de los salmónidos no estaba en esa llanura líquida y amistosa, en vez de en los antros oscuros en que los retenía la costumbre y que los defendían tan mal frente a los peligros?

Entonces se hizo la luz en su mente. Se estremeció como los grandes inventores. Era allí, sobre el lago mismo, donde había que establecerse y vivir. Y vio una ciudad lacustre, cuyo autor y amo sería él, con moradas bañadas por la luz del sol, como había oído que tenían los hombres de los países de donde procede la sal. Cada una de esas moradas se alzaría sobre un piso sostenido por sólidas estacas y fijado a cierta distancia de la orilla. Se accedería en barca o mediante una pasarela que se levantaría

por la noche. Y la tribu viviría alegre, a cubierto de peligros.

En el camino de vuelta, Kab profundizó en esas cosas. Y cuando llegó al hogar, cuando se reunió con su esposa en el lecho, le confió su idea, en el misterio de la noche, pues sabía que Rha era prudente y buena consejera.

Ella lo escuchó y habló como sigue:

—El proyecto es excelente, oh señor mío. Sin embargo, ten cuidado con los Ancianos. No son amigos de novedades, aunque estas sean útiles y beneficiosas, y hacen morir a menudo a quienes las proponen. Estarías perdido si uno solo de ellos fuera a decir que el abandono de las grutas es un insulto a los antepasados, cuyas sombras ofendidas se vengarían, o bien que los genios invisibles castigarían a la tribu por haberle faltado al respeto al Salmón al construir viviendas sobre el lago, como los castores. Los Ancianos son desconfiados y temibles. Hazles creer más bien que tu plan lo han ideado ellos mismos, a fin de que no sospechen que usurpas su poder.

Kab se alegró de que la sabiduría siempre inspirara a su compañera. Y no se apresuró a revelar sus planes. Incluso, al fijar en ellos su reflexión, los volvía más perfectos. Mediante palabras cuidadosamente calculadas, preparaba a los Ancianos para la aceptación y la benevolencia. Unas veces contaba cómo, en el país de la sal, los hombres, enriquecidos por los negocios, vivían en moradas luminosas. Otras, hablaba de esas hordas cuya marcha les habían señalado y que, añadía astutamente, solo le tenía miedo al agua porque, habiéndolos expulsado de sus tierras una tempestad que había llevado al mar mucho más allá de sus orillas, esos hombres se imaginaban que todo lugar húmedo les era hostil, mientras que se reían de los demás obstáculos, al disponer de armas temibles, ante las cuales no resistían las piedras más duras.

Y los Ancianos se habituaron a esas ideas nuevas. Por primera vez se dieron cuenta de que las cavernas apestaban y parecían cubiles. Miraban con menos confianza las rocas que, a modo de puertas, hacían rodar hasta las entradas por la noche. Poco a poco, como lo había previsto Rha, preguntaron a Kab, quien les respondió con habilidad y deferencia en forma de hipótesis, haciéndoles él también preguntas, para que pareciera que se los consultaba y creyeran haber querido ellos en primer lugar lo que él les sugería. Así se acostumbraban a pedirle su opinión y, deseándolo ellos, hizo con sus manos un bosquejo de la nueva ciudad por medio de trocitos de madera.

Ya corría el rumor en la tribu de que iban a abandonar las cavernas y mudarse a viviendas situadas entre el agua y el cielo. Unos se prometían una vida más feliz. Otros se burlaban de esos nidos acuáticos o profetizaban el derrumbe de las estacas y el ahogamiento de los moradores. También hubo otros, como lo había previsto Rha, que ponían una cara sombría y desolada porque se abandonaban las costumbres de los antepasados, pero los Ancianos, en su fuero interno, ya habían decidido abolir el antiguo orden de cosas. Su jefe declaró que el Salmón mismo se les había aparecido en uno de esos sueños que revelan la voluntad de las potencias soberanas. Y el Salmón había dicho:

—Que mi tribu viva cerca de mí, que deje los antros de la noche a quienes han muerto para que prosigan en paz su segunda vida.

Así quedaron conciliados el progreso y la tradición. Y la deliberación se llevó ante el Consejo.

Sin embargo, un pequeño grupo se mantenía apartado de la asamblea, dando así muestras de reprobación y tristeza. Tales hombres eran estimados y, por lo demás, poco numerosos. Eran aquellos que componían los cantos funerarios y que, mediante palabras

ritmadas, fijaban en la memoria las hazañas de la tribu. También eran aquellos que adornaban con pinturas las piezas de alfarería, que modelaban amuletos calipigios y que grababan escenas de caza y de guerra en la superficie lisa de las rocas. Estos hombres tenían carácter dulce y su oposición era poco temible, por lo que el jefe de los Ancianos les dio la palabra de buena gana. Aad, el de la voz armoniosa, la tomó en su nombre.

Y lo que dijo, los demás no lo habían considerado apenas. Habló del lago inviolado en que resonaría el ruido de los mazos y que la industria de los hombres mancharía. Ya no se reconocerían las nobles líneas de sus riberas, que les eran familiares a todos los varones y todas las mujeres del Salmón. Allí era donde habían jugado de niños y donde, en la primavera de la adolescencia, se habían intercambiado sus declaraciones de amor. Esos recuerdos del corazón quedarían abolidos para siempre junto con los árboles antiguos, testigos de una historia varias veces centenaria, que daban sombra a las aguas y que se reflejaban en ellas bajo mil formas cambiantes. El agua misma, pura como un corazón irreprochable, perdería su nitidez...

Tras haber evocado detenidamente esas imágenes, Aad se refirió a la diosa del lago huyendo en su atuendo vaporoso y, con una audaz prosopopeya, la hizo hablar en los términos siguientes:

—Oh vosotros, que no pensáis más que en lo útil y no respetáis la obra del celeste fecundador, sabed que vuestra alma se volverá seca y desierto vuestro corazón. Yo perfumaba vuestra vida. Al exiliarme, os condenáis a las labores mecánicas que oprimen a los hombres, alteran su esencia divina y matan su alegría.

Tras su discurso, un murmullo de admiración saludó a Aad. Los Ancianos mismos lo habían escuchado complacidos, porque su elocuencia y sus cantos eran el honor

de la tribu, pero su discurso no les hizo cambiar de decisión.

No obstante, la angustia oprimía el corazón de Kab. Se preguntaba si los aficionados a las antiguallas no irían a ganar y destruir, antes mismo de su nacimiento, la ciudad lacustre. Inventivo para la construcción y el comercio, no era hábil en el manejo de las ideas y no hallaba respuesta a objeciones que juzgaba ociosas y pueriles. Así pues, esperaba con ansiedad que alguien refutara los vanos discursos de Aad cuando el jefe los Ancianos tomó la palabra. Y la miel de la razón fluyó de su barba nevada.

—Los años —dijo— han pasado por mí. He visto muchas cosas. He visto, pues, numerosos cambios. Sé que nuestros antepasados no siempre han vivido en las profundidades de estas montañas. Estos antros estaban vírgenes cuando los ennegreció el fuego de sus hogares. Y no habían surcado ni hendido el espejo intacto del agua nuestras redes y nuestras piraguas. Ninguna voz humana había despertado esos ecos. Sin embargo, la diosa del lago no nos maldijo, igual que los genios protectores de las cavernas permanecieron entre nosotros. Aad nos invita a volver la mirada hacia el pasado. Miremos hacia el porvenir. ¿Quién sabe si, un día, las viviendas que habremos erigido sobre las aguas no serán a su vez abandonadas y destruidas? Esas moradas, que son nuevas para nosotros, serán caras entonces a quienes las habrán conocido desde

los días dorados de su infancia. Allí es donde habrán vivido, amado y cantado, que habrán visto nacer a sus hijos y cerrado los ojos a sus padres. Para ellos, el recuerdo dará un alma a esas vigas escuadradas y no las abandonarán sin dolor. Llorarán su ciudad desaparecida y ellos tampoco reconocerán el lago. Y otros Aad se entristecerán si, más adelante, hombres sabios y audaces elevan muros y máquinas. Otros Aad se entristecerán también cuando esos muros se hayan derrumbado, cuando a esas máquinas sucedan mecánicas más perfectas. Sabe, pueblo del Salmón, que la tuya no es la primera generación que añora la faz del mundo. Tampoco será la última.

Se aplaudió al Sabio, al Inspirado, y este se apresuró a pronunciar las fórmulas que consagran las decisiones del Consejo y les dan fuerza de ley. Y Kab se puso manos a la obra de inmediato. Sin embargo, mientras los del Salmón edificaban bajo sus órdenes la ciudad lacustre, pensaba en su fuero interno:

—Sí, el anciano ha hablado bien. Su astucia y su sutileza superan las mías, pero ¿por qué ha dicho que llegaría un día en que mis construcciones sin igual serían abandonadas como las cavernas humosas? Mi obra es definitiva. No la reemplazarán. Tan solo la podrán imitar.

Y Kab el arquitecto, cargado de años y de honores, murió creyendo que había construido para la eternidad.

LLUÍS FERRAN DE POL

LA PAZ IMPOSIBLE

Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra.

Génesis, IX, 13.

I

Joram es el pastor de voz guiadora de rebaños. Ha tendido al sol la piel dorada de muchos chacales. Su sandalia es segura en la pendiente. Madruga más que el alba. El sol ha bronceado su cara, pero unos ojos verdes y claros son en ella como dos ventanas de luz.

Hoy ha quedado interrumpido el trabajo. Primero se ha cobijado bajo un árbol, creyendo que sería tan solo un chaparrón. Pero la copa queda pronto empapada de lluvia y ya no le sirve de abrigo al cabo de poco rato. El fuerte olor de la tierra se mezcla con el vaho de la lana

calada. El ganado queda disperso, inmóvil bajo el aguacero. Joram reúne el rebaño, y, a pecho descubierto, a fuerza de silbidos y pedradas lanzadas con la honda, conduce a los animales cuesta abajo.

Ya no encuentra a los labradores de los campos. No en vano los desprecia. Han dejado el sembrado tan pronto como la lluvia les ha salpicado la espalda, rezonga para sí mismo. Ahora, como si lo viera, estarán a la vera del fuego y mojarán pan en vino. Siempre hacen lo mismo, los campesinos.

Joram llega al pueblo. El rebaño se apelotona ante la puerta abierta del establo y el vaho tibio del corral lo viene a recibir con su calorillo familiar. Espera a que entren todas las reses.

Mientras cierra la puerta, piensa en Zelfa. La encontrará seguramente delante del pozo de la casa de sus padres. Como cada tarde, le preguntará, al pasar, si tiene sed. Dirá que sí y,

cuando ella aboque el ánfora, Joram pondrá su boca en la tinaja. Hoy el rebaño no ha alzado la polvareda que vuelve ásperos los dientes. Pero, con todo, Joram tendrá sed. Sed de mirarla a través del chorro de agua que caerá rostro abajo, hasta los pies de Zelfa. Y al poco rato, se oirá de dentro de la casa una voz prudente que preguntará por Zelfa. Deprisa, con miedo a que salga la madre, se desearán la paz para cuando llegue la noche. Y se despedirán.

Hoy Joram está inquieto. La puerta de Zelfa está desierta. Es demasiado pronto, hoy. El pastor refrena el paso y mira en vano. El aguacero ha barrido la calle de gente y el pueblo parece abandonado.

De pronto, los colores de la túnica de Zelfa estallan en la penumbra de la entrada. Y queda como deslumbrado. Va hacia Zelfa, pero la chica lo detiene con un pequeño movimiento de temor:

—La paz sea contigo, Joram —suaviza.

Y va a entrar otra vez, pero el pastor se la acerca:

—No tendré paz si tú no me la deseas, como cada tarde.

—No puedo ofrecerte agua ante mi puerta, hoy.

Y como Joram la escucha entristecido, explica ella:

—No sea que las mujeres malhablen de mí. Los míos se han acercado a la casa de Ebal, en el extremo del pueblo, medio derribada por la lluvia. Todos han ido a ayudarlo, con otros vecinos, y yo me he quedado sola a guardar la casa.

—En la mía tampoco se está bien cuando llueve —dice Joram mientras señala vagamente el bosque, de color amansado por el caudal de lluvia.

Y da un paso hacia la muchacha. Dice:

—Hoy podré ver el fuego desde donde te llama tu madre, cuando me das agua. Me da envidia, tu fuego.

Zelfa tiene miedo. Joram se ríe de sus temores. Le señala la calle vacía y desierta. Zelfa lo deja pasar:

—Si llegan, diremos que tenías la ropa empapada por la lluvia y que has entrado a secarte a la vera del hogar —dice ella

Una vez dentro de la casa, permanecen ambos ante el fuego, inmóviles. Después se sientan. Zelfa piensa en los días cuando, ante un fuego como el de ahora, pero más ardiente, todos la llamen la mujer de Joram. Él mira los ojos de la joven, encantados con el juego de unas llamas futuras. De repente agacha la cabeza hasta la falda de la joven. Pero Zelfa se espanta del gesto, se levanta y se dirige hacia la puerta. Joram se queda quieto, sin moverse, cerca del hogar. Oye que Zelfa habla, en pie junto al dintel:

—Mira, Joram, casi no llueve. Parece que va a aclarar y que, antes de ponerse, todavía se verá el sol.

Joram se levanta poco a poco del suelo. Se acerca a Zelfa, que está asomada a la puerta. Y él cree sorprenderla cuando la coge por la cintura. La chica ríe y se desprende del abrazo con demora afectuosa. Cuando el abrazo vuelve, más estrecho, la chica le huye llovizna afuera.

Ahora corren por los campos bajo la suave humedad. Parece despejar por poniente. Se divisa una luminosidad difusa que roza las montañas. Tiene razón Zelfa: todavía se verá el sol.

Y el sol aparece. Al otro lado, lejos, se hace un claro matizado. Un haz de luz arranca de la tierra en una curva no bien definida todavía. Los colores se afianzan y se destacan.

Al poco rato, liga la tierra, de parte a parte, un arco de todos los colores. Y Zelfa, a quien la halaga verse perseguida, exclama:

—Mira, Joram, el arco del cielo. ¿No es bonito? Si corremos mucho, pasaremos por debajo.

Le ha soltado la mano y escapa risueña. Joram la sigue.

Corren y corren. Por más que se apresuran, el arco del cielo siempre está lejos, como si naciera allí donde la tierra tiene sus confines ignorados.

Zelfa querría verse admirada por Joram. Parecerle más hermosa que ninguna otra doncella.

—Pasaremos por debajo del arco y nos pintaremos de colores —juguetea.

Joram refrena la marcha y la moza se impacienta:

—Oh, Joram, no te rindas. Tenemos que pasar por debajo. ¡Corramos!

Pero pronto se fatigan. Cuando Joram vuelve a encontrarse a su lado, la chica se detiene. Mira con melancolía el arco del cielo.

—¡Qué hermoso! Sí, pero nadie puede acercarse. Cuanto más corres, más lejos huye de ti.

—Joram, tú que conoces todos los secretos del bosque y del llano, ¿no sabes algún modo de acercarte a él?

El pastor ríe y abraza a Zelfa. La humedad ha calado la túnica de la joven, que parece desnuda. La mira y dice:

—No, Zelfa, no lo sé. No lo sabe nadie.

—Joram, me gustaría tener un color del cielo. Solo uno...

Él ríe:

—Ni uno ni ninguno, Zelfa: no es posible.

—¡Sí que es posible! Pero tú...

—Los colores del cielo son inalcanzables. Déjalos donde están, Zelfa. A mí me gustan más los colores de tu túnica.

Va a abrazar a la chica, pero ella lo rechaza. Tiene la vista fija y clavada en el arco del cielo:

—¿Mi túnica? ¿Qué color puede compararse al rojo del arco del cielo?

—Tu boca es más roja.

Un sollozo sacude el pecho de la chica:

—No me quieres, Joram. Si me quisieras, me dirías: «No te apenes, Zelfa, yo espiaré el arco del cielo así que salga. Lo perseguiré allí donde lo vea, lo acosaré hasta fatigarlo, hasta que no huya de mí. Y un día, no sé cuándo, un día volveré a ti con el color rojo para que te ates el cabello». Pero, tú, ¿qué me dices?...

Joram la interrumpió:

—Pero, Zelfa, nunca se ha oído, ni en nuestra tribu ni en ninguna otra, que se pueda hacer una cosa así. Te quiero, Zelfa, tú sabes que te quiero. Pídeme la sangre de las venas para teñirte cintas y cintillas, pero el cielo es el cielo y yo solo soy un ganapán con olor a establo. ¿Qué sé, yo, de las cosas que están allá arriba? Zelfa, ni sé cómo te atreves...

—Joram, quiero el color rojo. Lo tienes que robar para mí...

El sol se pone. El arco, tras descolorarse, se borra poco a poco de la faz del cielo. Zelfa se obstina:

—Joram, si de verdad me quieres, consígueme el color rojo.

Zelfa no obtiene respuesta. El pastor se siente triste por las palabras de la chica. Lo abruma el capricho de Zelfa.

Ella se ha dejado caer de rodillas, encarando el lugar donde ha desaparecido el arco del cielo. Puesto el sol, las sombras empiezan a difuminar las formas de las cosas. Los colores se destiñen en el azul húmedo del crepúsculo. Solo a poniente un brillo rojizo recuerda que el sol se ha ocultado tras las montañas.

Zelfa llora, y, como un niño terco, se deja caer sobre el campo mojado. Joram conoce las rabieta de Zelfa, pero se asusta al verla tan desconsolada. Con todo, espera que se le pase el capricho, como otras veces. Se tiende a su lado

y busca las manos de la chica. Entre la hierba empapada, la tibieza del apretón es un consuelo. Pero la mano de Zelfa está como muerta. Él la siente lejana.

—Zelfa, tú sabes que lo que me pides es un imposible. Dime que no me has hablado de verdad en serio. Zelfa, te quiero...

A cada movimiento de los dos cuerpos tendidos, la hierba chorrea agua. Joram acerca la boca a la mejilla de ella. Zelfa no rehúye el beso de Joram, pero es como si no estuviera allí. Cuando el hombre se vuelve más osado, ella lo aparta de su cuerpo:

—Cuando el rojo del cielo sea mío — promete, soñadora.

—Zelfa... —silabea todavía el pastor. Pero ella, ausente y fría, lo aparta de su vientre, se levanta y huye hacia la aldea.

Joram se queda allí, abatido, incapaz de seguirla.

II

Ha mandado a los rabadanes que lleven el rebaño a pastar. Él tiene que ir a ver a Anthífax. Los compañeros le preguntan si ha tenido un mal sueño. Joram no les contesta y ellos lo dan por seguro.

Anthífax es el hombre más viejo de la comarca y también el más sabio. Solo a él puede hablarle del arco del cielo. Quizá le averiguará si es posible robarle un color. O se reirá de él y de su curiosidad. Pero le hace falta hablar con Anthífax.

Así sabrá si Zelfa pide algo hacedero o si mora en la chica algún mal espíritu.

Cuando Joram ha visto al viejo sentado en la puerta de su casa se ha sentido contento. Estaba cara al sol. No sabe cómo empezar a hablarle, pero al menos podrán conversar sin testigos. Las cosas que tiene que decirle son difíciles de

comunicar. Primero lo saluda, como si pasara de largo. Pero después refrena el paso y dice:

—Se está bien hoy al sol.

—La lluvia de ayer enjuagó el cielo y empieza a refrescar. Sí, se está bien al sol —le responde el viejo. Y añade:

—Y tú, ¿no estás en el pastizal?

—Me ha pasado algo extraño, Anthífax. La noche pasada...

—¿Un mal sueño, quizás?

—Oh, es difícil decir si el sueño era bueno o era malo. Es eso lo que yo querría escuchar de ti.

—¿Y qué has soñado?

—He soñado con el arco iris, el arco del cielo.

—Ese no es ningún mal sueño. Es bueno soñar con el arco del cielo. Seguramente se te quedó impreso en los ojos cuando, ayer, cerca del ocaso, el arco iris llenó todo el cielo. Pocas veces lo he visto yo más hermoso —dijo el viejo.

—He soñado con el arco iris, el arco del cielo —repitió tozudamente Joram—, y también con Zelfa he soñado. Y ella lloraba y me decía que yo tenía que robarle un color al arco del cielo. El color rojo. Y yo le decía que no, y ella que sí. Y ahora yo vengo y te pregunto quién tenía razón, ella, que quería el color rojo del arco del cielo, o yo, que le decía que nunca lo podría conseguir.

El viejo sonrió:

—Eres una criatura, Joram. ¿Qué más da si todo era un sueño?

Pero Joram insistió:

—¿Quién tenía razón? ¿Puedo o no puedo conseguirlo?

—Mira, Joram, antes tendríamos que hablar de lo que representa el arco del cielo, pero no aquí. Entremos en casa.

—Cuéntame, pues —dice Joram, mientras sigue al anciano.

Anthífax hace un gesto de fatiga:

—¿De qué serviría? Es una historia antigua y misteriosa. El arco iris es el recuerdo de una promesa. Sus colores recuerdan al Señor que no puede inundarnos otra vez la tierra...

—¿Es por eso por lo que no lo puedo robar?

—Yo no he dicho eso. Piensa, Joram, que el Señor tiene siempre a punto un castigo para el que intenta imposibles. Adán quería ser como Dios y el Señor lo hizo mortal. Y a quienes se empeñaron en escalar los cielos para saber sus secretos y construir una torre de orgullo les hizo extrañas las hablas. Y los hombres se volvieron extranjeros unos para con los otros... No, Joram, no podemos escapar a la voluntad de Yavé.

—Pero yo, ¿puedo hacer feliz a Zelfa, sí o no?

—Así que no has soñado que ella te pedía los colores del cielo. Es ella quien te empeña y te mete el mal espíritu en el cuerpo...

Joram agarra al anciano por la túnica y lo zarandea:

—Soñado o vivido, ¿qué importa? ¿Puedo o no puedo escalar el cielo?

—Deja las cosas del cielo, Joram. Abandona la manía de robar un color del arco de la lluvia. Este arco es la paz, Joram. La paz entre Yavé y los hombres. El arco se lo recuerda a Yavé y le ata las manos. ¡Ay de quien las desate!

—Pero entonces, ¿es cierto que yo podría...?

—Teme a Dios, Joram.

—¿Podría?

—Joram. Alzarte ante Yavé te costará caro.

—Yo no te pregunto el precio. Joram pagará el precio que sea. ¿Es cierto que yo podría?

—No creo que puedas, Joram. En los días antiguos, ahogaron la tierra aguas que acabaron con toda alma viviente... Pero luego el justo fue no solo perdonado, sino también bendecido en él mismo y en sus hijos. Y el arco de que hablas se lo recuerda al Señor, le ata las manos y no puede azotarnos.

—¡Yo robaré el tesoro de Yavé!

Anthífax retrocede unos pasos y rasga su túnica:

—Has blasfemado, Joram...

—Mi blasfemia ha rasgado tu túnica. Di lo que tengas que decir y los dos llevaremos el pecho desnudo... ¿Podría robar el arco...? ¿Podría...?

El viejo, arrinconado, parece dominado por la mirada febril de Joram. Después, aprisa, como si necesitara acabar de una vez, dice:

—¡Sí! Creo que podrías... He pensado a veces que Yavé teme a los hombres, que siente celos de ellos... Es posible que puedas robar los colores del cielo, pero lo que es seguro es que pagarás cara tu gloria. Solo Yavé es grande.

—¡Has blasfemado, Anthífax! ¡Tu palabra guiará mi brazo! ¿Castigos? Los acepto todos por anticipado.

—Maldito seas, Joram. Maldito tú y maldita Zelfa, que ha engañado a tu alma. Sois presa de los malos espíritus.

Joram agarra al anciano entre sus brazos y lo tira al suelo. Ni se vuelve a mirar a Anthífax caído. Joram huye hacia su aventura.

III

Alguien lo vio marchar y lo cuenta al pueblo. De buena mañana y con el báculo de los caminantes, al romper el alba y calzadas las sandalias.

Apenas clareaba cuando abandonó la aldea. Alzó la mano hacia las casas, como para despedirse de todos. Procuró llevarse clavada en los ojos la azulada humareda de un hogar querido. Los pájaros empezaban sus gorjeos matinales, pero ninguno de los hombres le devolvió el saludo. Ni lo habría querido. Huía.

Después, por el pueblo corría la fama de que había levantado la voz a Anthífax. Alguien añadía que lo había pegado. Nadie sabía

nada por Anthífax. No contestaba a ninguna pregunta. Solo rezaba entre lágrimas.

Huyó de madrugada, como los chacales, temerosos de la luz del día.

Zelfa no lo volvió a ver desde el día de la lluvia. No le ha dicho adiós. Sus amigas le cuentan que Joram había huido de madrugada, sin dejar rastro. En la fuente han oído explicar que se peleó con Anthífax, pero con certeza no saben nada. Zelfa sabe más que todas ellas. Zelfa demasiado recuerda las palabras con las que lo había azuzado. Querría no haberlas dicho: «Cuando el rojo del cielo sea mío»... Y lo había apartado de sí. ¿Quién sabe? Quizá él, sin despedirse, antes de perder de vista el pueblo, mirando hacia el hogar de ella, había dicho: «No te preocupes, Zelfa, yo espiaré el arco del cielo así que salga. Lo perseguiré allí donde lo vea, lo acosaré hasta fatigarlo, hasta que no huya de mí. Y un día, no sé cuándo, un día volveré a ti con el color rojo para que te ates el cabello».

Si fuera así, si se pudiera robar el arco del cielo... Pero, ¿por qué había huido sin decirle las palabras añoradas? Quizá ya no la quería. Quizás no lo vería nunca más...

Nadie pasa frente a la casa de Joram. Su padre no obtiene respuesta cuando saluda por los caminos. No se irrita porque es justo que el desprecio de los hombres se sume al castigo del Señor. Es pecado levantarles la mano a los ancianos y señores de la tribu. Ahora se siente castigado a causa de su hijo, pero no se atreve a maldecirlo. Antes de que se fuera, le dijo, mientras le tomaba las manos y las estrechaba:

—Algún día entonarán las doncellas los cánticos que me dirigirá mi pueblo y tú las escucharás.

Y lo miraba con sus ojos claros, en los que lucía una llama verde, una fanática promesa.

Después lo abandonó.

Huyó de buena mañana y con el báculo de los caminantes, al romper el alba y calzadas las sandalias.

IV

Joram fue extranjero en muchas tierras, y de todas huía. Se alquilaba por unas jornadas, hasta llenar el zurrón, y, una vez abastecido, volvía a marcharse.

Poco a poco la gente se volvía cada vez más escasa, igual que un rincón de bancal donde la simiente no ha caído a puño lleno y la siembra clarea. Los campos eran cada vez más áridos y había más claros entre los árboles. El cielo era cada vez más tenso, más avaro de lluvia.

Pensaba Joram en su corazón:

«He dejado atrás el césped tierno y la clara pupila de las cisternas nunca vacías, la grasa crepitante de las piernas de los corderos y el calor gozoso del vino. He perdido todo lo que tenía y, lo que más amaba, Zelfa, quién sabe si me ha olvidado».

Lo tentaba la idea de deshacer el camino de insumisión. Acercarse a Anthífax y decirle:

«Te he pinchado hasta oírte blasfemo. Pero lo he pagado bien, por ti y por mí. Perdóname tú, y Yavé tendrá misericordia de nuestras almas».

Después iría a buscar a Zelfa y, abrazado a sus rodillas, le hablaría así:

«Yo no puedo conseguirte el color rojo. Cada vez que lo he visto, lo he acosado en vano. Las carreras han roto mis sandalias y nunca he llegado cerca del arco. Nada en el mundo es tan veloz como para perseguirlo. Sé que con el arco del cielo te pierdo a ti, pero si no por marido tuyo, quiéreme como criado y seré el último de tus sirvientes».

De esta manera transcurrían los días. Y cuando los cultivos quedaron atrás, Joram se

adentró en el desierto. Se sentía más fatigado con cada jornada que pasaba. Descansaba a la sombra escasa de un arbusto. Y volvía a caminar.

V

Las fuerzas lo habían abandonado. La arena reverberaba y una especie de sutil humareda se alzaba de las arenas del desierto. A través de ella todo parecía tremulento. El horizonte no tenía consistencia alguna: ondulaba. Y Joram cayó sobre la arena caliente. Aquella vibración de todas las cosas empezaba a parecerle agradable.

De pronto oyó unos coros de mujeres que cantaban su nombre. El desierto se estremecía bajo la vibración de aquellas voces. Se acercaba la guirnalda de doncellas, cogidas de las manos.

Y ante Joram, danzaban. De entre ellas se adelantó Zelfa y fue hacia Joram. Llevaba el cabello trenzado con una cinta roja y le dijo:

«Me has traído el color rojo y yo lo he atado a mi cabello. Has robado el arco del cielo y este es tu regalo de bodas: hoy es el día en que me llamarán la mujer de Joram».

Y Zelfa se acerca a él y le alarga la mano para ayudarlo. Pero Joram le ruega que lo deje allí, sobre la arena tibia:

«Ven, reposa conmigo y experimentarás una voluptuosidad nunca sentida».

De repente cesan las voces. Se rompe la risueña guirnalda de muchachas. Una lluvia roja cala a Zelfa. La túnica empapada de sangre dibuja su cuerpo. Y Joram la agarra y la lanza con horror contra el suelo. Ella se queja y le dice:

«Maldito seas, Joram. Maldito tú y maldita Zelfa, que ha engañado a tu alma. Sois presa de los malos espíritus...»

Joram se tumba espantado y entonces ve como Zelfa le habla con la cabeza de Anthífax entre las manos. Después huye, perseguida por

Anthífax, desierto adentro, donde se pierde en el horizonte trémulo.

Joram espera. Busca a Zelfa con mirada enloquecida. Ahora le parece que oye otra vez el sonoro percutir de los atabales y que pronto volverán las doncellas a entregarle a Zelfa, con la túnica de colores. Pero el ruido aumenta hasta el vértigo.

Pasan como rayos, las melenas al viento, en manadas, volando sobre una espesa nube de polvo.

Joram se lleva las manos a la cara, pasmado. Recuerda el horror de su pueblo pacífico ante aquellas bestias salvajes, sobre las cuales las tribus del desierto hacían presa en ellos.

Al quitarse las manos de los ojos, Joram tiene miedo de caer en nuevos delirios. Lo tiene delante. Un caballo rezagado, con las orejas tiesas, a su lado. Joram no osa ni moverse. El animal baja ahora la cabeza hasta la hierba reseca. Oscila la cola espesa mientras pasta.

En esta placidez de la bestia no puede reconocer al monstruo temido por su pueblo. Joram solo tiene ojos para el caballo aquietado. Y le encuentra semejanzas con los animales pacíficos, aliados de su pueblo. Tiene el tamaño del buey cachazudo y se parece al asno de carga.

Joram intenta ahora levantarse para contemplarlo mejor. El caballo levanta la cabeza, sobre la cual se atiesan las orejas vigilantes. Se estremecen sus anchas narices. Se remueve de aquí para allá, nervioso. El movimiento de los músculos del pecho hace jugar la luz del sol como en una piedra pulida. Repiquetea la tierra con las patas delanteras. Y de pronto toda su masa se endereza en una ágil cabriola y se alza sobre las patas de atrás.

Joram teme ahora ser castigado por haberse atrevido a comparar a la noble bestia con los toros serviles y con las burras pacientes.

Pero el caballo se pone a galopar en dirección de la nube de polvo levantada por

sus compañeros en su huida. Joram no puede entender la fuerza de aquellas piernas delgadas que impulsan el cuerpo pesado del animal como el arco tirante cuando suelta la flecha.

Entonces comprende. Los hombres del desierto se aliaban con los monstruos corredores y juntos robaban todo lo que los demás hombres habían trabajado. Y pensó en buscar ayuda en los caballos. Con ellos quizás le sería posible robar el arco del cielo. Joram avanzó y, loco de esperanza, se puso a correr detrás de la bestia.

Pero el caballo estaba lejos y Joram se fatigó en vano.

VI

Poco a poco Joram se volvió cauto. Con los caballos no valían ni gritos ni persecuciones. No eran como el ganado que había tratado hasta entonces. Con ovejas y cabras se puede alzar la voz y los perros obedecen a puntapiés. Pero ¿cómo acercarse a un caballo?

Seguía el galopar de los caballos que cruzaban el desierto. Joram hacía camino, no sabía adónde, siempre en pos de las manadas de caballos.

Un día vio a lo lejos un bosquecillo. Sintió pena y alegría a la vez por aquel hallazgo. Pronto vio que solo se trataba de una fuente aislada, alrededor de la cual verdeaba la hierba y se elevaban unas cuantas palmeras.

Bebió hasta hartarse, ya que hasta entonces solo había encontrado, de vez en cuando, agua fangosa en algún hoyo aislado. Vio algunos caballos que rondaban por aquel verdor. Procuró no azorarlos. Cogió algunos dátiles y arrancó raíces. Después se quedaba quieto, inmóvil, durante horas enteras. Los caballos

estaban cerca de él y se acostumbraban a su presencia.

A los pocos días venían a beber al mismo hoyo. Intentó acariciarlos con cuidado. Huían bruscamente, pero los hacía volver con manojos de buen pasto. Se acercaban con miedo. Cualquier cosa los azoraba, pero poco a poco comieron de su mano.

Pasaron los días y los animales se habían familiarizado con la mano de Joram y se dejaban acariciar la crin. Después se agarraba y probaba a montar, pero el caballo giraba y acababa huyendo. Joram los soltaba y no los seguía. Poco a poco se volvían menos ariscos. Un día consiguió montar sobre uno de ellos, pero acabó derribado al primer encabritamiento. No hacía caso. Era tozudo en las tentativas y paciente con la sangre.

Así transcurría el tiempo. Comprobó que, de noche, los caballos eran más mansos. Acabó durmiendo acurrucado contra el calor de los animales, que no lo rehuían. Se acostaban quietos a su lado, sin temor. Pero, a las primeras luces del alba, se apartaban de él.

VII

Joram no supo nunca cómo se vio jinete. Todo fue rápido, confuso y difícil de entender. Era una noche en que dormía cerca de los caballos. Lo despertó un fragor de aullidos de lobo, de relinchos de caballo y de carreras. La lobada cayó de improviso sobre el oasis y se lanzó contra los caballos. Uno de ellos cayó bajo las garras de los carniceros. Quedó desventrado, panza arriba, mientras se defendía a coces inútiles de la voracidad implacable. La manada escapó en todas direcciones, como enloquecida. Joram, despavorido, se agarró a la crin de un caballo fugitivo. El animal lo arrastraba. El

pánico dio un extraño deleite al brazo de Joram. Hizo un esfuerzo desesperado por montar sobre el caballo.

Sin saber cómo ni de qué manera, Joram se vio galopando sobre el indómito, definitivamente jinete.

VIII

Definitivamente jinete.

Joram experimentaba una voluptuosidad nueva. Era como tener alas. Una fuerza enloquecedora subía del caballo al hombre, se comunicaba a cada salto, a cada arranque, a cada impulso. Apretaba las piernas contra el vientre del animal y pronto se acostumbraron, uno y otro, a comunicarse, a decirse, por presiones y aflojamientos, la serenidad del paso, la alegría del trote, la embriaguez del galope, el ritmo y la compenetración de cada momento. ¡Qué amodorrada e insípida le parecía ahora la vida de pastor...! ¿De qué no se sentía capaz, ahora, a caballo? Era un hombre nuevo. Solo por eso habría valido la pena huir. Había vuelto a nacer. De pronto había encontrado un pecho más ancho, unas piernas más potentes, unos brazos más férreos. Era él mismo y era más que él, más de lo que había sido hasta hacía poco. Se sentía émulo del viento, señor de las distancias, vencedor de las fatigas. Podía tocar el cielo con el dedo.

¿Podría tocar el cielo con el dedo?

Lluvia. Lo que hace falta es lluvia. Y que salga el arco del cielo. Que Yavé ose extender por el espacio sus colores de paz. Entonces él, Joram, asaltarán los cielos. Escalará las alturas, porque ahora Joram es como una torre. Una torre de muchos Jorams, uno sobre otro, un castillo que llegará al cielo, trepando sobre sí mismo, encima de los muchos Jorams que ahora siente dentro. Tocaré el cielo con el dedo

Lo que hace falta es lluvia.

De repente se encapota el cielo. Sobre la repentina negrura se retuerce la serpiente del rayo. Resuena el trueno. Estalla el aguacero. Y Joram se queda quieto sobre el caballo, un poco amedentrado por la rapidez con que se ha cumplido su deseo. ¿Será verdad que lo puede todo...? ¿Será verdad que Yavé teme? Ofrece el pecho a la lluvia. Un pecho caldeado por el orgullo. Torre de Jorams.

Y de repente, otra vez despejado. Cielo azul.

Por de pronto le parece que es una ilusión de su vista, ahora deshabituada a distinguir la realidad de la apariencia debido a los espejismos del desierto. Después se da cuenta de que, con timidez, se inicia un arco aún descolorido. Un arco que quizá le adivina el pensamiento. Un arco que conoce su fuerza. Por eso no afirma sus colores.

Ahora sí. Ahora, poco a poco, el arco dibuja un puente en el cielo. Cada vez con más fuerza, con nuevo resplandor. ¿Lo desafía? ¿Lo desafía, a él, torre de Jorams...?

Arrea el caballo con los talones, lo aprieta, lo aguija. Y el caballo se lanza a un galope tendido, a un galope de innúmeras patas en vuelo. Joram se aferra a la crin. Al levantar la vista, el arco le parece más cercano, más colorido. Embarga al caballo un vértigo de velocidad. Aplana las orejas sobre la cabeza con expresión maligna.

Llegan al arco. Se encuentran bajo un puente inmenso, resplandeciente, colorido. Joram lleva el caballo hacia el lugar donde se apuntala un brazo del arco. Al llegar, el animal se encabrita y corre de aquí para allá, inquieto, espantado. Caballo y jinete se bañan en la luz cambiante de los colores reflejados.

Ciego de claridades, empuja al animal con los talones. El corcel resbala y levanta surtidores de chispas de todos los colores. Pero el recuerdo de Zelfa sube más alto que cualquier chispa. «Cuando el color del cielo

sea mío...» Las manos se le crispan sobre la crin y con los talones vuelve a aguijar al animal. El caballo parece ahora haber enloquecido. Araña el arco resbaladizo hasta volverse él mismo un monstruo de siete colores.

Joram no acaba de dar crédito a lo que ve y siente. Le parece que él y el caballo han perdido peso y que flotan sin contacto con la tierra. Ve el apuntalamiento del arco bajo él y las agitadas patas del animal que arañan una fluida masa de colores. El caballo patulla ahora sobre una espesa franja roja. Han comenzado la ascensión por el aire. Joram pierde poco a poco el miedo y el encogimiento. Vuelve a sentir el pecho ancho, fuertes las piernas, todopoderosos los brazos.

Se agacha embargado por el gozo y el orgullo. El color rojo es una masa como esponjosa. La mano estrecha el tesoro del cielo. Y Joram arranca el color rojo. Recoge la cosecha celeste. Y el color rojo, desprendido del arco, tembloroso en su mano, lo sigue, convertido en una cinta larga y ondulante.

Aferra el color y hace galopar el caballo por el puente del cielo. Ya están en medio. Y de golpe inician el descenso. El caballo se echa atrás y frena. Del roce de sus patas de delante brotan otra vez innúmeras chispas.

Es un momento turbador, un instante incierto en el que Joram no sabe si todavía galopa por los cielos o ha posado las plantas en tierra. De una blanda resistencia pasa de improviso a la dura solidez del desierto. Y Joram se da cuenta de que, mientras cabalgaba por los cielos, las patas del corcel eran silenciosas, enmudecidas por blanduras resplandecientes. Ahora suena el galope rítmico, musical, sobre la tierra áspera.

Joram galopa por la llanura con el regalo de Zelfa desplegado como una inmensa cinta roja. El color robado flamea en el aire.

Ella le pidió lo imposible y lo ha conseguido.

Con la mano tendida hace voltear el color por el cielo. Y las palabras de Zelfa vuelven a su recuerdo y cuchichean:

«No me quieres, Joram. Si me quisieras, me dirías: “No te preocupes...”». «No, no te preocupes, Zelfa... He robado al cielo, he robado el color rojo... Y es tuyo, tuyo para siempre...»

IX

Invaden las puertas, se asoman a las ventanas y coronan las azoteas. Todo el mundo lo mira. Nadie quiere quedarse atrás en el elogio:

—¡Es el héroe!

Joram llega sobre el caballo inquieto y repicante, que gira y regira y levanta nubes de polvo. En la mano, bien firme, vuela la cinta de color rojo. Y el pueblo aclama:

—¡El sol del desierto lo ha hecho invencible!

Los hombres lo miran con ojos como platos por la admiración y la envidia. Un incrédulo estupor parece flotar cuando constatan:

—¡El desierto le ha uncido el caballo indomable!

Los ancianos, estremecidos y temerosos, se agachan a su paso. Con miedo de mirarle los ojos, acatan:

—¡El mismo cielo ha doblado el espinazo y se ha dejado esquilar un color!

Y las doncellas cantan:

—¡Su brazo es el más fuerte!

Se arrodillan ante él. Joram ve a su padre y Zelfa, que lloran de alegría, abrazados. Baja del caballo y se abre paso entre manos floridas de palmas.

—Zelfa —dice a la muchacha—: aquí tienes mi regalo de bodas. Te traigo el color del cielo. He regresado a ti con el color rojo para que te ates con él el cabello. Tú me dijiste que

cuando el color rojo del cielo fuera mío... Lo he robado para ti... Ha llegado el día que te llamen la mujer de Joram.

—Hágase según tu deseo —contesta Zelfa, intimidada.

Todos aclaman al vencedor del cielo. Todos menos Anthífax. Huye del héroe y se aparta de su sombra gloriosa, como de alguien corrompido por la lepra.

Pero Joram no piensa en él. Lo ha olvidado.

X

Ha pasado el tiempo. La entrada triunfal de Joram queda lejos. La gloria ha perdido el sabor, como un vino desbravado. Joram querría revivir aquel momento único, cuando todos lo aclamaban, le decían hermano y proclamaban que en él habían sido glorificados. El mezclado sentimiento de admiración y de envidia que descubría a los ojos de los hombres, ahora, como la leche cuajada, se descompone. Y algunos envidian, mientras otros aún lo admiran. La gloria se vuelve agria. El pueblo se divide en dos, entre glorificadores del nombre de Joram y detractores de su renombre, entre quienes cantan su gesta y quienes la maldicen.

Un día, en la tribu del viejo Dhuna, el campesino Frei expresó en palabras el odio contra Joram y contra su tribu soberbia:

—¿Es que se han acabado los colores del cielo? A menudo vemos el arco que dio gloria a Joram. Sale sin el color rojo, pero sale. Y nosotros admiramos el arco del cielo, elevado como el renombre de Joram. Pero yo pregunto: lo que hizo él, ¿no podría llevarlo a cabo nadie más? Todavía hay colores en el cielo que pueden hacer olvidar el oprobio de nuestra tribu despreciada...

La gritería del pueblo le prestaba un rencoroso asentimiento. Y Frei, enardecido,

pidió la bendición a Dhuna, el jefe de la tribu. Quería partir hacia el desierto. Seguiría el camino de Joram.

XI

Lo habían visto marchar incrédulos. No, no volvería. No podía ser fácil hurtar un color al cielo. Joram era único. Nadie podría nunca repetir su gesta. Frei dejaría sus huesos en el desierto.

Con todo, esperaban. Alimentaban una secreta esperanza: ¿y si fuera posible? ¿Y si, a pesar de todo, Frei volviera...? ¿Y si, contra todas las predicciones, Frei llevaba a su tribu otro color del arco del cielo...?

Esperaban.

Y un día el pueblo volvió a invadir las puertas, a asomarse a las ventanas, a coronar las azoteas. Frei había vuelto. Y no venía solo. Jinete sobre un caballo encabritado, daba al viento un nuevo color.

El pueblo aclama:

—¡El sol del desierto lo ha hecho invencible!

Los hombres, admirados y envidiosos, constataron:

—¡El desierto le ha uncido el caballo indomable!

Los ancianos acataban:

—¡El mismo cielo ha doblado el espinazo y se ha dejado esquilar un color!

Las doncellas cantaron:

—¡Su brazo es el más fuerte!

Ni una palabra más, ni una menos. Y mucho entusiasmo. Un buen calco. Obra de la multitud.

Joram podía presenciar, como espectador, lo que había vivido como protagonista. No era lo mismo. Aquella contemplación lo llenaba de añoranza de sí mismo y también de inquietud.

Ya no era el único. Ahora había dos invencibles, dos uncidores de caballos indomables, dos sometedores del cielo y dos pares de brazos que eran los más fuertes.

Muchos se desprendieron de la antigua sumisión a Joram y fueron a buscar la compañía y la protección del nuevo afortunado.

Era duro para Joram tener que repartirse la gloria con aquel campesino.

XII

Y sopló como un viento de locura sobre aquel pueblo. Todos los jóvenes abandonaban la conformidad del hogar por el riesgo del desierto. La mayoría no regresó nunca más. El desierto fue un blanco desparramiento de huesos al sol y una risa lúgubre de hienas nocturnas.

Rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil, violeta. Siete colores. Siete invencibles, siete domadores de caballos, siete esquiladores celestes, siete pares de brazos que son los más fuertes. Porque ahora con uno, ahora con otro, el arco de la paz se quedó sin colores, se desvaneció para siempre jamás del cielo. Tantos probaron a ganar, tantos fueron quienes lucharon en el desierto que siete mozos volvieron vencedores.

La multitud los recibió a todos con el mismo entusiasmo, con las mismas palabras. Siete buenos calcos. Obra de la multitud.

Joram se contempló vencedor—regreso exaltador—en aquellas copias repetidas que le mandaban, desmigajada, su propia imagen heroica. Pero ya menos heroica. Un poco desdibujada a cada nueva contemplación. Los nuevos triunfadores lo empequeñecían. La gloria era una torta de siete trozos. Solo uno era para Joram. Tenía un sabor amargo aquella torta hecha trozos.

Siete pares de brazos que eran los más fuertes.

Ahora había que proclamarlo.

Y los siete caudillos lo proclamaban noche y día. Se explicaban, se comentaban, se parafraseaban. «Cuando estaba en el desierto...» «Cuando tuve el arco delante...» «Cuando el caballo se me resistía...» Ya no esperaban que los demás los alabaran. Temían que se quedasen cortos.

En medio de las fiestas estallaba el odio entre las tribus. Porque las mujeres de Elborán cantaban que nada podía compararse a la valentía de los verdes, las de Aixa se desgañitaban diciendo que el empuje de los azules todo lo derribaba. Cada tribu quería ser la primera, la elegida, la mejor.

Ya no trabajaban. Hablar de las gestas se llevaba todo el tiempo. Era más alegre cantar y vagar mientras los campos permanecían en una aridez entristecida. Se robaban el trigo y el vino que aún quedaban. De noche se llevaban los rebaños.

Los balidos despertaban a los guardianes y se libraban verdaderas batallas. La rivalidad se salía de madre y las venganzas no tuvieron fin.

Una noche mataron a un hombre. Siguió una calma extraña, una especie de estupor de las tribus hasta entonces pacíficas. Era fácil matar.

Siete brazos que eran los más fuertes.

Había que probarlo. Ya no bastaba proclamarlo a los cuatro vientos. Cayeron más víctimas. Frei y Joram, Elborán y Aixa y los demás caudillos se entregaban a pillajes de muerte. Cada jefe, seguido de una hueste de combatientes, era un enemigo del pueblo. Los hombres quedaban desventrados sobre la tierra inculta.

Al llegar la noche caían rendidos de cansancio. Labrar la tierra era menos fatigoso. El exterminio resultaba un trabajo agotador. Pero ya habían catado la embriaguez de la

guerra. Ya no eran siete los pares de brazos que querían ser los más fuertes. Todos envidiaron el señorío sobre los demás. Y los sacrificadores acababan a su vez sacrificados. Quedaban en tierra abatidos mientras los cuervos volaban en derredor formando negra corona. Hasta que bajaban a hundir los picos en las tripas heroicas.

La fetidez de los cadáveres apestaba el aire. Ni los cuervos ni los chacales daban abasto.

Hasta que la guerra entre tribus languideció. Tampoco duró el todos contra todos. Los héroes morían en la cama, de donde desbordaba la inmundicia. Una enfermedad pestilente paraba todos los brazos, que ya eran todos los más fuertes.

XIII

Y en medio de su pueblo, Anthífax alzó la voz. Había huido de los héroes y se había apartado de su sombra gloriosa. Pero ahora volvía del desierto donde había ido, no a vencer, sino a rezar. Por su boca habló el dolor del pueblo. Con el brazo medía la tierra, de levante a poniente. Todo yermo. Fue la voz de todos. Maldijo a los ladrones del desierto, del cielo y del arco, y se maldijo a sí mismo, que los había guiado con sus palabras imprudentes. Todas las tribus se inclinaban mohínas ante él y lo escuchaban.

Les pintaba la vieja riqueza, la abundancia de los campos y la paz del corazón. Después alguien habló de alcanzar lo imposible. Dejaron el arado pacífico y se armaron de herramientas de matanza. Cayeron de la felicidad al hambre por la pendiente del heroísmo guerrero. Y Anthífax, enardecido, les predicaba:

—Devolved los colores al cielo. El arco de la lluvia es señal de alianza. La paz de la tierra se refleja en el cielo por los colores del iris. No me conocéis de ayer ni de anteayer. Mis

palabras no son vanas. Si mi blasfemia guio al primer orgulloso, que mi ruego sea camino de arrepentidos.

Las vírgenes que habían cantado a los valientes, ahora los maldecían. También habían pasado los días para ellas. Ya no eran las doncellas de virginidad ardiente, sino las madres sufridas de las nuevas generaciones. Y, al vituperar a los héroes, deseaban larga vida para los hijos que estrechaban entre sus brazos.

Hasta los robadores del cielo temblaban ante la ira del pueblo. Ya no se sentían superiores al resto de los suyos. La embriaguez bélica los había abandonado. También ellos querían la paz. Eran siete hombres de brazos cansados.

XIV

Se celebró la Fiesta del Perdón. Anthífax recibiría de los siete robadores del cielo los colores por los que habían sufrido hambre y sed y penas innumerables. Había que devolver al cielo el arco de la paz.

Los héroes desfilaron, lamentables, derrengados, sufrientes, entre dos murallas de gente rencorosa. Cada uno venía con su color.

Delante de todos, Joram. Pero no venía solo. Zelfa guiaba su tiniebla. Había caído prisionero de Frei, que le había hecho vaciar los ojos en venganza por haberse llamado el más fuerte.

Frei alarga su color con la mano izquierda. Joram le había hecho cortar la mano derecha cuando cayó bajo su poder.

Y detrás seguían los demás, maltrechos y olvidados de la vieja arrogancia. Eran un hatajo de miserables y de mutilados.

De uno a uno se inclinaron ante Anthífax y le entregaron el color que les había aureolado la juventud. Lo entregaran de buen grado, como si se quitaran un peso de encima.

Y cuando todos los colores quedaron reunidos en las manos de Anthífax, una suave llovinza reconfortó la muchedumbre de los hombres. Los colores se enfilaron por las gotas de agua, cielo arriba, como un vuelo de aves. Y se extendieron por el espacio, enjambre polícromo, hasta transformarse en el arco de maravilla, en el arco de la paz. Parecía la risa del Señor.

Se oyó un sollozo. Y todos miraron a Zelfa, la que el pueblo llamaba la mujer de Joram.

XV

Los hombres castigados volvieron a los campos. La reja tropezaba, a veces, con la carroña de los caídos. Pero la cosecha fue como nunca.

Anthífax subió al lugar alto donde acostumbraban a rezar. Encima de la colina debía ofrecer a Yavé las primicias, de olor suavísimo para el Señor.

Sacrificó un cordero de un año, sin mancha. Apiló su grasa sobre el ara, donde también quemó vino y trigo. Y mientras la humareda ascendía al cielo, Anthífax cantaba las alabanzas del Señor.

Y, al acabar, Anthífax fijó la vista en los campos que tenía a los pies, en la llanura.

Se echó atrás espantado. Abrió más los ojos, por si fuera un engaño lo que veía. Pero no: era cierto el espectáculo aborrecible. Los hombres no estaban arrepentidos. Los hombres recordaban y añoraban el latrocinio. Nunca más habría paz en la tierra... Sobre la tienda de cada héroe ondeaba un paño teñido: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil, violeta. Paños teñidos.

Eran banderas.

Arenys de Mar, verano de 1935.

GIAN CADUFF

LA ONDINA

Cuento de Rügen

Sus compañeros de viaje se han retirado a sus habitaciones del hotel después de la cena. Están cansados por la navegación hecha en alta mar por la tarde. Renat les ha dado las buenas noches abajo en el jardín junto al faro, sin ir él mismo todavía a la cama. En balde había buscado ahí el sueño. El desasosiego de su pecho, que lo había echado del ajetreo de la ciudad y llevado hasta esa isla lejana, tampoco se había podido calmar allá. Se veía engañado en su esperanza de poder ahogar en el espectáculo del mar eterno el mal que quema su alma, el amor y el dolor por la tanto tiempo amada y con vana fe deseada. Hoy, mientras su embarcación se balanceaba, hinchadas las velas, sobre las olas espumeantes, solo ha aumentado el ansia indecible de su corazón, aumentado sin medida...

Sin saber adónde quiere ir, se marcha fuera del hotel, en la noche. Y sus pasos lo llevan por la oscura senda que bordea la orilla. Sus zapatos chocan contra las piedras, tropiezan en las raíces, su abrigo se engancha en los arbustos... «¿Por qué voy precisamente por este camino malo y agreste en vez de por uno mejor...? ¿Ahora, en noche cerrada?» Pero, en vez de esperar una respuesta, sigue adelante, va como si debiera ser así, como si una potencia invisible lo guiase. Tropieza otra vez, su abrigo se engancha de nuevo, pero él se abre camino entre la oscura maleza y la idea de volver no tiene sentido alguno...

Así llega junto al mar, allá donde las cabañas de los pescadores destacan con sus techos de paja entre el verde de los frutales. Parecen sueños misteriosos, envueltos en nubes y oscuridad. Ahí, junto a aquel muro,

habían arribado pocas horas antes Renat y sus compañeros en su embarcación. Y allí, junto a aquella fuente estaba ella, llenando de agua sus cubos, mirándolos con ojos centelleantes, penetrantes. Y él estaba inmóvil apoyado en el palo de las velas, no podía quitar la mirada de la curiosa, extraña joven. Y por la puerta de aquella cabaña salió una viejecita encorvada, que gritó algo a la muchacha. Renat solo pudo entender el nombre de «Elsy». Y ella se dirigió a la cabaña con los cubos. Sin embargo, se volvió varias veces, mirando a los jóvenes, como si deseara algo de ellos. Y Renat, olvidando dónde estaba, miró hacia ella, siguiendo sus movimientos y sus pasos flexibles, hasta que el marinero le puso la mano sobre el hombro:

—No se fije demasiado, joven. Podría ser peligroso. Es una moza misteriosa, Elsy. Nadie sabe dónde el paradero del de casa y aquella vieja puede... hacer hechizos.

Estas palabras del marinero despertaron al joven como de un sueño. Solo entonces se dio cuenta de que sus amigos ya llevaban bastante tiempo en la orilla y que lo esperaban. Pero esa imagen lo ocupó durante todo el camino hacia el hotel, hasta que lo embargaron los sucesos más impresionantes de su navegación. Pero ahora... ¿ha vuelto de verdad a aquel lugar...? Solo, sin darse cuenta... Este pensamiento lo hizo refrenar de golpe sus pasos y examinar severamente su propio corazón: «¿He venido de verdad sin darme cuenta...? ¿No me ha llevado hacia aquel camino agreste y pedregoso un sentimiento secreto en las honduras de mi alma por la desconocida? ¿Por qué he dado precisamente ese paseo y no otro?» Pero su corazón no responde ni sí ni no. Queda en silencio como si ocultara un misterio y, tras quietarse, camina Renat por la orilla del agua y se sienta sobre una roca...

Profundo silencio nocturno todo en derredor. El mar es de color azul oscuro y está

en calma. Pero levemente y prácticamente en silencio ondea su superficie. El cielo está cubierto. La luna se desliza justo entre las nubes, proyectando su luz amarilla sobre el agua. Es como una larga vía desmesurada de oro hirviendo que parte de la orilla y sigue a lo lejos mar adentro. Y su mirada anhelante peregrina por esa vía como si esperase que viniera algo por ella, como si esperase alcanzar el consuelo buscado. De pronto es como si viera algo blanco a lo lejos, como una rosa del mar que extendiese su cáliz llameante fuera del agua. Y la flor se acerca cada vez más, mudándose muy lentamente en un cisne de un blanco resplandeciente que nada en silencio hacia él. Como la quilla de un barco separa el hermoso pecho las aguas y en silencio se vuelven a fundir las ondas sobre el dorso de la misteriosa aparición. Llega a breve distancia de él y se sacude el agua de las plumas brillantes sobre un arrecife que sobresale del mar. Pero tan pronto como está fuera del agua se transforma el cisne y una joven de una belleza nunca vista se sienta en la roca y se atusa los hermosos cabellos castaños de la frente. Y destellan miradas desde la roca hacia el joven, miradas... ¿No son los mismos ojos que se habían ya encontrado con los suyos una vez...? Esa tarde, al arribar. Pero ¿cómo ahora aquella muchacha pescadora...? Dirige su mirada hacia la cabaña de la mujer encorvada, pero la puerta está cerrada y la ventana, sin luz... Entre tanto, la joven se abraza las rodillas y una voz argentina pregunta sobre el agua:

—¿Qué buscas aquí completamente solo y tan tarde por la noche?

Él calla un rato hasta que sus labios aciertan a responder:

—¿Qué busco aquí? Eso no lo sabría decir ni yo mismo.

—Pero ¿hay algo, con todo, que te ha traído aquí por la noche, mientras que otros

descansan en pleno sueño reparador? —sigue preguntando ella.

—Sí, ahora algo sé. Busco algo que no voy a encontrar nunca, busco... la paz de mi alma.

—¿Y crees que ya no vas a encontrar esa tranquilidad en ningún momento?

—En la vida, no. Pero existe un lugar en el que encontraré la paz.

—¿Crees, pues —prosigue la joven—, que la tumba extinguirá el fuego de tu alma, el ansia de tu corazón?

—Eso espero —es su respuesta, pero ella lo exhorta levantando el dedo:

—¡Podrías estar equivocado, Renat!

Lo sorprende mucho que esa desconocida sepa su nombre, pero la mira con mayor confianza. Y la joven se levanta y marcha hacia él. Y él ve cómo los blancos pies caminan sobre las olas, sin hundirse en el agua, sin mojarse. Una devoción temerosa lo embarga al ver ese milagro y, tapándose los ojos con las manos, cae de rodillas...

—¡Levántate, Renat, levántate...!

Y le acaricia los cabellos con la mano. Al alzar la mirada, ve cómo se inclina hacia él. Los hermosos miembros blancos brillan a través de los velos perfumados de seda verde. Rubíes y carbunclos lanzan destellos en los bucles castaños que ondean sobre su espalda. Y aquella mirada... Sí, es la misma mirada de hoy a la hora de la siesta. Cuanto más mira, más le parece conocida y amable esa mirada. Siente que ha encontrado consuelo en esos ojos ya tantas veces... Como si fuera la mirada que su corazón deseoso busca y anhela día y noche.

—¡Levántate, Renat, ven!

Y ello lo levanta, echándole el brazo sobre el hombro, y él la acompaña sin saber adónde lleva el camino, sin saber qué quiere ella. Cuando pasan al lado de la cabaña de la vieja, les sale al paso un gato negro, girando los ojos centelleantes, gruñiéndoles, pero la joven le dice

unas palabras que el joven no comprende. Con el rabo entre las patas, el gato escapa resoplando y desaparece bajo el tejado de la cabaña. Y los dos prosiguen su camino hacia el bosque. Un extraño sentimiento de temor hace temblar el pecho del joven, pero no se atreve a preguntar qué es. Y camina a su lado, inconsciente y sin voluntad, como en un sueño...

—¿Te has hecho al mar hoy por la tarde? —pregunta ella.

Y él responde:

—Sí, con otros tres.

Ahora él sabe que debe de ser la muchacha pescadora que se encontraba junto al agua con sus cubos hoy a la hora de la siesta, al arribar ellos. Nadie más los había visto.

—Habéis estado lejos allá fuera —prosigue la joven—, hasta allí desde donde se ven Suecia y la isla de Bornholm.

—Sí, hasta allá —responde él, y no comprende cómo lo puede saber ella, quien sigue preguntando:

—Y tú estabas junto al palo de las velas con el abrigo chorreante y mirabas hacia la isla extranjera, con los ojos llenos de dolor y deseo. Tú querías que el marinero llevara el barco hasta la isla, pero el viento y el oleaje os obligaron a regresar.

Él está cada vez más asombrado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres, que sabes estas cosas? —quiere preguntar, pero no consigue que la pregunta aflore a sus labios. Así llegan hasta dentro del bosque bajo un gran roble que extiende sus amplias ramas sobre la senda. Se detienen delante de una losa.

—¿No ves nada junto a aquella losa? —pregunta la joven. Y Renat observa la losa desde más cerca.

—¡Qué! ¡Es la huella del pie de un adulto y, al lado, la de un niño!

—Sí —replica la joven—. Aquí es donde condenaron a la sacerdotisa. ¿Nunca has oído esa historia?

—No, esa no. Un vejete me contó ayer toda la tarde historias de esta isla, pero de esa no dijo nada.

—Te la voy a contar, porque es uno de los cuentos más bonitos de Rügen.

Y la joven le coge la mano y se sienta sobre el musgo bajo el roble. Él se coloca a su lado.

—¡Gracias! —exclama él, mientras estrecha las manos de la joven y se mira en sus ojos amables—. Voy a escuchar tu cuento con la atención de un niño, pero antes ¿podría hacerte una pregunta? Y me vas a responder, ¿verdad?

—Eso depende de la pregunta que sea —sonríe ella—. Tal vez no sepa ni siquiera responder a tu pregunta.

—Bueno, sabrás si quieres —dice él. Y entonces estrecha más firmemente las manos que tiene entre las suyas, mientras le pregunta:

—¿Quién eres?

—¿Ves? —exclama ella—. Preguntas mucho más de lo que puedo responder.

—Bueno, bueno, eso lo sabes tú, eso lo debes de saber tú —insiste él con cálido fervor.

—Pero no ahora —lo calma ella—. Para cuando nos despedamos. ¿Estás satisfecho, Renat?

—Ciertamente debo estarlo, pero si me dijeras al menos cómo te llamas...

—Eso lo sabrás también cuando nos despedamos.

Resignado, deja caer las manos y se queda callado largo rato. Entonces empieza a insistir una vez más:

—Y si supiera cómo te llamas...

—Eso no lo puedes saber, imposible —dice ella y mueve sonriendo la cabeza.

—¡Lo sé!

—¡Dilo, pues!

Él le coge otra vez las manos y, con voz ronca y solemne, como si profiriese una inspiración divina, susurra:

—¡Elsy!

Ella tiembla sorprendida y un cálido rubor baña su rostro.

—¿Quién te lo ha dicho?

Pero él la tranquiliza:

—No te tomes a mal que lo sepa.

Como para impedirle que siga preguntando, estampa un beso en los amables labios interrogantes.

—Para, Renat, si no quieres hacer una terrible penitencia.

Ella pone la mano protectora entre sus labios y los de él, pero la fortaleza es débil y ha de caer. La besa otra vez:

—La penitencia solo se hace por culpas y pecados.

Pero sus palabras suenan, con todo, como una pregunta, una pregunta que espera respuesta, que espera en vano. Ella calla, perdida otra vez ante el interrogante de cómo era posible que él supiera su nombre... «¿Acaso conoce él incluso el sentido de mi nombre?», se pregunta inquieta. «Oh, no —continúa pensando—. Si no, su confianza en mí no sería tan grande». Y cogiéndole la mano, le pregunta:

—¿Puedo empezar ya mi cuento?

—Sí, Elsy, empieza.

Tras cruzar los brazos de la joven en torno a su propio cuello, pone él la cabeza en el regazo de ella, de modo que ve el cielo y sus estrellas a través de las ramas del roble. Y la joven comienza a narrar el cuento de la sacerdotisa condenada.

—Aquí, donde este roble tiene sus raíces, se levantaba hace muchos siglos un templo de la diosa Herta. Doce sacerdotisas guardaban el santuario y vigilaban el fuego, que ardía día y noche en el altar, sujetas a un sumo sacerdote. Este venía una vez cada día festivo y sacrificaba

un carnero sobre el altar de la diosa poderosa. Y a cada mutación de la luna venía la diosa misma a media noche, visitaba su santuario y bendecía a sus fieles servidoras. Allí en aquel laguito comparecía cada vez en una barca de oro, tirada por siete cisnes blancos, y en la misma barca volvía a irse, nadie sabe adónde. Pero durante la noche solo había seis sacerdotisas que velaban el fuego divino en el templo. Con todo, esas seis debían vigilar los alrededores del templo hasta la orilla del mar abajo, cada una sola y por su propio camino. Entonces ocurrió una noche que una de aquellas sacerdotisas se encontró en su senda con un príncipe que se había perdido en el bosque mientras iba de caza. La guardiana quería hacerle proseguir su camino diciendo que aquel terreno estaba consagrado y prohibido, pero (cómo ocurrió aquello solo lo sabe el Dios del amor y del cariño), el príncipe se enamoró de la sacerdotisa y a la sacerdotisa embargó el amor por el príncipe. La segunda noche regresó a ella el príncipe otra vez y el fuego del amor penetró cada vez más hondamente en sus almas. En vez de vigilar los alrededores del templo, descansaba la sacerdotisa en brazos del príncipe, gozando los dulces deleites del amor sublime. Pero la séptima noche de su amistad se volvió culpable su amor y tres meses después...

Al oír estas palabras, levanta Renat la cabeza e interrumpe el relato preguntando:

—¿Se volvió culpable su amor...? ¿Lo crees tú posible, Elsy? ¿Hay en el amor otra culpa que no sea la de dejar de ser...? Pero, si el amor es profundo, verdadero y sincero, ¿puede haber culpa en él o que de él proceda...? ¿No es para un amor puro y sublime todo puro y sublime también...?

Sus preguntas tiemblan de santa convicción, de modo que se dan respuesta a sí mismas.

—Tienes razón, Renat —admite la joven—, pero los hombres así lo juzgan, juzgan según la apariencia y no según la verdad. El amor del

príncipe y de la sacerdotisa era todavía secreto, aún sin consagrar...

Entonces la interrumpe el joven otra vez:

—Pero ¿crees tú también, Elsy, que el amor solo sea verdadero y profundo cuando los hombres saben de él...? ¿Y que todo amor que haya recibido su aprobación sea verdadero y profundo...?

—No, Renat, tienes razón... —susurra la joven.

Pensativo, pone él su cabeza otra vez sobre las rodillas de ella, aún en lucha con sus propios pensamientos. Y ella también calla largo rato. Las preguntas hechas por Renat le ocupan el corazón... Tras un largo silencio, pregunta ella con voz ronca:

—¿Debo proseguir el relato?

—Sí, Elsy, prosigue.

Ella retoma el hilo interrumpido:

—En la séptima noche de su amistad se volvió su amor...

Entonces pone la mano Renat sobre los labios que narran:

—¡No esa palabra terrible, Elsy...! Utilizarla para el amor del príncipe y la sacerdotisa es terrible... Es una mentira, una falta.

—Así pues —prosiguió la joven—, tres meses después de aquella séptima noche vino el sumo sacerdote y juzgó a sus sacerdotisas. Un sueño le había revelado que una de ellas había quebrantado secretamente el voto hacia la diosa. Pero cuál de ellas había sido no se lo había podido decir el sueño, porque las sacerdotisas debían, en su investidura, ofrendar su nombre mundano. Y su vestimenta no las diferenciaba. «Hazlas subir una detrás de otra sobre la losa delante del altar y entonces verás cuál es», había murmurado el sueño a los oídos del sumo sacerdote. Y así lo hizo. Y cuando la amada del príncipe pasó sobre la losa, quedó en la losa la huella de su pie y, al lado, la de un niño pequeño. Mediante ese signo debió de haber

hecho saber la diosa cuál de sus sacerdotisas se había vuelto...

Ahí interrumpió la joven su relato bruscamente. Quería emplear una vez más la palabra «culpable», como decía el cuento. Pero, antes de que la palabra aflorara a sus labios, se acordó de que tal palabra violentaba a su oyente. Por eso intenta expresarse de otra manera y prosigue, desviándose de la frase comenzada.

—Mediante ese signo debió de haber hecho saber la diosa cuál de sus sacerdotisas había infringido los santos mandamientos de su vocación. Lanzaron inmediatamente la losa fuera del templo, como ahora yace aquí delante de nosotros. A la sacerdotisa la condenaron a muerte. Atada por los cabellos a la cola de un caballo furioso, la arrastraron de noche al mar, a la «Peña de Tiza» que se levanta allí a setecientos pies sobre el agua. Pero como estaba encinta y como el sumo sacerdote no podía, según el mandamiento de la diosa, acabar con una vida inocente, obligaron a la sacerdotisa a condenarse a sí misma y a arrojarse al mar desde allá arriba. Mediante una sentencia tal querían que la desgraciada cometiera, al morir, una nueva culpa, de manera que el Altísimo la castigara con mayor severidad aún. Sin embargo, esa misma noche y justo a esas mismas horas habían convenido el príncipe y su amada esperarse el uno al otro bajo los tres abedules, en su acostumbrado nido de amor. Y justo en el momento en que la sacerdotisa se arrojaba peña abajo, navegaba el príncipe bajo ella en su barca, de modo que pudo recibirla y estrecharla en sus brazos. El sumo sacerdote y su séquito no supieron nada de aquel salvamento por ser noche cerrada, sino que regresaron al templo con la cruel satisfacción y esperanza de que la fiel sacerdotisa se hubiera ahogado y condenado. Sin embargo, ella navegó por el mar con su príncipe hasta la isla de Nordhuan,

donde el príncipe tenía su magnífico palacio. Allí se casaron y se convirtieron en rey y reina. Y el hijo que la reina dio a luz medio año después de aquel suceso fue el más poderoso y amable rey que hubiera reinado nunca en aquel país. Pero el mismo día en que aquel niño vino al mundo, hubo un gran terremoto en la isla de Rügen. Y aquel terremoto destruyó el templo de la diosa Herta, del que no quedó piedra sobre piedra. El sumo sacerdote y sus acólitas estaban precisamente entonces de rodillas en derredor del altar, ofreciendo un sacrificio a su diosa, de manera que acabaron aplastados y enterrados bajo las paredes del templo.

La joven calla un momento y luego susurra:

—Mi cuento termina así.

Pero Renat sigue sin moverse largo rato, como si estuviera ensimismado en una reflexión sin fin. Su pecho se eleva con más fuerza, su sangre corre más caliente y rápida por sus venas. La viva parte que ha tomado en lo narrado quiere desbordar su corazón. Y solo con voz ronca y temblorosa exclama, transcurrido un tiempo:

—¡Cuento profundo, edificante!

Y besa apasionadamente las manos de la joven. Entonces calla, con la mirada vuelta hacia el cielo estrellado y, pasado otro buen rato, dice, reteniendo la voz:

—¡Qué sublime verdad se oculta en ese cuento, si es que es solo un cuento...! El cielo ha juzgado la injusta condena de los hombres... Ha dado a entender que el amor profundo de dos corazones ardientes vale más que las beaterías y el olor de las víctimas asadas en sacrificio, que el cariño es nuestra vocación más alta, más santa... Los cuentos suelen ser más verdaderos que la vida misma...

La joven calla. Cada vez con más fuerza tiemblan las manos que Renat tiene estrechadas entre las suyas y, al mirarla, ve que gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Elsy, ¿qué te ocurre?

Pero ella calla, empieza a sollozar. Lleno de compasión le besa él las mejillas, los ojos y los labios...

—¡Para, Renat! ¿Te lo ruego, para! No sabes el peligro al que te expones.

Él tiene entre ambas manos la hermosa cara lagrimosa y mira interrogante en lo hondo de aquellos ojos misteriosos, como si buscara allí el sentido de aquellas palabras. Pero estas siguen siendo un enigma, un misterio...

—Elsy, ¿qué te ocurre...? ¿Puedo ayudar?

—Solo puedes ayudar a agrandar mi desgracia.

Y entonces guardan silencio largo rato, hasta que ella confiesa:

—Estoy condenada a vengar todo amor que se me ofrezca.

En ese momento se levanta bruscamente para arrancarse a sus brazos y huir, pero él se pone en pie al mismo tiempo y, con el brazo en torno a sus hombros, le sigue el paso. Sobre raíces y entre árboles atraviesan el bosque, el uno junto al otro, todo el tiempo sin decir palabra. Así llegan a la orilla del mar. Peñascos amenazantes con oscuros arbustos se levantan a ambos lados. El agua tiene aquí un curioso color verde-amarillo. Ella tiembla como si ardiera. Centellas y estrellas bailan y brillan agitadas sobre la superficie. La joven refrena el paso y mira el agua pensativa:

—Por ahí va nuestro camino, Renat, el mío y el tuyo... Vas a tener que sobrevivir siete horas difíciles allá abajo, pero sé fuerte, pregúntate y véncete... Sigue mis consejos y yo cuidaré de que regreses sin daño... ¡Atravesamos el mar del olvido!

Como para animarlo, abraza ella su hombro y avanza, con él al lado. Por donde pasan se abre y se retira el agua, y las olas forman altas cumbres a una parte y otra de su camino, que está seco y llano, y sus pasos son blandos como

si pisaran musgo y agujas de pino. Tras y sobre ellos se cierran las olas de nuevo y se encuentran en un cementerio ante una fila de tumbas, unas más altas que otras, como hondos tramos en una escalinata grande y ancha...

Se detienen junto a la primera tumba. Lirios delicados cubren con blanco resplandor la colina. En cambio, en la tumba, contra el muro del cementerio, destella con letras llameantes el nombre «Mengina». Como un cuadro viviente en el marco de una nube, surge ante la mirada del joven una muchachita que lee en un abecedario mientras juega con las trenzas castañas que le caen por delante.

—¿Te acuerdas todavía? —pregunta la joven suavemente mientras pone su mano sobre la de Renat. Sin quitar los ojos del cuadro, responde él en voz baja y despacio como si pensara y pesara cada palabra que pronuncia:

—En la primera fila de bancos de la escuela nos sentábamos juntos y, si el maestro castigaba o reñía a alguno de nosotros, le saltaban también las lágrimas al otro... Pronto habrán pasado veinte años y no la he vuelto a ver desde entonces. Hace poco se volvieran a cruzar nuestros caminos una vez, pero yo evité vernos... Temía, porque siendo niños...

Sin embargo, antes de que se ensimiese en los años de su infancia, la joven lo coge del brazo y se lo lleva de la tumba... Y suben el segundo tramo. Hortensias adornan la colina, mil ojos azules que vigilan fielmente. Sobre la tumba destella con letras llameantes el nombre «Jvana». En el marco de una nube hay una chicuela pálida vestida de negro, con una corona de muerto en la mano.

—¿Te acuerdas todavía? —pregunta la joven una vez más. Él responde con voz temblorosa:

—Esa corona la puso ella sobre la tumba de mi madre y se me aficionó con cariño infantil. Pero era un muchacho desagradecido, insolente.

Tiembla, mueve triste la cabeza, pero la joven lo coge de la mano y avanza. Como él se vuelve para mirar otra vez, ella lo amonesta:

—No puedes mirar atrás en esta escalinata. Si lo hicieras, no podrías volver entre los vivos durante siete años...

Y suben el tercer tramo. En la tumba destella con letras llameantes el nombre «Poldi». En el cuadro se la ve leer entre lágrimas su última carta...

—¿Te acuerdas todavía?

Cada vez más pálido, con voz entrecortada y ahogada, responde:

—Huyó, niña inocente, de la tierra del hambre. Me llamaba, llena de confianza, «hermano» y yo a ella, «hermana», hasta que un buen día... sentimientos distintos y más fuertes revelaron la falsedad de esas dos palabras y yo... tuve que ser duro y cruel.

Cierra los ojos, arrasados en lágrimas, y dice, tras posar la cabeza en el brazo de su compañera:

—Elsy, volvamos... No puedo más...

Pero ella aprieta y estrecha sus manos:

—Sé fuerte, Renat... Rezo por ti, por tu bien... ¡Pregúntate!

Al ver que no hay vuelta atrás a medio camino, se deja llevar por ella hacia adelante, con los ojos cerrados y como inconsciente...

Suben el cuarto tramo. En la tumba destella el nombre «Jrena». En el cuadro se la ve tender una mano hacia él con el anillo de compromiso, como riéndolo... Su compañera intenta suavizar la pregunta usando un tono bondadoso y que suena a perdón:

—¿Te acuerdas todavía?

Contesta él:

—Mi amigo me la confió, su esposa. Su confianza era pura y sincera y sin dudas... Pero en mi pensamiento y sentimientos abusé de su obsequio, de su confianza...

Se quita el sudor frío de la frente con la mano y, estremecido por el remordimiento, sigue a la joven.

Suben el quinto tramo. En la tumba destellan con letras llameantes las palabras «Sor Gunda». Él ve a la bondadosa samaritana sentada junto a su cama de hospital cuando se despertó la primera vez de sus sueños de fiebre.

—¿Te acuerdas todavía?

—Así velaba ella noches enteras junto a mi cama y su caridad sacrificada llenó de nueva fe al enfermo, que ya había saldado sus cuentas con esta vida... Con su propio pañuelo enjugaba ella el sudor de mi cara febril... Con el cariño y la compasión de una hermana besaba ella mi frente calenturienta... Pero mis sentimientos de agradecimiento eran errados y su buena acción se tornó en su infortunio...

Mueve la cabeza y, mesándose los cabellos, dice con vehemencia:

—¡Pero su gran bondad y sus sacrificios no los he olvidado! Siembre abrigo una ardiente devoción...

—¡Ven, Renat! —interrumpe la joven al desesperado, llevándoselo de la tumba.

Suben el sexto tramo. En la tumba destella con letras llameantes el nombre «Marga». En el marco de una nube se ve a la joven artista rubia, con un niño en los brazos. Un estremecimiento recorre sus miembros. Como una mano invisible ciñe su cuello como para estrangularlo...

—¿Te acuerdas todavía?

Calla él largo rato, con la mirada fija en las flores de la tumba. Dice entonces, sin levantar los ojos:

—En la escena la vi por primera vez encarnando el hada de *La campana sumergida* de Hauptmann. Un hermoso y edificante inicio y un final doloroso y triste... En aquella obra y... en nuestra amistad.

Calla, se muerde los labios y queda como clavado a aquel suelo, pero su compañera le aprieta la mano y lo arranca a sus recuerdos...

Suben el séptimo tramo. Él ve una tumba abierta, ve al lado un montón de tierra fresca, un pico y una pala. Y en la tumba, contra el muro del cementerio, destella con letras llameantes el nombre «Elsy»... Siente su cuerpo como atravesado por el rayo. Su mirada baja del muro al fondo de la tumba. Entonces se aprieta los ojos con los puños y, sollozando, se arrodilla:

—Elsy... Cesa... ¡Eres cruel! ¡Cesa!

Pero ella le acaricia el pelo, temblando y llena de compasión ella misma.

—Perdona, Renat... Ha tenido que ser así... Estoy condenada a vengar todo amor que se me ofrezca. Este camino ha sido más doloroso para mí que para ti.

Y vuelve a acariciarle el pelo y le besa las manos:

—Levántate, Renat, mira.

Y mirando hacia arriba distingue él entre las lágrimas de los ojos un castillo que se eleva ante él despacio y misteriosamente de las tinieblas. Delante del portón del castillo, sobre un poyo, se ve sentada, toda de blanco, una joven que mira abajo con ojos anhelantes y una rama de laurel en la mano. Él mira un rato como deslumbrado, se pone en pie con un suspiro tranquilizador y, apoyándose en los hombros de su compañera, avanza un par de pasos, pero entre él y el castillo hay una grieta oscura y profunda. Él habría avanzado y habría caído en el precipicio como si estuviera ebrio, pero la joven lo retiene.

—Demasiado pronto, Renat... Aún quedan los últimos tramos.

Al mirar él hacia las honduras espantosas, ve que el cementerio se extiende sobre una profundidad oscura e inmensa, como una pasarela sin pilares; ve que cada una de esas tumbas es un tramo ante su vista... Y de las

hondas y oscuras profundidades se desliza entonces una serpiente monstruosa y, con la horrible boca abierta, empieza a enroscarse en torno a los miembros del joven. Un frío horror recorre su espalda, pero su compañera arroja un puñado de tierra a la boca de la maldita, pronuncia unas palabras que no comprende Renat y, con la misma rapidez con que había aparecido, vuelve a alejarse deslizándose y desaparece en la noche del precipicio.

—No tengas miedo, Renat. Mientras yo esté cerca, la serpiente Melancolía no tendrá poder sobre ti.

Y sus manos le ciñen el cuello, como para protegerlo contra todo mal y peligro...

Dan la vuelta y bajan de nuevo los siete tramos para abandonar el cementerio. Las olas del mar vuelven a separarse y, cuando llegan a la orilla, se trata del mismo lugar donde estaba sentado esa noche Renat cuando apareció la joven. Cansado y exhausto se sienta en la roca y atrae a la joven a su lado. Mira pensativo las olas y, estrechando las manos de la compañera, susurra como si se hablara a sí mismo:

—¿Puede haber culpa en el amor o por el amor...? Elsy, tu respuesta ha sido dura y cruel...

—¡No *mi* respuesta! —dice con vehemencia la joven—. Me han condenado a llevarte por ese camino, igual que te has visto obligado a seguirme... Los dos, tú y yo, somos hijos y súbditos del destino. Y tu culpa lo es de este, una culpa inocente, predestinada. Y el camino hacia tu sino solo lleva a través de ese cementerio. Y estás condenado a superarlo, condenado por el destino.

Renat abraza a la joven y, con ardor de agradecimiento, le besa los hermosos labios, que han sosegado y animado su corazón.

—Ahora debo irme —dice ella—. Se acerca el amanecer.

—No, quédate aún un momento, Elsy, solo un momento.

Como si ya no quisiera soltarla nunca más, la estrecha entre sus brazos, cubriendo con su abrigo los hermosos miembros blancos.

—Suéltame, Renat, debo irme...

—¿Y no puedo acompañarte un rato?

Ella mueve entristecida la cabeza:

—¿Cómo puedes preguntarlo...? Si supieras...

Entonces recuerda él la promesa de ella:

—Pero todavía me debes decir algo antes de irte.

—¿Qué es? —pregunta ella cómo si lo hubiera olvidado, mientras una sonrisa maliciosa aflora a sus labios.

—¿Qué prometiste decirme antes de despedirnos el uno del otro...?

—Sí, claro, pero solo para cuando me hubieras dejado ir.

Entonces se arranca a sus brazos y estrecha las manos del joven, se inclina hacia él y lo besa en los labios.

—Bien, Renat... Nos veremos otra vez... Pronto... Y si aquella serpiente se acerca, sé fuerte... Estaré contigo.

El dolor de la despedida tiembla en sus labios. Las lágrimas arrasan sus hermosos ojos

bondadosos... Lo besa otra vez, deja caer las manos y se dirige a la peña que se eleva del mar. El joven ve cómo los bellos pies blancos caminan sobre las olas, sin hundirse en el agua, sin mojarse... En la peña se vuelve ella una vez más y, sin levantar la mirada, dice con voz trémula:

—Por el día, cuando brilla el sol, soy una moza pescadora. Por la noche vivo bajo el agua en una caverna como «muchacha de los cisnes», como ondina.

Entonces baja de la peña, se sumerge en el agua y el joven solo ve otra vez un cisne blanco, que se aleja nadando por el mar. Se pone en pie, aprieta los puños contra el pecho tembloroso y lanza sobre las olas el suspiro de su alma estremecida:

—¡Elsy...!

Pero su llamada se pierde engullida por las olas rompientes... El cisne se aleja sin mirar atrás, se aleja cada vez más... Y cubriéndose la cara con los pliegues del abrigo, Renat se deja caer sobre la roca:

—¡Un cuento...! ¡Todo, todo...! La vida entera solo es un cuento.

JOAQUIM RUYRA

LA LEY DEL MÁS FUERTE

—¡Cómo, hijo! ¿También hoy has venido?
—me dijo mi ilustre profesor de matemáticas al verme entrar en el aula. Esta pregunta me sorprendió, porque no siendo como no era día festivo, era muy regular que a las siete de la noche, que entonces estaba dando en el reloj de la Virreina, me presentase a la clase, como los demás días; pero me sorprendió más todavía el ver que el local estaba completamente desierto... ¡No había ningún alumno...! ¡La clase de matemáticas, que siempre suele estar tan concurrida...! ¡Era muy extraño aquello...! Y la vasta sala, con tantas hileras de bancos desocupados, me causaba la impresión de algo fúnebre: como que yo estaba acostumbrado a ver tan poblados aquellos escaños, bullendo a la largo de ellos tanta diversidad de trajes, de fisonomías y de movimientos. Además, entonces recordé que ni en la plaza de la universidad ni en los claustros había encontrado alma viviente... Digo mal: apoyado en una columna del patio, un anciano bedel estaba dormitando y, cuando

yo pasé, levantó la cabeza de color de cáñamo. Estaba tan pálido aquel hombre que el matiz de su rostro se compadecía con el de sus velludas cejas, su barba y sus cabellos canos. Me había lanzado una mirada que tenía la fijeza del terror y me había dejado pasar sin saludarme como solía... En fin, tal vez no me había conocido. La edad gasta los sentidos. Pero, de todas maneras, ¿qué es lo que estaba sucediendo? ¿Por qué, no siendo día de asueto, faltaban los alumnos? ¿Había estallado la peste en la ciudad? ¿O qué es lo que había ocurrido? Tales fueron las ideas que me ocurrieron rápidas y desordenadas, enseguida que la voz cansada de mi profesor Hernández me hizo reparar en la soledad en que nos encontrábamos.

—¿No son las siete, pues? —dije.

—Acaban de dar —respondiome el doctor Hernández.

—¿Y no es hoy lunes? —interrogué.

—Lunes diez de marzo —dijo él.

—Será, pues, que son los días de su majestad —apunté.

—Nada de eso.

—O cumpleaños —añadí.

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué no hay clase? —pregunté con cierta mezcla de interés y de asombro.

Pero el doctor Hernández no me contestó, sino que se quedó mirándome a través de los cristales azules de sus antiparras, en tanto que yo examinaba la admirable arquitectura de su voluminoso cráneo, cubierto de una piel lustrosa, bruñida y sin ningún pelo... Me hubiera gustado atravesar con mi mirada aquella bóveda huesosa y sorprender el pensamiento que entonces se abrigaba debajo de ella... Porque ¿qué demonios pensaba de mí el buen doctor? ¿Por qué me miraba de aquella manera tan impertinente? En verdad que me amoscaba ya...

—Señor doctor —dije—, ya veo que estoy de más aquí y voy a retirarme; pero me parece que mi pregunta no era tan indiscreta, ni tan fuera de lugar que no mereciese una contestación.

—Pero oiga usted, hombre de Dios —me dijo subiéndose a la frente las antiparras y dejando al descubierto sus ojos azules y desmayados como los de un pescado muerto—. ¿No lee usted nunca ningún periódico?

—No, señor, hace más de un año que no he leído ninguno.

—Parece imposible —dijo—. ¡No lee ningún periódico! ¿No le interesa a usted, pues, la política, ni quiere usted saber la cotización de bolsa, ni le importa a usted lo que pasa o puede pasar en el mundo?

—Verá usted, señor Hernández —respondí—, en cuanto a política en nuestros tiempos y en nuestra España, me hastía toda, porque veo que los partidos son ni más ni

menos que una comparsa de comediantes, que trabajan para llenar el vientre... Digo, al menos así sucedía un año atrás, cuando yo leía los periódicos. Me fastidiaba, pues, la política. La cotización de bolsa no me importa, porque no tengo valores; y en cuanto a lo demás que pueda ocurrir por el mundo, pienso que no será de tanta trascendencia que llegue a influir sobre mi humildísima persona.

—¿Eso cree usted? —replicó el doctor.

—A no ser un caso de peste, guerras o terremotos —dije—, pero si esas calamidades he de ver, lo mismo me será si lo leo en los periódicos que si no los leo.

Al oírme hablar así, se levantó mi profesor con las cejas fruncidas y le oí farfullar entre dientes, en tanto que se dirigía a su escritorio atestado de papelotes.

—¡Qué carácter más extraño! —decía— ¡Qué indiferencia, qué pereza...! ¡Esto es un descuido egoísta y loco!

Luego, levantando más la voz:

—¿Ha renegado usted de los vínculos de la hermandad que le unen con los demás hombres? —preguntó—. ¿No le importa a usted nada que se desangre su vecino? ¿No hay en el corazón de usted una fibra que se duela del mal de los demás? ¿Le importa a usted lo mismo el turco que el cristiano? ¿No siente usted simpatías por nadie ni por nada...?

—Tal consecuencia —interrumpí yo.

—Es lógica... ¿Qué otra cosa debe pensarse de quien con tanta flema sabe sustraer por tanto tiempo sus miradas del gran tablero en que se juega la partida de los destinos humanos?

Me sentía abrumado bajo el peso de aquellas reconvenciones. Jamás hubiese creído que mereciese ser juzgado con tanta severidad por solo no leer los periódicos.

—El álgebra —dije con tono compungido— ha despertado en mí una pasión tan violenta que absorbe por completo todo

mi ser. Hace tiempo que mi espíritu peregrina fuera de este mundo a través de unas inmensas series de ecuaciones. Helo aquí todo.

Me pareció que se desarrugaba un tanto la faz del doctor y que sus ojos adquirirían un brillo más apacible.

—¡Oh, el álgebra! —exclamó—. Esta ciencia sublime, a ser más cultivada, ¡hubiera podido salvar el mundo!

Así diciendo, empezó a hojear y clasificar los papelotes del escritorio, disponiéndolos en varios montones sobre la mesa.

—En fin, señor Hernández —dije—, ¿querrá usted contestar a mi primera pregunta, y podré saber al fin por qué no tenemos clase?

—Haga usted el favor de callarse —gruñó con mal humor—, ¿no ve usted que estoy ocupado?

Esta agria respuesta me emponzoñó la sangre. Sentí palpar todas las arterias de mi cuerpo. Me puse el sombrero y, sin saludar siquiera, me dirigí a la puerta, abrila y salí a los claustros, decidido a marcharme a casa sin cruzar más razones con quien tan descortésmente me trataba.

—Luego dicen que uno es huraño —iba yo murmurando—, como si los pobres no hubiéramos de serlo por fuerza. Aunque uno sea un sabio, ni los mismos sabios le consideran cuando no viste frac, ni gasta guantes, ni usa bastón con puño de oro... ¿Qué importa que tengas una cabeza privilegiada si la cubres con una miserable gorra? La cabeza más estúpida, coronada con una chistera, vale mil veces más a los ojos del mundo. Ojala pudiese uno prescindir de todo bicho viviente y encerrarse en su casa como un molusco dentro de su concha.

Así iba murmurando, haciendo responsable a todo el género humano del mal humor de mi maestro, en tanto que atravesaba el solitario claustro. Al pie de una columna vi al anciano

bedel con su faz de color de cáñamo. Me dirigí a él y, tendiéndole mi mano, le dije:

—¿Qué hay de bueno, señor Galíndez?

Galíndez me alargó la mano larga, floja, huesosa, callosa y fría como una pata de gallina. Se la estreché y noté que estaba temblando.

—¿Tiene frío? —le dije.

—Un poco de frío y un mucho de miedo —exclamó.

—Miedo —dije yo—, ¿y por qué?

—¿Y usted no lo tiene? —preguntó—. ¿Está usted tan tranquilo como quiere aparentar?

—Ya lo creo. Le aseguro a usted que mi corazón no da un latido más ni menos de los que tiene por costumbre; su tictac tiene la regularidad de un péndulo.

Se quedó muy sorprendido de mi respuesta. Luego me preguntó:

—¿A qué ha venido usted aquí?

—Toma, a clase como los demás días —respondí.

—¡Qué flema, hombre de Dios! —exclamó—. Pero, efectivamente, ¿creía usted que habría clase?

—Y tanto si lo creía —respondí—; lo que no sé explicarme es el motivo porque no ha de haberla.

—¿No sabe usted, pues, que la universidad es hoy cuartel de artillería? —dijo.

—¿Cuartel de artillería? —exclamé.

—Aquí estoy con el manajo de llaves, que he de entregar al comandante de la fuerza, que ha de venir de un momento a otro —dijo.

—Por Dios que vivo en el limbo —exclamé entonces—. Vamos, vamos, explíquese usted, porque no sé nada. ¿A qué viene eso de convertir la universidad en cuartel de artillería? —Y mientras hacía esta pregunta, previendo que habría de ser algo larga la explicación para poner al corriente de todo a un hombre tan ignorante de lo que pasaba como yo, me puse

a encender un cigarro, pero la mano callosa del bedel, con brusco movimiento, apagó el fósforo que había encendido y me arrebató el cigarro de la boca.

—Desgraciado —exclamó—, ¿qué es lo que está usted haciendo? ¿Quiere usted que volemos por los aires como cohetes? ¿Ponerse a fumar encima de dos mil barriles de pólvora?

—Jesucristo —exclamé—. Pero yo no veo esos barriles por más que miro.

—Pues aquí están en el subterráneo debajo de nuestros pies. Una chispa basta para que vuele la universidad.

La verdad, nunca he despuntado por valiente, y el pensamiento de que me encontraba entonces sobre aquella enorme cantidad de pólvora me causó un desasosiego que me era imposible aquietar.

—Llevo prisa, señor Galíndez —dije—; solo quisiera, antes de irme, que me explicase usted, si es que lo sabe, el porqué de estas novedades.

—Es un porqué que salta a la vista —dijo—. Se están concentrando tropas en la ciudad para oponerlas al enemigo.

—¿Al enemigo! —exclamé—. ¿Y qué enemigo es ese?

—¿Qué enemigo ha de ser sino ese que nos ha llovido del cielo? —respondió.

—Pero ¿qué clase de enemigo es ese? —insistí—. ¿Es francés, inglés, ruso, italiano o qué demonios?

—Demonio será sin duda —respondió—. De sobra lo sabe usted tan bien o mejor que yo, y lo que no me cabe en la cholla es que esté usted de humor de bromas, tratándose de un asunto que ha llevado el pánico al corazón de Europa.

Era cosa de volverse tarumba; por lo visto, mientras yo permanecía aislado en mi buhardilla, despejando incógnitas, el mundo se había convirtiendo en una verdadera incógnita para mí. Era preciso despejarla cuanto antes,

para salir de una vez de la ridícula situación en que me encontraba. A pesar de los dos mil barriles de pólvora, que me hacían tan poca gracia, decidí continuar el interrogatorio.

—Usted cree, señor Galíndez, que estoy de broma —dije—, y a fe que se engaña de medio a medio. Le aseguro a usted que hasta ahora no había tenido noticia de que estuviésemos en guerra con nadie.

—¿Usted no ha oído hablar, pues, de esos hombres que han venido de las estrellas? —me preguntó.

—Señor mío —salté yo muy picado—, vaya usted a divertirse con sus compadres. Le he dicho ya antes que hablaba en serio y en serio esperaba que se me respondiese. ¿De cuándo acá comemos ambos en un mismo plato para que venga usted a chulearse conmigo?

—El que se chulea es usted —me dijo poniéndose muy colorado—. ¿Quién es quien no ha oído hablar de esos hombres que han venido de los mundos de arriba? ¿A quién no intimida su poder formidable? ¿Quién que no esté chiflado es capaz de hacer chacota de este asunto?

«De la chochez a la locura no hay más que un paso», pensé al ver la formalidad con que afirmaba el bedel unas noticias tan inverosímiles. Le agarré de un brazo y, señalando con el dedo las estrellas que brillaban en las profundidades de la noche:

—¿De allí han bajado esos que usted dice? —le pregunté.

—Sin duda alguna —respondíme.

Entonces le solté el brazo y me alejé convencido de que el pobre había perdido el juicio. «A buena parte has ido a buscar noticias», pensaba yo. «¿Qué barriles de pólvora ni qué niño muerto! ¡Yo que me lo había tragado tan a la buena de Dios! Pero ¿qué caso se ha de hacer de un hombre que habla de enemigos bajados de las estrellas?»

Solté una carcajada al pensar en el miedo que había pasado con aquel cuento de la pólvora. Sin embargo, reflexioné que algo grave habría acontecido cuando se habían cerrado las clases. Además, aunque nada me había dicho claramente el doctor Hernández, me había dejado entender un misterio formidable. ¡Y yo ignorando lo que todo el mundo sabía! Oh, qué angustia me causaba esta consideración. Sentía un pesar semejante al que debe de experimentar un ciego de nacimiento al comprender que posee un sentido menos que sus semejantes y al esforzarse en vano por formarse idea de la luz y los colores, de que oye hablar a cada paso. En esto percibí un ruido infernal que sonaba hacia el vestíbulo de la universidad: chirridos de goznes, rechinamientos de hierros, pataleos de caballos, murmullos de voces, relinchos y el ronco trueno de pesadas ruedas que se acercaban haciendo retemblar el pavimento. Apresuré mi marcha, deseoso de averiguar cuanto antes lo que sucedía. El vestíbulo estaba atestado de soldados de artillería, que iban entrando a pelotones, seguidos de sus carromatos cargados de pólvora y balas, de sus espantosos cañones montados sobre altas cureñas rodadas, a las que apenas podía arrastrar una larga recua de mulos. A la sombría luz de la noche vi la plaza de la Universidad llena también de gente de bote en bote, de gentes armadas cuyas bayonetas fulguraban acá y acullá como una apretada lluvia de estrellas, bólidos errantes, que se propagaba a lo lejos por las profundas calles. ¡Cuántos miles de miles de hombres! ¡Oh Dios mío, era, pues, verdad en parte lo que me había dicho el anciano bedel! La universidad iba a convertirse en cuartel y parque de artillería. ¿Qué era, pues, lo que pasaba? Sin duda estábamos abocados a una guerra espantosa y, si no, ¿a qué tantos aprestos militares? ¡Y yo tan ignorante de todo hasta aquel entonces! ¿Cómo no había oído hablar de nada a mis condiscípulos, a mi

patrona, a alguna en fin de las pocas personas que se rozaban conmigo? ¡Pero no, nada...! Parecía que despertaba entonces de un letargo de muchos días. Si alguno de los que yacen en el cementerio hace algunos meses volviese de súbito a la vida, no se sorprendería más que yo de lo que vería en el mundo. Me di una puñada en la cabeza, preguntándome si me hallaba sujeto a una pesadilla. Entre tanto, un batallón venía derecho a mí a paso redoblado. Me encajoné en el hueco de una puertecilla, temeroso de toparme con aquella muchedumbre de hombrones tiesos, que se movía con la herrería y regularidad imponente de una máquina. Pasaban de a cuatro desfilando, una fila tras otra fila, innumerables, silenciosos... No sé cuánto tiempo duró aquel desfile. Aquel movimiento advertía mi cabeza, los ojos me dolían y me parecía que la tierra daba vueltas bajo mis pies. Apenas los cuatro soldados que tenía delante desaparecieron de mi campo visual, ya otros cuatro se presentaban a reemplazarlos, que desaparecían también para ser reemplazados al momento por otros y otros. En medio de mi mareo llegó un momento en que quedé verdaderamente alucinado, figurándome que eran cuatro únicas figuras las que se agitaban delante de mí sufriendo transformaciones de linterna mágica. Eran cuatro hombre siempre los mismos, siempre vestidos del mismo color azul oscuro, pero cuyas narices ora crecían, ora meguaban, cuyos mofletes se hinchaban o se deprimían, cuyas bocas se empequeñecían o se agrandaban con una movilidad fantástica; eran cuatro testas cuyos cabellos pasaban sin transición del rubio más claro al negro más prieto; eran cuatro rostros que parecían mudar de cutis a cada instante, ora teñidos de una color morena gitanesca, ora de una blancura de leche de almendras, tan pronto tersos y rollizos como secos, ásperos y verrugosos. Sentía en mis pupilas un vivo dolor que me traspasaba el

cerebro. Y si entornaba los párpados, todavía se aumentaba mi desvanecimiento, porque entonces sentía un torbellino dentro de mí mismo. Mis piernas débiles apenas podían sostenerme y parecía que el suelo no tenía firmeza, como si cimbrease y se hundiese bajo el precipitado paso de aquella balumba de tropas. ¡Qué borrachera, Dios mío! Comprendía que de un momento a otro iba a caerme, tal vez para no levantarme más. Pensé en pedir socorro... Pero ca, ¿quién me hubiera hecho caso? Aquellos hombres eran máquinas, que no se preocupaban más que de la regularidad de sus movimientos; ni siquiera hubieran vuelto el rostro a mirarme y, si hubiese caído, me hubieran pisoteado unos tras otros para no desviarse de su camino. Cuando hubieron pasado todos, todavía permanecí mucho rato acurrucado en mi refugio torpe, alelado, viendo oscilar las columnas del claustro y agitarse las anchas baldosas del pavimento. Entonces apareció la Luna en el firmamento redonda y hermosa, brillando como una joya sobre un rico almohadón de blancas nubes orladas de plata. Su luz vivísima obró a manera de un bálsamo sobre mis ojos doloridos. Una fresca ventolina me cruzó cariñosamente el rostro e insuffló dentro de mis narices un aliento impregnado de un silvestre olor de romero... ¡Oh deliciosa ventolina, algún ángel, mandado por el buen Dios para consolarme, te producía sin duda con el abanicar de sus blandas alas! Me levanté. Era preciso atravesar por entre los cañones, mulos y artilleros del vestíbulo para salir a la calle antes no cerrasen las puertas. Iba ya a abandonar mi guarida cuando vi venir seis o siete oficiales que platicaban en voz remisa, aunque no tanto que no pudiese oír algo de lo que decían. Uno de ellos, que, según sus entorchados, creí que era el de más graduación y cuyos mostachos canos le tapaban completamente la boca, decía a los demás:

—Desengáñense ustedes. Si las demás naciones de Europa no acuden a ponerse a nuestro lado, nuestros esfuerzos serán inútiles. No haremos más que ir al matadero. Y cuando los egoístas ingleses, los franceses frívolos, los calculistas alemanes y los rusos y los italianos, amenazados en sus propias casas, salgan de su apatía, será ya tarde.

—Los hombres de Júpiter —dijo otro—, disponen de medios para poner en jaque a todos los habitantes de la Tierra reunidos. Creo que, unidos o desunidos, sucumbiríamos de la misma manera.

—Sin embargo, ahora sería la ocasión propicia para atajar el mal, antes no tome mayor incremento. Si los derrotásemos ahora y haciéndoles prisioneros, nos apoderásemos de sus tremendas máquinas, nos pondríamos en situación de resistirles otro día con sus mismos armamentos, cuya superioridad es la única causa de nuestra desventaja.

—De todas maneras —saltó otro—, el gran planeta Júpiter tendrá ejércitos muy superiores a los que nunca podamos nosotros oponerles.

—¿Y creéis que allá arriba —dijo el de los mostachos canos— no están en pugna unas naciones con otras? ¿No lo prueban así por ventura sus mismos adelantos en los ejercicios militares? Creedme, señores, una vez armados como ellos, no sería difícil buscar el equilibrio entre sus diversas naciones y la Tierra. Lo que mata los pueblos no es por lo regular la falta de soldados, sino la falta de inteligencia. Aristóteles tenía razón bajo cierto punto de vista. La esclavitud en un sentido más o menos lato es siempre un hecho. Cuando se levanta un pueblo más inteligente que los demás, estos han de convertirse en esclavos suyos. A mi entender, todo es cuestión de cabeza.

Pensé que me volvía loco. Un sudor viscoso bañaba todo mi cuerpo. ¿Había oído bien o era que me asaltaban aluciones horribles? En esto

los oficiales se detuvieron a cuatro pasos de la puertecilla en cuyo hueco me hallaba escondido. La Luna les iluminaba con su resplandor de una blancura algo azulada. ¡Con qué avidez les examiné, palpándoles con la vista si así puede decirse, queriendo convencerme de que sus cuerpos eran realmente de carne y hueso...! No, no estaba loco. ¿No percibía acaso hasta la leve y sedosa vellosidad de sus trajes de paño fino? ¿No veía espejear sus lentes con montura de oro, el fulgar de sus ojos, el tembleteo de sus bigotes cuando hablaban y, en fin, mil y mil detalles asaz minuciosos, asaz armónicos para ser ficciones de un cerebro enfermo? El oficial que estaba más cerca de mí era un hombre alto, cuya flacura angulosa resaltaba dentro de su holgado traje. La faz enjuta y morena aparecía entrecruzada de hinchadas venas, como un terruño cogido en una red de negras y tortuosas raíces. Percibí hasta el olor tabacoso de su aliento. Y le oí mediar en la conversación con una voz gangosa muy reposada.

—Es verdad —dijo—, que nuestra situación es desesperada. No tratemos de hacernos ilusiones. ¿Cómo ponernos al mismo nivel de adiestramiento que nuestros enemigos, sin antes haber sufrido su yugo? Y esto en el supuesto de que nuestra potencia intelectual no sea muy inferior a la suya, como es de temer.

Entonces tomó la palabra el del bigote cano, pero no pude entenderle, porque en aquel momento se pusieron en marcha y, como me dieron la espalda, su voz no venía directamente hacia mí. Además, había vuelto a renovarse el alboroto en el vestíbulo de la universidad. Volvía a oírse aquel retumbar de ruedas, aquellos pataleos, voces y ruido de armas; sin duda entraban más soldados, más cañones y más carros de municiones. Me daba horror el pensamiento de que habría tal vez de atestiguar otro desfile como el anterior... Mi cabeza lo repugnaba como suele repugnar

el estómago un manjar que le ha hecho daño. Por otra parte, estaba poseído de un miedo extraño. Apenas oía pasos, aunque fuesen de una sola persona, enseguida instintivamente buscaba a mi alrededor un escondrijo donde poder ocultarme. En vano yo mismo me argüía de loco y de maniático, y reflexionaba que los militares no eran unos ogros que hubieran de comerme, sino hombres, como cualquier otro hijo de madre, dotados de nervios y de entrañas, sensibles al amor, virtuosos acaso, en fin ciudadanos honrados como yo mismo, cuya única metamorfosis había consistido en vestirse el uniforme. Pero ¿qué valen argumentos para con esa bestia asombradiza llamada miedo, que tira de nuestros nervios y nos arrastra ciegamente? Por más reflexiones que me hacía, no lograba tranquilizarme. El solo pensamiento de que un centinela, apuntándome su fusil, podía gritarme el quién vive flaqueaba mis rodillas. «Esto no es ser hombre», murmuraba con cierta ironía en mi interior. «Vamos, un poco de decisión». Y di algunos pasos con un arranque enérgico y varonil. Sin embargo, me detuve enseguida. Yo no sabía el santo y seña, era un intruso en aquella universidad convertida en fortaleza. ¿Me juzgarían acaso un espía del enemigo? ¡Los procedimientos militares son tan ejecutivos! ¡Qué estupidez! ¿Cómo era posible que me tomasen por un hombre de Júpiter, ni que me atropellasen por desconocer mi personalidad, cuando había tantas personas, entre ellas el profesor Hernández, que a mi llamamiento acudirían a justificarme? Pero, de todas maneras, me encontraba en un sitio peligroso. Debajo de mis pies estaban almacenados muchos centenares de libras de pólvora: una chispa sola bastaría a convertir en un volcán aquella tierra que pisaba. A mi alrededor, todos los departamentos del edificio se iban llenando de una muchedumbre armada hasta los dientes,

cañones, obuses, morteros, terribles máquinas cuyo solo aspecto inspira terror, rodaban por donde quiera. Añádase a esto que ese enemigo misterioso venido de un astro lejano, según había creído entender, dispondría sin duda de medios de acción absolutamente desconocidos para nosotros, que le permitirían tal vez presentarse de un momento al otro, hendiendo los aires y bombardearnos desde lo alto de las nubes. Entonces todo sería confusión, correr de acá para allá, preparar la artillería, descargas, explosiones y hecatombes espantosas. Oh Dios mío, ¿quién sino yo sería en tal caso la primera víctima...? ¡Los habitantes de Júpiter...! Pero ¿acaso no era absurdo pensar que los habitantes de Júpiter, si es que existían, habían logrado franquear el inmenso espacio que les distancia de nuestro planeta? ¿Y no lo era mucho más todavía el que, avezados a una atmósfera mucho más densa que la nuestra y a una gravedad tanto mayor que la de nuestra Tierra, hubieran podido aclimatarse en ella? ¡Absurdo, cien veces absurdo! Sin duda yo, sugestionado por las locas palabras del bedel y trastornado por el movimiento mareador de aquel largo desfile de tropas, había entendido mal las conversaciones de los oficiales y había creído que hablaban de Júpiter cuando tal vez no hablaban sino de alguna nación europea o americana. ¡Crear en un enemigo bajado de las estrellas! ¡Oh estupidez mía! Debía guardarme muy bien de comunicar a nadie una idea tan estrambótica si no quería exponerme a que dudasen de mi cordura. Tales eran mis reflexiones en tanto que iba caminando hacia el vestíbulo, a fin de salir a la calle... Pero, a pesar de mis argumentos, la idea de un enemigo sobrenatural dominaba mi espíritu; así es que, al menor ruido que sonaba sobre mi cabeza, se me helaba el corazón en mitad del pecho y me parecía ver sombras humanas que flotaban en el aire, apoderándose de los tejados de la universidad, empleando allí

tal vez formidables máquinas de guerra prontas a derramar torrentes de fuego por doquier. A cada paso me detenía presa de tales terrores. Mi imaginación exaltada se había hecho la única señora mía; se había apoderado de mis nervios como un cuadriga de las riendas de sus caballos y a su sabor me refrenaba, me hacía marchar y me dirigía; en vano el juicio esforzaba su voz para apaciguarla y sujetarla a sus órdenes: el criado, emberrenchinado por el miedo, se había rebelado contra el amo. ¡Oh cuán grandes eran mis sufrimientos...! Salí del claustro y, tomando la puerta del vestíbulo, esperé a deslizarme entre los grandes carros que llenaban aquel espacioso local. De pronto se levantó delante de mí un fornido artillero, que, mirándome con desconfianza, me dijo:

—¿Qué hace usted aquí?

Pegué un brinco, me escabullí por debajo de una cureña y llegué corriendo al centro de la sala con la intención de ganar otra vez el claustro. ¡No sabía lo que me hacía! ¡Todo me daba miedo! Desde la puerta de entrada de la universidad a la de los claustros había un camino desembarazado o, mejor dicho, una calle que, en vez de edificios, tenía a entrambos lados unas largas filas de máquinas de guerra. Al llegar allí, estuve un momento indeciso, no sabiendo si determinarme a alcanzar la calle de una carrera o volver a los claustros, que estaban más cerca. Miré hacia la puerta de la calle y ya iba a ponerme a correr hacia ella cuando me contuvo la vista de una avalancha de tropas que entraban a tambor batiente. A lo lejos, entre las sombras de la plaza, se vislumbraba el culebreo de batallones y más batallones que se iban acercando. Si me quedaba allí, pronto iba a verme arrollado por aquel río de hombres. ¡No quería tampoco presenciar un segundo desfile...! Me puse a correr hacia los claustros... Detrás mío oía el paso acompasado y precipitado de las tropas. Tomé por un

corredor larguísimo alumbrado por un farol, que brillaba en el fondo como una lucecita roja semejante a la de un buque perdido en el horizonte sombrío del mar. ¡Qué corredor más largo! Precisamente las tropas venían también hacia allí y, al cabo de poco rato, oí sus pasos y el redoblar de los tambores, produciendo en aquel tubo sonoro un estruendo comparable al de un ferrocarril que marcha encajonado por un puente de hierro. Precipité más y más mi carrera. Me dominaba un terror insensato. Temía que el corredor estuviese cegado y me parecía que me había de ahogar entre aquellas paredes en medio de la apretura de gente que se iba amontonando allí dentro. Por fortuna, una ráfaga de aire fresco me reveló que hacia donde me dirigía había alguna abertura que comunicaba con el exterior. ¡Estaba salvado...! Sin duda había allí alguna puerta que me permitiría ganar la calle. No deseaba otra cosa. Pero pronto se desvanecieron mis ilusiones. En vez de la deseada puerta, me encontré delante de una escalera que subía caracoleando por el angosto cañón de una torre. Sin reflexionar nada, trepé por sus peldaños y no me detuve hasta que el cansancio me ahogaba. Entonces me senté en un escalón, siendo tal mi fatiga y mi abatimiento que, si hubiesen subido en aquel momento los batallones de que acababa de huir, me habría dejado pisotear por todos ellos en aquella estrecha escalera sin moverme. ¡Cuánto rato estuve allí, encogido, inmóvil, con el rostro pegado a una aspillera, en la cual aspiraba con avidez las brisas frescas de la noche...! Por aquella rendija veía el cielo, aunque sin mirarlo, y veía en sombra también las honduras en que se dilataba la ciudad, envuelta en brumas, a través de las cuales brillaban largas hileras de

luces. Un rumor continuo, ese rumor de un pueblo que se agita febrilmente por una vasta ciudad, se elevaba por los aires... De vez en cuando sonaban los melancólicos acordes de alguna banda de cornetas de caballería... En las colinas inmediatas, la voz de alerta, lúgubre y prolongada, era repetida de uno a otro picacho, evacuando ecos en las cercanas serranías. ¡Qué triste era todo aquello! ¡Allí abajo bullían pensamientos de muerte! Me angustiaba la vista de aquella negra sierra, como angustiaba al Dante el espectáculo de los círculos infernales donde todo es sombra y dolor. Automáticamente levanté los ojos al cielo, en busca de algo más placentero a mis sentidos. El cielo estaba aborregado... Lo poblaban millares de capas de blancas nubecillas, que corrían impelidas por una brisa suave... Parecían un inmenso rebaño trashumante y la Luna, que se ponía entonces, los atraía en su camino, asemejándose a un pastor olímpico cuyo bruñido casco brilla entre las malezas de la montaña¹². Esta comparación cruzó entonces como una luz agradable por los espacios tenebrosos de mi mente. Sin embargo, la contemplación de aquel hermoso firmamento acabó por ser otro nuevo dolor para mí, contribuyendo a aumentar el mareo que me acongojaba. ¡Aquella noche horrible no podía tener nada bueno para mí! Efectivamente, el movimiento uniforme y constante de las nubes no existía ya que para mis ojos conturbados; lo que se movía era la torre, que corría velozmente, amenazando tumbarse a cada momento. La ilusión era tan completa y tan terrible que mis manos se agarraron crispadas a uno de los peldaños... Cerré los ojos, figurándome que iba a caer. De pronto se estremecieron todas las vértebras de mi espinazo al sentir en mi cogote

¹² En el margen izquierdo de la página 7 del manuscrito figura una variante de esta última frase que reza como sigue: «y la Luna, que se ponía entonces y caminaba medio oculta por las malezas de la montaña, figurábase el redondo casco de plata de un pastor olímpico, que marchaba delante de ellas guiándolas hacia ignoradas y remotas regiones». (*Nota del editor.*)

la impresión de una mano flaca, callosa y fría como una colosal pata de gallina. Levanté la cabeza y quedé deslumbrado por el reverberar brillantísimo de una linterna abocada a dos dedos de mi nariz. Entonces oí una voz conocida que me interrogaba:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?

—Oh, señor Galíndez —exclamé con un alborozo tremendo—, ¡cuán feliz soy en que me haya encontrado usted!

—¿Y qué hace usted aquí, señor Campos? —dijo—. Todavía no le han pasado a usted las ganas de bromas y quiere gastarlas con los artilleros lo mismo que solía gastarlas conmigo? ¿Qué ha venido usted a husmear aquí? Mire que las gentes de armas tienen otro modo de matar pulgas que la gente escolar y que un consejo de guerra no es una junta de catedráticos. En fin, ¡que huele usted a pólvora!

—Usted me ayudará a salir de aquí, ¿verdad, señor Galíndez? —dije con suplicante acento.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho usted? —me preguntó—. ¿Algún disparate tal vez?

—Nada, nada, señor Galíndez.

—Pues, ¿cómo aquí en esta torre? ¿A qué ha venido usted?

—No he podido salir —exclamé.

—¿Y por qué, señor mío?

—Porque la puerta estaba obstruida por carros y cañones, mulos y caballos y qué sé yo más —respondí.

—Está bien —me dijo—, en tal caso debía usted aguardar a que le dejaran libre el paso, pero nunca meterse donde nada tenía que hacer. ¿Creía usted que encontraría aquí arriba algún globo para trasladarse a su casa?

—Por Dios, señor Galíndez, déjese usted de socarronerías —exclamé—. Quería volverme a la clase de matemáticas a reunirme con el señor Hernández. He tomado un corredor por otro... Unos batallones que han entrado me han empujado hasta esta escalera y, una vez en ella,

he subido hasta aquí sin darme cuenta yo mismo de lo que hacía. Mas lo que importa es que me saque usted cuanto antes de esta torre, porque me siento encajado en este angosto tubo, me falta aire para respirar y, cuando miro por esas aspilleras, me da un vértigo tal que juraría que nos estamos desplomando.

—Ah, señor Campos — exclamó el bedel suspirando—, vamos, vamos enseguida y ojalá pueda encontrarme cuanto antes a cien leguas de distancia de esta universidad donde he envejecido... ¡Qué mudanza, Dios mío! Los claustros convertidos en un campo de Marte, las pacíficas aulas trocadas en un cuartel de groseros soldados, acá y acullá pabellones de armas, cañones y demonios... No se ve un rostro simpático en ninguna parte. Me parece que estoy en el país de los ogros.

Mientras el anciano bedel daba vuelta a sus lamentaciones, íbamos bajando él delante y yo detrás alumbrados por su linterna.

—Además —proseguía el señor Galíndez—, debo confesar que no me llega la camisa al cuerpo, porque aquí se cometen mil imprudencias que hacen poner los cabellos de punta. Figúrese usted que hace un momento he habido de bajar a los sótanos y me he encontrado con un sargento que, sentado en un barril de pólvora, fumaba un cigarrillo que chisporroteaba como si estuviese lleno de carbón de encina. Y luego, ¿quién me asegura que no se nos vengán encima, cuando menos lo pensemos, esos enemigos que han bajado de las estrellas?

—¿De qué estrella? —pregunté.

—Usted lo sabrá mejor que yo —respondí—. Es un nombre que lo he oído pronunciar muchas veces a los estudiantes de literatura latina.

—Júpiter —dije.

—Sí —respondió—. A mí se me olvidan esos nombres enrevesados... En fin, el nombre

no importa; la verdad es que, si han sabido componérselas de manera que, si desde una de esas estrellitas que apenas se vislumbran en el fondo del cielo se han trasladado hasta la Tierra, con más facilidad podrán caer como una bomba sobre nuestra universidad y aplastarnos a todos.

—Es el mismo razonamiento que se me ha ocurrido a mí —observé—. Pero ¿cree usted posible que nadie haya venido de esos mundos, separados de nosotros por un espacio tan inmenso?

—Posible ha de ser el viaje cuando lo han hecho —exclamó.

—Eso es lo dudoso —objeté.

—¿Dudoso...? —dijo, parándose y volviendo hacia mi cara el foco de su linterna.

—¿Tan natural lo cree, pues, usted? —repliqué.

—Aquí está lo terrible del caso —respondió—... Si fuese una cosa muy natural, no creo que asustase tanto a todo el mundo.

—¿Y quién es todo el mundo? —pregunté.

—Vaya usted a paseo —gruñó con mal humor, emprendiendo de nuevo el descenso.

—¿Se ha enfadado usted? —le dije con humilde acento, apoyándole una mano en un hombro.

—¿Gusta nadie de que le mosqueen como hace usted conmigo...? —respondió—. ¡Será gracioso el caballero...! Y sufridle, vengan o no a cuento sus humoradas para que luego él, a la menor palabra que le soltéis que le huela a chanza, agarre la fanfurriña, se hinche como un pavo y os escupa al rostro aquello de si hemos comido alguna vez en un mismo plato y otras bambollas por el estilo. No, señor. Tengo mis setenta y dos años y, aunque con todos ellos no hubiese adquirido ningún mérito, bastan esas canas con que me han dotado y esos surcos que han abierto en mi frente para hacerme digno de algún respeto... ¿Estamos, señor Campos...? Y el que quiera ser respetado empiece por respetar

a los demás... ¿Estamos, señor Campos? Porque yo soy un hombre muy pacífico, que les tengo compasión hasta a las mismas pulgas que me pican, pero no aguanto burlas de nadie y vaya con cautela el que quiera hacerme tustús, que, a Dios le juro, que no soy gafo todavía para coger una tranca y rompérsela sobre el espinazo...? ¿Estamos, señor Campos?

De sobra comprendí que, si le dejaba continuar su discurso al señor Galíndez, según se enfurrñaba más y más a medida que hablaba, me exponía a que lo terminase tirándome la linterna a las narices, así es que me apresuré a cortárselo de medio a medio, diciendo:

—Hágame usted el favor, señor Galíndez, de no contarme en el número de esos estudiantillos casquivanos que, para dárselas de espabilados, no dudan en burlarse aun de las cosas más dignas de veneración, tales como la ancianidad y la hombría de bien. Usted es un hombre de bien, señor Galíndez, usted es el tipo de los bedeles simpáticos, es el abuelito de la universidad, el amigo de los escolares cuerdos, que no pueden menos de mirarle como un individuo de su familia...

—Y, sin embargo... —saltó él, interrumpiéndome.

—Nada de sin embargos —interrumpí yo a mi vez—, porque la verdad es que ha interpretado usted mal mis intenciones al suponerme de fisga para con una persona tan formal como usted y en circunstancias tan tremendas como las que atravesamos. Un poco de reflexión, por amor de Dios, señor Galíndez... Usted, que me conoce de tanto tiempo, ¿cuándo ha visto que me picase de gracioso?, ¿cuándo que alborotase en los corrillos?, ¿cuándo que aguzase mi ingenio para zaherir a nadie absolutamente? Me revientan, créalo usted, me revientan esos monicacos que hispen a la menor ocasión las púas de su ingenio para clavarlas, como el puerco espín, a

cualquiera que se les acerque... Y si tal crueldad me repugna hasta para empleada contra los malos y los necios, ¿qué será cuando se trate de una persona de las prendas de usted...? Yo hablo, créalo usted, yo hablo siempre en serio, ni sabría hacerlo de otro modo... Tal vez pecho de aspereza, nunca de malignidad.

—Es que hace usted unas preguntas, señor mío, unas preguntas que no calificaré —dijo con aire de dignidad, parándose a mirarme.

—Unas preguntas —contesté— que a usted le parecerán necias y que tal vez no lo son tanto como se lo figura usted.

—¿Preguntarme quién es todo el mundo! —exclamó él, todavía picado—. ¡Si no a un chiquillo de escuela se la sale con esas quinientas...! Y hacerse el sueco y el ignorante acerca de asuntos que hasta los barrenderos de la calle los discuten con sus compadres. Si esto no es marrullero, venga Dios y véalo... Y, en fin, que no me mosquee usted, que no me mosquee usted, señor Campos, porque tengo hoy la sangre más negra que la tinta.

—Pues, ¿y la mía, señor Galíndez...? Si a juzgar que voy por la tristura de mis pensamientos, no creo que sea de una color menos prieta. Todo me duele, desde la coronilla hasta la planta del pie, y esta noche se me presenta angustiosa como la de mi última hora. ¡Y decir que me chanco...! ¡Y sostenerlo después que sin duda mi faz publica la carcoma que me mina por dentro! Porque yo debo de estar muy pálido.

Acercó entonces la linterna a mi faz y, después de examinarme un buen rato:

—¿Tiene usted mareo? —me dijo.

—Y tal —exclamé— que apenas puedo sostenerme sobre mis piernas y me parece que esa torre se balancea como el mástil de una nave en mar brava. Yo, como usted, me asfixio en este edificio poblado de gente de guerra; ni tengo aquí otro compañero ni otro amparo que usted,

en quien había puesto mi confianza, pues era usted antes, en los buenos tiempos, el padrecito de los estudiantes.

—Lo soy, lo soy, señor Campos —exclamó con fervor—. A todos les he mirado desde la cumbre de mi ancianidad como a mis nietecillos, como a mi verdadera familia... Por ellos hubiera hecho moneda falsa. Para ocultar sus travesuras y calaveradas, ¡qué de tramas no he urdido! ¡qué de comedias no he representado...! ¡Si me hubiera abierto las venas por ellos!

Y así diciendo, me abrazó y de sus ojos, que parpadeaban convulsivamente, saltó un lagrimón que se plantó sobre mi frente, regalándome a lo largo de la nariz.

—¿No me abandonará usted? —le pregunté suplicante.

—Jamás mientras me necesite —respondió—. Pero vamos, ya somos dos antiguos amigos, ábrame usted el corazón, ni más ni menos que a su propio padre, caballerito, ni más ni menos; y dígame, ¿por qué es que hoy hace usted preguntas tan impertinentes?

—Es que la verdad, señor Galíndez —respondí—, estoy aturullado porque, hasta que usted me ha noticiado lo de los hombres de Júpiter, no había oído hablar de ello a nadie, ni había entendido que hubiésemos de tener guerra, ni que hubiese motivo alguno para impedir que nos explicase el profesor sus lecciones como los otros días. La prueba de ello es que había venido para asistir al aula, y aquí está debajo de mi brazo la libreta de apuntes, que dará testimonio.

—¡Jesús mío! —exclamó el bedel—. ¿Estuvo usted ayer en el limbo?

—No —respondí— sino que, como era domingo, después de misa me acosté y así me pasé el día hecho una marmota.

—Pero si esas novedades no son de ayer —objetó—, sino que hace más de una quincena que preocupan al mundo.

—Pues, nada, nada, señor Galíndez —dije con humildad—. Vivo aislado en mi buhardilla, no tengo amigos, mi patrona es vieja y sorda... No estoy enterado de nada.

—Hijo de mi alma, ¡qué terrible despertar! —exclamó.

—Oh sí, muy terrible —respondí con acento trágico, golpeándome la cabeza con los puños—. Si la vida ha de estar sujeta a tales congojas como las de esta noche, ¡maldito sea el vivir!

—Calle y no maldiga —dijo, tapándome la boca con la mano—; pues qué, alma de cántaro, ¿nos faltaba más sino tentar a Dios? Ni ¿a qué renegar de la vida cuando precisamente por ella es que luchamos y gemimos y trasudamos ahora que la muerte nos anda en los calcañares?

—Tiene usted razón—dije—, pero ¿quién no se espanta de puro terror ante un porvenir tan terrible como es el que nos amaga?

—¡Oh jóvenes, cabezas negras y pomposas! ¡Cuán pronto desvariáis! —exclamó—. ¡Cuán pronto os entregáis a la desesperación! Enseguida lo echáis todo a barato; despreciáis la vida, no la juzgáis digna de algunos sufrimientos; y, en cambio, nosotros los ancianos, por conservarla un día, una hora más, nos agarramos a un clavo ardiendo... Como las plantas con la primavera, la esperanza se reaviva con las canas.

—Tiene usted razón que le sobra —dije—, mas no le demos vueltas, que nunca el mal humor ha calzado muchos puntos de filósofo. Vamos, vamos bajando, que esto es lo que importa. Y salgamos cuanto antes de este maldito edificio.

—Si quiere usted salir conmigo, será preciso que se arme de un poco de paciencia —observó el señor Galíndez—, porque he de

avistarme primero con el señor Hernández para un recado.

—Está bien —respondí—, me armaré de lo que usted quiera, con tal que no se trate de una armadura menos pacífica que la de la paciencia, que, por otra parte, no dejará de hacérseme muy pesada. Pero yo no le suelto a usted hasta la calle... Andando, señor Galíndez.

Bajamos en silencio cosa de una docena de escalones.

—Calle —exclamó de pronto el bedel—. Ya que de armas habla usted, dígame, ¿no le han dado a usted un fusil? ¿No le han reclutado para las milicias?

—¿A mí? —exclamé—. ¡No faltaba más! Medrados estaríamos si los que hemos desembolsado los trescientos duros de la quinta y poseemos el resguardo correspondiente ni por esas nos zafásemos del fusil y de los garbanzos de cuartel.

—Ta, ta, ta —saltó el señor Galíndez—. Si hubiese usted leído los bandos del capitán general, no hablaría de esta manera. ¡Qué resguardo ni qué niño muerto! Aquí no hay más resguardo que valga que una partida de bautismo en que se vea que uno es por lo menos sesentero o que no llega a los quince. Lo demás es papel mojado.

—Me asusta usted, señor Galíndez —dije.

—Si tuviese usted mi experiencia —respondió—, esto ya no le hubiera cogido de sorpresa, porque ya se sabe que, en casos de apuro, la patria llama a todos sus hijos sin atender más sino que sean hombres hechos y derechos. Con que mire usted si tiene algo descoyuntado en el armazón de sus huesos, si tiene sus cinco sentidos en el cuerpo y sus entrañas en orden y, si es así, resígnese a la compañía y déjese de papeles, que ante la ley marcial, que ahora rige, no se estiman más que para tacos.

—Señor Galíndez —dije—, a todo me resigno, como el reo a la horca, porque nada bueno espero... Pero yo le aseguro que soldados como yo más han de servir de estorbo que de provecho, porque, a la primera bala que silbe, he de caerme redondo de puro espanto lo mismo que si me hubiese dado en mitad del corazón, por más que hayan pasado a cuatro leguas de distancia de mis orejas. Ah, señor Galíndez, yo había nacido para la paz. Consagrado a los libros, tal vez no hubiera sido del todo inútil para mi patria; pero, ay de mí si se me exige lo que no puedo dar.

—Ay de todos, hijo mío, porque es muy de presumir que, a los que no vamos a la batalla, la batalla vendrá a nosotros.

—Sí, sí, no hay remedio para nadie —exclamé con exaltación—. Es una lucha de un mundo contra otro mundo, y el más pequeño ha de pulverizarse al choque del mayor. Nos barrerán como al humo de las eras.

—Valor, valor, hijo mío —gritó el señor—. Ya sabemos que de ese polvo que pisamos hemos salido y que un día y otro hemos de volver a él, mas el alma se ensanchará libre de su grosero envoltorio y volverá sobre la tierra y sobre los mundos, y menospreciará las almas miserables, que tanto nos espantan ahora. En Dios, en Dios hemos de poner nuestra esperanza, en Dios, que ahora derrama sobre nosotros los ejércitos de un astro lejano, que otro día de un soplo destruirá. A su corazón, que es la fuente de la vida, hemos de volar, que allí, una vez llegados, nadie ha de poder arrancarnos. Ay sí, hijo mío, en nada más debemos pensar sino en Dios, que nos ha creado. La hora es triste. El fin se acerca. Alcemos los ojos al cielo y oremos, imitando a nuestro señor Jesucristo, que antes de su pasión se acogió al huerto retirado para implorar a su padre. Nuestras almas no perecerán, no pueden perecer. Lo único que pueden destruir es el barro; lo demás volará al cielo, sobreponiéndose

a ese astro colosal que derrama ejércitos sobre nosotros y a todos los demás astros que cruzan el espacio. La hora es triste, el fin se acerca. Subamos nuestro calvario, pensando en el día de la resurrección.

En tanto que el señor Galíndez iba hablando, yo me sentía ahogado por los sollozos y las lágrimas corrían por mis mejillas. Se diría que era un reo condenado a la última pena, a quien van exhortando, camino del cadalso, infundiéndole la esperanza de otra vida mejor; esperanza dulce y triste a un mismo tiempo, porque, al recibirla, se recuerda la tierra que se va con todas las bellas esperanzas que en ella se han soñado. Todavía iba yo hipando lleno de congoja cuando, llegados a un rellano de la escalera, nos paramos delante de una puerta. Oí el retintín de llaves y luego el chirriar de la cerradura. La puerta se abrió y entramos en una sala espaciosa, en la cual lo primero que noté fue la densidad y el calor de la atmósfera que la llenaba, impregnado de ese vaho que se exhala de las camas donde se suda. No era de extrañar, porque había en aquella sala lo menos un centenar de camas, alineadas a lo largo de las paredes como las de los hospitales. En una de ellas yacía un soldado, según se adivinaba por las abigarradas vestiduras que colgaban de las paredes; unos, arrebujados en sus mantas hasta la coronilla, otros más fogosos con la cabeza y los brazos fuera de las sábanas, esos tumbados de costado, aquellos boca arriba, algunos recostados sobre el vientre, todos durmiendo. Esa respiración pausada y sonora, propia de los durmientes, producía en la sala un rumor semejante al del canto lúgubre de una innumerable bandada de lechuzas. El bedel y yo caminábamos instintivamente de puntillas. De vez en cuando, algún ronquido desapacible se levantaba desentonando del concierto general, lo cual era bastante a sobresaltarme, tan grande era el encogimiento y la excitabilidad de mi

corazón. No reinaba allí más luz que la de nuestra linterna y la de un farol pendiente de la bóveda, así es que al principio no reparé en unos hombres que estaban acurrucados en el suelo al lado de los catres. Toqué al bedel ligeramente en un hombro y, señalándoselos, pregunté:

—¿Qué hacen esos ahí?

—Aguardan turno —me contestó en voz tan baja como la mía.

—¿Y qué significa esto? —insistí.

—Significa —dijo— que es tanta la afluencia de tropas españolas y extranjeras que hay en esta ciudad que, a pesar de haber alojado en las casas cuantas ha sido posible, no ha habido en los cuarteles bastantes camas para las demás y ha sido preciso establecer que duerma cada hombre dos horas solamente y luego que ceda su lecho a otro.

—De manera que esos que están acurrucados...

—Dormitan en el santo suelo lo mejor que pueden —me respondió sin dejarme concluir la pregunta — y esperan que les llegue la hora de hacerlo con más comodidad.

Mirando a lo largo de las camas, se veía blanquear una especie de niebla que las envolvía. Las paredes brillaban cubiertas de gotitas de agua, que lagrimeaban a trechos regalando tortuosamente. Al fijarme en estos detalles, sentí que me asfixiaba en aquella atmósfera espesa.

—Aquí hay más vapor de agua que oxígeno —dije al bedel—. Salgamos cuanto antes de este baño ruso.

Apresuramos un tanto la marcha y pronto traspusimos una puerta que nos condujo a otro aposento más pequeño. Había en él un aparador lleno de botellas, delante del cual, con el vaso en la mano, formaban corro seis soldados y dos sargentos. Detrás del aparador había una mujer desgñada, cariancha, chata, verrugosa, picada de viruelas, de párpados lacios rugosos

y desiguales, abultada de espaldas y con una boca hedionda en la cual no campeaban más que dos dientes, verdinegro y extremadamente largo el uno y el otro, negro y raído hasta la mitad.

—¿Quieren un trago de aguardiente, caballeros? —dijo la bruja cuando entramos.

—Venga —dijo el bedel tirando una moneda sobre el mostrador. Entonces la cantinera cogió un vaso y se puso a lavarlo en una palangana de agua negruzca, dándole muchas vueltas entre sus manos abotogadas y llenas de calladuras y, frotándolo de tal manera que el vidrio gruñía bajo sus dedos.

—El mejor aroma de las bebidas —iba diciendo— es la limpieza con que se sirven. Ah caballeros, el que va a tomar algo en un café o en una fonda no sabe si la vasija que le presentan ha sido debidamente lavada o si están envascadas todavía en ella las babas de algún tísico o roñoso. ¿Se ve acaso lo que pasa en la cocina? ¿Ni quién está seguro que la vajilla viene de la pila y no del orinador?

Esa frase fue celebrada con palmadas y risas estrepitosas por los soldados.

—En cambio —prosiguió la cantinera—, aquí ven ustedes el esmero con que la tía Colasa lava sus utensilios antes de emplearlos para su parroquia. Beba usted, caballero, beba usted, que este anisado es capaz de volver el aliento a un ahorcado de cuatro días. Otros tengan fe en los potingues del boticario, que yo me atengo a mis botellas... A lo menos esto se sabe que no es veneno.

Y, concluida esta arenga, se limpió con el revés de la mano los mocos que goteaban de su ancha nariz. El señor Galíndez bebía con gravedad su vaso de aguardiente sin decir una palabra y, después de secarse con la misma gravedad los mojados labios en la manga de su raído levitón, me tocó en el hombro y me dijo:

—Es bueno. Beba usted, señor Campos, que le hará provecho.

Sin duda que me hubiera hecho bien un traguito de aguardiente, pero no tenía valor para aceptarlo de manos de aquella harpía, pues me revolvían las tripas su aspecto, sus palabras y sus lavatorios.

—No, no —exclamé—, lo que deseo es no entretenerme.

—Si es por dinero, no quede usted —repuso el Sr. Galíndez.

—Es que no me gustan los licores —dije.

Entonces el señor Galíndez, algo estremecido por la influencia del aguardiente, se acercó a los soldados con aire paternal y les dijo:

—¿Cómo esto, hijos míos? ¡A estas altas horas de la noche y sin dormir! Y mañana tal vez habréis de salir a campaña...

—Y saldremos, —contestó un sargento—. Vale más velar bien que dormir mal y, en cuanto a la campaña, no nos da cuidado, que antes la deseamos con todo nuestro corazón.

—¡La deseáis! —exclamó el señor Galíndez estupefacto.

—Pues, ¿qué hay de extraño en esto? —contestó el sargento—. ¿Dónde ha de recoger sus cosechas el soldado sino en el campo de batalla?

—¿Y qué cosecha es esta? —preguntó con sorna el bedel—. Alguna píldora de esas que se introducen en el cuerpo sin haber pasado por el gaznate?

—¡Pse...! —contestó el soldado—. Eso o algunas estrellitas que nos caerán sobre la manga, donde han de brillar mejor que en el mismo azul del cielo.

—Buena, buena está la estrella que ha bajado a desafiarnos —exclamó el señor Galíndez— para que nos dé espacio de pensar en estrellitas. A mí se me hielan los tuétanos cada vez que me represento esos hombres omnipotentes...

—¡Quite allá! —saltó un soldado—. ¿Quién son ellos al fin y al cabo para infundirnos miedo? Doscientos individuos que, aunque fuesen de carnes más duras que el acero y demostrasen más fuerzas que la dinamita, quedarían aplastados bajo nuestros pies. ¿Ni qué van a poder si somos tantos contra tan pocos? Y, aunque cada uno de nosotros se convirtiese en una mosca, en una mosquita, ¿entiende?, nos los apañaríamos en menos de un cuarto de hora. Y si no, mire cuántos batallones andan por la ciudad, cuántos trenes han llegado con tropas de extranjería, cuántos escuadrones de caballería se distribuyen por los cuarteles, cuántos y cuán tremendos cañones llenan los fuertes, las casas y hasta las mismas plazas; mírelo, dese un paseo por la ciudad si logra abrirse paso y diga si en el valle de Josafat, donde, según predicán los curas, hemos de reunirnos todos los nacidos de mujer, habrá tanto gentío... ¿Y doscientos habían de derribarnos a tantos como castillo de naipes? ¿Somos de alfeñique nosotros?

—¡Bravo, bravo! —exclamó el señor Galíndez— Aplaudo, acato, admiro el valor... Y al oíros bromear, se me ha calentado el corazón y se me ha disminuido en tercio y quinto el miedo que me cuajaba la sangre.

—¡Miedo! ¡miedo...! —repusieron los soldados con tono de admiración despreciativa.

—Es que, hijos míos —dijo el señor Galíndez—, en la guerra, por más que se alcance la victoria, no todo el mundo sale con la cabeza sobre los hombros... Está llena de horrores... Hay muertos, heridos, mutilaciones, sangre y duelos y lágrimas...

—Pues, sangre, sangre; esto es lo que queremos, ¿entiende usted? —dijo el sargento—. Nosotros no tenemos otro medio de hacer carrera, porque no hemos estudiado y no quieren darnos más grados que los que ganemos con nuestra sangre...

—Y en cambio —saltó la cantinera—, ahí están esos militares zampalibros, que en un dos por tres llegan a generales sin más trabajo que rozar sus guantes con los del ministro. Estos son los que agarran retortijones de tripas al menor anuncio de guerra; estos, los que espantan a la gente; estos, los que desbaratan y venden y... Pero guarda, que en boca cerrada no entran moscas. Mas si esos militares de corsé y guantitos de seda... ¡que lo suelto, ea, que lo desembucho antes no me repudra el alma...! Si esos militares, digo, así como escriben sus credenciales con tinta de agallas, hubiesen de escribirla con la sangre de sus venas, como los demás del cuerpo, de otro modo se criaran y otro valor les luciera, y no fueran tan amantes de la paz y la poltronería... Así quisiera verlos dos y tres y cuatro años cargados con su fusil, sin esperanza de galones de oro... ¡Ya clamarían guerra ellos entonces! ¡Ya pedirían entonces a Dios que les mandara enemigos, aunque hubiesen de bajar de las estrellas...! Y no como ahora, que hablan del enemigo como del diablo, cuando en realidad no vale la saliva que se ha gastado en ponderarle.

—Colasa ha dado en el toque —exclamó el sargento—. ¿Por qué tanto susto por doscientos hombres nada más, aunque hubiesen salido del infierno? Pues porque los militares de salón son unos gallinas.

—¡Y es claro! —dijeron los soldados.

—Algo habrá de eso —exclamó el señor Galíndez—; pero, si la victoria fuera tan fácil como ustedes pintan, ¿se habrían alarmado tanto todas las naciones y habrían abocado aquí su ejército a tontas y a locas? Vaya, que esto lo veo yo muy turbio.

—Pues turbio o claro —dijo un sargento atusándose los bigotazos recios y rubios como esparto—, a mí no hay quien me saque de mis trece, ni quien me haga comprender

que doscientos individuos no son doscientos individuos. ¿He hablado bien, sargento Gómez?

—Mejor que un diputado —respondió el interpelado, sacando su pulposa nariz del vaso donde la tenía metida para beber—. Si yo fuese el rey, por las uñas del Iscariote, que a esos miedistas que andan propalando cuentos fantasiosos para espantar a los valientes, los cogía y, sin cuartel, ni audiencia, ni sacramentación, mandaba yo que me los empalaran enseguida como ranas... ¿Estamos...?

—¡Gentuza cobarde, hombres hechos de pasta de babas, que ni son hombres, ni tienen de varón más que un capón tiene de gallo, peste de las naciones! —saltó un sargento muy enberrenchinado—. ¡Siempre temblando, siempre haciendo experimentos, siempre secreteando y gimiendo y abultando todas las cosas...! ¡Mala landre...! ¿No reventarán nunca de un susto...? Que hay peligros, dicen... ¿Y en qué guerra no los hay...? ¿En qué batalla se han repartido nunca vasitos de horchata y caramelos...? ¿Para qué son, pues, los cañones? ¿Ni cuándo respiramos más a gusto que entre la humareda de los cañones? El silbar de las balas, el estallido de la pólvora, el zizás de los sables y aquel pim, pam, pum, esta es la buena música para los que visten el paño del cuartel, ese paño que pide sin cesar galones y estrellas.

—Sí, sí, es verdad —dijo el señor Galíndez con voz trémula—. Y aquí viene que ni de encargo aquel latín de los sabios de que «audaces fortunarum y uvas», que significa que las uvas y los mejores frutos del árbol de la fortuna están reservados a los valientes. Yo no os los he de disputar, amiguitos, ; que ya ni muelas me quedan para comerlos... Vuestro es el campo de la vida... ¡Allá vosotros...! El barrio que yo habito está rayano, rayano con el otro mundo y el umbral de mi casa tiene vistas al cementerio. Con que divertirse, hijos míos, y adiós.

Después de esta despedida, dio el señor Galíndez algunos pasos para alejarse de sus bravos interlocutores y yo acabé de decidirle tirando de uno de los largos faldones de su levitón. Salimos a una azotea. Entonces el señor Galíndez, acercándoseme hasta besarme la oreja, dijo:

—¡Y qué fea es esa soldadesca de mis pecados! ¿Ha reparado usted, señor Campos? ¡Parece imposible que a unos hombres así haya habido mujer que haya querido criarlos...! Pero ¡qué feos, Dios eterno...! ¿Ha visto usted qué narices, qué ojos, qué zancas, qué pezuñas, qué calabazas, qué bocas y qué orejas? ¡Y la peste de ajos y aguardiente que esparcía su aliento! Compare usted esos borrachos con aquellos escolares que solían poblar ese recinto, guapos, simpáticos, de maneras señoriles, de mirar dulce, con sus manos adamadas, sus bigotitos sedosos y su lenguaje escogido. ¡Qué diferencia! ¿Ni quién diría que unos y otros descienden de un mismo antepasado? Yo no puedo, no puedo apechugar con esos tíos de cuartel tan ordinariotes y mal hablados, porque, la verdad, he vivido siempre en medio de la finura.

—Está claro —dije yo tomándole por la palabra—. Es más fácil que el que está hecho a la Holanda y a las plumas concilie el sueño sobre un lecho de cardenchas que no el que esté avezado a la buena sociedad se divierta con gente inurbana y soez, así que lo que se ha de procurar es evacuar su cometido y tomar las de Villadiego.

—Mi cometido no es cuento de mucho momento, pero ¿no le parece a usted que esta azotea convida a orearse un poco? —preguntome.

—Sentémonos, pues, en ese poyo —respondí—, porque estoy cansadísimo. Mas, por Dios, señor Galíndez, un rato, un ratito tan solo de descanso y luego, sin roncar, hala, hala, a nuestra tarea y a casa. Y no meta usted

conversación con nadie: ya ha visto usted qué explicaderas gastan esos soldadotes.

—Hola, hola, ¿a mí con esas, señor Campos? ¿A mí, que soy el padre del silencio y de la puntualidad, recomendarme que no roncee...? No tema usted, hombre, no tema usted, que, si me he enredado en algunas preguntas y respuestas con aquellos sargentos, no ha sido por el gusto de charlar, sino porque siempre es bueno conocer el espíritu de las tropas en vísperas de batalla.

—¿Y qué ha logrado usted? —respliqué con aspereza—. Que por poco le arañan, amén del solfeo de insultos que le han cantado a usted, a trágame perro.

—Oh —exclamó el bedel—, ¿se hubieran guardado de ponerme las manos encima...!

—Pues, ¿qué hubiera hecho usted, pobre viejo? —dije con desdén.

—¿Qué hubiera hecho? —replicó—. Que allí se armaba la de Dios es Cristo y hubiera habido vasos rotos y sillas derribadas y gritos y escándalo. Yo no soy cobarde como usted, señor Campos, y cuando me encolerizo, no reparo en armas, ni en hombrones, ni en el mismo sultán de las judías negras que se me pusiera por delante. Yo, puesto a las puñadas, una afrenta no la trago del rey, ni dejaría de apuñear al que me la hiciera, aunque viese que ando pisándome las tripas por los suelos... Soy viejo, señor Campos, pero a mi sangre le ha sucedido lo que al vino, que con los años se ha vuelto más ardiente.

—Pues yo —dije suspirando—, soy manso de corazón, deseo la paz para mí y para todos, y haría tres leguas de camino por evitar una rencilla.

—En esto estamos conformes, señor Campos, que tampoco soy yo amigo de pependencias —dijo el señor Galíndez—, pero la mano que me hace cosquillas me obliga a reír y la que me hiere me impulsa a que hiera... ¡Soy así y no hay que darle vueltas!

La fanfarria de aquel esqueleto cubierto de canas me fastidiaba grandemente, así es que no quise replicarle más y dejé caer la cabeza sobre el pecho, abrumada de mis tristes pensamientos. El desfile de las tropas, mis terrores, las conversaciones que había oído, las noticias sorprendentes que me habían comunicado, todos estos recuerdos rodaban por mi mente confusos y desordenados, persiguiéndome y afligiéndome. Un sinnúmero de problemas sombríos se ofrecían a mi consideración. Y mi ánimo estaba en fyanca, suspenso entre dudas irresolubles que me hacían sufrir atrocemente. ¿Quiénes eran aquellos hombres de Júpiter? ¿Qué pretendían? ¿Cuál era su poder? ¿Cómo habían venido? ¿Qué sentimientos abrigaban...? Preguntas sin respuesta que clamaban en vano dentro de mí... ¡Qué doloroso es el trabajo fatal del cerebro que se empeña en un imposible y porfía más y más en él, aunque nuestra voluntad se oponga a ello...! Yo procuraba dirigir mi pensamiento hacia espacios más apacibles; evocaba los recuerdos de mi infancia, las giras campestres, los paseos por el mar; pero persistía en ellos un instante, con fatiga, como ave que vuela contra el viento, y luego a saber de qué manera volvía a encontrarme engolfado en los problemas espantosos que trataba de rechazar. En medio de la negrura de mis dudas, la imagen de la muerte se me aparecía amenazadora, cerniéndose sobre nuestro planeta. ¡Cuán grande había sido mi imprudencia! ¡Cuán desatinada mi conducta! Si yo, en vez de huir a tontas y a locas, me hubiese presentado francamente a los guardias, les hubiese explicado quién era y por qué me encontraba en la universidad, a buen seguro que me hubieran dejado salir; mientras que ahora me había hecho reo yo mismo y, cuando me encontrasen en aquel sitio, podían sin duda atribuirme malas intenciones... ¿Y cómo había de defenderme? Mi conducta era incomprensible, aun para

mí mismo. ¡Qué amilanado estaba! Era tal mi abatimiento y mi fatiga... Cerré los ojos... Un rato de sueño me hubiera aliviado sin duda, pero el sueño no gusta de ser llamado: es una deidad bienhechora, pero sorda.

—¿Duerme usted, señor Campos? —me preguntó el bedel.

—De buena gana —contesté— echaría aquí un sueñecito de algunos minutos para reparar mi cansancio, pero la misma causa que me fatiga me impide dormir.

—¿Y qué causa es esta? —preguntome.

—El miedo—contesté.

—¡Miedo! —exclamó—. ¡Vaya palabra malsonante en boca de un joven como usted...! Por Dios, amigo mío, que es usted un gallina de los más gallinas que he conocido en mi vida. Pues qué, ¿es tan horrible nuestra situación que hayamos de pasarnos las horas temblando y gimiendo? No se diría, al ver su cara pálida y su aspecto abatido, sino que espera usted que de un momento a otro se desgarran las nubes del cielo y descarguen sobre nosotros una lluvia de azufre inflamado que nos derrita los sesos.

—¿Y por qué no podría suceder eso, señor Galíndez? —dije yo entonces—. ¿Sabemos lo que pasa sobre esas nubes negras que van ocupando el firmamento, formando una barrera impenetrable a nuestras miradas? ¿Sería mayor milagro una lluvia de fuego que la venida de esos hijos de Júpiter a través de espacios inconmensurables? Usted mismo, señor Galíndez, hace un momento que pensaba con más cordura y argüía que, tratándose de enemigo tan poderosos, no había peligro, por extraordinario que fuese, que no debiésemos temer. Y diga usted, señor valentón, ¿no le encontré hace algunas horas arrodillado en el claustro, y no temblaba acaso usted, y no me confesó usted que su temblor era de miedo? ¿A qué, pues, ahora tanta arrogancia?

—¿Cree usted, pues, que esos enemigos pueden volar por los aires como las brujas? —exclamó mirando con azoramiento la bóveda vaporosa del cielo.

—Es muy posible, señor Galíndez —respondí.

—Jesucristo nos valga —exclamó—. En este caso, ¿cómo vamos a trabar batalla con ellos? ¿Para qué concentrar fuerzas, aglomerar batallones sobre batallones y almacenar armas y balas y pólvora si todo ese aparato de guerra no ha de servir al fin y al cabo más que para irritar a esos enemigos, que desde la altura aplastarán nuestras ciudades como se aplasta un hormiguero? ¡Que la Virgen Inmaculada nos ampare bajo su santo escapulario! Oh Señor de cielo y tierra, ¿así abandonarías a los que formaste con tu propia mano? Pero ha usted de equivocarse, señor Campos... Cuando las naciones mandan sus ejércitos, no será para perseguir fantasmas inatacables, sino gentes que se mueven por sus pies y con quienes es posible luchar. De otro modo, ¿no era mejor doblar la cabeza humildemente hasta la rodilla y decir «hablad, señores nuestros, que no esperamos más que oíros para acatar vuestras órdenes»...? ¿No es así, señor Campos?

—A mí no se me alcanza gran cosa más que a usted en este asunto —respondí—. De todos modos, estoy convencido de que se nos esperan días terribles.

—¡Y esos pobres sargentos tan envalentonados, que de solo pensar en la batalla ya se relamen de gusto, como gastrónomos que han olido un banquete! —exclamó—. ¡Sueñan estrellas y galones y botín! ¡Pobrecitos...! No hay duda que son unos valientes, sí, tan valientes como feos y malcriados... ¿Qué será de ellos mañana? ¡Cuán confiados marchan al matadero! Dichosos ellos, sin embargo, que guerrear en medio de sus ilusiones y no se

habrán empapado, como nosotros, de la hiel de la muerte mucho antes de caer bajo sus golpes.

—Señor Galíndez —dije entonces—, las más de las veces el valor se nutre de la ignorancia; no obstante, estoy más que seguro que esos bravucones no guardan en el almarío de su alma los tesoros de valentía que derraman tan pródigamente por su boca. Antes bien creo que tratan de aturdirse con su palabrería...

—¿Es decir que usted supone que nos han vendido gato por liebre? —dijo, interrumpiéndome.

—No tal —exclamé—. Ellos mismos se engañan, sin darse cuenta de ello.

—¡Bah! —dijo con acento de duda—. Déjese usted de cavilaciones estrambóticas. ¿No es más llano convenir en que hay hombres valientes, verdaderamente valientes, que se ríen de lo que a nosotros nos pone los pelos de punta?

—Mire usted, señor Galíndez —dije—, cuando el año del cólera, conocí a muchos sujetos tan espantadizos como yo que, una vez reunidos con sus amigotes de café, braveaban y se mofaban de la muerte y hacían epigramas y pintaban caricaturas, todo lo cual no impedía que se desmayasen luego de miedo en sus casas, que mandasen llamar al médico si les zurrían las tripas y al cura si les aquejaba algún calambre.

—Y bueno, ¿y qué? —me preguntó el bedel impacientemente.

—Nada —respondí—, eso para que vea usted el caso que debe hacerse de las baladronadas. Y efectivamente, señor Galíndez, peligros como el que nos amaga, ¿a quién no arredran? Y si hay personas de tal temple que los arrosten con ánimo sereno, ¿quién habrá asaz insensato que los desee y hasta se ría de ellos?

—Nadie, nadie; es verdad —exclamó—. No es lo mismo esta guerra que la de los moros o la de Napoleón, en las que los enemigos tenían los huesos tan quebradizos como nosotros.

¡Qué tiempos, qué malos tiempos hemos alcanzado! ¡Ay, ay de mí! Yo seré la primera víctima, señor Campos, porque mi salud delicada no resistirá tales emociones... Aunque escape del hierro, ah, no escaparé de esos sustos y congojas que sacuden mis nervios. Los años me han roído ya tanto, tanto, que al menor tirón va a despedazarse todo el cordelaje de mi máquina. Si viera usted qué dolor tan fiero se me ha puesto en el vientre... Aquí, aquí, que se revuelve dentro de mis intestinos. ¿Y quién se acordará de los pobres enfermos en medio de tantas tribulaciones? ¡Qué triste es no poder llegar a nuestra última hora bien asistidos y en paz como nuestros padres!

—Calle usted, señor Galíndez —salté yo—. Usted ya se ha saciado de largos días de santa paz, pero nosotros, los jóvenes, que apenas hemos gozado de nada de este mundo, nosotros sí que tenemos derecho a quejarnos, plantas en botón, llenas de savia primaveral, segadas, ay, en el momento de la esperanza, antes de florecer ni fructificar.

—A todos, a todos, señor Campos, nos abate una misma desgracia. Pero diga usted, ¿a qué han venido esos tunantes? ¿No estaban bien en su casa en medio de esa luminaria de estrellas?

—No sé, amigo mío —contesté—. Su patria es un país mucho más vasto que nuestra Tierra, iluminado por varias lunas durante la noche y dotado de una primavera eterna.

—¡Ah, malditos! —exclamó el señor Galíndez, levantándose y amenazando el aire con sus puños—. Dejan su palacio y envidian la choza del mendigo... Nuestros harapos han tentado su codicia. ¡Qué malo, qué malo debe de ser vuestro corazón, hombres codiciosos! ¡Que Dios os dé la misma paz que nos deparáis! Bajáis a la tierra de la oscuridad, a una tierra mísera oprimida por los hielos del invierno y por el fuego del estío, preñada de males de

lágrimas; bajáis para quitarnos la poca dicha que nos quedaba. ¡Malditos tunantes...! Ojalá se os peguen las pestes que vuelan por nuestros aires. ¡Que respiréis aquí la lepra y el cólera y las viruelas negras! ¡Que dejéis aquí vuestras carroñas y que, los que escapéis con vida, llevéis marcado el cuerpo con tan repugnantes cicatrices que seáis el horror de vuestros compatriotas, para que ninguno de ellos entre jamás en deseos de visitarnos! ¡Infames, infames...! En el infierno encontraréis...

Al llegar aquí se le cortó la palabra en la boca, quedó pálido y se hundieron sus ojos, y cogiéndome del brazo con su mano temblona:

—Vámonos de aquí, señor Campos —dijo—, vámonos... ¿Quién nos asegura que no nos están escuchando?

—¿Quiénes? —pregunté sobresaltado.

—Ellos —respondió lacónicamente el bedel.

Se estremeció la piel de mi cráneo. Miré en torno mío y, levantándome, dije:

—Vamos.

Entonces nos internamos en un corredor, pasamos por delante del salón de grados, que estaba atestado de camas, y bajamos por la escalera que conduce al vestíbulo.

—Señor Galíndez —dije entonces—, ¿por qué permanecer más tiempo en esta universidad, rodeados de terrores y colocados sobre un montón de pólvora? ¿Acaso no estaríamos más tranquilos en nuestra ignorada casita?

—Sin duda alguna —respondíome.

—Pues bien, amigo mío, mi verdadero y único amigo —dije—, ahora llegaremos al vestíbulo y no habrá menester más que dar algunos pasos para tomar la puerta de la calle y largarnos.

—Bueno —respondió—, pero antes he de avistarme con el doctor Hernández.

—¡Eh, déjese usted de doctores y de repulgos de empanada —dije.

—Ah no, eso sí que no —murmuró—. ¡No fataba más! ¡Haber permanecido aquí horas y horas con una pachorra heroica, cumpliendo mi deber, y que me indisciplinase ahora por unas cuantas gambadas más o menos!

—Señor Galíndez —insistí un tanto suplicante—, acuérdesese usted de los dos mil barriles de pólvora. Aproveche la ocasión de escapar. Usted está enfermo, amigo mío, que bastante lo muestra la color marchita de su rostro. Si se viene usted conmigo a mi casa, yo le asistiré, le acostaré en una cama muy calentita y blanda, y le prepararé una tacita de té, de un té riquísimo venido de la China, sabrosísimo, que me cuesta muy buenos cuartos y que huele más que unas flores. O si prefiere usted una copita de ron, ¡ah, qué ron el mío...! Aquello sí que es una bendición, dulce, ardiente...

—¿Americano legítimo? —interrumpió el bedel.

—De Cuba —contesté—. Oh, no es un ron bastardo de esos de taberna preparados con estrafalarias mixturas. Es castizo, un ron castizo, señor mío, de pura caña, con más grados que un general... ¿Se decide usted a probarlo?

—Lo probaremos, señor Campos —respondió.

—Pues a casa, a casa —dije con emoción.

—Vamos enseguida que me haya comunicado sus órdenes el doctor Hernández —observó el bedel.

—¡Qué hombre más terco! —exclamé con ira—. Pasar por el vestíbulo, ver la calle y darle la espalda para internarse en ese edificio maldito, cuyas paredes amenazan desplomarse sobre nosotros. Si al menos me acompañase usted hasta la puerta...

—Es que no pasaremos por el vestíbulo —objetó el bedel—, porque hay allí demasiados armatostes... Sígame usted y en un momento salimos del paso.

Así diciendo, se paró delante de una puertecita. Mientras revolvía el manojito de llaves, buscando la que le convenía, le increpé de este modo:

—Señor Galíndez, le hago a usted responsable de mi suerte. Si repara en mí algún oficial, si me alista y me hace tomar mi fusil y he de salir a campaña y salgo y no vuelvo, usted responderá de mí ante el tribunal de nuestro Señor...

Los goznes de la puerta, rechinando violentamente, ahogaron mi voz. Entramos en un cuarto donde estaban reunidos varios oficiales alrededor de una mesa, alumbrada por una vela, engastada en una botella de gaseosa, que le servía de candelero. Tenían un mapa extendido delante de ellos... En cuanto entramos, volvieron la cabeza a mirarnos. Reconocí a los oficiales que algunas horas antes habían pasado delante de mí en el claustro: el del bigote cano, aquel otro tan flaco con la faz marcada de hinchadas venas... Uno de ellos dijo:

—Es el señor Galíndez.

Y volvieron todos a fijar sus ojos en el mapa. En aquel momento se oyó a lo lejos un toque de cornetas. Levantose enseguida el del bigote cano, abrió la ventana, asomose y estuvo escuchando largo rato. Después dijo:

—Son las columnas de Calvo y de Delgado que salen a operaciones.

—¿Qué hora es? —preguntó otro.

—Las dos —respondió uno de ellos.

—Al amanecer pasaremos nosotros —observó el del bigote cano.

Íbamos a salir ya de aquel cuarto cuando el oficial flaco agitó la mano haciéndonos una seña:

—Oiga, señor Galíndez —dijo—, hágame el obsequio de decir al señor Hernández que tendremos el gusto de saludarle dentro de un cuarto de hora.

—Será usted servido —respondió el bedel.

—Añádale usted —saltó otro— que prepare su ingenio, porque vamos a proponerle arduas cuestiones científicas.

El bedel se inclinó respetuosamente y en aquel momento yo, que no las tenía todas conmigo, deseando salir de aquel cuarto, cogí al señor Galíndez por un brazo y le arrastré a otro aposento.

—¡Que me pellizca usted! —exclamó él—. Y le advierto ahora para en adelante, señor Campos, que, si está nervioso, pellízquese a sí mismo y se atormente cuanto en talante le viniere, que yo estoy cansado de tanta impertinencia y, por la Virgen, que, si no se enmienda, le planto y compóngaselas usted... Y no me toque usted, que no soy yo una guitarra. Ya otra vez me ha tirado usted de los faldones con tan mala mano que creo que me los ha descosido. Seguro que, si hubiese de andar mucho en su compañía, la ropa se me pondría inservible dos o tres años antes de lo que le corresponde.

—Pues, ¿cuánto tiempo suele durarle a usted? —dije, procurando pasar por alto la repasata que acababa de endilgarme.

—Eso según y conforme —respondió—. Esta levita se acuerda de la guerra de los siete años

—¡Friolera —exclamé.

Caminábamos en tanto por un aposento oscuro y abovedado, en el cual el ruido de nuestras pisadas, por más que procurábamos suprimirlo, levantaba sonoros retumbos.

—Ese chaleco —prosiguió el señor Galíndez— ha sido paletó y chaqueta antes de parar en lo que es y ha sido teñido de castaño bronce y negro sucesivamente. No me acuerdo ya de cuándo compré el paño, pero el sastre que me lo vendió se había casado aquel mismo día y ahora tiene ya siete hijos.

—¡San Jorge me valga! —exclamé—. Usted sabe hacer maravillas.

—Maravillas son del cepillo y del cuidado —dijo—. Ese pantalón...

En aquel momento sentí un violento choque en el pecho y oí un estruendo ensordecedor. El piso cimbrió bajo mis pies. Las paredes oscilaron. Una ráfaga abrasadora me azotó las sienes. El señor Galíndez, que iba delante de mí, cayó de bruces y, rompiéndose, su linterna se apagó, sumiéndonos en una oscuridad profunda. Quise gritar y me faltó la voz; quise moverme y mis piernas se negaron a obedecerme. En tanto, el señor Galíndez suspiraba y gemía como si se encontrase en el último trance. Después le oí gritar con voz desfallecida:

—¡Socorro...! ¡socorro!, señor Campos, hijo mío, ¡socorro! ¿No me contesta usted?

—¡Ay, ay! —exclamé con torpe lengua—. ¡Los dos mil barriles...!

—Santa Bárbara bendita —exclamó—, ¿estamos enterrados? ¿Se ha desplomado la bóveda?

—Me parece que no —dije—. El aire arde... Me ahogo.

—Sin duda estamos metidos en un nicho, enterrados bajo una montaña de escombros —dijo.

—¿Por qué no enciende usted la linterna? —le pregunté con angustiada voz.

—No puedo —respondió.

—¿Está usted herido? —dije.

—No sé —contestó—. Creo que me voy desangrando. ¿Y usted?

—Yo he recibido una sacudida que me ha paralizado. Apenas puedo balbucear.

—¡Socorro, socorro! —volvió a clamar el señor Galíndez—. ¡Ah, la lengua se me ha puesto gruesa, que no me cabe en la boca...! ¡Socorro, socorro!

Entonces apareció un oficial alumbrándose con una vela.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Aquí, aquí, caballero —gritó el señor Galíndez—. Haga la caridad de examinarme.

—¡Pobre bedel! —exclamó el oficial—. ¿Se ha caído usted? ¿Se ha hecho mucho daño?

—La sangre se me va por los suelos —dijo el señor Galíndez—. Restáñemela usted o soy perdido...

—¡Sangre! —exclamó el oficial—. ¿Dónde? Yo no veo...

—Aquí —respondió el bedel—. ¡Mire usted! ¡Si tengo la mano metida en un charco!

—¡Qué sangre ni qué rábanos fritos! —dijo el oficial, prorrumpiendo en una carcajada—. ¿Sabe usted qué líquido es ese en que se moja la mano? Pues es el aceite de su lámpara, que se ha derramado, hombre de Dios...

El señor Galíndez se incorporó entonces, se palpó el pecho, miró la charca de aceite, se llevó a las narices la mano mojada, olióse la, exhaló un prolongadísimo suspiro y luego dijo:

—¡Bendita sea la santísima trinidad! ¡Qué estruendo, señor oficial! Porque todo crujía y se destartalaba. ¿Y qué ha sido ello?

—Un fusil que se ha disparado en el cuarto de guardia —respondió el oficial.

—¿Nada más? —dijo el bedel.

—Nada más —contestó el interrogado.

—Tiraría cargado con dinamita —observó el señor Galíndez—, porque el estruendo ha sido infernal. ¡Qué estampido!

—Es que esas bóvedas son para el ruido lo que un cristal de aumento para la vista —dijo el militar.

—Con que ¿esa charca es de aceite? —dijo el bedel, volviendo a olerse la mano.

De súbito, como si le hubiesen disparado una corriente eléctrica, pegó un brinco, se puso en pie y, tomándose los faldones, exclamó:

—¡Ay, mi levita! ¡Qué manchón, Dios mío! Está hecha un trapo de cocina. Ahora sí que no hay colada, ni jabón, ni quitamanchas que la purifiquen. ¡Buen negocio para un pobre empleado como yo...! Huelo a candil... ¡Qué horror! Una levita que me sentaba tan bien, que me había costado más desvelos que un hijo a su padre, una levita que me distinguía entre los demás bedeles... ¡Buen negocio! Malhaya el cuarto de guardia y esos soldadotes que manejan las armas con tan poco miramiento... ¿No hay ninguna pena en el código militar para esos atolondrados? Lo menos, estacazos merecen.

En tanto, el oficial se desternillaba de risa, se apretaba el vientre con las manos y pateaba, y sin duda por no herir la susceptibilidad del bedel, le volvió la espada y luego, notando que su hilaridad era asaz ruidosa, encogido de piernas y sin dejar de reír, se fue, dejándonos a oscuras.

—*Fiat lux* —exclamó el bedel—. He aquí que se fue la luz. ¿Adónde vamos, señor Campos? Yo estoy desorientado y no sabré dar con la puerta.

—Así todos los males fuesen como este —dije yo, encendiendo un fósforo.

—Bravísimo —exclamó el señor Galíndez—. Veamos si queda un poco de aceite en mi lámpara... Sí, todavía arderá.

Encendimos la linterna y seguimos nuestro camino pasando por un corredor y bajando luego una escalera de media docena de gradas que nos condujo a los claustros. El señor Galíndez cojeaba.

—¡Qué estruendo! —iba diciendo—. ¡Y qué caída...! Creo que me he dislocado una cazoleta.

—Usted se tiene la culpa —observé yo—. A estas horas debíamos estar en mi cuartillo muy sosegados delante de una botella de ron. ¿No era mejor esto que recorrer este laberinto

espantoso, este calvario donde sudamos sangre y agua?

—Un último esfuerzo, hijo mío — respondiome—. Cuanto más cansados, mejor nos sabrán el reposo y la bebida.

Atravesamos el patio entonces y apresuré la marcha, caminando instintivamente de puntillas al recordar que aquellas baldosas que pisábamos era lo único que nos separaba de la santabárbara. Dirigí una mirada al cielo, que estaba oscuro como un abismo. Hasta el cielo se conjuraba contra nosotros para aumentar nuestros terrores. ¿Qué negros designios había concebido Dios contra nuestro planeta? ¿Se había cansado de sufrir nuestros pecados? ¿Quería renovar aquellos castigos que en otro tiempo hizo pesar sobre los contemporáneos de Noé, sobre los sodomitas, los egipcios y tantos otros? En verdad que nuestro siglo descreído, soberbio y rebelde a toda ley se había hecho acreedor de las divinas iras. Yo mismo, pecador de mí, ¿no había puesto en tela de duda las doctrinas más santas? ¿No había mezclado en mis bromas impías pasajes de la Sagrada Escritura, interpretándolos de una manera mundana? ¿No había filosofado a la ligera acerca de los destinos humanos, del alma y de la eternidad...? ¡Y cuántos otros que me habían excedido en la impiedad! ¡Cuántos otros en aquel mismo instante se reirían de mis reflexiones! También se rieron de Moisés y perecieron, se rieron de Noé y perecieron... ¡Infelices! Vemos la vara que nos hiere y no la mano que la maneja, y en nuestra desesperación levantamos los brazos y decimos: «Solo nos rodea una capa de aire y vaciedades inmensas... Nuestro planeta rueda desamparado en la soledad». Yo siento que hay algo más terrible que nos rodea. Hay un ser incomprensible que vive y palpita en torno nuestro; no se le ve, pero se le siente, bien así como se adivina, por una sensación extraña, la presencia de una persona

que se nos aproxima por la espalda. Yo siento su aliento de ira. ¡Ay de nosotros...! Tales eran mis reflexiones en aquel instante. ¡Oh, qué agitado estaba mi corazón! Nos paramos delante de la puerta de la clase de matemáticas y el señor Galíndez golpeó con los nudillos. Nadie nos respondió.

—¿Me habré equivocado? —dijo el bedel—. Pero ¡ca...! La puerta verde es la del aula número cinco... Usted que tiene más buena vista, señor Campos, mire qué número hay sobre el dintel.

—El número cinco —respondí.

—¿Se habrá dormido, pues, el doctor Hernández? —dijo, golpeando más fuerte que la primera vez. Entonces se oyó un gruñido sordo.

—¿Ha dicho «adelante»? —me preguntó el bedel.

—Creo que sí —respondí. Y entramos, descubriéndonos la cabeza. El señor Hernández, reclinado sobre un pupitre como una fiera sobre su presa, crispada la una mano encima de un pedazo de papel y con una pluma en la otra, escribía con una rapidez incomparable. Su pluma rasgueaba, corría, saltaba y despedía, en el silencio, un ruido seco y prolongado al rozar las asperezas del papel. La bujía que le alumbraba se había inclinado en el candelero, derritiéndose a chorro sobre un montón de libros, que goteaban por todos lados. Ni siquiera se detuvo a mirarnos cuando entramos. El señor Galíndez se acercó de puntillas al pupitre, cogió con delicadeza la vela, enderezola y despabilola y luego vino a colocarse a mi lado, cuadrándose como un ordenanza. Así permanecemos, hechos unos postes, largo rato, hasta que el profesor dejó la pluma.

—Doctor —dijo entonces el bedel—, estoy a su disposición.

—Paciencia —dijo el doctor Hernández, frunciendo el ceño—. Hasta ahora le he

esperado yo a usted... Mucho ha tardado. Aquí hay cartas que debían haber marchado ya... ¡Déjeme lacrar este oficio!

—No ha sido culpa mía, señor doctor —dijo el bedel—, porque se ha de figurar usted que no he parado un instante toda la noche... Anda por aquí, vuelve por allá, abre eso y cierra aquello y baja y sube y torna y gira y...

—Basta —interrumpió el señor Hernández con voz de trueno

—Es que para un pobre anciano... —murmuró el bedel—.

—Hoy no hay compasión para nadie —dijo el doctor con aspereza—. Lleve usted inmediatamente estas cartas y oficios al jefe de guardia para que las mande a su destino y vuelva usted enseguida.

—¡El cuerpo de guardia! —exclamó el bedel con estupor.

—Sí, señor —dijo el catedrático. Entonces el señor Galíndez se me acercó y, en voz baja, me dijo:

—Ese hombre es muy capaz de no haber oído el tiro. ¡Qué poca gracia hace esto de ir al cuarto de guardia! ¡Figúrese usted si aquellos aturdidos se han enterado de los improperios que he vomitado contra ellos...! ¿Quiere usted acompañarme, señor Campos?

—Sí —contesté—, y luego me deja usted en la calle.

Íbamos ya a salir cuando el señor Galíndez se pegó una palmada en la frente.

—Doctor Hernández —dijo—, debo comunicarle un recado. El señor Cetina, un oficial que ocupa el número doce, me ha encargado decirle que él y otro caballero le visitarán a usted dentro [de] poco para presentarle cuestiones y armas científicas.

—Para proponerle arduas cuestiones científicas —corregí yo.

—¡Hola! —exclamó el profesor—, ¿todavía está usted aquí, señor Campos?

—Desde las siete no, señor. Cuando vi que estaba usted ocupado, me marché y acabo de volver ahora con el señor Galíndez.

—Muy oportunamente, por cierto, amigo mío —exclamó el señor Hernández—, porque espero que tendrá usted la bondad de quedarse un ratito conmigo para ayudarme en mi trabajo.

Al escuchar esta proposición inesperada, me quedé desconcertado con la boca abierta, sin acertar a responder. No, yo no quería de ninguna manera permanecer más tiempo en la universidad.

—Dispense, señor doctor —dije al fin—; me es imposible complacerle... Hay asuntos urgentes que me reclaman en otra parte...

—¿Qué asuntos? —me preguntó.

—Oh, señor —respondí más desconcertado todavía—, son asuntos de familia... Algunas cartas...

—Basta —contestó—; las escribiré usted aquí.

—Es que, además —añadí dando vueltas al sombrero entre mis manos—, me precisa..., me precisa avistarme con un sujeto.

—¡Magnífica noche para citas! —exclamó, soltando una carcajada—. No le quepa a usted duda de que el sujeto de marras va a faltar sin escrúpulo a lo prometido, lo mismo que usted... Y si cumple, ¡buen plantón llevará!

Y arrellanándose en la butaca, volvió el señor Hernández a reírse de tal modo que su abultado vientre experimentaba bazuqueos propios de un odre de aceite que zarandean. ¡Cuánto me irritaba aquel insulto, aquella flemma en tales circunstancias! De súbito el doctor interrumpió su inoportuno arrebató y, descargando una palmada sobre un brazo de su sillón:

—¿Todavía aquí embobalicado, señor bedel? —exclamó—. ¡Vivo, listo, a su tarea!

El señor Galíndez pegó un saltito de susto, como si hubiese sentido los dientes de un perro

en las pantorrillas y tomó precipitadamente el camino de la puerta. Yo, muy enfadado, formulando en el fondo de mi alma las más amargas quejas contra el doctor, me calé el sombrero y, con aire resuelto y sombrío, me apresuré a seguir a mi anciano compañero. El señor Hernández me cerró el paso.

—Si alguien debía haberse enfadado —dijo, golpeándome ligeramente en el hombro—, yo había de haber sido. ¿Acaso, caballerito, no me ha mentido usted descaradamente? Responda. ¿No ha inventado embustes para ocultarme la verdad? ¡Franqueza, franqueza! ¿Por qué no confesar que tiene usted miedo?

—Pues bien, sí señor —farfullé—. ¿Le parece a usted muy divertido entretenerse en escribir memoriales sobre un montón de pólvora?

—¿Quién se acuerda de tales niñerías —dijo él con voz agria— cuando nos cercan mayores peligros por todas partes? ¿Qué ente mezquino, qué ser ruin y despreciable se excusará de contribuir en la medida de sus fuerzas al trabajo común, cuando la patria y, más que la patria, la humanidad entera se mira amenazada? Ya que, no sé de qué manera, ha escapado usted de cargar con un fusil, que al fin y al cabo no deberá ni podrá usted rechazar, ¿era mucha exigencia la de solicitar de usted un ratito de trabajo en compañía de una persona pacífica?

—Está bien; soy criado de la patria, pero no de usted. Así pues, me marchó... Quiero irme, estoy en mi derecho y me iré.

La mano del doctor se clavó en mi hombro con la fuerza de una zarpa. En la niebla de sus ojos opacos fulguró algo a modo de un fuego lejano. Creí que iba a sacudirme un bofetón. Pero en un momento cambió la expresión de su fisonomía, trocándose de irritada en maliciosa. Asomó una sonrisa maligna en sus labios, que parecieron adelgazarse, y el resplandor vago

de su mirada se concentró en un punto de sus pupilas... Se diría que brillaban en ellas dos gotitas de azogue. La mano que me apretaba se aflojó, sacudióme algunos golpecillos y me soltó completamente. Hice un movimiento para marcharme. En aquel instante oí que el señor Hernández me decía:

—Vaya usted enhorabuena. Yo mismo le abriré la puerta. Pero debo advertirle que no le sucederá lo mismo con la de la calle, que está cerrada y guardada por porteros cuyos oídos están sordos para toda palabra que no sea el santo y seña. Pruébelo usted.

Y abrió la puerta de par en par. Me quedé parado en el umbral, indeciso, enfurruñado y angustiado al mismo tiempo. Dirigí una mirada feroz al doctor y otra llena de pavor y amargura al claustro solitario. Llovía entonces. El viento bramaba en los tejados. ¡Cuán solo, cuán desamparado, cuán abatido me sentí!

—¿No quiere hacer la prueba? —continuó el señor Hernández—. Vaya, hombre, vaya usted. Tal vez suplicando... Pero le advierto que no se haga usted muy importuno, porque la gente de guerra en su mal humor suele cometer equivocaciones atroces y tal vez sucede que, en lugar de contestar a una pregunta por su propia boca, contestan por la de su fusil. Pruébelo usted.

Las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Quizás el señor Galíndez me acompañará —dije.

—¿Por qué no? —contestó el profesor—. ¡Magnífica idea! Acompañado de un personaje de la talla del señor Galíndez, ¡se salva usted! Ya lo creo. ¡El señor Galíndez...! Nada, como si dijéramos el capitán general. ¿Qué puerta no se abrirá a su mandato? Pruébelo usted, hombre.

—Como él sabe el santo y seña —murmuré yo.

—Me alegro, me alegro —dijo, frotándose las manos y sentándose—. No me lo figuraba... ¿Está usted seguro de ello?

Entonces sacó de su faltriquera la caja de tabaco de polvo, un tabaco comestible que se introdujo a las narices con las yemas de sus pulposos dedos, aspirándolo con fruición. Luego se puso ceñudo y dijo en tono grave:

—Ni usted ni el señor Galíndez saldrán de la universidad hasta que a mí me dé la gana, ¿me oye usted...? Haga lo que quiera, pero dentro o fuera pronto, y cierre la puerta, que pasa una corriente de aire muy poco agradable.

Vacilé un instante todavía. ¿Me engañaba el doctor Hernández? ¿Qué hacer...? Lo más acertado era que me quedase; pero, de todas maneras, el profesor no iba a salirse con la suya, porque no le obedecería. ¡Yo no era su criado! Y ¿a qué complacencias con un bárbaro como él? Cerré la puerta de una violenta manotada, arrojé el sombrero sobre una mesa y me senté en un banco, cruzándome de brazos. Si el hombre en sus tormentos dispusiese, como el cielo, de rayos, ah desgraciado doctor, porque se hubiera pulverizado en aquel instante. Dominado por ideas ceñudas, permanecí mucho rato con la cabeza caída sobre el pecho y los ojos obstinadamente clavados en el suelo. Reinaba el mayor silencio. Al cabo de algún tiempo oí que el doctor Hernández se levantaba y se ponía a pasear arriba y debajo de la habitación, crujiendo a cada uno de sus pasos las suelas de sus zapatos. Luego oí que barbotaba:

—No me gustan esos hombres pálidos, taciturnos y de hábitos solitarios. Son ceñudos y cobardes... Se asustan de un estornudo, pero en el calabozo sombrío de sus imaginación condenan a sus enemigos a los mayores tormentos y se complacen en soñar venganzas horribles, que ellos mismos se avergonzarían de revelar.

Un sudor copioso regalaba por mi rostro. La vergüenza y la ira pugnaban en mi corazón, porque efectivamente el doctor Hernández descubría las miserias de mi alma enferma. Enseguida continuó:

—Los miserables desconocen los sentimientos más santos. El patriotismo, el amor, el entusiasmo, la fe, la caridad, la dignidad; todo, todo lo ahogan con su cobardía, hija de un egoísmo ruin... ¡Inútiles para el bien, rencorosos, impotentes, traidores...! Seres aislados que no comparten los placeres con nadie, a quienes molestan las alegrías de los demás, que no experimentan ninguna simpatía por ninguna causa... No saben, ni quieren saber nada de lo que pasa a su alrededor... Vicios abominables les han conducido a...

—No más —dije, levantándome agitado por una cólera bravía—. ¿A quién se dirigen esos insultos? ¿A mí? Pero ¿por qué le pregunto si no hay nadie aquí que el doctor Hernández y yo? Soy un cobarde, es verdad; ¡cuántos otros mil veces más dignos, mil veces más sabios que usted lo han sido también! Horacio, el gran Horacio, cuyo nombre ha vivido más que su patria y más que la nuestra, arrojó el escudo en el combate y huyó vergonzosamente. Huyó, era un cobarde y, sin embargo, valía más que usted.

—¡Un poeta —dijo el doctor con desdén—, una máquina de hacer versos!

—Una máquina más bien templada que ese cerebro de usted lleno de malos pensamientos —repliqué con voz destemplada—. ¿Quién es el ruin aquí, quién el miserable, quién el calumniador, el infame calumniador, cuya baba maldita acaba de manchar una frente más pura que la suya? Soy un cobarde, pero no tanto, doctor, no tanto que me falte alma para acogotarle a usted aquí mismo, ahora mismo.

—¿Qué dice usted, niño, qué dice? —exclamó, subiéndose a la frente las antiparras y colocándose delante de mí con los puños

cerrados, erizados los escasos cabellos de su cogote y con rostro amenazador—. ¿A mí, pegarme? —continuó—, ¿a mí, a su profesor, que le representa padre?

—O padraastro —dije.

—¿Y no sabe usted —replicó—, no sabe usted, niño, que, si le agarrase entre mis puños, le retorcería como retuercen sus trapos las lavanderas?

—Tal vez seré yo quien le retuerza —exclamé— hasta que le regale por el suelo toda la grasa que empaqueta sus músculos.

—¡Insolente —exclamó resollando ruidosamente y con señales de la más violenta cólera—, desvergonzado! ¿Ese es el respeto que le merece un profesor? ¡Insolente!

Pasose entonces la mano por la espaciosa frente con muestras de agitación. Luego, con profundo desprecio:

—¡Monigote! —dijo y, dando media vuelta, fue a sentarse en su poltrona.

—¡Vaya una escena ridícula! —continuó, rebulliéndose en su asiento—. Yo creía que mis años de cátedra, mis estudios, mi nombradía y ese hábito de superioridad que adquiere el profesor en medio de sus discípulos me hacían digno de algún respeto. Y he aquí que un mocoso se atreve a amenazarme con los puños, se insolenta conmigo y me echa en rostro mi gordura, como si en ella hubiesen tenido más parte las imtemperancias de la gula que la vida sedentaria a que me he visto condenado por razón de mis sagradas ocupaciones. ¡Magnífico! Y yo, un doctor, un filósofo, saludado por los aplausos de veinte academias, ¿había de salir de mis casillas, irritado por insolencias que no merecen más que desprecio y, dejando la razón a un lado y olvidando mi dignidad, había de rebajarme hasta el extremo de batirme a puñetazo limpio con un triste lenguaraz, a quien concedo hartos honor si le doy mi mano a besar? ¡Vaya una escena ridícula!

Le dejé pronunciar ese discurso a duras penas, porque no podía contenerme. A cada una de sus palabras, la sangre levantaba nuevos hervores en mi corazón. En mi cabeza había una tensión de caldera... Comprendí que no era dueño de mí mismo y que no había remedio, que acabaría por tirarme como una fiera sobre aquel hombre.

—Lo ridículo —exclamé tomando pie de su última palabra—, lo ridículo es esa fanfarronería con que se rinde usted incienso a sí mismo y se coloca tan alto, tan alto que le parecen pigmeos todos los demás. ¿Y quién es usted, al fin y al cabo? ¿Quién es ese hombre tan afamado, tan aplaudido por las academias? Una pompa de jabón que brillara un momento para no dejar ningún rastro, ningún recuerdo de su existencia; es el grajo de la fábula, que causa admiración porque luce las plumas de otras aves verdaderamente hermosas, pero que no le pertenecían... No le pertenecían, porque él es pelado como una calabaza. Esta es la verdad, sí señor. Usted es un don nadie. Si dentro de cincuenta años alguien hace mención de su nombre, ese alguien será algún erudito tan estúpido como usted. ¡Y he aquí el doctor, he aquí el sabio, he aquí el oráculo de las academias, el pasmo de la universidad...! Un imbécil que ha gastado su vida en trasladar dentro de su cerebro lo que ya estaba almacenado en los libros... Sí, un imbécil, lo repito, más imbécil y más estúpido que el más zafio destripaterrones, porque es usted más sabio que los demás y, sin embargo, la ciencia en usted no habrá sido de más provecho que en otros la ignorancia. He aquí, señor sabio de cuatro días, he aquí, señor Dios de las aulas, he aquí en cuatro palabras el resumen de sus merecimientos, de que tanto se enorgullece. Y esa toga de doctor, pobre garambaina, que tanto respeto infunde a los tontos, he aquí el respeto que me inspira... La escupo y la pisoteo... ¡La escupo, sí, señor!

Acabadas de pronunciar esas palabras, me sentí más desahogado. La tensión de mi cabeza había cesado y experimentaba una sensación de placer. Pero al doctor le había sucedido sin duda todo lo contrario, porque su rostro, de ordinario rojo como la sangre, se había puesto extremadamente pálido. Levantose, dio una vuelta por la estancia taconeando recio y resoplando más recio todavía y, encarándose luego conmigo:

—No hay remedio —dijo—. Esos insultos, esos dicerios, ni un reo de la horca los dejaría impunes. ¡Insensato! A puñetazos he de aplastarle los huesos como granizo.

La voz retumbaba como un trueno por las concavidades de la sala. Su talla parecía más corpulenta. El mechón de ásperos pelos que tenía en medio de la calva se agitaba de una manera extraña. Y sus ojos vidriosos y su faz pálida y convulsa le daban un aspecto terrible. De repente dio un paso atrás.

—¡Usted me ha insultado! —exclamó agarrándome por la solapa de la americana y sacudiéndome violentamente—. ¡Usted me ha insultado!

—¡Usted me ha insultado a mí! —repliqué con tembloroso acento.

—¡Imbécil, yo imbécil! —repitió—. Hasta el esclavo araña al cabo de vara si este le llama imbécil... ¿Y yo lo sufriría de un mocoso que todo entero no abulta que una sola de mis piernas? Pero oiga usted cuatro palabras mientras puedo resistir la comezón de mis puños. ¿Con que mi ciencia es tan inútil para la humanidad que en veinte años de prodigarla de una en otra cátedra no ha aprovechado a nadie y con que, insensato, los escolares que han acudido a mis lecturas han sido todos tan cerrados de mollera como usted que, al fin de sus cursos, en vez de dar las gracias a su profesor, haya habido de abrumarle con su desprecio y decir como usted: «pisoteamos su toga, porque

es una baratija buena solo para engañar a los tontos, y despreciamos su saber, porque no nos ha sido de provecho alguno»? Responda usted, señor de las teorías espeluznantes, indecente; responda usted, ira de Dios.

Y levantó el puño. Para evitar el golpe, me abalancé a un lado con presteza y enseguida pegué un fuerte tirón y logré desprenderme de mi irritado maestro, aunque no sin dejar en su mano la solapa por donde me agarraba. Entonces corrió al pupitre, cogió el tintero y arrojomele con toda la fuerza de su alma y poder de su brazo. Por fortuna, no me acertó. Estrellose el tintero en la pared con tal violencia que muchos de sus pedazos quedaron clavados en ella. Tras el tintero, tirome la salvadera; tras la salvadera, el pisapapeles y, tras el pisapapeles, una botella de cerveza, sin que, gracias a mis evoluciones, me acertase con ninguno de aquellos objetos. Buscó todavía sobre el pupitre algún otro objeto que arrojarme también y, como no encontrase más que papeles, tan ciego estaba que me tiró uno de ellos, que cayó revoloteando apenas desprendido de su mano. Jadeante entonces y con fatigoso silabeo:

—¡Fuera de aquí! —exclamó—. Salga usted al momento, desvergonzado. Salga usted. ¡Insultarme a mí! ¡Váyase al momento si no quiere que haga una atrocidad!

Me había parapetado detrás de los bancos.

—Estoy pronto a marcharme —contesté desde mi barricada—. Pero ¿adónde? Haga usted que me abran la puerta de la universidad y yo le fío que le libraré por mucho tiempo de mi presencia que tanto le molesta.

—Salga usted y compóngaselas como guste —repliqué—. No he de gastar miramientos para con un insolente como usted.

—¡Qué bien parlado está eso! —exclamé con amarga ironía—. ¡Qué sacrilegio este de cantar las verdades del barquero a un personaje de borla y birrete! Nadie se atreva a tocarle un

pelo de la ropa, porque su persona es sagrada y su enojo os costaría caro. En cambio, él os insultará, os baldonará y os achacará defectos y vicios aborrecibles, todo esto con tono magistral y solemne calma. Apresuraos, apresuraos a darle las gracias; quitaos el sombrero entonces, inclinaos con humildad y pedidle la venerable mano para estampar en ella el ósculo, que ha de significar el profundo respeto que os inspira.

Estas últimas palabras las dije ya con la voz cascada por el llanto. Los sollozos interrumpieron mi discurso, pero enseguida lo reanudé diciendo:

—¡Bendita sea la justicia de esos hombres probos; esos vicios que usted me supone con horrible malicia, señor doctor, el Juez Supremo sabrá descubrirlos donde estén. Entonces yo acusaré al calumniador. Téngalo usted presente.

—Adiós —exclamó el profesor—; ahora el tiempo se va entrando en agua... ¡Ahí va el

lagrimeo! ¡Mas tanto quién se enfada con esos mocosos pedantes! —gruñó todavía algunas palabras más que no entendí y luego sentose y se frotó con un pañuelo las anchas mejillas, la papada y la calva, que estaban bañadas en sudor. Yo me senté a mi vez.

Plan

El doctor Hernández me propone formar parte de la comisión científica. Las razones. Mis dudas. Aceptación. Entrada de Cetina y los demás oficiales. Disputa acerca de las intenciones de los habitantes de Júpiter. Imposibilidad de su aclimatación en nuestro globo. Idea de sus máquinas de locomoción. Llamada. Subida al carro. Las provisiones del bedel. Aspecto de la ciudad. Salida.

AQUILINO RIBEIRO

LA REVOLUCIÓN

La familia Contim y la familia Zorn vivían frente a frente en la misma huerta. Los Contim eran morenos y de estatura delicada, y latía en ellos el ardor y el espíritu imaginativo de la sangre hispanoárabe; los Zorn eran membrudos y rubios, y poseían toda la resistencia y el genio emprendedor de las razas germánicas. Habiéndose enlazado los hijos, era una generación saludable y esbelta la que florecía.

Los Contim eran labradores y los Zorn, tejedores. Una vida intensa animaba la huerta; entre el morder de los arados en la tierra y el estremecimiento gangoso de los peines del telar, el enjambre de los hijos chillaba. Eran mariposas revoloteando descuidadas a las orillas del gran dolor.

Las dos familias vivían satisfechas y favorecidas. Habían transcurrido cincuenta años desde el gran cataclismo que había deshecho el viejo continente y el instinto de la acción los había revivificado. Ya no eran sombras alucinadas, arrojadas a la cima de una

montaña por el mar; la cima de la montaña, afecta a la vida, era ahora una isla verde que los navíos y los aviones visitaban en sus rondas, y ellos se habían sacudido el desánimo y la náusea de su condición humana, tan frágil y mezquina.

Ya volvían a recorrer, sin terror, el océano que había engullido mil ciudades orgullosas y cuyas olas aún aparecían envolviendo despojos ilustres, mantos de reinas y banderas de naciones.

De la tierra europea tan solo emergían las cumbres de las montañas y las altas mesetas, pero en cada una de ellas había crecido la vida, crispándose encarnizada y misteriosa, como un herpes feroz. Y eran, en la superficie de las aguas, canteros opulentos de la voluntad humana.

Proseguía el capítulo sin fin de la vida, recobrada del desaliento. Aquellos y otros pueblos habían reanudado relaciones por encima de los miles de leguas de distancia. Y el planeta y las razas continuaban rodando monótonamente.

Si bien el cataclismo había dejado a los hombres en posesión de todo el patrimonio de la humanidad, había sacudido las conciencias hasta sus fundamentos. Habían renunciado de forma imperceptible a mantener en pie el edificio social de los tiempos. La fatalidad universal los había hecho sentir su garra implacable, y la noción de aquella y de lo transitorio se les había grabado profundamente en el alma. Y, desnudas en sus formas vacías por abstractas, pasaron a conducirlos y enseñarlos.

Les enseñaron que eran bastante más iguales de lo que parecían, que las diferencias entre ellos eran polvo inútil frente al gran enigma del principio y del fin, y que era una ilusión cruel fundar la ley del progreso en las líneas divisorias entre los hombres. La fuerza misteriosa determinaba ella sola la lucha, la constancia y la aspiración, siempre perseguida y siempre renovada.

El dolor los había nivelado; barridos hacia las crestas de los peñascos, habían manejado facultades diversas y, tallando y perfeccionando la existencia, se la habían repartido por igual. Distribuida de otra forma no sería más amplia ni más afortunada para ninguno, porque habían observado que el exceso no es la abundancia, ni el mal de unos la felicidad de otros. Dentro de lo existente no quedaba campo abierto al deseo ni lagunas en la felicidad. Si es voluptuosa la riqueza que se percibe, no es riqueza lo superfluo que se atesora.

Hermanados, con todo, en la condición, corrían detrás «de lo mejor» como los magos detrás de la estrella, y la experiencia les había enseñado que el progreso no es tanto una fuerza de la voluntad como una fuerza del instinto y que sus tendencias no procedían de ser «desigual», sino de ser «racional», de la forma superior, incluso, de la vida.

Una renovación moral había resultado de la catástrofe, como antaño surgía a veces de las

guerras el rejuvenecimiento de un pueblo. Eran otro ciclo y otro credo. En todos los puntos no engullidos por el mar se había producido la misma simplificación. Y en los continentes, a través de las naciones, la idea arrasaba tronos y repúblicas.

Las dos familias trabajaban infatigablemente sin sentir cansancio y, sin policía ni ángel de la guarda, la serenidad los acompañaba. Zorn, que era un viejo sabio, había aludido a la redacción de un código para el gobierno de las generaciones, pero los años habían sucedido a los días y él seguía sin poner la primera piedra de aquel edificio proyectado de saber. Y cuando su espíritu volvía a aquel, pensaba: «la mejor ley es la ley de la vida; nuestra conciencia ya se ha elevado mucho como para necesitar coerción; el hombre es señor de sí mismo».

Y, creyente en la integración armoniosa de las dos fuerzas de la acción y la conciencia, dejaba expandirse la vida, latir libremente la pasión. Y sus hijos no eran unos degenerados, ni sentían aversión por el esfuerzo. Espontáneamente, cuando sus músculos comenzaban a robustecerse, buscaban el trabajo, curiosos, ardientes, guiados por el instinto de la belleza, la salud y el hechizo que había en las facultades humanas en llamas. Y lo hacían tan voluntariamente como los golondrinos buscan los insectos en su primer revoloteo por los aires.

Zorn veía satisfecho corroborarse que la lucha es una de las condiciones intrínsecas del ser y que la perfectibilidad es un atributo necesario de la razón. Y que estas fuerzas, independientes de todo lo circunstancial, envuelven el problema entero del progreso.

Los hijos se educaban, se instruían, se repartían por carreras varias, sin que ello fuera en detrimento del pie de igualdad en que se fundaba la huerta. Y sin jurisprudencias, los hermanos eran fraternales y los hombres ya no eran lobos unos para con otros. Se habían lavado en la gran noche y en el gran mar que había sumergido el continente, y sus cuerpos eran tan puros como sus almas.

Entonces ocurrió que, uno de aquellos días, la vieja madre Contim encontró a Rosa, la nieta, enlazada en un abrazo creador con José, el hijo más joven de Zorn. Pasito a pasito se apartó para no perturbar su felicidad y desde allí fue a contar que Rosa era mujer porque había amado. Por la noche, el padre la interrogó y ella contó sin rebozo cómo había pasado la gran iniciación a la vida. Y se mostraba contenta, exuberante en detalles de dolor y voluptuosidad, de aquel paso que tanto había oído celebrar a las otras mujeres.

Contim convocó a la familia Zorn y, reunidos todos, brindaron a la pubertad que se acababa de declarar en sus dos hijos. Rosa y José se besaban festejados por la cordial república. Y antes de separarse, Zorn, sabio y dulce, habló al tierno rebaño. Silencio; solo se oía de tiempo en tiempo, cuando su voz aludía a la ceguera de los hombres o a una ternura vejada, un beso que titilaba entre los amantes, de horror por el pasado, confirmando el presente.

—Hijos míos, en tiempos no lejanos, en verdad no era el mundo algo placentero. Sin duda, había entonces horas buenas, los besos, triunfos o revelaciones de belleza, pero estaban tan cercadas de abismo y de angustias que el espíritu, para alcanzarlas, invertía un esfuerzo tal que a su lado aparecían como fútiles y

mezquinas, y de ahí que las llamaran ilusiones y se transformara en desdén el ardor vivido para conquistarlas. El lado malo de la vida era el más amplio, aquel en que se tropezaba si el ojo no estaba atento. Pasar por la vida exigía tanto tino como atravesar un bosque donde duermen leones. Un descuido, una imprudencia, los párpados de una fiera que se abren a nuestro pesar, y se acaba inmolado.

»El orden social era este bosque que los hombres atravesaban. Pasar entre las fieras sin ser arañado era la gran sabiduría.

»Si los hombres antes de venir a la luz tuvieran el presentimiento de su destino y la facultad de ser o no ser, la Tierra sería un lugar vacío e inerte. Pero, hallándose en vida, una serie de circunstancias los llevaba a tomar posición en los dos campos, en el de los que mandaban y en el de los mandados. Todas las ansias giraban en torno a esa dualidad. Las revueltas habían fracasado; el egoísmo era más fuerte que el sentimiento y que la razón. Tan solo quedaba de libre y de neutral la risa. La risa, sí, arrojaba una sombra de felicidad en la tierra. Reír de sus semejantes era saludable y casi se toleraba en un mundo de intolerancias.

»Simplemente se corría el riesgo de reventar a carcajadas. Verlos por fuera, envainados en sus trajes macabros, como puñales, era lo grotesco; sorprenderlos en la tela compleja del pensamiento, como arañas, era como para escupirles encima.

»Reír era, pues, la única función apreciable de los espíritus electos; mandar, el estado recomendable para todos los cerebros inteligentes. Mi padre era un audaz industrial que explotaba una fábrica de cañones en Essen y grandes telares en Brandemburgo. Éramos diez hermanos y, gracias a la providencia paterna, estábamos destinados a mandar. Nuestra enseñanza fue diferente de la de nuestro Contim —añadió Zorn, sonriendo.

Contim, moviendo la cabeza, confirmó esas palabras:

—Es verdad; mi padre era arrendatario de un lord que había comprado media provincia de Portugal. Éramos seis chicos y dos chicas, y desde pequeños regamos la tierra de un sudor ingrato.

—Pues nosotros mandábamos, inundando la tierra con nuestros metales y nuestros tejidos. Teníamos a sueldo a un ejército de hombres o, mejor dicho, teníamos en nuestras manos un puñado de destinos. Conocimos el poder del oro; sentimos la alegría bárbara de dominar y de oprimir; la furia de las huelgas nos sobresaltaba el sueño con el incendio de nuestros palacios; a nuestra vez, para mantener altos los precios, rimeros de superproducción ardieron, de acuerdo con los *trusts*, en la explanada de nuestras fábricas. Había harapientos en el mundo, sí, pero ¿qué importaba si nosotros estábamos en la brecha, al asalto del oro, del dominio? Las huelgas, que aterrorizaban al espíritu inquieto de mi padre, eran siempre inconsecuentes. La tierra, debido a la hartura hasta la obscenidad de algunos, pululaba de hambrientos que solo pedían que los esclavizaran. Así eran diezmados los revoltosos como las espigas más altas que las aves no dejan amarillear.

»¿Deciros qué era el mundo? Mezclad en un almirez la envidia, el odio, el hambre, el amor, la fuerza, el oro, la mentira, la sangre, la voluptuosidad. Agitad, triturad, confundid átomo con átomo. Miradlo todo: eso es el mundo; retirad una arenilla: eso es un alma. Era el caos, y fragmentos de ese caos tenían la mentirosa apariencia de armonías. La política era la sirena que entretenía las revueltas; las religiones, el narcótico que adormecía las castas.

»La conciencia no entreveía a distancia de dos palmos; cada lance era una tela inextricable donde se perdía el entendimiento y zozobraba

el raciocinio. Tardaron miles de años los hombres en condensar la atmósfera en que se movían; era tan sutil que no le distinguían la urdimbre y tan sorda que no le sentían los desgarros que los dilaceraban. Era perfecta; el juicio humano había seguido esa dirección y marchaba, marchaba por ella, cada vez más ciego y convencido. ¿Quién desengañaría a los hombres?

»Había cosas buenas en la tierra; había el sol que nace, el amor que florece en un alma, un beso que canta en dos bocas. Pero ¡qué sombras, qué traiciones en torno! Una de mis hermanas amaba, amaba con amor puro a un joven fuerte y sano como ella. Él era pobre, no había sabido conquistar un lugar entre los que mandan y la razón de la familia la desvió de su risueño querer. Se casó con un armador que tenía cien leviantes en el mar y la vejez en la sangre. Yo la veía en su palacio como una flor reseca, cortada del rosal. El amor era eso, una cosa quebradiza, insignificante ante el concurso de intereses. La pasión era un artículo de comercio como las salchichas de Fráncfort.

»Los dos mundos, señores y siervos, se mantenían en filas cerradas, pero su cohesión no era mayor que la de los arenales. Si los cortaba un ser transido, rechinaban y se apartaban como la arena bajo los pasos. El mundo de los señores, con sus convenciones, era más loco y picaresco, y el mundo de los siervos, con su bestialidad, más cómico y lastimoso. La vanidad de aquellos y la ignorancia de estos los llevaba a hacer cabriolas y a flujos y reflujos que inducirían a piedad a los dioses si los dioses se preocuparan de los hombres. Los patriarcas, esos terrícolas pacíficos y sabios de las primeras edades, los habrían metido en jaulas como fieras o energúmenos. ¡Ah, el género humano merecía, como mucho, una buena carcajada! Y los hombres celebraban el orden, lo decantaban, lo descomponían en fórmulas,

igual que sus problemas científicos. A pesar de la guerra, el hambre, la violencia, la mentira y el retorcimiento del instinto y de los sentimientos, ¡invocaban la armonía preestablecida y daban gracias a las divinidades por tan bello desorden! La verdad, esta verdad sencilla que es el secreto de nuestra serenidad y no el problema que se plantea a nuestra melancolía, no se hacía camino. Se había perdido del mundo el día en que el primer hombre hubo propinado dos garrotazos a su hermano. Los hombres buscaban la verdad en lo complejo cuando aquella residía en la simplicidad; pretendían cazarla con lentes cuando bastaría buscarla con las pupilas de los ojos. La ciencia crecía, ampliaba los horizontes; el progreso era el progreso. En el ámbito moral se andaba hacia atrás, cada vez más lejos, cada vez hacia mayores tinieblas.

»Los hombres eran así entre ellos, sin posibilidad de comprenderse ni de congraciarse. El orden vivía de esa repulsión profunda entre los dos polos, como los celos viven del amor. Ni revueltas, ni la ciencia, ni los filósofos habían encontrado el remedio a la crisis de las desavenencias. El mal era invulnerable como la voluntad de Dios.

»La filantropía, la asistencia pública y las instituciones de *beneficencia* eran la panacea con que los seres piadosos y opulentos intentaban curar las llagas sociales como antaño los curanderos lo hacían con las llagas físicas. Lo común era el resultado, porque la *cosa en sí misma*, si para estos era un oficio sincero, para aquellos era sobre todo una distracción placentera. Donde no hubiera especulación, había de hallarse la utopía y siempre el daño para la sociedad.

»Y súbitamente se trastornó la faz de la tierra y de las almas; el mar sumergió la parte más soberbia del planeta; la angustia puso en su lugar al orgullo; se presentó al hombre una preocupación más alta y más constante que

guerrear con sus semejantes: escapar al carácter efímero de la materia. Por primera vez, el género humano conoció su sombra; esta no competía con el reflejo de un reflejo.

»El dolor nos hermanó; la impotencia abatió la vanidad del *yo* autónomo; labrados por la angustia y el sentimiento de la fragilidad, tal vez dormite en el fondo de nuestra duda la esperanza del milagro, el milagro del espíritu, el superhombre.

Y con estas palabras se dispersó la gran colmena y José y Rosa fueron a acostarse al lecho que las dulces madres les habían preparado.

Por la mañana temprano, unos se desparramaron por los campos y los locomóviles y los arados rodaron diligentemente por la huerta; otros fueron a concertar los telares, y otros más montaron en los dóciles hidroaviones, encendieron las calderas de los veloces vapores y se precipitaron mar adentro a proseguir en los abismos las exploraciones que cada día les devolvían el glorioso patrimonio de las civilizaciones.

Habían vaciado pacientemente algunos palacios de sus preciados tesoros. Una catedral entera había sido arrancada a las aguas, piedra a piedra, gárgola a gárgola, y ahora se elevaba excelsa en las montañas, cantando a la inmensidad no el terror, sino la audacia de los hombres. Bibliotecas, laboratorios completos se habían salvado, maquinarias obedientes e intrincadas como corazón de mujer. Mármoles divinos, bronce anónimo, delicadas labores de la paciencia y el buen gusto revivían extraídas del túmulo gigante. La Belleza resucitaba, venciendo la conjura de los elementos.

Aquel día iban la escuadrilla aérea y la naval a buscar las ruinas de una de las ciudades más

opulentas de todos los tiempos. El mar seguía vomitando restos, cimborrios de palacios, cofres antiguos, vagones lujosos en que los huesos se entrechocaban como bolas de lotería. Los hombres exploraban la gran metrópolis sumergida hacía muchos años, recuperando obstinadamente sus tesoros de arte y ciencia. Y era todo un ejército el que iba a despertarla, entumecida en el fondo del océano.

Los hidroaviones revolotearon, giraron, recorriendo con la mirada las profundidades. Y tan pronto como se fijaron en el viejo palacio encantado a la orilla de muelles relucientes, suspendieron su vuelo sobre las olas. Llegaron los barcos y una brigada de hombres se equipó para descender al abismo. Calzaron zapatillas de plomo, se embutieron en cascos monstruosos y desaparecieron en el agua. Tremolaron máquinas potentes y diestras, enviándoles aire; miradas anhelantes leían el indicador eléctrico que reflejaba los pasos, los desmayos, las señales, las aspiraciones de los buzos.

Durante un cuarto de hora fue la marcha determinada y segura. Después empezó la aguja sensible a marcar curvas, paradas, sobresaltos, indecisiones de la voluntad, escalofríos nerviosos. La pupila de los maquinistas ardía como velas. Los buzos siguieron avanzando penosamente, tropezando, arrastrándose. Pasada media hora, sonó la alarma, una alarma frenética que clamaba todas las pulsaciones de la angustia.

Se izaron los buzos; solo dos surgieron a flor de agua. Y, con las mandíbulas batiéndoles como matracas, contaron que el viejo palacio de los reyes y las civilizaciones era el cubil de una fauna monstruosa que había segado de un solo golpe a los compañeros.

Mientras tanto, una flota de aviones volaba hacia ellos, paralizados por el dolor y el asombro. Y se organizó un segundo piquete, más fuerte, armado de carabinas y alfanjes y

con lámparas de rayos más potentes, para bajar al mar, disputar a los monstruos las migajas de belleza escapadas de las manos de los hombres. José, al aprestarse, juró por su amada que no volvería sin el fragmento más divino del soberbio palacio.

Hicieron pie en el jardín fastuoso en el que las estatuas derribadas y partidas contaban la historia de la derrota de las vanidades humanas. Los sátiros, las ninfas y los gladiadores, toda la plebe dulcísima de los poetas, habían sido arrojados a las lamas y, en su frialdad blanca, eran ironías aceradas contra la creación.

Algunos cráneos rodaron a los pies de los hombres; junto a dos de ellos había una espada y un par de zuecos de Auvernia. ¿Cuál sería la del brillante oficial y cuáles los del humilde auvernés?

El arco de triunfo del Carrusel descansaba sobre el flanco, roto como una frágil caja de cartón. Los soldados imperiales y la arrogante cuadriga de bronce yacían por tierra, mutilados, deshechos, y parecía que mil cuervos se hubieran cebado en ellos al cabo de una batalla. Y en torno a las róseas columnas se enroscaban moluscos repugnantes.

La brigada de buzos siguió adelante, rodeando un alto plinto monumental cuyos símbolos habían volado como hojas de árbol. Y enfrente, en la penumbra, surgieron las dos alas en tenaza del palacio, soltando el clamor afligido de un hermoso y gran animal moribundo.

Sobre las losas se extendía todo el lúgubre polvo de la muerte; tibias, calaveras de hombres y caballos, guiñapos desfigurados de estatuas, trozos de cornisa. En una plaza se elevaban todavía troncos de árbol, lívidos e inmóviles como espectros de cinc. Y sobre las grandes ramas se embotaban las medusas y las arañas de mar trazaban ligeros requiebros. Un enorme autobús estaba allí al pie, casi intacto, y al

volante se veían aún unas falanges descarnadas que se crispaban.

El pabellón Denon estaba medio derruido. Una barricada de restos impedía el acceso al vestíbulo y al filo de las paredes dismanteladas remolineaban peces de mil fantasías, descargando en la penumbra sus fuegos eléctricos en una aglomeración de feria.

En el pabellón Daru, la Sala de los Prisioneros Bárbaros y el Patio de la Esfinge no eran más que un montón de escombros, en los que florecían campos de coral. Tan solo emergía la cabeza de Minerva como una aparición apaciguadora.

Los buzos treparon por aquella colina inspirada, dejando en los corales el rastro profundo de pasos sobre la nieve. Y a la entrada del Corredor de Pan divisaron toda una batería de ojos vidriados y chatos como jofainas moriscas, dirigidos contra ellos. Allí era donde habían caído los compañeros bajo el latigazo tremendo de los cefalópodos. Los monstruos allí estaban en su cubil augusto, tras su banquete de carne humana.

Fríos, callando su pesadumbre, los hombres retrocedieron y bajaron de nuevo al atrio, en busca de una escalada más propicia. Pisaron otra vez las cenizas dispersas de los estilos reales. El barro y troncos de árboles podridos obstruían los amplios portillos; el ala derecha del palacio mostraba una herida sangrienta y, en los frisos, estatuas de hombres ilustres se mantenían en un equilibrio caprichoso, desafiando el vértigo.

Al ver nuevamente cortado el paso, en mudo conciliábulo decidieron intentar entrar por el vestíbulo Denon. A gatas, trepando a hombros unos de otros, subieron la rampa de una altura de seis metros, entre bancos de peces que volaban. Escorpiones vinieron hacia ellos a la caza; los ahuyentaron a hachazos, tiñendo las aguas de sangre.

Bajaron por la pendiente, una áspera pendiente de cisterna y pusieron pie en el vestuario. El suelo estaba revestido de huesos humanos. El pánico había reunido allá a la gente en torrentada y sus esqueletos dibujaban en el desorden y el amontonamiento el paroxismo de la fuga. Las calaveras se besaban, se mordían. Había tibias clavadas como lanzas en los tórax. Un casco de coracero todavía entablillaba los cuatro huesos de un cráneo. La muerte mostraba sus infinitos rictus hediondos.

Se adentraron resueltamente por la galería. Ni un rumor, ni una sombra de vida. La tumultuaria vida del mar se suspendía en los umbrales de aquella nave, en que los hombres habían reconstituido todo el sol del paganismo. Era el templo del silencio, vedado, prohibido ¿por quién? Las bóvedas se conservaban firmes; tan solo habían saltado los pretiles de los tragaluces. Los héroes y los seres divinos de la antigüedad persistían erectos en los pedestales, pero no guardaban aquel rigor de formación, en medio de la cual pasaban los siglos contemplando. Venus, tritones y Martes estaban mezclados, como en asamblea. La Venus de Cnido conservaba toda la voluptuosidad de su silueta regia de seductora. La Venus de los Médicis parecía señalar en lo alto la escalinata de mármol.

Los buzos arrastraron las estatuas sobre el osario, que rechinó y se deshizo como granos de trigo bajo la muela. Y, hecha la señal a las escuadrillas, volvieron adentro a la inspirada cosecha. Y súbitamente divisaron en lo alto de la escalera, que les indicaba la mano de Apolo, la Victoria de Samotracia, criando alas en la augusta trirreme. Y todos a una se precipitaron hacia aquel símbolo que restablecería el prestigio de los hombres.

Sin embargo, aparecieron dos horrendos monstruos marinos a los lados, chorreando agua y vomitando una baba de fuego. Tenían

cabeza y crines de caballo y aletas anchas como alas de aeroplano. Y, al desenrollarse en anillos de un grosor de robles, los hombres no les veían la cola, que chorreaba entre los mármoles.

Ellos descargaron los fusiles y, al abrigo de Antínoo y los frisos de Delfos, los despacharon a golpes furiosos de alfanjes y hachas. El agua se coloreó y la cola batiente de las serpientes, heridas, derribaba arcadas y pulverizaba mármoles.

Murieron hombres, pero los hombres vencieron. Y la isla verde de los Contim y los

Zorn poseyó la Victoria Alada, la Victoria que había cantado el triunfo del genio griego y que cantarí ahora la continuidad gloriosa del esfuerzo humano.

Lloraban la tierna Rosa, que había perdido a José, y las mujeres que habían perdido a sus amantes. Los demás elevaban un himno a las alturas. Zorn, misterioso, murmuró:

—¡Es la vida! ¡Es la vida!

París, 1910-1912

THEODOR CORNEL

EN LO PROFUNDO DE LOS TIEMPOS

I

Espejo desargentado, el sol del atardecer había empezado a difuminar sobre las aguas sus filos refulgentes, mudándolos imperceptiblemente en luces doradas. El lago se confundía encantadoramente con el cielo y su superficie no eran sino rizos ligeros y huidizos. En su orilla indolente, dos hombres, vigías de la contemplación, ya hacía un rato que no se hablaban, pareciendo más bien profundamente deseosos de silencio y olvido, como si quisieran disfrutar con más fuerza del hechizo del cercano anochecer. Flores de extraña variedad perfumaban los alrededores. Los ojos de aquellos hombres brillaban sosegadamente al recorrer con la mirada las ondulaciones de las

suaves olas que, al sucederse, se alejaban rítmicas y cada vez menos numerosas por la entera superficie refulgente. De vez en cuando, algún movimiento suyo cristalizaba una reflexión no dicha, al tiempo que les revoloteaban por las luces imágenes de maravillosos perfiles. El paisaje estaba agradablemente conformado, un paisaje que no turbaba ni un solo ruido. Arrellanados en la pendiente de la orilla, aquellos hombres, parecían haberse convertido en estatuas. Transcurrido un buen rato, uno de ellos rompió el silencio con voz pausada:

—Querido Valca, sobre los lugares que pisamos se alzó una ciudad grande y magnífica, una ciudad de la mayor antigüedad; una vida fructífera discurría armoniosamente en ella y este lago no existía entonces, porque sus olas

llevan rompiéndose tan solo doscientos mil años y cubren las maravillas humanas existentes mucho antes de su aparición...

Mientras hablaba así, Pen-Viss apartó la mirada de las aguas y la fijó en el áureo horizonte temprano, antes de proseguir:

—Desde hace cinco siglos se suceden las investigaciones dirigidas a encontrar los vestigios de esa ciudad y apenas aparece algún resto suelto y mudo. Sin embargo, en las profundidades de la tierra perdura la imagen de ese mundo... Más que nunca tendríamos que intentar atar los hilos del Pasado.

Valca, tras un pequeño meneo que dibujó nuevos pliegues en el movimiento de su cuerpo, rompió a hablar en tono afligido:

—¿Por qué remueves en mí la pasión de la investigación? Sabes cuán tormentosamente late en mi alma tu mismo anhelo... Pero ¿de dónde nos viene la capacidad de descubrir? Maestro, ¿por qué flameas otra vez por la luz de la mente el hechizo pasado...?

—Querido mío, en la marcha gigantesca de la Humanidad, el paso amado por mí, el paso dado por los europeos esplende y de ese esplendor tan solo nos hablan las leyendas... ¿Dónde está su rastro palpable, claro e inteligible, dónde su huella imperecedera...?

—Maestro, las leyendas bastan a tus seguidores —respondió Valca.

Él cerró un poquito los ojos, como si quisiera recordar un cuadro excepcional del que le hubiese hablado un buen orador. Luego se recostó sobre la hierba casi rala, pero perfumada, y, alejando el recuerdo, se puso a mirar de nuevo el margen serpenteante del agua, que se mellaba ondulante a sus pies. Habiéndose ensimismado en la contemplación de esta caricia de las olas en la ribera, sin pensar ya en nada, su mirada se detuvo inquisitiva en un objeto al borde del agua, que lo cubriría por instantes, mojándolo. Valca se le quedó

mirando muy atento, sorprendido, mientras intentaba explicarse su actitud.

—Maestro Pen-Viss, las escamas de los peces no eran de plata, pero brillaban.

—Todos los brillos eran hermosos, querido Valca, bajo la luz viva del sol de entonces...

Valca se acercó al pequeño resplandor húmedo, que lo atraía secretamente, lo sacó de la arcilla y lo limpió. Era una bola del tamaño de un puño, con incrustaciones por un lado y un cristal ahumado por el otro.

—Algún compuesto extraño de los elementos de la naturaleza —dijo Pen-Viss mientras miraba atentamente el objeto.

Valca intentó desprender con la uña la petrificación, pero no lo consiguió; luego lavó la parte ahumada, que ocultaba la verdadera naturaleza del mineral, pero también en vano.

—Te fatigas en balde, Valca; este proceso de mineralización parece muy antiguo... Hoy, la Naturaleza rara vez nos encanta con esos compuestos; en la agonía de la tierra, los elementos tienden a recobrar su equilibrio, y equilibrio significa extravío y esterilidad. Ya sabes, querido Valca, que la petrificación se produce de forma poco compacta en nuestros tiempos y basta con que se roce con la mano para desbaratar el sentido de la cristalización. Se me está ocurriendo que nos encontramos ante un objeto de suma antigüedad. Tal vez la mineralización de algún animalillo... Tal vez se trate incluso de algo hecho por la mano del hombre... Llévatelo e intenta averiguarlo... Si es obra humana, adivinaremos el significado perdido de esa obra; en cambio, si se trata de algún animalillo petrificado, tráemelo. Se han extinguido muchas especies de las que no tenemos ni una única muestra.

»Nuestra amargura es inmensa, querido Valca, ya sabes... Hace cuatro mil siglos, en la época de los europeos, la humanidad había clasificado científicamente la entera desarmonía

de todo lo viviente, de todo lo que andaba, se arrastraba, volaba... Seres animales y seres vegetales... Pero llegó la *Languidez*, enfermedad decenas de veces milenaria, y el hombre lo olvidó todo y cientos de siglos permanecieron ociosos, durante los cuales se perdieron las huellas de la civilización europea. Y de la ciencia grandiosa de aquellos maravillosos antepasados no nos queda ya nada, nada... Es la devastación terrible del derrumbe de los siglos. Valca, qué desgracia, cuánto dolor sobre nosotros...

Sus palabras eran el retrato vivo del llanto de un alma embargada de tristeza.

—Tienes razón, querido Maestro; la humanidad de la época de la *Languidez* apenas si pudo salvar la forma de su intelecto, pero olvidó el pasado de este. Y las épocas antiguas han desaparecido en verdad. Pero... ¿será esto de la época de los europeos?

Pin-Viss volvió a tomar el objeto y lo examinó atentamente.

—Puede ser. La cristalización es intensa e irregular. Algo así ya no es posible en la actualidad; los elementos materiales están saturados y el equilibrio se vuelve cada vez más estable; ha empezado la fase de la agonía de la tierra...

Así hablaban, generosa pero entristecidamente, aquellos dos amigos, el Maestro y el discípulo, y su conversación se prolongó hasta aparecer el demorado claro de luna, tras lo cual se dirigieron a sus domicilios, en la pequeña ciudad que brillaba anaranjada bajo la luz llameante de la puesta de sol. De sus corazones trabajados por deseos grandiosos brotó una vez más la ambición del descubrimiento del Pasado y ahora, más hondamente que la otra vez, la imagen desaparecida de nuestra época los atraía, acongojándolos, y los espoleaba, dándoles ánimos.

II

Ya esa misma noche, Valca se puso a investigar el hallazgo. Se afanó hasta la madrugada y por fin, al amanecer, pudo arrancar a su corteza mineral un hermoso cristal, transparente por la parte limpiada, a través del cual se veía, colocada en su centro, una hojita de papel, diminuta y simétrica, con señales tupidas de una extraña escritura. Pan-Viss tenía razón: era obra humana. Se le presentaba un tesoro misterioso y atrayente como un ser de leyenda, que lo hacía temblar de emoción irrefrenable.

Como el cristal era sólido, no se le ocurrió romperlo para liberar de su prisión transparente el precioso documento, porque aquel mismo cristal, al proceder de épocas tan antiguas, también era un documento. No obstante, por el modo en que estaba encerrada la hojita, Valca se convenció de que no había sido la casualidad, sino una inteligencia y una voluntad humanas las que habían colocado intencionadamente aquel documento en el cristal. ¿Y acaso no lo habían hecho para eterna custodia de aquella escritura?

Se afanó Valca con diligencia y destreza, y consiguió separar en dos, siguiendo la huella de su pegadura, la caja transparente; la hojita cayó sobre la mesa y era un cartoncito con la forma de una tarjeta de visita. Por un lado, blanco; por el otro aparecía lo escrito. ¡Oh, pero qué escritura tan extraña!

Valca ya no quitó los ojos de ese descubrimiento sin par, pensando inútilmente en el sentido que habría podido tener semejante hallazgo, pero, al no entender el valor de los signos y no comprender con qué objeto había trazado una mano humana esa escritura pareja, fluida y atractiva, y al ignorar a qué época remontaba aquella anotación, que permanecía cerrada a la mente como una tumba a la mirada,

fue a acostarse, con la idea de consultar al diligente Pen-Viss.

Fuera, la noche empezaba a recoger los diamantes que aún se demoraban en brillar en el fulgor azulado.

III

Valca durmió como una liebre. Tras levantarse entre las caricias tibias de los rayos matutinos, cuando la vida renace blandamente, se dirigió derecho a casa de Pen-Viss, que no se encontraba allí. Nadie sabía a dónde se había marchado el secreto soñador. Tenía la costumbre de pasear de madrugada entre el verdor, acompañado de numerosos nuevos discípulos, y allí predicaba melosamente las vías del pasado.

Por el camino, Valca llamó a la puerta de un Maestro de lenguas muertas.

—¿Qué buen viento te trae por aquí, Valca, ilustre amigo mío, qué buen viento?

—Maestro, un extraño descubrimiento pone a prueba mi ignorancia y lo someto a tus luces. Por favor, aclárame estos signos.

—¿Quién se puede alabar de sus conocimientos?

Mientras decía esto, Zanghi cogió el papel y miró largo rato los signos que en aquel figuraban. Sus ojos se fruncieron y, como si no pudiera dominar su asombro, añadió lentamente:

—No entiendo, no entiendo nada...

De nada le sirvió toda su ciencia; la tristeza veló su rostro. Siguieron conversando largo tiempo y buscaron entre viejos escritos señales de aquella escritura, pero sin resultado, porque el núcleo de aquellos escritos no remontaba lejos en la línea del Pasado.

El feliz Valca se marchó, tras dejarle el documento hasta después de comer, y Zanghi se

puso a contemplar el escrito sin comprenderlo y, con todo, deseando con ardor, para su propia gloria, descifrar su secreto, verter a su habla uniforme el sentido encerrado en aquella escritura, describir en líneas claras el misterio allí fijado y que vibraba dulce, y tan incitante.

¿Qué lengua era aquella? ¿Qué pueblo la habló y escribió en el Pasado? ¿A qué época estaba ligada una expresión tal del pensamiento humano? Y luego, ¿qué significaban esos caracteres? ¿Con qué idea los había compuesto alguien y colocado en el cristal protector? ¿Quién era ese alguien?

Se puso a hurgar en sus conocimientos, interrogó su memoria y saber, que eran asaz vastos, consultó sus notas que concatenaban fechas y pueblos, hojeó otras investigaciones, se construyó una escala hacia el pasado revolviendo el millar de siglos que abarcaba la especialidad de su erudición y se detuvo al llegar al límite de sus conocimientos. Zanghi dominaba la evolución lingüística de su Era, llamada *Tercera*, pero no sabía nada preciso ni seguro más allá de los confines de ese inmenso período de tiempo, y su saber científico acababa allí, como un pájaro que cae exhausto por su largo e inútil camino.

IV

Hacia mediodía, el Maestro Zanghi fue a casa de Valca, acompañado de otro colega, el sabio Gondurt, famoso por sus traducciones epigráficas. Se enfrascaron, pues, los tres en la conversación, examinando cada uno detenidamente el origen del documento.

La forma de aquellos signos desacostumbrados y desconocidos en la esfera de sus conocimientos, el tipo de líquido con que se habían escrito y el cartoncito blancuzco en que estaban anotados los inquietaban lo

indecible. Este descubrimiento refutaba la teoría del Conocimiento Absoluto, según la cual el espíritu humano ya había expresado toda su esencia y esta esencia se había manifestado de forma perfecta a través de los miles de formas comprendidas en la enorme evolución de las tres grandes Eras. Zanghi no veía clara esa refutación, mientras que Gondurt la veía completa e inevitable. Como pertenecía a la escuela del Conocimiento Absoluto, igual que Zanghi y muchos otros, se entristeció: la duda penetró en su alma como un cuchillo y la idea de su ruina le daba vueltas en el cerebro, mareándolo. Sin embargo, se sumó a la conversación y, junto con Valca y su colega, observó que el escrito del cartoncito era el agregado, por grupos, de un conjunto de treinta y nueve signos, de los cuales algunos se repetían muchas veces, mientras que algún otro tan solo aparecía una vez. Así, el signo *e* aparecía en aquellas seis líneas veintidós veces, pero *f*, una sola; la combinación de esos treinta y un signos formaba treinta y nueve grupos, de tamaños diferentes: el grupo *en* tenía dos signos reunidos, mientras que el grupo *eternamente* contenía once y era el más largo. Tal expresión del pensamiento humano, a través de la grafía, les parecía tan extraña, tan insospechada que habrían creído más bien que se trataba de una broma que de un documento con valor verdaderamente lingüístico, pero las condiciones del hallazgo no les permitían dudar de las propiedades del objeto, y Gondurt añadió:

—Es erróneo creer que este escrito está en algún dialecto de la primera mitad de la *Era Segunda*. En aquel largo período, las lenguas tendieron a reducirse y se fijaron aparte en distintas regiones de la Tierra. Cincuenta mil años después, disminuyó su número, hasta quedar solo entre ocho y diez. A continuación, en la *Época de la Síntesis*, esto

es, hacia finales de la *Era Segunda*, tendieron cada vez más a extinguirse; las derivaciones intermedias, las subdivisiones inmersivas, la ramificación anterior, todo fue disminuyendo al ir transcurriendo los siglos, anunciándose así, aunque muchas ramificaciones todavía perduran, la unificación de la *Era Tercera*, pero esta se produjo mucho más tarde, hacia el año ocho o diez mil de dicha era, de la cual nos habla con tanto entendimiento la sabiduría de nuestro querido colega, el Maestro Zanghi. De modo que, conociendo con cuánta precisión ha coordinado la ciencia los elementos lingüísticos de la *Era Segunda*, no se puede sostener el argumento del olvido; no se ha olvidado nada y ni una sola línea menciona ese elemento extraordinario por su mutismo y extrañeza, que atormenta nuestra mente y despierta en nosotros el ansia del descubrimiento.

Zanghi hizo la pregunta siguiente:

—¿No serán acaso los signos de algún cabalista burlón? Y, de ser el caso, ¿para qué nos afanamos en balde?

—No, —respondió Gondurt—, eso son historias. Nuestro deber es descifrar el enigma. ¿Quién sabe de lo que nos podría servir un descubrimiento así?

Y como los sabios callaron, habló Valca:

—Ilustre Maestro, ¿acaso la calidad del cristal no es una prueba de la época exacta en que se formó? Y entonces, ¿no se podría determinar la época de este documento a partir de las propiedades de la sustancia mineral?

—Ese procedimiento —dijo Gondurt— es imposible; el único método fructífero y seguro es la concatenación lingüística. La naturaleza de las lenguas es cambiante; se transforman día a día, año tras año; de una lengua nacen otras, hasta el infinito, mediante mezcla y mediante refinación, de manera que, por esta escala vital, esencia primordial del hombre, se puede remontar hasta el oscuro origen de

la humanidad... En cambio, el mineral, una vez solidificado, mantiene hasta el infinito sus propiedades definitivas; aparte de ello, es un cuerpo extraño al hombre, no el resultado del ansia del cerebro humano como lo es la lengua, el ritmo del corazón, a través de la cual se refleja el maravilloso ser humano por entero. ¿Cuántos años tendrá este mineral...? Pero ¿qué digo? El mineral existía antes de la época en la que se sirvió de él el autor del documento. Todos los mineralogistas lo saben, igual que la mente humana. Además, ¿es este mineral una creación natural o artificial? ¿Puedes reconocer entonces que la antigüedad del cristal indica la época de este documento?

—No —respondió Valca—, pero se sabría si el documento procede de las *Grandes Eras* o de la humanidad de la *Era Oscura*.

—Tal investigación es errónea y acientífica —añadió Gondurt—. Nuestra ciencia no se ha agotado todavía y, como se trata de la fase humana más lejana, conviene que vayamos a consultar a nuestra ilustre Keep, a quien le cabe merecidamente el título de honra de la especialidad...

V

La llegada imprevista de Pen-Viss los detuvo, sin embargo. El Maestro se apresuró a admirar también él el objeto sobre el que Valca le había dejado recado. Tras observar detalladamente el documento, casi con emoción, y tras ponderar dudoso la naturaleza del mineral, dijo con voz afable y aterciopelada:

—La primera enseñanza que extraemos de este descubrimiento es la destrucción de la teoría del Conocimiento Absoluto.

Zanghi se estremeció como si lo picaran.

—Porque la mano que anotó estas líneas y el cerebro que las pensó vivieron en una época

distinta a aquella en que ha evolucionado enormemente nuestra humanidad. Y prueban que las manifestaciones del espíritu son ilimitadas... En verdad, se extingue la humanidad de un soplo y aparece otra nueva que no sabe de la de antes, con otra vida, otra manera de asociarse, otras leyes, diferentes formas de expresión, otros signos y otros significados... Esto significa la condena irrefutable de la escuela del Conocimiento Absoluto.

»La segunda enseñanza es la demostración de que la *Era Oscura* comprendió sin duda un mundo civilizado, del cual solo nos hablan las leyendas. Oh, y aunque no sabemos el significado de las líneas del documento, tenemos, con todo, pruebas, gracias a la forma de los signos escritos y del carácter del cartón, de que este documento procede, como un milagro, de aquella Era. Mirad la forma de los signos. Esta *r* y estos dos signos, *s* y *m*, son el vivo retrato de unos animalillos que aún vivían al principio de la *Era Primera* y que se extinguieron hace mucho. Estas especies procedían de épocas indeciblemente antiguas, y arraigaron y existieron durante todo el ciclo de aquella Era... Oh, pero otros signos son puras figuras geométricas. Aquí, el principio del Universo, la imagen del movimiento en el signo *o*; allá, el capricho de la cristalización en *t*, *v*... Todos me parecen imitaciones de determinadas figuras de la naturaleza. ¿No nos dicen acaso estas formas de expresión que los hombres que las utilizaban conocían profundamente las combinaciones de los elementos naturales? Gracias a ellas se confirma ahora la teoría del anticuado Siink-Hult, que afirmaba como principio de las formas un fondo geométrico primordial compuesto de algunas expresiones prototípicas que se repiten hasta el infinito, diferenciándose y ramificándose. Y aquellos hombres, más cercanos a la Naturaleza que

nosotros, transpusieron armoniosamente las imágenes halladas en la cristalización, en la vida animal o en la vegetal. ¿Y qué son esas transposiciones? Con seguridad un símbolo, tal vez la esencia de la materia. Y bajo su mano, cuando escribían, se hacía presente la armonía del universo, latía el ritmo del infinito y ellos captaban maravillosamente el lucir tembloroso de las estrellas y las figuras ojonas de las flores...

Calló un instante. Nadie se movió, tan devota era su triple escucha. Luego prosiguió:

—Nuestra humanidad, aunque agobiada por la carga de trescientos siglos, no ha dado nacimiento a unas formas tales y, a lo largo de las tres grandes Eras, no se encuentra parte humana que se haya manifestado de modo tan característico. ¿Hemos conocido la ebriedad de la exaltación y hemos puesto las alas del infinito en nuestros deseos? ¿Qué exaltación apenas imaginada ha saltado los mundos de las Eras?

Un movimiento de disgusto de Zenghi, en quien adivinó un adversario hostil, interrumpió sus palabras, antes de continuar:

—El problema se plantea así: sea este documento procede de alguna época pasada del inicio de las Grandes Eras, lo que no me parece confirmado, sea, en cambio, remonta a las nieblas del tiempo, esto es, a la *Era Oscura*, como debe de ser el caso. El hecho de que exista semejanza entre la forma de algunos signos y la forma de algunos animalillos extinguidos en la *Era Primera* refuerza mi creencia en la segunda hipótesis. ¿Acaso no sabemos que, tras la *Languidez* que cayó sobre la humanidad y la ajó, el hombre renació, haciéndose primero niño en las cosas de la voluntad y luego adulto? ¿Y no sabemos que así empezó la *Era Primera*? Pero la *Languidez* fue una enfermedad. Antes, la humanidad vivía sana y había alcanzado grandes progresos. ¿Cuál era su vida y de qué modo se progresaba? Oh, mi gran sueño es poder penetrar en aquellas lejanías ocultas. Tan solo

dulces leyendas aluden a las soberbias bellezas de entonces; en ellas se habla de la *Época de los europeos* y ¡con cuánto entusiasmo rememoran a aquellos hombres! La voz de aquellas viejas leyendas tiene sustancia. A su través se adivinan la grandiosa ciencia de los europeos, el esplendor de sus artes conmovedoras, la fuerza y la variedad de sus invenciones, la precisión de sus maravillosos aparatos. ¿Qué espíritu puede permanecer indiferente a la evocación de aquel pasado, en el cual la vida era un tránsito diestro y luminoso en el que el hombre se elevaba por la grandiosa exaltación de la mente y se rodeaba de adornos hechos con el mayor arte? Y se admiran hoy, transcurridos tantos miles de siglos, la gracia femenil, el esplendor de la vestimenta, la pasión delirante del cuerpo... Y se admiran también la poesía de la unión libre y casual, la armonía de los movimientos, incluso la naturaleza de aquella humanidad recia, pero muy hábil, su naturaleza rica en dones y defectos, complicada, tornadiza e insaciable. Oh, esta lira infinita, con resonancias de toda clase, entre las cuales se trenzaba un jugueteón desorden, ¿qué espíritu no la entiende y no la admira? Así se presentan mis sueños más sencillos, más llameantes, más intensos.

Y concluyó:

—Deseo que este documento nos sirva de ventanilla luminosa abierta sobre el Pasado oscuro, el rayo de luz que nos guíe hacia él; deseo que nos revele lo oculto que atormenta nuestras vidas y almas. Y no estamos lejos de los lugares donde transcurrió aquel Pasado; los pisamos sin más y ellos nos sostienen las esperanzas y las alimentan. Valca, el muy afortunado, encontró ese cristal en la orilla del divino Coreo, que lo acaricia con sus suaves olas, es decir, del fondo del lago nos llega el documento, del seno de Coreo, bajo cuyas aguas duermen las riquezas antiguas... ¿Y no habéis advertido qué maravillas inimaginables juegan, acá doradas y

allá plateadas, entre sus olas lisonjeras, imágenes del pasado?

»¡Oh gran deseo mío, sueño mío de siempre!

VI

Los cuatro llegaron al domicilio de la docta Keep. El recibimiento, aunque amistoso, fue simple. Después de enterarse de lo que se trataba y halagada por ese honor confraternal, consultó el documento y quedó pensativa. Tras larga meditación, habló así:

—Estos signos extraños no me recuerdan ninguna lengua de la antigüedad...

La esperanza se apagó en los ojos de Zanghi. ¿Se irían a revelar verdaderos los sueños de Pen-Viss? Algo así sería la condena de la escuela que él había abrazado con tanta pasión y por eso su ruina no debía producirse. Intervino:

—Convendría que dejáramos el documento a nuestra ilustre colega para que lo investigara con la calma de la reconcentración. Nadie puede saber de memoria los sucesos lingüísticos ocurridos durante cien mil años.

—No vamos a ofender así a la ilustre Keep, que tantas pruebas nos ha dado de su memoria. Sin embargo, también yo le hago esta pregunta: ¿No crees que la edad del documento es anterior a las *Grandes Eras*, es decir, superior a cuatrocientos mil años?

—Imposible.

—La suposición de que procedería de los europeos, ¿no te resulta atractiva?

—En absoluto —respondió Keep—. Creo incluso que aquellos tiempos son míticos; tan solo se hallan en la imaginación infantil de la humanidad de la primera mitad de la *Era Primera*. Todos sabemos que los hombres de aquella época daban pábulo a leyendas inventadas por ellos mismos, leyendas realmente

muy hermosas, pero que había creado su mente ingenua, paremias encantadoras si se quiere, pero de ninguna manera memorias. Aparte de esto, la humanidad tiene tres eras. Aquella de la que yo conozco el carácter, en lo que respecta al lenguaje, es la era primitiva, es el tiempo de la aparición del hombre sobre la tierra, es la fecha en que, oscuramente, se muestra el lejano origen de la vida humana. No existe ninguna era fuera de estas, sino que domina el vacío de la ausencia del hombre...

Gondurt añadió lo siguiente:

—Lo que me extraña mucho y siempre he intentado averiguar es el origen de la palabra *europeo*. Bien sé que las opiniones difieren en lo que respecta al origen del hombre, pero nadie ha indagado hasta ahora sobre el significado y la derivación del vocablo «europeo». Da igual la manera en que se descomponga y verifique, te das cuenta de que está construida de manera completamente opuesta a la que se acostumbra según las leyes que han presidido la formación de las lenguas durante nuestras eras.

—El vocablo es una invención del espíritu popular de la Era Primera mediante el cual se denomina un mundo imaginario, y carece de significado —añadió enérgicamente Zanghi.

—Es imposible que haya existido una humanidad tan bulliciosa y diestra, y que no nos haya dejado ningún vestigio evidente, ninguna prueba científica, sino tan solo leyendas fantásticas.

—Te equivocas, ilustre colega —recalcó Valca—. La leyenda es la parte poética de un hecho. Un relumbro la envuelve, pero ese relumbro está ligado a algo.

—Es verdad —corroboró Pen-Viss.

Este se levantó de la banqueta mullidamente forrada y se puso a caminar despacio; en sus ojos de brasa vagaba el encantamiento de su imaginación trascendente. Empezó a hablar en el profundo silencio de la casa:

—Dejad que el pensamiento alce su vuelo milagroso, que recorre el universo entero. Tras una estrella suponéis que hay otra, aunque vuestros ojos no la vean, y tras aquella siguen otras mil, que no se ven, pero cuya existencia se admite. Y la alegría os embarga el alma. Pero cuando se supone un mundo tras otro, teniendo a mano innumerables memorias, se anubla la luz de vuestra mente. Y la memoria es el hecho mencionado con razón por Valca, y la leyenda su veste maravillosa. ¿Y cómo habrían podido llenar toda una era miles de leyendas sobre el mismo mundo si este no hubiese existido? Los europeos han existido de verdad. Y cuando la *Languidez* afectó al hombre, cuando apenas vivía y asistía al derrumbe de hermosuras enteras, tan solo fue capaz de recordar y así se conservó ininterrumpidamente su memoria, la cual, al renacer el hombre, crio alas y adoptó el relumbro de la maravilla...

»Así pues —prosiguió—, negáis el poder de la extinción de la energía del trabajo, con la aparición de encogimiento de la vida y luego el renacimiento de ambas cosas. También negáis el vivir pasado de la época de la *Languidez*, pero ¿cómo explicáis el terror que acosó fantásticamente las almas de los mundos de la *Era primera*, el terror de aquel cataclismo? Al final negáis todo el pasado anterior a aquella era...

—Solo es una suposición —interrumpió Gondurt, cuya conciencia se modulaba con inteligencia.

—En lo que respecta al documento encontrado —añadió Pen-Viss—, permitidme contaros la *leyenda de la golondrina*, su sustancia, que nos podría aclarar por el momento. Había dos especies de aves, hoy desaparecidas, que, aunque libres y no domésticas, vivían junto a las casas de los hombres, durante la *Era Oscura*, esto es, en la *época de los europeos*. Eran el gorrión y la golondrina. Así reza la leyenda:

»Érase una vez un gorrión que hablaba con una golondrina y le decía: “Me he pasado la vida junto a los hombres y ni una sola vez he entendido su habla, tan distinta es de la nuestra”. La golondrina respondió: “Tampoco yo he entendido nunca el habla humana, que no siempre es la misma. En mis largos viajes observé que, en sí misma, el habla humana no es igual en todas partes. Un hombre de una región de la tierra no se entiende con otro de otra. Y a veces las regiones son vecinas. Admiradas de esta diferencia, nos pusimos todas las del pueblo de las golondrinas a contar las hablas humanas sobre la superficie de la tierra... porque, ves, mientras que nosotras las aves, numerosas en pueblos, nos entendemos en una sola lengua; los hombres, perteneciendo todos a la raza humana...” “¿Y cuántas lenguas habla el hombre?” “Tres mil, si no más”, respondió la golondrina.

La docta Keep lo interrumpió:

—No podemos basarnos en leyendas caprichosas, eternamente sujetas a las exageraciones de cada época. Es anticientífico.

—Anticientífico es no investigar —respondió Pen-Viss—. La ciencia se caracteriza precisamente por revolver todas las esencias. No se puede apartar la leyenda, esta sustancia admirable, en la cual se refleja un fondo de verdad. Arte sutil es sobre todo el de despojar la leyenda de su veste de exageración, porque, en verdad, la humanidad en su infancia, cuando no sabía de sistemas de orden ni de control científico, se mantiene de historias, inscribe sus obras y deseos tan solo en cuentos, de modo que las leyendas no pueden sino volverse un brillante envoltorio poético de la verdad histórica. Esas tres mil lenguas habladas por el hombre han tenido que existir en la época de los europeos, y de manera natural.

VII

Se separaron al salir. Gondurt se marchó con Zanghi, mientras que Valca acompañó a Pen-Viss en dirección contraria.

Tras permanecer callados un rato, Gondurt se dirigió a Zanghi:

—Pen-Viss tiene un ingenio maravilloso.

—Es verdad, pero sin método —añadió Zanghi.

—Tiene método, pero es uno personal. De todos modos, a él se le debe el movimiento actual encaminado a revelar el pasado nebuloso. Y ha sido útil, porque sus investigaciones han hecho avanzar la ciencia. Seguro que has seguido sus prédicas por riberas y sotos, rodeado de gran número de adeptos, y has visto qué sistema de clasificación del mundo animal y vegetal ha creado partiendo del estudio de las leyendas, sistema que habría sido el de los europeos... También a partir de esas leyendas ha llegado a la conclusión de que, en Europa, los europeos habían probado con éxito la síntesis química, habían demostrado las leyes de la armonía universal, habían calculado astronómicamente las lejanías del infinito, habían demostrado las revoluciones y los caprichos y la esencia específica de los astros, habían averiguado la naturaleza extraquímica de los cuerpos luminosos y de los iluminados... y, lo que nos parece el colmo de la maravilla, el proceso de las vibraciones intraatómicas de la materia, las leyes de disociación de esta... ¡la unidad de la materia!

—Pen-Viss es víctima de su propia alucinación. Lo que él cree la ciencia del problemático mundo europeo —recalcó Zanghi— es su propia ciencia, porque ¿cómo se explica la desaparición total de aquella humanidad?

—Sin duda no puedes afirmar que el hombre apareció en los albores de la *Era Primera*. Has de

reconocer que la *Languidez* azotó antes su vida y que esta se había desarrollado fructíferamente. Pen-Viss ha interpretado la leyenda en que se habla de un edificio que duró decenas de miles de años y cuya piedra se volvió polvo, pero cuyo nombre, *Panteón*, ha pervivido. ¿Qué significa esta palabra, qué origen tiene y cómo ha perdurado intacta a lo largo de los siglos, porque la forma de las leyendas ha cambiado bastante, pero las palabras *europeo*, *Panteón* y *París* han pervivido indemnes a lo largo de todas las Eras? Otras leyendas hablan de otros vestigios supervivientes, aunque sin nombre, de ciudades en ruinas, de localidades entonces célebres. Yo creo que Pen-Viss tiene razón. Reconozco la existencia de un mundo primitivo, su desaparición al perderse la energía. A continuación, reconozco su *Renacimiento*, el ascenso del hombre, el reinicio de la vida y de la actividad. La *Era Primera* fue, pues, la del primitivismo; fue la fase de la ignorancia, de la barbarie, por la cual debía pasar necesariamente el hombre «renacido». La *Era Segunda* fue la del progreso y la complejidad del vivir, del apogeo de la vitalidad. La Tercera significa sensatez, contemplación, agonía.

—¿Y crees, ilustre colega, que las leyendas guardan ese hermoso fondo?

—Sí, ahora lo creo; habría de estar dotado con la visión de Pen-Viss, con las luces de su mente ágil para poder escrutar lejos, tan lejos...

La tarde era de oro y el ocaso, de piedras preciosas. En el silencio apasionado de las circunstancias, caminaban callados el Maestro Pen-Viss y el discípulo Valca. Su camino los llevaba fuera de la ciudad, hacia la loma de Narah, donde los adeptos a la espera hablaban entre ellos hasta la llegada del Maestro. Y tan

pronto como lo vieron aparecer, fueron todos a su encuentro e hicieron corro rápidamente alrededor. Pen-Viss les comunicó por extenso y en detalle el descubrimiento de Valca y añadió:

—Este testimonio nos viene de oscuras profundidades que solo nuestros sueños reaniman y devuelven a la vida, de tiempos en que florecían bellezas ofuscadoras y esplendían pensamientos sublimes... Por supuesto, hablan las leyendas de crueldades dolorosas y erráticas, de mucha sangre vertida, de muchas vidas arrebatadas, de una especie de valentía mal entendida, de un sentimiento egoísta pleno e inmutable en que había cuajado para siempre el fondo humano y de un deseo voraz de esas cosas que son pasajeras, transitorias, se olvidan y son fáciles de dispensar. Sin embargo, sigue siendo admirable la flor de la mente, la divina maravilla de la mente...

—Con tu don, Maestro, iluminas todo aquel Pasado; ¡oh, cuánta intensidad en tus palabras incomparables y prudentes!

—Minclor, déjate de elogios vanos y escucha. Arde un deseo apropiado en nuestra alma cuando pensamos que, hace cuatro mil siglos (¡oh, a qué vasta distancia de nuestra vida!), otra existencia latió fértil y regalada; nos cautiva su belleza, una belleza rara y preciosa. Y ved qué luz liga, por encima de tanta distancia, como un arco inmenso, dos mundos que no se conocen. Si aquella humanidad ya no existe, si ya no la sacude ni un estremecimiento siquiera, al menos habla a nuestras almas a través de una escritura que se tornará más viva cuando alcancemos su indispensable desciframiento. Feliz quien haya escrito esas líneas, aprehendiendo en ellas el eco del ritmo de la vida pasada; feliz su memoria, porque por aquella persona se abrirá ante nuestros ojos toda la armonía de la vida de entonces; *aquella* sola ha tocado las profundidades del futuro, dejando una huella, lanzando una piedra al fondo de la

eternidad terrestre. Creyendo en el curso de los tiempos venideros, afrontó su vastedad... Feliz también, porque fue testigo de la grandiosa Naturaleza de aquel tiempo; se calentó bajo la caricia del sol apolíneo, que brillaba con más intensidad y belleza que el de hoy; ¡oh, qué transparencia en aquella atmósfera, qué color en su firmamento y en sus paisajes, qué sublimidad envolvente para los oídos y la vista de aquellos mundos altamente dotados...!

Calló el Maestro, y permanecieron callados también sus seguidores, cautivados por esa evocación irrefrenable, pero el silencio acabó por romperse, pues el Maestro prosiguió:

—Sin duda, el cuerpo humano era ligero, ágil, esbelto y nervudo, de corte armonioso, y no como el nuestro, fofo y desproporcionado. Próximos casi al primitivismo que la humanidad había dejado atrás, llenaba sus sentidos una sustancia salvaje que concordaba con su refinamiento. Recordad la *leyenda del ruiseñor*, en la que se dice que aquel pájaro contaba una vez a otros que había aprendido de los hombres los trinos más parleros y que el arte de la música era entre ellos tan refinada y sublime que ni siquiera la reunión de los elementos más finos de la Naturaleza podía asemejarse en su voz. Era una armonía perfecta...

»¡Qué sentidos, amigos míos, y que poco favorecidos estamos nosotros! ¿Entendéis la urdimbre sutil del ser de aquella humanidad? ¡Qué pobre y disforme nos parece el tejido del que estamos hechos y que es el fondo de nuestra naturaleza! ¡Decidme si no tengo razón al remontarme hasta Aquellos, al penetrar el secreto de aquel Pasado!

»Ya no cabe duda de que el documento hallado por vuestro hermano Valca es una chispa extraviada de las energías sobrehumanas de aquella humanidad, de su agitación rítmica, de la intensidad de su espíritu. No os mostréis vacilantes, porque el esfuerzo humano no se

extingue para siempre, sino que más adelante, por muy tarde que sea, se eleva siquiera un eco, le sacude el polvo del tiempo y lo hace brillar sonriente ante otros esfuerzos humanos...

Hechizados por las palabras del Maestro, cuando la noche se extendía tranquila y negruzca, marcharon todos a sus casas, con las almas conmovidamente aligeras.

VIII

En la ciudad, al día siguiente, se supo del afortunado suceso y todos se preguntaron qué importancia podía tener aquel documento desde el punto de vista de la evolución humana. Aún no se sabía juzgar de qué clase de documento se trataba, ni que valor tenía. Sin embargo, las muchedumbres se daban noticia con alegría de lo ocurrido y se hacían suposiciones variadas sobre su significado. Ya por la mañana se rumoreaba que los fieles de Pen-Viss, llamados los «contempladores», se servían del documento en su provecho, no tanto por haber sido uno de ellos quien lo había encontrado, sino más bien porque la interpretación y las conclusiones del Maestro Pen-Viss les hacían creer que se verificaban algunas de sus ideas. Unos cuantos sabios que habían oído esos rumores, se presentaron al amanecer en la casa de la Maestra Keep y se informaron. Aquella les enseñó el objeto, pero no sabía de los tejemanejes de Pen-Viss; les contó la conversación tenida el día antes, y sus palabras temblaban de cólera y emoción a la vez.

Después de comer llegaron otras personas, otros sabios, de todas las orientaciones de la mente humana; acudió allí la flor y nata del pensamiento bien ramificado, hasta el punto de que se llenó la casa, se llenó el jardín, donde se repartían grupos discutiendo, ebrios de trascendencia. Por las calles de

alisos se divisaban a trechos, entre arbolillos desmedrados, anaqueles con discos escritos, los escritos de aquel tiempo; era la biblioteca de la Maestra, donde se cultivaban mentes muy fértiles.

Llegó Valca, que fue recibido entre hartos elogios y felicitaciones; llegaron Zanghi y Gondurt, saludados por todos; apareció finalmente Pen-Viss, que fue recibido con miradas de temor, pero al que rodearon, sin embargo, fraternalmente. Apareció como una luz en medio de todos. Las conversaciones se volvieron cada vez más animadas. El documento pasó por todas las manos y todos los ojos lo vieron. Estaba escrito con palabras legibles y claramente en nuestra lengua; rezaba lo siguiente:

Dejo mis palabras para simple memoria, porque en la vida, trabajando en la esfera de la mente, no he producido maravillas tan notables como para ser justa y eternamente recordado por la posteridad.
La voz de MENTALIA en 1904.

Y las investigaciones volvieron a tomar vuelo, ahora con mucho más ardor, porque todos querían en su fuero interno ser los descubridores de esa lengua y, como algunos se atrevieron a remontarse con dificultad, pero con provecho, a tres mil de siglos, averiguaron que, en la época de la balbuciente *Era Primera*, los idiomas se habían multiplicado, pero que muchos dialectos habían desaparecido, lo que ponía obstáculos a la investigación y la retrasaba. Estas lagunas daban mucha esperanza a los investigadores, la mayoría de los cuales rechazaba las opiniones de Pen-Viss. Sin embargo, este aguijaba dolorosamente a los «dogmáticos», como los llamaba él, y les predecía que sus investigaciones serían en balde.

En el ardor de la indagación, Zanghi se llevó aparte a Gondurt y le dijo:

—Ves que las teorías de Pen-Viss no tienen fundamento científico; así lo afirman todos los sabios. ¿Cómo es que tienes en cuenta los sueños engañosos de un contemplador?

Gondurt le explicó luego que la verdad ha nacido con frecuencia de visiones poéticas y que las alucinaciones de Pen-Viss, pese a la autoridad de sus adversarios, parecían en verdad tomar cuerpo.

—Lo voy a combatir sin tregua —concluyó orgulloso Zanghi.

La conversación se elevaba suave y fascinadora de un grupito en cuyo centro se encontraba Pen-Viss, quien decía a un erudito:

—Es grande vuestra impotencia, pues reconocéis vosotros mismos que la Ciencia no ofrece suficiente conocimiento cierto sobre la primera mitad de la *Era Primera* y, como suprema vía de escape, os agarráis a las lagunas observadas, entre las cuales queréis contener la lengua en que está escrito el documento. Oh, también vuestra contradicción es grave y vuestra esperanza absurda, absurda...

—Estas lagunas, ilustre Pen-Viss, nos simplifican la tarea —intervino Zanghi, que estaba cerca del grupo—. Y nosotros creemos que el documento ha de estar en uno de aquellos dialectos desaparecidos.

El grupo se agrandaba, aprobatorio en su mayoría.

—¡Oh, maravillosa ciencia de la simplificación! Y vosotros, Maestros de esta Ciencia, ¿por qué no concedéis a la poesía el entendimiento de adivinar en el Pasado y en el Futuro? Cuando vuestro pensamiento carece de certezas, ¿cómo es que os paráis allí donde acaban los signos? ¿No tiene vuestra imaginación alas y no hay luces bastantes para atraerla...? ¿Acaso olvidáis que la *Era Primera* fue el estado bárbaro de una humanidad? ¿Habéis olvidado que, en la aurora de aquellos tiempos, el hombre no sabía consignar por

escrito, no conocía la escritura selecta, simétrica, lógica, rotunda y elegante; que el papel no existía entonces, puesto que apareció en la *Era Segunda*, y que el líquido no tenía la sustancia de este?

Se oyeron voces en el grupo:

—¡Así es...! ¡Así es...!

—¿No sabéis que nuestros museos conservan ejemplos extremadamente diversos y numerosos de las primeras manifestaciones mentales de la humanidad? ¿Ponedles al lado este documento y llegad a una conclusión! El mundo del que procede el documento estaba adelantado y desarrollado, era civilizado, mientras que pesa sobre la *Era Primera*, despertada tras una larga enfermedad, una larga y grave rudeza. Oh vosotros los de los arranques de pedantería, ¿por qué no leéis las leyendas seculares para entender su fondo, vosotros, los Maestros de la ciencia de la simplificación...?

IX

Mientras así discutían las mentes luminosas, por los huertos casi sin verde y por las calles se iba juntando una multitud variopinta, que se ponía de conversación sobre los sucesos del día. Se veían grupos que alegaban según la escuela, según las teorías que compartían. Los grupos de seguidores de Pen-Viss eran apasionados, aunque sin ganas de reñir, mientras que los de sus adversarios eran más numerosos. Con todo, entre ellos las disensiones no eran profundas ni irreconciliables como lo eran entre los Maestros, porque las multitudes no tenían su presteza de reflexión y, al contemplar la copia exacta del documento, se dejaban atrapar por la urdimbre espesa de la inquietud, la tristeza y la nostalgia...

Un grupo marchaba despacio y, entre sus palabras melancólicas, se distinguían las siguientes:

—Alguien de otros mundos escribió esto, porque la cosa parece demasiado consecuente.

—Pero ¿quién?

—Pero ¿en qué época?

—Pero ¿en qué lengua?

Y el grupo pasaba junto a otros grupos, siempre salmodiando las mismas frases, mientras en las encrucijadas les respondían otros fraternalmente y sin eco.

—¿Quien fuese, ¿era de grande o pequeño tamaño?

—¿Vivió una vida armoniosa?

—¿Cómo fueron sus años, felices o terribles?

A lo lejos parecían oírse la realización y el progreso del pensamiento de otra multitud, lenta en su paso y como dándose un respiro:

—¿Y cuántas pasiones lo azotaron?

—¿Y cuántos deseos lo elevaron?

—¿Y prosperó en su mente la belleza, o solo la fealdad?

Al mismo tiempo y más allá, avanzando en unas tres filas dispuestas en forma de triángulo, símbolo de la solidaridad, los grupos de los contempladores, los seguidores del soñador Pen-Viss, lanzaban a ritmo suelto estas verdades precursoras:

—Conoció el sol y lo conoció cuando sus rayos tenían otra magnitud...

—Disfrutó de las luces vivificantes de entonces, que ya no existen...

—Feliz quien se calentó al calor del Astro maravilloso del día, que era espléndido en aquellos tiempos; feliz porque pudo sentir estremecimientos supremos, ahora ausentes...

—¡Oh, mortal a quien recordamos ahora y que nos traes de lejos el perfume de la belleza que te corona...! Nosotros no somos tu imagen, ni tu semejanza, ni siquiera tu sombra, y lo divino en que te arrobas es extraño a nuestros sentidos enfermizos y disminuidos...

X

Prosiguieron las investigaciones durante muchos días, pero sin resultado. Se encendían luces en el Pasado y no eran las muy deseadas, y luego se apagaban para luego rutilar de nuevo y a otra distancia. Una cosa era cierta: la absurda teoría del Conocimiento Absoluto, que sostenía que el cerebro humano había manifestado todo lo que era capaz de imaginar y que había puesto límites a la inventiva ilimitada de la mente, quedó destruida. Gracias al hallazgo de aquel documento, tanto por su material como por su forma de expresión del pensamiento, quedaba probada, al contrario, la infinitud de la capacidad de invención del cerebro humano. Así pues, se tendía a dar la razón a los contempladores, cuyas visiones tomaban claramente cuerpo. Pen-Viss no cesaba de discernir la verdad legada a través de tres mil siglos por la multitud de maravillosas leyendas. Y cuando otros sabios confirmaron sus palabras, entre otras cosas, que la cajita en que se había encontrado el cartoncito no era de cristal natural, sino que era obra humana, perfectamente compacta y transparente, y que incluso tenía la capacidad de agrandar los objetos, algo que su humanidad conoció hacia el final de la *Era Segunda*, hacia la *Síntesis*, entonces se entregó Pen-Viss con más desatados ímpetus a la expansión de sus ensoñaciones poéticas y una vez improvisó como sigue:

—Los europeos y, con ellos, las otras gentes de su época, practicaban el arte del vidrio, empleaban el hierro, hoy escaso, labraban el oro y la plata con arte inalcanzable para nosotros. ¡Qué riqueza infinita contenía el seno de la tierra entonces y qué pobre, esquilada y avara se nos presenta a nosotros, aunque seamos sus hijos! Imaginaos focos de energía por todas partes. El sol se medía con el agua, el calor con el movimiento, la profundidad con la altura,

para hacer surgir las fuerzas inagotables que el hombre transformaba para su propio provecho. Conquistó el vasto espacio, abriéndose camino por el aire, como pájaros ligeros y veloces, con alas mecánicas; con máquinas que corrían como el viento acortó las distancias, e incluso las abolió gracias a invenciones sin par, comunicándose los hombres entre sí de un cabo a otro de la tierra sin intermediaciones materiales, sino tan solo gracias a la vibración de las ondas eléctricas, rápidas como el pensamiento; inventó tormentas y rayos elocuentes como el hombre; tomó la imagen del sonido y la inscribió en discos que se la repetían al infinito de generación en generación, y las voces de los más grandes cantantes y oradores se podían escuchar transcurridos miles de años, y admirarse su belleza. ¡Cuántos inventos maravillosos supo hacer realidad el europeo! ¿Os imagináis las creaciones gigantescas salidas de su mano? ¡Oh genio eternamente luminoso, que vuestros ojos encolados no columbrarán nunca...!

De las mayores distancias venían numerosas personas para escuchar las improvisaciones del Maestro y las nuevas ideas los estremecían de placer. Algunos se dejaban llevar por el radiante discurso, maravillándose de tantos varios fulgores; otros se quedaban fijos como estatuas, escuchando con aire soñador, sin atreverse aún a abandonar las antiguas creencias, pero la nueva los invadía lisonjera y atractiva. Y no solo la gente común perspicaz, sino también los doctos se veían tentados por el melifluido discurso. ¿Por qué no habían de existir los europeos? ¿Por qué no había de ser verdad lo que decía el fondo de las leyendas? ¿Por qué no habían de haber existido antaño los esplendores que sus almas adivinaban? También ellos se sentían atraídos por el mundo de los europeos; los llamaba una voz que brotaba vaporosamente, a través del tiempo, de los lugares que hollaban.

Y ellos también se engolfaban en el recuerdo en aquellas épocas... Entonces, con un único soplo prendió la creencia, primero con timidez; luego, toda la multitud abrazó la novedad que la penetraba cada vez más y en los labios de todos se elevó el nombre del descubridor y miles de miradas buscaron al afortunado Valca y lo aclamaron entre miradas afectuosas.

El triunfo fue completo. Pen-Viss subió en la estimación de todos. Aceptaron sus ideas, tras Gondurt y otros, la Maestra Keep, que había visto a qué errores la llevaban las convicciones que había abrigado hasta entonces, y Zanghi, el inclemente Dogmático, que fue más bien arrebatado por la ola general y creciente. Sin embargo, como el desciframiento era imposible, porque no tenían idea de aquellos signos, ni de la razón de que fuera aquel el único documento legado por la *Era de los Europeos*, los Maestros se pusieron de acuerdo para guardarlo cada uno un tiempo y estudiarlo.

Sin embargo, se oyó una voz entre la multitud:

—¡Al *Templo de las Maravillas*!

El grito se repitió de boca en boca hasta convertirse en la voluntad general. Por todas partes volvió a gritarse el nombre de Valca. Entonces los Sabios se consultaron. Sus ojos se posaron en Valca, el poseedor, que a su vez miró a su amigo Pen-Viss.

—Querido Valca —le invitó este—, el debate, cuando no existe coincidencia de ideas, vuelve malvada a la gente y nosotros procuramos que haya hermandad entre nosotros. Tu hallazgo ha dado pie a la discusión causante de nuestra discordia y puedes acabar con todo asomo de conflicto llevándote el documento. ¿Qué gana nuestra ciencia ocultando ese documento? En cambio ganará si se lo dejamos no a cada uno de nosotros, sino al *Templo de las Maravillas*, como pide la multitud. Proseguirán las investigaciones y se hará la luz. Ya has visto

el rechazo con que se nos recibió al principio, pero aniquilar la verdad con palabras es como oscurecer el sol con la palma de la mano. Una mente, dos y muchas más la niegan, pero ¿cuánto viven esas mentes? ¡Ah verdad que renace en cada momento, con la vida! Y otra vez os digo a vosotros, a los aún vacilantes, ¿con qué refutáis la grandiosa existencia de los europeos? ¿Con qué sustituís las legendas que prolongan las maravillas de aquel Tiempo? Un espíritu de verdad flota sobre todos nosotros: ¿dónde están las mentes que lo vislumbren, dónde los sentidos que lo presientan? ¡Oh, sobre vuestros labios culpables difícilmente caerá el rocío de la dulce verdad!

Brotaron entonces de la multitud las siguientes palabras de confianza y conversión:

—En verdad vivieron aquellos hombres y nuestras almas se desviven por conocer aquellos tiempos fascinantes.

»¡Oh Maestro, abre a nuestros ojos las vías luminosas de tu mente y deja que caiga sobre nuestros labios sedientos el rocío de la dulce verdad!

Encabezada por Valca, Pen-Viss, Gondurt, Keep, Zanghi y todos los Maestros, junto con todos sus partidarios, la multitud llevó en un cortejo alegre y comedido el misterioso documento al *Templo de las Maravillas*, para larga memoria. De todos los rincones de la Tierra acudieron gentes para ver el documento único, la gloria de aquellos Tiempos lejanos, maravilla extraviada durante miles de siglos...

FILLIA

LA VIDA EN EL MAÑANA

18 HORAS: desde la Central mecánica se modificaba el movimiento de la ciudad: la cabina 114 zumbaba metálicamente – temblor de las paredes coloreadas – decoración clarísima de espirales azules – amarillas

para impedir que el ojo se canse en la monotonía gris de las palancas de mando

El HOMBRE V. 6434 – en un cono de luz roja que confería psicológicamente valor a las diversas gradaciones del teclado de acero – movía automáticamente las piezas que correspondían al tiempo de la aguja negra sobre el cuadrante blanco (en el espacio -S- de la ciudad se encendieron los globos eléctricos – potentes ventiladores aumentaron gradualmente la temperatura – los anuncios y las señales luminosos entrelazaron los volúmenes líquidos de la luz directa)

el cerebro reflejaba a través de las manos la película geométrica de la costumbre

a las 18,30 el HOMBRE V. 6434 – tras haber pulsado el resorte que fijaba

los movimientos del teclado – se levantó elásticamente girando el llavín rojo (invadieron la cabina los átomos vibrantes de una lamparilla fría) – sus ojos bebieron la reacción jovialísima de los colores de la pared

de un armarito de hierro blanco cogió un traje de vivos colores y un casquete rojo que sustituyeron los de color gris del trabajo – el desplazamiento de un pequeño muelle abrió una portezuela lateral, haciendo subir el ascensor, que un momento después lo sumió en las tripas externas de la casa, bajándolo a la tercera planta de la calle

– sobre la plataforma metálica una pequeña multitud esperaba el paso periódico del metro – el pensamiento del HOMBRE V. 6434 no iba más allá del espacio mismo de la vida – el canal brillante de los carriles le producía sensaciones cálidas de placer aún punteadas de negro por el contraste de la espera

el larguísimo vagón llegó y se detuvo silenciosamente – cuando el último viajero

cerró la portezuela, la relación automática lo volvió a poner en movimiento

en el interior se encontró con el HOMBRE V. 17698 y el HOMBRE M. 10045 (el HOMBRE V. correspondía al *varón* y el HOMBRE M., a la *mujer*), que todas las tardes, al hacer el trayecto a la misma hora, le hacían compañía

una insólita agitación reinaba entre las personas – fiebre espasmódica de nerviosismo – escala matemática de tonos vocales que se entrechocan

– «¿qué ha pasado?» – preguntó el HOMBRE V. 6434

le respondió el HOMBRE M. 10045 con una voz de vivísimo interés que parecía componerse de electrones amarillos:

– «en la ciudad 6-452' (longitud 6 – latitud 452') ha estallado la revuelta contra la Máquina de la Temperatura – han hecho saltar las cisternas con rayos eléctricos – se han producido conflictos gravísimos con los guardianes – más de 300 personas quedaron carbonizadas – la población sufre un calor sofocante de día y de noche un frío húmedo que duele...» –

– «han hecho bien, muy bien – interrumpió un pasajero, con un fuerte movimiento vocal de electrones violeta, que se impuso a sus vecinos – es una tiranía insoportable, antihumana. La Máquina de la Temperatura, con sus vibraciones extenuantes y su pesadísima luz azul, nos oprime despóticamente – todos los colores permanecen velados, insuficientes para nuestra sensibilidad. El oído, la respiración, la vista sufren. Las relaciones vitales de los objetos deben soportar su parte dominante de espacio. Hay que moverse – actuar – paralizar la Máquina de la Temperatura. Obligaremos a la Dirección Central a introducir el clima químico, los nuevos Gases que los aviadores han monopolizado – es una cuestión superior,

urgentísima, por la variedad de nuestro espíritu – se lucha durante generaciones por la defensa de la VARIEDAD – quien intenta ofenderla, ¡es culpable hacia los derechos del pueblo!» –

murmullo lineal de aprobación – atmósfera saturada de vitalidad

el vagón se detuvo – algunos se apearon sobre la nueva plataforma, otros montaron: por un lado muchos discos indicadores – el rojo (REPARADOR) señalaba el 22.º piso – vértigo en altura del ascensor

*

larga sala rectangular, pintada y construida con formas y matices sutilísimos, delicados y digestivos – cada uno se dirigió a su propio puesto con el número correspondiente

en la sala había unas 500 personas, vestidas del color psicológicamente indicado, pero varones y mujeres se parecían todos sin excesiva diversidad física, estética u ornamental

en la pared, cerca de las grandes ventanillas distribuidoras, figuraban escritos los alimentos artificiales del día, marcados con un número – el elegido se formaba mediante la rotación de una plaquita y era entregado automáticamente

– «la situación es muy grave – dijo el HOMBRE V. 17698, mientras rebanaba en el plato una ancha pulpa roja – si el movimiento se extiende, los desórdenes se multiplicarán. La Dirección Central no está dispuesta a limitar la Máquina de la Temperatura, que cuesta menos material que el clima químico. Sin embargo, la presión dimensional es insoportable y estamos todos exasperados. También hace dos años o cosa así la Máquina olfativa provocó una revuelta y fue vencida: el éxito costó un aumento de la fatiga humana, pero las condiciones ambientales mejoraron» –

– «en efecto es necesario adoptar una decisión porque el mal cunde – desde hace bastantes días el radiocinema tiene los colores influidos por un ligerísimo velo azul – la sensibilidad se resiente dolorosamente» –

...pasados diez minutos, todos en la sala habían acabado de comer: en la pared de enfrente empezó a funcionar un altavoz que transmitió las últimas noticias del día, ilustrándolas en una pantalla blanca situada arriba

el HOMBRE V. 17698 se volvió repentinamente hacia el compañero:

– «estos días has cumplido veinte años. Por lo tanto, tienes que casarte: por haberme demorado dos meses me castigaron muchos días suspendiéndome las comunicaciones radiofónicas – fue un tormento insoportable aquel silencio forzoso» –

el HOMBRE V. 6434 no respondió – miró al HOMBRE M. 10045, que le sonrió – dijo él:

– «ya lo he pensado, esperaba justamente el momento de hablar a nuestra amiga» –

ninguna emoción, ningún matiz de sentimiento: un contrato por necesidad social

se enseñaron las cartillas de condición civil: según el reglamento de VARIEDAD, el HOMBRE V. 6434 había cambiado varias veces de clase de empleo y dirigía entonces la Cabina 114 de la Central Mecánica – el HOMBRE M. 10045 estaba empleado en una sección radiotelefónica. Se pusieron de acuerdo pronto: al día siguiente harían registrar su unión y gozarían de un mes de libertad, que pasarían lejos mientras se les preparaba el nuevo apartamento reglamentario para dos (los hijos, nada más nacer, pasarían a ser propiedad del Estado)

– «iremos un mes a un hotel submarino. El cambio apropiado de presión atmosférica regenerará nuestra sangre, tras veinte años exactos de superficie terrestre» –

*

salieron los tres

tras unos minutos de ferrocarril y ascensores, se encontraron en la amplia terraza de un local nocturno: panorama circular de la ciudad – volúmenes complicados de casas y pisos metálicos – de canales y de calles de hormigón armado – de líneas y cables intrincadísimos. Estética brillante de absoluto esplendor mecánico, de colores lisos o luminosos, ambientalmente interpretados – masas líquidas de claridades geométricas, seccionadas por las cuchillas frías de lamparillas en contraposición – orquesta rumorística de vibraciones, latidos, zumbidos, silbidos, repeticiones – en todo el panorama se entendía la infiltración azulenta de la tiránica Temperatura artificial. En lo alto, en el espacio sin construir, espesor atmosférico de conos luminosos, coloreadísimos, influidos por la reverberación de la ciudad: en la parte superior, paso ininterrumpido e ilimitado de máquinas aéreas – en la parte inferior, estas podían detenerse quedando suspendidas en el vacío

el local tenía una arquitectura irregular de planos plásticos, decorados con un loco cromatismo: sentido espiritual de alegría, gozo, velocidad – cada mesita vivía su propia atmósfera de compensaciones por colores, luces, servicio, disposición – al fondo, un vasto escenario giratorio, donde se representaban las creaciones de la gran Casa de Arte urbana – el mismo espectáculo se reflejaba mecánicamente en cada casa, pero muchísima gente sentía la necesidad humana de la colectividad

público enorme de espectadores: varones y mujeres solo se distinguían por la chapa de metal con su número – en su mayoría pequeños y delgados, completamente calvos, débiles de fuerza física, pero nerviosísimos – la cara de un blanco – puro, oval, sin desarrollo maxilar, de

nariz larga, no había casi diferencias expresivas entre los individuos

esta semejanza estética mecanizaba a la humanidad: impresión visual de autómatas accionados, cuya materia era goma elástica, hierro, vidrio, madera barnizada – juguetes sensibles movidos por el desarrollo ambiental – la cuarta dimensión del local nocturno era riquísima de relaciones objetivas

– nuestros sujetos ocuparon una mesita de color naranja: empezaba la segunda parte del espectáculo – bailarines, perfilados en trajes de cartón durísimo que les confería estilizaciones geométricas, seguían las oscilaciones centrales de las construcciones escenográficas, las canciones parolíferas de los altavoces, las resonancias metálicas de los instrumentos rumorísticos. Complejo plástico emotivo, sensualizado por las esferas giratorias de luz metafísica, por la temperatura fresquísima y por las películas táctiles que se desarrollaban bajo las manos de cada espectador

en el intervalo, potentes aspiradores disminuían la expansión de las voces, de modo que cada mesita gozaba de su propia individualidad

el HOMBRE V. 6434 y el HOMBRE M. 10045 discutían apasionadamente acerca de la decoración artística de su próxima casa

de repente, entre elementos diversos, estalló un violentísimo conflicto que enseguida adquirió una vasta amplitud, generada por la tensión nerviosa de los acontecimientos ciudadanos – confusión, chillidos, calor, dinamismo de los sentidos, conflictos feroces – inmediatamente entraron en acción los guardianes civiles: una bomba en forma de embudo solidificó el aire en muchos metros cúbicos – casi todos los peleantes quedaron inmovilizados – los que quedaron fuera del espacio solidificado atacaron a los guardianes con detonantes eléctricos: un pavoroso

relampagueo de llamas violeta asató la claridad vertical de la sala

confusión, gritos, fuga vertiginosa. Nuestros sujetos llegaron a un ascensor interno que los bajó hasta la planta subterránea de la calle

– «la situación es alarmante – dijo el HOMBRE V. 17698 – tengo miedo de que la revuelta cunda, el descontento es demasiado general. Es mejor llegar a nuestros apartamentos para no quedar nuevamente cercados por el peligro de un combate» –

se saludaron: tres líneas ferroviarias los transportaron a sectores lejanos

*

el HOMBRE V. 6434 entró en sus habitaciones (la artística – la del aseo – la del descanso) – cerrando la puerta por la parte interior, dio vida al apartamento: luz, temperatura, movimiento. El aparato radiofónico lo informó de que el conflicto del local nocturno había acabado con el secuestro de diez peleantes: dos guardias, pese a sus trajes de materia aislante, habían quedado gravemente heridos

estaba cansado de la jornada de trabajo y todo el espíritu cálido de rebelión que dominaba a los ciudadanos le producía un malestar de nervios, un deseo de acción

en el aseo se desvistió: el chorro perfumado de un aparato mural lo refrescó – el bienestar físico disminuía la excitación moral

las formas simples y los colores velados de la habitación de descanso le normalizaron completamente el espíritu – se durmió tranquilo en el blando lecho de goma

*

el despertador de las ocho lo llamó al turno de trabajo: un baño eléctrico rapidísimo. En el tercer piso de la calle, la luz del sol mandaba reverberos desteñidos, casi insignificantes, sobre el brillo ininterrumpido de las lamparillas. La cabina 114 lo absorbió como parte humana de su actividad mecánica

tras su turno se vio con el HOMBRE M. 10045 y fueron a la Dirección Central – una espera brevísima y entraron en la oficina del Registro Civil – un empleado comprobó las libretas de condición personal, las timbró, tomó nota en un casillero – sobre una planta mural fijaron el nuevo apartamento para el mes siguiente

durante toda la tarde, en la Casa del Arte, hablaron de los elementos decorativos para la

residencia – sus gustos coincidieron en un tono dominante amarillo – violeta

pocas horas después, en ropa de viaje, cogieron sitio en el tren marino

misterio rojo de lo NUEVO

los vagones se deslizaron velozmente en el tubo de la calle, seccionando con los movimientos la geometría volumétrica de las luces

él dijo: – «las sensaciones de nuestra unión serán muy originales. El hotel submarino tiene una composición emotiva todavía desconocida a nuestros sentidos» –

en la cabina cilíndrica, de un azul brillante, estaban solos: dulcemente, sin pensar, acercaron los labios calientes, en un beso infantil...



© Mariano Martín Rodríguez, © Javier Pacios, © Bruno Salgado,
© Derechohabientes de Joan Baptista Xuriguera

La lejana prehistoria en dos relatos de lengua portuguesa

Introducción y traducción de Mariano Martín Rodríguez

La ficción prehistórica o paleoficción¹ tiene su origen en la conjunción de los descubrimientos paleontológicos que fueron revelando la existencia de especies humanas anteriores a la nuestra, con una nueva visión de la historia de la Tierra que tendía a sustituir las antiguas concepciones de la creación teológica por otras en las que el cambio constante de las condiciones naturales provocaba mutaciones correspondientes en los seres vivos, incluido el

ser humano, que está tan sujeto al juego de la evolución como los demás animales. Aunque sería abusivo ligar estrechamente los avances científicos con la historia literaria, no cabe duda de que la continua aparición de fósiles, incluso de homínidos, aguijó la imaginación de numerosos escritores europeos y americanos en la segunda mitad del siglo XIX. Estos tomaron como punto de partida las parcas informaciones que podían desprenderse científicamente de los

¹ La expresión «ficción prehistórica» parece lógicamente poco feliz, pues no hay manera de saber cómo hubo de ser la literatura antes del nacimiento de la escritura, que marca el inicio de la Historia. No obstante, es la fórmula consagrada internacionalmente (*prehistoric fiction*, *romans préhistoriques*, etc.) para designar las ficciones, tanto narrativas como de otro tipo (por ejemplo, obras teatrales, películas, etc.) sobre seres humanos prehistóricos, tanto en el Paleolítico como en el Neolítico. Sin embargo, las ficciones sobre las culturas y poblaciones posteriores a la sedentarización son de índole muy distintas a aquellas ambientadas en el Paleolítico. Estas últimas evocan incluso especies humanas anteriores o paralelas a la nuestra (*Homo sapiens sapiens*) y, en cualquier caso, presentan a esas especies en estrecho contacto e interrelación con la naturaleza, la cual determina su comportamiento. En cambio, en las ficciones del Neolítico, son las relaciones entre individuos humanos y las agrupaciones por ellos constituidas las que determinan generalmente el curso de la acción, así como su planteamiento más general, que se suele articular en torno al concepto de civilización. Para designar las ficciones del Paleolítico, preferimos utilizar, pues, otro término más específico, el de *paleoficción* y sus derivados léxicos.

escasos restos de épocas tan lejanas para crear mundos ficticios arcaicos dotados del prestigio intelectual de los nuevos conocimientos, unos mundos en los que la fantasía evocadora ofrecía a los lectores un panorama vivo de los antepasados de la Edad de Piedra, y concretamente del período paleolítico.

Esta recreación de su vida, aventuras y costumbres solo podía tener un carácter especulativo, pues la ausencia de documentos no permitía a la ciencia positiva más que llegar a conclusiones limitadas a partir de los huesos de aquellos hombres² y de sus herramientas líticas o de otros materiales. En sus inicios decimonónicos, la propia ciencia paleontológica se vio obligada a emitir hipótesis variadas para explicar sus hallazgos y darles sentido. Estas hipótesis eran racionales, pero no por ello solían ser menos fantasiosas. Con mayor razón lo son las ficciones inspiradas en tales hallazgos e hipótesis. A diferencia de la ficción histórica, e incluso de la arqueológica sobre civilizaciones antiguas documentadas, quienes las escribían no debían atenerse a lo revelado por las ciencias históricas so pena de extrañar a los lectores cultos que conocieran la historia del período que fuese. En la paleoficción bastaba con dar la impresión de que podía existir una base científica, pero la parquedad de los conocimientos fundados que ofrecía aquella disciplina en sus inicios dio pie a un amplio recurso a la imaginación entre los autores, incluso cuando declaraban haber escrito obras de divulgación, sobre todo novelas orientadas a los jóvenes, tales como la pionera *Rulaman* [*Rulamán*] (1875) de David Friedrich Weinland (1829-1915), para informarlos sobre la existencia en el Paleolítico, mientras se los deleitaba con las aventuras

de unos personajes confrontados con una naturaleza grandiosa, pero llena de riesgos para unos hombres cuya tecnología no les permitía dominar por completo su medio.

Otros escritores se dirigían a un público adulto, que sería probablemente el mismo que consumía narraciones arqueológicas, en busca de un exotismo temporal y del espectáculo más o menos morboso de una humanidad aún no sujeta a las convenciones sociales de la humanidad histórica. Tanto una cosa como otra suelen aparecer en las paleoficciones decimonónicas, ya que las recreaciones especulativas de las costumbres prehistóricas suelen cargarse de connotaciones simbólicas de carácter antropológico. El hombre primitivo no solo vivía de una manera precaria y con forzosa simplicidad, sino que también era una criatura primordial, sujeta a sus instintos de supervivencia y, como tal, entregada a la violencia depredadora para alimentarse tanto como a sus impulsos sexuales para reproducirse. Por ello, era una figura propicia a las construcciones alegóricas sobre la esencia más honda del ser humano, ya que el hombre primitivo estaría más cercano a esa esencia por no estar disciplinado por la artificialidad introducida por la *civilización*, según las ideas que solían expresar entonces las paleoficciones. No obstante, la combinación de alegoría antropológica y recreación arqueológica varía según las obras. La primera predomina, por ejemplo, en *Before Adam* [*Antes de Adán*] (1907) de Jack London (1876-1916), mientras que la segunda es fundamental en *La guerre du feu* [*La guerra del fuego*] (1909/1911), de J.-H. Rosny aîné (1856-1940). Esta distinción puede observarse quizá de modo aún más claro

² Salvo indicación contraria, la palabra *hombre* designa en esta nota y la traducción que sigue al ser humano en general, sin distinciones secundarias. Para designar, en caso necesario, al ser humano de sexo masculino se empleará la palabra *varón*, de acuerdo con la distinción de la lengua madre latina entre *homo* y *vir*.

en sendos cuentos paleoficticios tempranos en lengua portuguesa.

El primero cronológicamente es obra de José Valentim Fialho de Almeida (1857-1911), un autor portugués que se hizo famoso en primer lugar por sus narraciones naturalistas o, en cualquier caso, *realistas*, ya desde su primera colección de *Contos* [Cuentos] (1881). Más adelante evolucionaría hacia una estética decadentista, abierta a lo fabuloso y a una escritura muy ornada, en libros posteriores como *O país das uvas* [El país de las uvas] (1893), pero importa señalar que el autor ya había ofrecido en sus *Contos* una narración que se salía por completo de la tónica de esa colección, en la que las historias se desarrollan en la actualidad y explotan dramáticamente situaciones contemporáneas. El último de los relatos del libro de 1881, titulado en el original «A dor» [*El dolor*]³, se ambienta en la prehistoria lejana. Esta ambientación es ahí puramente alegórica, pues no se ofrece ninguna acción que sea arqueológicamente verosímil, ni tampoco existe un medio real en el que los personajes se muevan y, al hacerlo, generen una imagen concreta de su mundo. Todo lo que se narra obedece a una tipificación simbólica. En un momento indeterminado de los albores de la humanidad, un varón humano primitivo se pregunta por el porqué de su diferencia con su padre, un *orango*, palabra derivada de orangután y que designa en el texto un primate prehumano, pues el pelo cubre todo su cuerpo, tiene rabo y, sobre todo, se comporta de forma completamente animal. En cambio, el protagonista interrogante y quejoso tiene las características físicas del ser humano moderno, igual que su psiquismo, empezando por el sentido de la responsabilidad por sus actos. El dios de las selvas en que vive se le aparece para

dar respuesta a sus preguntas. Esta apariencia sobrenatural es excepcional en la paleoficción y destaca también por su originalidad. Frente a las innumerables reescrituras del mito hebreo de Adán y Eva como explicación tradicional de la *caída* del hombre, el dios innominado imaginado por Fialho de Almeida es independiente de toda construcción mítica. Al mismo tiempo, tampoco es un ente divino de carácter teológico o filosófico, pues se presenta en forma material, con sus adornos vegetales.

Su comportamiento es también bastante original, pues desempeña una función pedagógica en una línea acorde más bien con el Positivismo coetáneo. Hace que el hombre primitivo les parta el cráneo tanto a su progenitor como a su hijo para poder comparar las circunvalaciones cerebrales y explicarle en qué radica la diferencia entre las de un cerebro como el de su padre, en el que dominan los instintos, y las del cerebro de su hijo, en el que domina el intelecto. Es este el que hará que sus descendientes domén el mundo gracias al continuo acrecentamiento de sus conocimientos, pero también el que hará que sufran sin tasa, hasta el dolor supremo de saberse mortales, en contraste con la feliz ignorancia animal del padre *orango*. Es el Pensamiento, con mayúscula inicial que indica su valor de símbolo, lo que hace humano al hombre, pero la infelicidad que conlleva no compensa esa evolución, tal y como deja claro la reacción del protagonista tras recibir la pesimista enseñanza del dios. De este modo, la hominización se presenta como un castigo y, a efectos emocionales, como una decadencia completa y trágicamente ineludible. Pocos textos pueden equipararse en pesimismo, en la línea del decadentismo europeo, a este cuento de Fialho de Almeida. Ni siquiera la aparición

³ La traducción castellana que sigue se basa en la edición siguiente: Fialho d'Almeida, «A dor», *Contos*, nova edição revista e prefaciada por Álvaro J. da Costa Pimpão, Lisboa, Livraria Clássica Editora, [1956], pp. 321-326.

del dios ofrece una salida trascendente. La alegoría antropológica carece en «A dor» de un correlato en un alternativo mundo espiritual, sea este el del más allá de numerosas religiones positivas o el filosófico de las ideas platónicas o entes metafísicos equivalentes. Se trata más bien de una alegoría positivista profundamente original y existencialmente conmovedora que está muy alejada de la corriente principal de la paleoficción. Esta no suele renunciar en un grado tan extremo a lo verosímil facilitado por la recreación arqueológica más o menos amplia, la cual alcanza el extremo contrario en una ficción quizá más descriptiva que narrativa de un escritor brasileño algo más joven que Fialho de Almeida y ya perteneciente al grupo del llamado Fin de Siglo (XIX).

El brasileño Henrique Coelho Neto (1864-1934) tuvo una enorme fama en su país en su época gracias sobre todo a sus numerosos cuentos escritos siguiendo las pautas del Decadentismo internacional, con su cuidado exquisito de la lengua, su retórica centrada en el artificio esteticista y sus temas cosmopolitas y variados en cuanto a sus temas, ambientes y planteamientos. Debido sobre todo a los ataques furibundos de los *modernistas* de su país, para quienes era el escritor prestigioso contra el que se insurgieron para imponer su propia estética vanguardista, Coelho Neto fue preterido injustamente en el canon oficial brasileño, dominado por esos vanguardistas, pese a que las obras de estos nos puedan parecer hoy mucho menos interesantes en cuanto a sus temas y están, sin duda, peor escritas estilísticamente que las de Coelho Neto. Este oficio brilla especialmente en su cuento paleoficticio «Primitivos» [*Primitivos*], que consta en el sumario de su

libro temprano *Rapsódias* [Rapsodias] (1891)⁴. La primera parte es una soberbia descripción de una naturaleza prehistórica exuberante al anochecer, con sus enormes animales carnívoros que marcaban su presencia sobrecogedora mediante el ruido, al tiempo que la flora selvática exhalaba aromas abrumadores. En aquellas tinieblas, los homínidos, aquí también llamados *orangos*, viven en alerta constante en sus cavernas, a la vera del fuego. Sin embargo, no son seres temerosos ante los constantes peligros que los acechan. Al contrario, están perfectamente preparados para afrontarlos, pues son seres colosales, como lo es el ejemplar que protagoniza la segunda parte del cuento. Es un varón (o macho) que, mientras la mujer (o hembra) cuida del fuego en la caverna, vigila a la entrada de esta, rodeado por un paisaje que en esa hora respira sensualidad, tal y como indican unas descripciones que aciertan a representar con sumo vigor expresivo el universal impulso sexual en la naturaleza. La pareja protagonista no es inmune a este impulso y a este ambiente y, a ese respecto, la sensualidad de la mujer se expresa en términos equivalentes a los de la naturaleza descrita, con toda naturalidad por así decir, y con una franqueza rara en aquella época en una obra claramente de *bella literatura*. Con la misma franqueza y naturalidad se narra la unión sexual humana, una unión que rompe con el tópico entonces común de la imposición de la voluntad sexual del macho sobre la hembra.

La cópula es igualitaria y celebrativa, aunque no por eso se produce una igualación de roles como ocurre en la novela paleoficticia *A Woman of the Ice Age* [Una mujer de la edad de hielo] (1906) de L. [Louis] P. [Pope] Gratacap (1851-1917). El *orango* macho asume las tareas

⁴ Como no hemos podido consultar la edición de ese año, no sabemos si «Primitivos» se publicó en ella o en una edición posterior. La utilizada para la traducción castellana que sigue es la segunda: Coelho Neto, «Primitivos», *Rhapsódias*, Rio de Janeiro – Paris, H. Garnier, 1911, pp. 37-40.

de defensa, como cuando parte para enfrentarse nada menos que a unos mamuts, pero la hembra, quien se encarga de confeccionar las armas, da muestras de igual valentía. Desde este punto de vista, podría pensarse que eso era lo natural para el autor, al menos en aquella época pretérita que pintó en este cuento con un tono épico, a la par que sensual, tanto por lo descrito como por el lenguaje empleado. Su estilo se ajusta perfectamente a su universo ficticio y a la visión grandiosa y heroica del hombre u homínido *primitivo* de ambos sexos, según esta recreación magistralmente esteticista de una posible escena de su vida, cuyo realismo no

excluye por completo la dimensión simbólica. A diferencia de la realidad arqueológica y de su plasmación en la paleoficción en general, no es una horda la que habita la caverna, sino una sola pareja a la que cabe ver como par representativo, como encarnación humana de una fuerza genésica natural a la que no pueden escapar, y que se presenta como algo inequívocamente positivo. Pocos se atrevieron a tanto en su época y tampoco en las siguientes. Al final, tal vez nos resulte así Coelho Neto más moderno que los propios *modernistas* que lo eclipsaron al hacerse, con toda injusticia, con el poder literario en Brasil.

JOSÉ VALENTIM FIALHO DE ALMEIDA

EL DOLOR

Cuando el último *orango* dio origen al primer hombre, y este, al llegar a la edad adulta, pudo disfrutar de la grandeza de la fuerza indomable de su padre, domada por la bondad hilarante de su luminosa inteligencia, se hizo a sí mismo un día esta pregunta:

—¿En qué me diferencio de ese ser hosco que solo habla chillando y solo se expresa mediante grotescas contracciones, que tiene un grito para la alegría y un rugido para la ira, que ve morir a sus hijos y escapársele su esposa sin que le invada ese entumecimiento desconsolado que siento si no remedio el mal y si no encuentro explicación a lo que me rodea?

»Él camina a saltos, cubierto de pieles y aullando de venganza, trepando por la nudosidad de los troncos y llenando de su feroz terror las cuevas y los macizos de los bosques palpitantes de nidos, pisando sin remordimientos las corolas más purpúreas y los cálices más olorosos, y no viendo en la inmensidad opulenta y en la cromática radiante

de este mundo alado o de ese mundo vegetal más que la red en la que van a caer descuidadamente sus enemigos y donde él hace sus víctimas.

»¿Es de las diferencias superficiales de estructura (yo estoy desnudo y él está vestido de pelos, él tiene rabo y yo no, las plantas de sus pies tienen la forma de sus manos prensiles y las mías se aplanan por la aspereza de las marchas a que las someto), es de las aparentes diferencias de organismo de donde nacen estas disconformidades de la naturaleza: en él la sequedad, la ferocidad, el egoísmo y la incongruencia; en mí, el terror sagrado de la responsabilidad, el alcance de la visión que me perturba, la previsión sagaz que me aconseja y esta conmoción sin origen que se desborda en mi cuerpo y me tortura o entusiasma, según proceda de una necesidad satisfecha, o bien proceda de un percance inesperado?

Y mientras se preguntaba en voz alta, en medio de los castaños que las enredaderas revestían en cópulas concupiscentes en sus

corazas de hojas, vio aparecer, procedente de los roquedales negros en que moraba, al viejo dios de la selva, una figura alta ceñida de racimos y coronada de flores, con barbas de musgo y una vasta cabellera de hierbas verdes.

—Ábrele la cabeza a tu hijo —dijo el dios.

El hombre tomó el hacha de pedernal, llamó a su hijo y, tras hacer que se arrodillase, le partió el cráneo de un solo golpe.

—Esa caja de hueso que partiste es como la corteza leñosa de ciertos frutos tropicales de los que te alimentas. Partida la cáscara, esos frutos revelan la pulpa delicada, de extraordinaria textura y exquisito sabor.

»—Guarda este fruto —dijo el dios. Y luego añadió, imperiosamente:

—¡Ábrele la cabeza a tu padre! —le ordenó. El hombre encontró en el hueco del gran baobab al viejo *orango* que le había dado el ser, acurrucado y tambaleante, royendo tallos. Le dio las buenas noches, le pidió la bendición como de costumbre y, cuando el *orango* le tendía la mano pelosa, este sintió en la frente el filo del hacha que le separaba el cráneo en dos mitades.

—Extráele el fruto —volvió a decir el dios y el hombre obedeció.

—Bien —dijo el otro. Y señalando cada uno de los cerebros desnudados:

—Este es el cerebro de tu hijo, este es el de tu padre. Ves que el del pequeño es más grande que el del viejo, ¿no? Ahora sigue con la uña cada uno de esos misteriosos arabescos que surcan la pulpa arrancada al pequeño. Dibujan la leyenda que sea en jeroglíficos: es la buena ventura de la especie humana. Son las *circunvoluciones* que apenas están esbozadas en el cerebro del *orango* y que los tuyos llevarán cada vez más profundas y profusamente impresas. Hasta tu padre, el cerebro era algo tan tosco como el granito; a partir de ti se pule, se purifica y se modifica: es la

piedra preciosa, ardiente en la sombra y oscura en la luz, dotada de su propio brillo y propensa a iluminar a lo lejos los oscuros recovecos de los instintos que has heredado y que debes transmitir suavizados y aptos para la utilidad, por la cultura a la que tú mismo los forzarás. Córtalos ambos en trozos y examínalos bien. Son de la misma materia, tienen forma idéntica y parecen tener el mismo valor, pero uno es el hierro en bruto que el minero separa de la veta recóndita, el otro es el hierro dotado de propiedades magnéticas. Puedes llamar a aquel carbón negro y torvo, si hubieras mirado ese diamante tallado, que brilla por los engastes de tus órbitas como si ardiera vívidamente en la corona de un rey.

—¡Entiendo! —dijo el hombre, pensativo.

—Mira con más atención ese meollo de los dos frutos descascarados. Cada pulpa me parece que está formada por lóbulos o esferoides. Es como un continente dividido en naciones por los grandes ríos o un país dividido en distritos por los grandes caminos reales. Cada distrito es la potencia que gobierna alguna función determinada del cuerpo: son las protuberancias. Hay la protuberancia de la memoria, la protuberancia de la inteligencia, la protuberancia de la lujuria, la de la gula...

Y señalando cada prominencia, el dios las llamó por sus nombres. Algunas, que sobresalían en el niño, apenas estaban esbozadas en el *orango* o no existían en absoluto¹. Para compensar, el cerebro del bruto tenía otras colosalmente desarrolladas en comparación con el del pequeño, y el dios las hacía cotejar minuciosamente, una por una.

—Todas las que rigen la dirección de las necesidades de los animales, de los instintos o apetitos, son considerables en tu padre —le decía al hombre—. Todas las que se refieren al

¹ Indica Gratiolet que las circunvoluciones de los primates más rudos son como el esquema de las circunvoluciones del cerebro humano.

intelecto son de una sorprendente grandeza en tu hijo. ¡Por eso buscas en la vida algo más que llenar el estómago si tienes hambre, que beber agua corriente si tienes sed, que descansar si tienes sueño, que copular brutalmente si la virilidad de tu sexo estalla ante la hembra que pasa, sierva obediente de tu crueldad o dócil instrumento de tu lascivia! De ese instinto, que la naturaleza instituyó para poblar sus continentes y sus mares, para llenar de ruido los bosques y de cardúmenes las aguas, instinto completamente grosero en quienes te son inferiores, extrajiste tú los efectos más dulces, las sinfonías más límpidas, los más castos trenos y los más brillantes vuelos de notas.

»Lo llamaste amor y, cristalizando el amor, lo transformaste en adoración. Rompiste los grilletes de la esclava, no permitiendo que sus pies sangrasen, como tus pies de rudo luchador, en los abrojos del bosque y en las espinas de la maledicencia. De tu tosca choza hiciste un templo, de tu fe un lampadario, una cúpula de tu religión y de la mujer tu dios. En el santuario de tu amor pusiste al dios y, desde la cúpula del templo, el lampadario llenó de esplendores místicos la familia y tu alma. ¡Por la adoración domaste tu fuerza, aprendiendo a ser delicado con los débiles, altivo con los orgullosos, cruel con los malvados, justo, generoso y valiente! Estas cualidades se deben a tu inteligencia, un fluido singular que emana de este lóbulo —y lo señalaba— y que te diferenció de tus antepasados. Por esta facultad dominarás los elementos y los animales, serás rey y señor, porque tu brazo siempre obedecerá a tu cabeza. Cada generación recibirá de la anterior un patrimonio de ideas adquiridas, que entregará religiosamente a la que la suceda, enriqueciendo con sus esfuerzos ese patrimonio sagrado e inviolable. Tu ambición quedará satisfecha; descansa.

—¿Y seré eterno? —dijo el hombre, temblando ante esa idea.

—En la historia.

—¿En la vida! ¿Qué me importa la historia? ¿Si podré vivir así siempre, dominando mares y pueblos, y experimentando dentro de mí esta plenitud de savia que se desborda de mi cuerpo y se revela en colosales alegrías?

—¡No! —dijo el dios con voz profunda—. ¡Morirás!

—¿De qué me sirve entonces todo esto? —exclamó, contrayendo su rostro sereno, divinizado por una gracia infinita. Y, levantando desesperado los brazos, cayó llorando por la mezquindad de su condición. El viejo dios sonreía.

—¿Y cuál es la protuberancia en el cerebro de mi hijo que corresponde a ese horrible veneno que tu palabra me hace beber?

El dios se lo señaló, diciendo:

—Ese veneno se llama el *dolor* y nunca envenenó a tu padre.

—Entonces hazme volver a la nativa brutalidad de los míos —dijo el hombre—. Prefiero la grosera inconsciencia del *orango* a esa inteligencia que, iluminando mi vida, hace de esta una prisión, y donde no podré dar un paso, bueno o malo, sin que ese tribunal interior, incorruptible y soberano, me detenga si voy con prisa o me despierte bruscamente si me duermo, para juzgarme por lo que hago y castigarme en todo momento.

La voz del dios gritó:

—¡Nunca!

Y desde entonces, este animal vanidoso, tenido por el más perfecto y libre de los seres vivos, se ha convertido en el miserable esclavo que gime eternamente bajo el látigo de su verdugo, ese verdugo que se llama el Pensamiento.

HENRIQUE COELHO NETO

PRIMITIVOS

Menguaba la protectora lámina candente; las chispas de sol se envainaban en el firmamento.

Anohecía.

Galopaban por el bosque, en trépidas manadas, las vagabundas fieras hambrientas.

En los valles y las gargantas retumbaban rugidos. Los leones, agazapados en el umbral de las cavernas, miraban fijamente el cariz del cielo cambiante.

Bailaban en los gneis las sombras colosales de los osos, suspensos sobre las patas traseras, lacios y titubeantes, sacudiéndose y pateando entre caricias de garras.

Volaban canoros pájaros brillantes.

Se abrían las cortinas verdes del follaje y, en el vértigo de la tarde, gemía el madrigal suavísimo de los nidos.

Selvas vírgenes susurraban un prelude triste y el ambiente se saturaba del perfume casto hecho de la transpiración de las rosas y el aroma volátil de los troncos resinosos.

La fuente, cantarina y enamorada, unía su música perenne a la espléndida cantilena crepuscular de los seres.

Tinieblas de la primera edad. Espesor compacto y siniestro, donde el espíritu vago del primer hombre procuraba descubrir el Dios austero, coevo de las primeras sombras.

Noches de insomnio, noches de vigilia ingrata, a la vera del fuego, en el fondo helado de las cavernas.

Rodaban por los alrededores las bandas furiosas de los colosales *orángos*.

Él, de pie sobre un gneis, miraba honda y atentamente a lo lejos. La sombra erecta y varonil del bárbaro se proyectaba en el lago, que era de una transparencia melancólica de pupila azul.

Era la ronda final; la noche negra iba cayendo de las empinadas sierras.

De cuando en cuando, el bárbaro soltaba un rugido y, blandiendo el hacha de pedernal, parecía desafiar los perfiles difuminados de las rocas lejanas.

En el fondo de la caverna, la mujer, sentada sobre un cráneo de reno, atizaba la hoguera.

Giraba en torbellinos difusos la gran alma de la naturaleza, acá brotando transformada en rosas, allá reventando en magnífica germinación de un nuevo bosque.

La hierba se estremecía, las ramas se apretaban entre convulsiones histéricas de gozo. Aves y arbustos se postraban en una laxitud de fuerte sensualidad.

Y todo amaba en la penumbra deliciosa con la discreción y la delicadeza de los lirios.

Él, el fuerte, vigilaba. Impávido y sereno, penetraba la opacidad negra con su mirada vigilante.

A grandes trechos, entre las rocas, un rugido de leona fecunda vibraba doloroso.

El mar besaba la tierra, la luz besaba el mar.

Entre tanto, el hombre triste, austeramente de pie sobre el gneis, apoyado en la maza de pedernal, se sacudía los largos cabellos flotantes de la cabeza.

Ella anhelaba. La llama de la hoguera le avivaba la sangre, el susurro del follaje le cantaba al oído una canción de amor.

Se irguió semidesnuda, con los senos fuertes de mujer criadora enhiestos, hermosos

como dos poemas genésicos de carne o la biblia del amor en dos capítulos blancos.

Trémula, arrimada a la peña, mirando fijamente el creciente que subía, la mujer, lánguida, esperaba.

El varón seguía vigilando; luego, tras soltar el último grito hacia el desierto, bajó del pedestal de mica de un salto.

Volvió hacia la mujer la mirada salvaje, la observó severamente e indicó con el pedernal una sinuosidad del sitio pálidamente iluminado.

Entonces, sin mediar palabra, sin muelle ternura alguna, fuertes como el bosque, se encontraron los dos cuerpos palpitantes; vacilaron y cayeron rodando sobre la hierba, cerca de los huesos podridos de los renos, entre el crepitar alegre de la hoguera y el manso susurro de la brisa de la noche.

Se amaron allí mismo, al aire libre, entre el encanto pacífico y virginal del campo.

Pero el follaje chascó, tembló el ramaje y el bufido de los mamuts sacudió las palmas.

El hombre saltó con ímpetu; agarró el pedernal y, firme como un semidiós, heroico como el genio errante de la selva primitiva, se abalanzó rugiendo como las alimañas. Y ella, para ayudarlo, aún ebria de sensualidad, se levantó entonando una melodía bárbara y, fuera, con el cuerpo desnudo desafiando a las bestias, se puso a aguzar en los rebordes de las peñas las puntas incisivas de los puñales de pedernal.



© Mariano Martín Rodríguez
© Derechohabientes de Vicente Risco

VICENTE RISCO

PROSAS

Introducción y traducción de Mariano Martín Rodríguez

Vicente Risco (1884-1963) fue uno de los primeros escritores gallegos en la lengua vernácula que se alejaron en parte de los temas rústicos y locales que habían dominado en su literatura a partir del llamado *rexurdimento* o resurgimiento consagrado en la segunda mitad del siglo XIX gracias sobre todo a tres poetas, Rosalía de Castro (1837-1885), Eduardo Pondal (1917) y Manuel Curros Enríquez (1851-1908). De todos ellos, únicamente Pondal trató temas independientes de las circunstancias locales, ya que varios de los poemas de su colección *Queixumes dos pinos* [*Rumores de los pinos*] (1886) son hermosas versiones líricas del acervo celta puesto de moda por los apócrifos de Ossian desde el siglo XVIII, previamente adaptado a su región. Un bardismo similar, aunque temáticamente más original,

fue el de Francisco Tettamancy (1854-1921) en su poema nacional-profético «Boicentril» [*Boicentril*], publicado con amplios comentarios etnicistas y de arqueología fantástica en un libro de 1912 con el mismo título. Más adelante, Ramón Cabanillas (1876-1959) recurrió por fin a la materia celta más genuina, por su antigüedad y su lengua, que es la irlandesa, en su hermoso epilio «O relembro do clan» [*El recuerdo del clan*] (1931), recogido en el libro *Camiños no tempo* [Caminos en el tiempo] (1949). Sin embargo, todo ese cosmopolitismo épico estaba íntimamente ligado a la empresa de dotar a Galicia de una personalidad nacional propia y distinta a la de sus vecinos, por lo que tampoco se salía realmente del enraizado localismo de la literatura gallega vernácula. En cambio, Risco exploró nuevos caminos

literarios que permitieron naturalizar, al menos ocasionalmente, temas universales. Por ejemplo, la novela corta *Do caso que lle aconteceu ó doutor Alveiros* [Sobre lo que le ocurrió al doctor Alveiros] (1919) es una narración humorística que aúna lo fantástico y lo esotérico en torno a una hilarante historia de momias egipcias, mientras que el drama *O bufón d'El-Rei* [El bufón del rey] (1928) es una fantasía medieval no localizada en ningún reino en concreto, a la manera de las piezas simbolistas de Maurice Maeterlinck (1862-1949) y sus contemporáneos.

Ambas obras son representativas de sendas tendencias en la obra ficticia de Risco. La sátira de la historia del doctor Alveiros alcanzaría su apogeo en su novela provinciana *O porco de pé* [El cerdo de pie] (1928), mientras que el simbolismo en sentido amplio predomina en sus relatos breves cosmopolitas, en los que la ficción sugiere significados más o menos filosóficos al adoptar el planteamiento intuitivo de la parábola. Así lo hizo en su cuento inicial en castellano protagonizado por gnomos «El tesoro de Kolorán» (1910) y, en especial, en la serie de microrrelatos publicados bajo el epígrafe de «Prosas» en el diario vigués *Galicia* el 29 de junio y el 6 de julio de 2024¹. Este conjunto tiene un alto interés histórico como muestra temprana de su género narrativo y como demostración de que la lengua en que están escritos estos microrrelatos no tenía por qué limitarse a la estrechez de lo local. Su ambientación varía, ya que sus escenarios van desde la India hasta Japón, pasando por Arabia

y Europa. Tales escenarios varían también en cuanto a su grado de concreción. El Japón de «O xardín» [El jardín] es fácilmente reconocible como el de la era Meiji, cuando la modernidad occidentalizante revolucionó la cultura del país, para disgusto de los tradicionalistas. «A bruxa» [La bruja] que se venga cruelmente de los compaisanos que la perseguían vive en el siglo XVI en Provenza, cuando la superstición hacía estragos entre las clases populares, esta vez con razón a juzgar por los terribles sucesos narrados. «A xemma» [La gema] y «O espello» [El espejo] presentan también una India reconocible, tanto por la onomástica utilizada como por las instituciones a que se alude, que sugieren una época posterior a la irrupción del islamismo en aquel subcontinente. La ciudad de Darah en «O vixía» [El vigía] se localiza en Arabia en un período sin concretar, pero que bien podría ser preislámico. Otros microrrelatos tienen una ambientación vaga, como la población sin nombre de «O ídolo» [El ídolo] o el reino de Arkel² en «A xoroba» [La joroba], piezas ambas que podrían clasificarse en la fantasía épica si su brevedad extrema no volviera arriesgada cualquier hipótesis taxonómica. El primero de ellos podría ser un mundo secundario de aspecto legendario, pero no se indica la existencia de un orden ontológico propio, que es uno de los rasgos distintivos de los mundos ficticios de la fantasía épica. En cambio, en el mundo de «O ídolo», que es inequívocamente pagano como lo suelen ser los épico-fantásticos desde sus inicios decimonónicos, los creyentes

¹ La traducción que sigue se basa en esta reedición: Vicente Risco, «Prosas de Risco en Galicia», *Prosa escollida. Antoloxía*, edición de Xosé M. Millán Otero, Vigo, Asociación Socio-Pedagóxica Galega, 1997, pp. 33-39. Se han corregido algunos errores derivados de la dificultad de leer el texto original de *Galicia* (por ejemplo, «zenauhah» en vez del correcto «zenanah», palabra de origen persa para designar lo que se suele llamar *harén*). Conste nuestro agradecimiento a la Fundación Vicente Risco por su amable autorización para publicar esta traducción y a Bruno Salgado por revisarla.

² Este nombre pudo tomarlo prestado Risco del drama de Maeterlinck *Pelléas et Mélisande* [*Peleas y Melisanda*] (1892), cuyo rey así se llama, pero el ambiente de ambas obras no registra otras coincidencias.

en el dios de piedra pueden ofrendarle literalmente su corazón para obtener dones a cambio, sin que ello les impida seguir viviendo y sin que ello extrañe en ese mundo, que es claramente una subcreación secundaria, según la teoría tolkieniana que funda a efectos prácticos la fantasía épica como modalidad ficcional distintiva. Por otra parte, la extrema indeterminación del mundo de «O ídolo» se opone a la concreción habitual en aquella modalidad, cuya configuración tanto debe a los métodos y hallazgos de las ciencias humanas. No obstante, tal indeterminación no obsta a la riqueza de sugestión de este microrrelato, que cabe entender como una crítica escéptica de la fe religiosa o, al menos, de aquella que los devotos practican con fines instrumentales y egoístas.

Las demás «prosas» también pueden interpretarse como parábolas de diversos defectos morales de la humanidad. La vanidad por la propia belleza lleva a la perdición a la protagonista de «O espello», y la intolerancia acaba con los violentos aldeanos de «A bruxa». Una intolerancia similar, aunque el narrador la presente bajo una luz positiva desde una perspectiva esteticista, es la que impide al noble japonés adaptarse al cambio en «O xardín». Análogamente, la estrechez de miras de un pueblo frente al exterior, visto como un peligro, le impide reconocer las palabras y la

misma persona de «O vixía», el cual sí ha podido vislumbrar otras realidades más allá de su ciudad. Por último, adulación cortesana y tiranía gobernante se aúnan trágicamente para acabar con víctimas inocentes, aunque crueles también en su inocencia, en «A xoroba», quizá el microrrelato más duro de esta serie, que no es precisamente blanda en cuanto a su visión de la naturaleza humana. Esta se expresa a través de pequeñas viñetas narrativas destacables por la riqueza de su imaginación, en la línea de las fantasías simbólicas que abundaban en la literatura en la época del Decadentismo, en torno a 1900, pero que continuaron escribiéndose en las décadas siguientes. Por ejemplo, las parábolas de Gibran Khalil Gibran (1883-1931) son contemporáneas de estas de Risco, e incluso podría decirse que guardan cierto aire de familia con ellas, aunque las del gallego son, sin duda, mucho más crueles. Por lo demás, aunque adoptan una escritura ornada que puede considerarse sucesora de la *écriture artiste* [estilo florido] decadentista, la retórica de estas «Prosas» de Risco es relativamente sobria y tiene un aire más bien novecentista (*art deco* en las bellas artes), y no presenta las disonancias de registro y la voluntaria vulgaridad de su producción más localista. Estas «Prosas» son por ello excepcionales tanto en su obra como en la propia literatura en gallego.

PROSAS

LA GEMA

El rajá Bahadur se aburría sin remedio. Ya no hallaba esparcimiento ni siquiera disparando flechas a los pies de un mozo que bailaba en cueros. Ni medicinas ni rescriptos ni hechizos podían curarlo.

Un día se presentó un faquir sucio y pintarrajeado; en sus barbas se enredaban hojas secas y palitos espinosos, y las hormigas le corrían por los miembros. El faquir regaló al rajá una piedra extraña que, al ponerla sobre la frente, hacía ver lo que no se ve.

Entonces Jehanghir, su hermano, mandó tapar con piedra y cal las puertas y ventanas de la torre, y reinó en lugar de Bahadur.

EL JARDÍN

En el Extremo Oriente había un pueblo de mucha sabiduría. Los japoneses, mucho más espirituales que los bárbaros de Occidente, ni

inventaron un sistema filosófico, ni crearon un Arte de pretensiones sobrehumanas.

El daimio de Saikuma tenía un alma refinada y un jardín encantador. Con sus árboles enanos, sus ríos y montañas de artificio, sus puentes de juguete, parecía sacado de un kakemono de Hiro Doboki. Había matas de lirios blancos y entre los lirios paseaban las garzas reales. Entre las campanillas azules de las enredaderas meditaba la imagen de bronce del santo Buda.

Bajo el sol ardiente o bajo la nieve, el daimio de Saikuma iba al jardín y las garzas comían de su mano. En la época de las grandes lluvias, el daimio de Saikuma escribía poemas sentado en la baranda e incluso allí los cerezos en flor lo acariciaban con las ramas temblorosas. Y las garzas venían a posarse sobre el barandal con una ranita en el pico.

Un día entraron en el jardín unos mozos que volvían de Europa. Habían estudiado en Alemania, llevaban uniforme y estaban ebrios. Entraron entonando cánticos bárbaros. Pisaron los lirios y ahuyentaron a las garzas.

Por más que hizo el daimio de Saikuma, no volvieron a crecer los lirios, ni tampoco las garzas vinieron cuando las llamó.

Entonces el daimio de Saikuma pegó fuego a su palacio y, ante el Buda de bronce, se hizo solemnemente el harakiri.

EL ESPEJO

Había una princesa en la India, la blanca Devi, que era la única mujer que supo bien sabida su belleza. Quiso que su alma fuera tan clara y perfecta como su cuerpo. Y vivió de continuo en el zenana, entre perfumes.

Devi sabía que no había un hombre en el reino que fuera tan sabio como su espejo. Sabía que, para disfrutar al máximo de su belleza, no debía compartirla con nadie. Y se negó a escoger varón.

Vivía en la contemplación de sí misma, embebida en el esplendor de su carne blanca como la luna. Habría querido no tener otro bien, con tal de tenerlo para siempre. Y vivió de continuo en el zenana, entre perfumes.

Un día se miró al espejo y vio que tenía una pequeña arruga en el canto de un ojo...

Entonces Devi pidió una hoguera de sándalo y áloe. Hizo que arrojaran en ella incienso, mirra, cardamomo y canela. Y cuando estuvo encendida, Devi, blanca y desnuda, resplandeciente como la luna inmensa de la quincena clara, trepó a la pira ardiente, para que su belleza fuese, entera y moza, devorada por el fuego.

LA JOROBA

El rey Arkel tenía un hijo jorobado. Sus cortesanos le rendían pleitesía abultando la espalda de sus hijos con trapos. El príncipe pensaba que todos los niños tenían torcido el espinazo.

Un día, el príncipe fue a bañarse con sus amigos. Entonces vio que sus jorobas eran trapos y lloró en los brazos de su padre, el rey.

—¿Por qué lloras, hijo mío? —preguntó el padre.

—¡Señor, porque me vieron!

El rey Arkel dio una orden al verdugo, y ese día todos los chicuelos de la corte fueron decapitados.

LA BRUJA

Sucedió en el siglo XVI en una aldea de Provenza que, estando embarazada la mujer de un labriego, una enemiga suya le lanzó un hechizo y, cuando llegó la hora, la mujer parió siete serpientes.

Entonces su marido la echó de casa y los vecinos la entregaron a la justicia y los magistrados la condenaron a ser quemada viva.

Pero el día en que se ejecutó la sentencia, se notó en la aldea que las culebras se habían multiplicado de tal modo que llenaban todos los recovecos y entraban en las casas y mordían a las mujeres y también a los niños de pecho, que morían entre atroces dolores. Y mordieron también a los varones, de manera que a los pocos días quedó desierta la aldea.

Y no quedó más que el marido de la bruja, que murió muchos años después, tras haberse entregado a la penitencia en un rincón aislado. Y cuando quisieron desenterrarlo para llevarse los huesos a una capilla cercana, no encontraron allí más que un nido de serpientes venenosas.

EL VIGÍA

Una vez, los habitantes de la ciudad de Darah, que se encuentra en el corazón de la Arabia Feliz, sintieron un gran miedo, porque pensaron que se acercaba un peligro ignoto.

Y escogieron entre ellos a uno que tenía vista de águila y lo pusieron de vigía en la torre de la alcazaba. Todos los días venían los magistrados de la ciudad al pie de la torre y preguntaban:

—Vigía, ¿qué es lo que ves?

Pero no comprendían las respuestas.

Al final pasó ese gran miedo y se olvidaron del hombre que estaba en la torre. Entonces, el vigía, al ver que se olvidaban de él, descendió y se paseó por las calles de la ciudad.

Los que se encontraban con él lo miraban como a un extraño y se preguntaban unos a otros:

—¿Quién será este hombre?

Y ni aun llamando por su nombre a sus amigos, estos lo conocían.

—O yo estoy bien cambiado o ellos han cambiado de alma...

Y salió de la ciudad. Y rompió la rama de un árbol para hacerse un cayado. Y después se marchó en busca de aquellos países lejanos que había vislumbrado desde la torre.

EL ÍDOLO

Había un ídolo oscuro en el pueblo, mudo en su firmeza de piedra.

Un hombre entre los hombres del pueblo sintió una codicia loca y, para lograr lo que anhelaba, le ofreció al ídolo su corazón encerrado en un ánfora de bronce. Los sacerdotes pusieron la ofrenda votiva a los pies del ídolo.

Y sucedió que el hombre vivió aún mucho tiempo, y esperó el primer año, y luego diez años más, y treinta años aún, y su gran codicia no se realizó.

Entonces el hombre volvió a los pies del ídolo para pedirle su corazón, porque lo necesitaba y quería recuperarlo.

Pero el ídolo, que era de piedra, ni siquiera oía, y las quejas del hombre se perdían en las soledades del templo, y el ídolo permanecía mudo en su firmeza de piedra.



© Mariano Martín Rodríguez, © Javier Pacios, © Bruno Salgado,
© Derechohabientes de Joan Baptista Xuriguera

Leyendas del antiguo Occidente: Fantasías legendarias paganas de Hispania inventadas en la época de los nacionalismos

Introducción de Mariano Martín Rodríguez

En la primera mitad del siglo XIX, el conocimiento de la existencia de civilizaciones antiguas distintas a las ya notorias clásicas y bíblicas inspiró narraciones especulativas en que las costumbres, creencias y política de aquellas civilizaciones se fundaban aparentemente en hipótesis arqueológicas contemporáneas. Sin embargo, además de ser estas últimas especulativas por sí mismas al principio, los escritores se tomaron tales libertades con tales hipótesis que sus ficciones parecen en gran parte subcrear mundos inventados, incluso cuando se

refieren a poblaciones antiguas europeas, como en *Tableau slave du cinquième siècle* [Cuadro eslavo del siglo V] (1824), de la autora rusa francófona Zénéide Volkonsky (Зина́ида Алекса́ндровна Волко́нская, 1792-1862). El desciframiento de sistemas antiguos de escritura y la lectura e interpretación de los documentos escritos en las lenguas así descifradas, y la expansión de una arqueología de los objetos reacia a las hipótesis más o menos fantásticas y literarias sobre las culturas descubiertas hicieron que tal clase de fantasías

arqueológicas ficticias se fueran volviendo raras, especialmente tras el éxito de crítica y público en la segunda mitad del siglo XIX de novelas como *Salammô* [*Salambô*] (1862), de Gustave Flaubert, que introdujo el realismo en la escritura del género arqueohistórico, por la misma época en que profesores-novelistas alemanes como Georg Moritz Ebers (1837-1898) adoptaron planteamientos positivistas en aquel mismo género. El grado de especulación se redujo así considerablemente en las narraciones ambientadas en la antigüedad, incluso en aquella no atestiguada por documentos propios, pero sí por otros de civilizaciones históricas vecinas escritos, por ejemplo, en griego o latín, como es el caso de los pueblos del llamado *Barbaricum*, desde los púnicos flaubertianos al sur del Mediterráneo hasta los germanos y eslavos de la Europa no mediterránea.

Este alejamiento de lo especulativo no alcanzó en la misma medida a aquellas narraciones, sobre todo breves, que utilizaron aquel pasado protohistórico para producir leyendas nuevas, siguiendo el modelo de aquellas escritas como versiones modernas de materias míticas y legendarias paganas patrimoniales europeas distintas de las grecolatinas. Aquellas materias no clásicas podían tener un origen medieval, tales como los textos épicos y míticos de la antigua Irlanda céltica, de la Islandia germánica y de la Bohemia eslava, o ser mucho más modernas, como la tradición oral finesa revelada por Elias Lönnrot (1802-1884) en su *Kalevala* [*Kalevala*] (1835/1849) o el breve poema vascuence anónimo del siglo XVI que originó la llamada materia de Cantabria, cultivada en forma de leyendas en prosa y verso por autores nacionalistas vascos como

Juan Venancio de Araquistáin (1828-1906) y Vicente de Arana (1846-1890). A estas leyendas patrimoniales se sumaron pronto otras inventadas individualmente por escritores deseosos de enaltecer a su pueblo mediante la difusión de la idea de su origen lejanísimo, protohistórico inclusive, sin los límites previos que podía fijar a su imaginación el empleo de historias ya conocidas y a menudo creadas mucho antes de que se fuera imponiendo, a partir del Romanticismo, la concepción herderiana de nacionalidad étnica¹. Al tratarse de leyendas *subcreadas* por ellos mismos, podían servir mejor a su propósito extraliterario, como indica una de las más tempranas e influyentes, la del patriarca vasco inventado por el francés Augustin Chaho (1811-1858) en «Aitor» [*La leyenda de Aitor*] (1845), patriarca que aún es tenido por muchos, al menos simbólicamente, por el progenitor mítico de los vascos. Chaho fue también un temprano defensor de las teorías difusionistas que tendían a explicar la historia mediante la migración de sucesivas etnias en un territorio determinado, tal y como expuso él mismo en su poema en prosa profética *Paroles d'un voyant* [Palabras de un vidente] (1834). Estas teorías fueron especialmente influyentes en la península ibérica. Por ejemplo, se recogen en la historia alegórica del mundo desde el punto de vista racista, no racista, puesta en verso por el portugués Teófilo Braga (1843-1924) en «Os séculos mudos» [Los siglos mudos], sección de su personal leyenda de los siglos titulada *Miragens seculares* [Espejismos seculares] (1884), luego ampliada en la monumental *Visão dos tempos* [Visión de los tiempos] (1894-1895), así como en su «Epopéia da Lusónia» [*Epopéya de Lusonia*],

¹ El etnicismo de estas fantasías legendarias explica la preferencia por períodos e historias del paganismo, ya que las religiones derivadas del judaísmo (cristianismo, islamismo, mormonismo...) tienden a ser universales, a diferencia de los paganismos que, incluso en el caso del hebreo antiguo antes de la reforma rabínica, eran religiones sobre todo étnicas, como lo siguen siendo mayormente paganismos contemporáneos como el hinduismo.

supuesto resumen en prosa de un poema épico recitado en tiempos del héroe histórico e intercalado por Braga en su novela *Viriato* [Viriato] (1904).

Migraciones legendarias

El procedimiento adoptado por Braga de atribución de una hipótesis arqueológica de carácter etnonacional(ista) como la de Lusonia (Lusitania) a una tradición oral reproducida en una obra novelística o épica que la engloba se repite con relativa frecuencia en las literaturas hispánicas peninsulares, fingiéndose así que tales hipótesis son leyendas de origen de los propios pueblos evocados. Uno de los primeros en hacerlo fue Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) en el décimo capítulo del libro segundo de su exitosa novela *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1877-1878/1879). Aunque su subtítulo indica la fecha tardía en que se desarrolla la acción y la novela es claramente apologética del cristianismo, el autor imagina la pervivencia de un paganismo vasco que bebe de las elucubraciones de Chaho. Ese paganismo sigue siendo defendido por la anciana Amagoya, que goza de gran prestigio y respeto entre sus compatriotas, también porque es considerada depositaria de las tradiciones de la raza. Al menos, es ese el cometido que ella misma asume y que intenta defender mediante su transmisión en forma de poemas que recita ante su comunidad, como el de Lelo y Lecobide que había dado origen a la materia de Cantabria, y de narraciones en prosa poética como la dedicada a contar la historia del primitivo pueblo vasco y de su religión, historia legendaria que se reproduce literalmente (en traducción castellana) en la novela. Esta leyenda es supuestamente pagana, pero Navarro Villoslada, cristiano a machamartillo, introduce

numerosos elementos bíblicos. Por ejemplo, los vascos habrían tenido su origen en Ararat, lugar tan ligado al mito de Noé, a partir del cual se habrían trasladado al Cáucaso, seguramente por llamarse Iberia parte de esa región en la antigüedad. Más adelante, el patriarca Aitor, inventado por Chaho como vimos antes, los habría reunido y animado a dejar esas tierras para encaminarse hacia occidente. A su llegada a los Pirineos del lado del Atlántico, les habría dicho que poblaran ambas vertientes de aquella cordillera, donde habrían de permanecer pobres y libres, y rindiendo culto a Jaungoicoa o señor de las alturas, el dios único del paganismo vasco según el modelo bíblico que constituye la principal figura mítica en las leyendas anteriores a la invención de una nueva mitología vasca a partir de figuras folclóricas paneuropeas por José Miguel Barandiarán (1889-1891) y otros, ya en el siglo XX. La influencia judeocristiana en la imaginación legendaria de Navarro Villoslada también es patente en la espera de una figura mesiánica, Asier, que parece trasunto del Jesús de los cristianos, y también es evidente en su pintura del paraíso de vergeles en que seguiría morando Aitor, y más aún en su pintura del sitio que espera a quienes no respeten los consejos, leyes y costumbres de los mayores, un lago de fuego donde una serpiente de fuego los atormentará. Estas descripciones son los pasajes más imaginativos de la narración, que Amagoya cuenta como si fuera una muestra de historiografía oral. Esta solo adquiere cierta vivacidad poética con esas breves e intensas imágenes del más allá, un más allá pagano por no estar situado en una dimensión espiritual, sino en lugares físicos (una montaña vasca, un espacio subterráneo...). Pese a ello, cabe señalar que esta recitación de Amagoya tiene fuerza épica y contrasta muy favorablemente con la prosa de folletín de la novela entera, por lo

que no ha de extrañar que recibiera el dudoso homenaje del plagio.

Karmelo Etxegarai (Carmelo de Echegaray, 1865-1925) fue un historiador local de su tierra guipuzcoana, pero también uno de los pioneros de la narrativa en vascuence gracias a las leyendas que fue presentando en los juegos florales de Donostia/San Sebastián. Entre ellas se publicó en 1882 una sin título, pero con un epígrafe que reza «Aitor-en etorrera edo Euskal Erriaren asiera» [*La llegada de Aitor o el principio de Vasconia*] (1882). Esta leyenda no es otra cosa que la traducción no reconocida al vascuence de la leyenda recitada por Amayagoa sobre la migración de Aitor y sus hijos, con algunos pequeños cambios, entre otros la supresión de las partes más religiosas e imaginativas sobre el más allá, seguramente para que el texto se limitara a lo *histórico*. Nos podemos preguntar por qué nadie, que sepamos, se escandalizó del hecho, ni siquiera el propio Navarro Villoslada, si es que llegó a enterarse, aunque es cosa que consideramos probable en una comunidad intelectual relativamente pequeña como lo era entonces la del área vasconavarra. Una de las razones es que Etxegarai había procedido a una especie de restitución lingüística de la leyenda a la lengua en que se habría contado, según la situación de elocución descrita por Navarro Villoslada. Además, la extracción de los pasajes y su disposición seguida, sin las interrupciones novelísticas del diálogo en la novela de aquel subrayaban la autonomía del texto como ficción independiente, como leyenda que, una vez separada de su marco, adquiriría así mayor valor patrimonial, al constituirse en versión compacta

y pura de la leyenda de origen, al igual que haría, de forma más original, Ricardo Becerra de Bengoa (1845-1902) en su poema, también sobre las emigraciones de los primitivos vascos hasta su tierra actual, titulado «*Euskaldunak. – Los vascongados*» (*Romancero alabés*, 1885). Así pues, tiene cierto sentido considerar original el texto de Etxegarai, al menos desde el punto de vista semiótico y estructural, y también lo tiene darlo a conocer en esta forma en castellano, restituyendo así a esta lengua lo que Etxegarai había *restituido* en primer lugar a la suya².

Tras Navarro Villoslada y Braga, la ficción de la recitación de leyendas épico-históricas de las migraciones de pueblos por parte de un personaje perteneciente a la misma etnia en el momento en que esta existía también plenamente, incluso en su dimensión religiosa, reapareció en dos obras muy posteriores, escritas cuando las hipótesis arqueológicas correspondientes estaban perdiendo terreno entre los especialistas. El erudito local de Béjar Juan Muñoz García (1881-1963) incluyó en su «novela arqueológica» *Fuente Santa* (1935), que trata de la resistencia de los vetones de su región ante la invasión romana, un discurso, reproducido en estilo indirecto y prosa poética, de un sabio llamado Ikatu sobre las emigraciones de los pueblos de oriente a occidente, uno de los cuales habría encontrado hogar venturoso en las planicies occidentales de la Meseta Central ibérica. Años después, esta peculiar forma de leyenda étnica y arqueológica de los orígenes encontró su culminación literaria en el marco de un poema épico de Joan Baptista Xuriguera (1908-1987) dedicado

² La traducción que sigue utiliza el texto original de la novela cuando Etxegarai se limita a traducirlo. Los pasajes correspondientes proceden de la edición siguiente: Francisco Navarra Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, tomo I, introducción de Carlos Mata Induráin, Pamplona, Fundación Diario de Navarra, 2002, pp. 301-304. El texto añadido o modificado por Etxegarai figura en cursivas en la traducción y se basa en el de la edición siguiente: Karmelo Etxegarai, «Aitor-en etorrera edo Euskal Erriaren asiera», *Leizendak (1879-1891)*, edizio honen prestatzailea: Ana M^a Toledo, Donostia, Eusko Kultur Eragintza Etor, 1990, pp. 151-154.

a *Indíbil i Mandoni* [Indíbil y Mandonio] (1955), trágicos héroes de la resistencia de los iberos de la zona de la antigua Ilerda frente a los romanos. El poema entero sigue fielmente los hechos transmitidos por las fuentes antiguas, hasta el punto de que parece una crónica bien versificada, pero también intercala dos poemas narrativos breves que un bardo habría recitado ante su auditorio ibérico. Uno de ellos, titulado «Gerió» [Gerión], es una versión antigriega del mito de su nombre, en el que el héroe Heracles figura como invasor que abusa de su fuerza y asesina injustamente al verdadero héroe, Gerión. El otro se titula «Els íbers» [*Los iberos*]³ y, como escribimos en otro sitio⁴, «constituye una relación de su historia conjeturada, contada con sobriedad y apariencias de verosimilitud realista, con un estilo sencillo y fluido. La amplia descripción de los paisajes en que transcurrían su vida feliz los iberos en la región africana del Atlas antes de verse expulsados de allí por una sequía catastrófica es de una poesía discreta que hace agradable su lectura [...]. A continuación, el tono se hace algo más seco, cuando se trata de narrar la doble emigración de los iberos [...] hacia oriente, donde se habrían fundido con otras razas, y hacia el norte, donde se habrían instalado en las cosas del Mediterráneo, en torno al Ebro, y habrían pervivido como pueblo. Allí los encontrarían los romanos, pero parece que la victoria de estos y la romanización lingüística subsiguiente no habrían borrado el fondo étnico de los iberos». Estos seguirían siendo reconocibles hasta la actualidad, de acuerdo con la vieja idea romántica de la pervivencia de la nacionalidad ancestral como base de la nacionalidad

moderna, pese al cambio fundamental que supuso la romanización y la cristianización de los catalanes, cuya lengua parece tener, por lo demás, un origen transpirenaico. No obstante, conviene reafirmar a este respecto que Xuriguera es muy discreto a la hora de sugerir la idea de la continuidad, porque no pierde de vista la situación de elocución del poema dentro su marco histórico antiguo. «Els íbers» se presenta como una producción literaria coherente y natural a ese respecto. También cabe reconocer el valor del escritor al haberse atrevido a ofrecer su texto en su supuesta literalidad de la recitación originaria, en vez de haberse cubierto las espaldas con un simple resumen, que es lo que habían hecho Navarro Villoslada, Braga y Muñoz. No obstante, como no se conoce en absoluto la literatura ibera, cuya lengua o lenguas permanecen sin descifrar, Xuriguera no disponía de modelo alguno para la retórica de su poema y aplicó entonces la suya personal propia, que prolonga honorablemente, cerrándola, la gran tradición de épica pagana legendaria moderna en catalán que había tenido sus maestros en Jacint Verdaguer (1845-1902), para la materia de Heracles/Alcides en Hispania, y Miquel Costa i Llobera (1854-1922) para una materia tan inventada como la de «Els íbers», la de la gentil Nuredduna que salva con su vida la del joven Homero en *La deixa del geni grec* [*El legado del genio griego*] (1902; *Tradicions i fantasies* [Tradiciones y fantasías], 1903). En cambio, esta gloriosa tradición épica y legendaria en verso catalán no alcanzó un desarrollo comparable en Vasconia, tal vez por la misma limitación numérica de sus escritores, y tampoco en Galicia, pese a los

³ La traducción se basa en la segunda edición del poema: Joan Baptista Xuriguera, «Els íbers», *Indíbil i Mandoni*, Barcelona, Claret, 1983, pp. 44-48. Agradecemos al señor Pau Xuriguera Solà, hijo del poeta, la amable autorización para traducir y publicar «Els íbers» en castellano.

⁴ Mariano Martín Rodríguez, «Arqueologías especulativas y epopeyas nacionales en la península ibérica (1884-1955)», *Ínsula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 911 (noviembre 2022), pp. 24-27, en la p. 27.

esfuerzos por aclimatar allí la materia céltica de Irlanda.

Una profecía druídica

Pese a la evidente latinidad lingüística de Galicia y al hecho de que no se conoce ni una sola inscripción o documento de los antiguos galaicos prerromanos que pruebe de manera incontrovertible el carácter céltico de su lengua, historiadores gallegos nacionalistas como Benito Vicetto (1824-1878) y Manuel Murguía (1833-1923) insistieron en considerar ligados por lazos de raza a aquellos galaicos y a los gaélicos antiguos, debido sobre todo al origen en Galicia de estos últimos según una leyenda medieval irlandesa. A partir de entonces, el celtismo gallego se convirtió poco menos que en un dogma de fe nacional(ista) y la literatura de esa tendencia se hizo naturalmente eco de tan osada afirmación (proto)histórica. Ya en un período bastante tardío, Ramón Cabanillas (1876-1959) rivalizó con Verdaguier y Costa i Llobera al publicar dos epilios célticos, uno protagonizado por el héroe Breogán análogo al Alcides verdaguieriano, que tituló «O relembro do clan» [*El recuerdo del clan*] (1931), y otro inventado, que tituló primero «Colón» (1924) y luego «O fillo de Celt» [*El hijo de Celt*] al recogerlo, junto con el otro, en el libro *Camiños no tempo* [Caminos en el tiempo] (1949). Este último es una leyenda tan inventada como la de Costa i Llobera, pero su tema principal, la emigración del pueblo de Celt (celtas, como el nombre no disimula) a Galicia y su establecimiento allí se inscribe en la serie de leyendas migratorias racialistas de Hispania, que había iniciado Navarro Villoslada y que cerraría Xuriguera. Su propósito en ambos

poemas, sobre todo en el de Celt, era claramente el de reafirmar el celtismo gallego, poniendo el mito al servicio de la historia nacionalista. Su alta capacidad literaria le permitió culminar así muy dignamente la tradición de poesía arqueológica celtista que había hecho triunfar en Galicia Eduardo Pondal (1835-1917) gracias a los poemas de su libro *Queixumes dos pinos* [*Rumores de los pinos*] (1886). Estos poemas de Pondal no eran apenas épicos, pues eran mucho más líricos que narrativos, sin que faltara en ellos lo himnico. Además, no aprovechaban la materia céltica auténtica, sino la falsaria del Ossian de James Macpherson (1736-1796), a diferencia de Cabanillas. Entre este y Pondal, hubo otro poeta que podría considerarse una especie de puente entre los dos, Francisco Tettamancy (1854-1921). Su poema «Boicentril» [*Boicentril*]⁵ recoge el bardismo pondaliano, con su elusión de lo narrativo, y anuncia el celtismo irlandés de Cabanillas, ya que Tettamancy publicó en 1912 aquel poema suyo en un volumen del mismo título que no solo incluía numerosas y extensas notas sobre los supuestos druidismo y celtismo gallegos, sino también sobre la epopeya irlandesa, algunas de cuyas leyendas publicó en aquel mismo libro, traducidas a la lengua vernácula. De esta manera, pretendió aportar una fundamentación científica a la historia de «Boicentril». Se trataba de la muerte tranquila del druida de ese nombre, rodeado de los suyos y venerado por su nación. Antes de que se produzca su deceso, el héroe tiene tiempo de dirigir un extenso discurso a los suyos, en el que canta las glorias de su pueblo, entonces en auge, pero también le profetiza la llegada de tiempos mucho peores, en los que se darán unas circunstancias de enfrentamiento internos y externos que incluso amenazarán la propia conciencia de su celtismo.

⁵ La traducción se basa en el texto siguiente: Francisco Tettamancy, «Boicentril», *Boicentril. O druidismo e o celtismo gallegos. A Epopeya irlandesa* [sic!], A Cruña [sic!], Ferrer, 1912, pp. 9-18.

Al igual que en la parte profética de la leyenda también inventada «O régulo do Pico Sagro» [*El régulo del Pico Sacro*] (1885), de Francisco María de la Iglesia González (1827-1897), el agüero de Boicentril se refiere claramente a la época contemporánea del autor, que él tal vez no consideraba lo bastante ardorosa en su exaltación nacional-céltica. Para reafirmar esta, Tettamancy inventó esta leyenda protagonizada por un druida que había tomado prestado de la tradición romántica ultrapirenaica, pues los druidas apenas aparecen en las literaturas de la península ibérica. Se trata de una importación convencional, como la hecha por Pondal del bardo osiánico, a quien Tettamancy sigue en aquello que libra a

su «Boicentril» de ser una mera admonición didáctica versificada. Las escenas paisajísticas que abren y cierran ese poema generan una atmósfera poética perfectamente acorde con la situación luctuosa descrita. El crepúsculo y la noche de la naturaleza acompañan el propio ocaso del druida y anuncian simbólicamente la decadencia pronosticada, pero la profecía no es del todo pesimista. Es posible una reacción nacional, simbolizada por la mañana que despunta al morir el druida, una mañana que será un mañana sin las sabandijas de la noche. Entonces pervivirá el idilio agrario y pesquero que vincula poéticamente a los galaicos de entonces con los gallegos de hoy en esta curiosa leyenda arqueológica.

KARMELO ETXEGARAI

LA LLEGADA DE AITOR O EL PRINCIPIO DE VASCONIA

Traducción de Javier Pacios

Se sabe entre los vascos que nuestro progenitor de la Antigüedad, Aitor, fue quien pobló Vasconia. Aunque de forma resumida, vamos a explicar cómo y por qué medios se produjo la llegada de nuestro patriarca.

Los *ancestros* o padres de Aitor descendieron de los montes de Ararat, entre los cuales se encumbra el de Gorbeya, donde encalló el arca *de Noé* después del diluvio. Desde aquellos montes, la llamada de su corazón les impulsó a repoblar la tierra de Occidente, y al pie del Cáucaso alzaron sus tiendas, a orillas de los ríos meridionales que llamaron iberos, o ríos calientes. Permanecieron allí luengos

años, felices y dichosos, pero llegó un tiempo en que, al ver el célebre Aitor que los vecinos celtas, codiciosos de sus rebaños más numerosos y sus pingües cosechas, cometían muchas depredaciones y fechorías, dijo a sus hijos y deudos:

—*Hijos queridos, no hay aquí sino guerra y discordia. Más dulce que todas las riquezas es la paz. Busquemos paz y dejemos las tierras fértiles y los vergeles. El paraíso del hombre no está en la tierra.*

Levantaron sus tiendas, abandonaron con pena sus templados ríos, y peregrinando por la costa del mar interior, llegaron a la Aquitania.

—¿Adónde van —preguntó el *amado Aitor*—, esas palomas que al entrar el invierno

cruzan estas llanuras? La paloma es símbolo de paz. Vamos a ver dónde se posan esas aves; donde ellas descansan, descansaremos nosotros; donde ellas duermen, anidará la ventura.

Y siguieron peregrinando: las aves que emigraban del Norte eran su guía. Una noche de plenilunio, *Aitor* alzó los ojos para contemplar el firmamento y quedó sorprendido con la plateada cima de los Pirineos.

—¡Adelante, muchachos! —exclamó—, *¡aurrera, mutillac!*¹ Tomemos posesión de estos montes, y no salgamos nunca de *los valles que aquellos rodean*. El hombre ha de vivir al lado de su tumba, y el sepulcro *que cubrirá los huesos* de *Aitor* serán los Pirineos.

Y los siete hijos, *en obediencia a su padre*, se repartieron entre sí la montaña occidental para vivir en torno de su padre, como *los pajarillos viven bajo el ala de su madre*. En los abrigos del monte dormían las palomas.

Pero los deudos del patriarca, a quienes *quedaban las tierras colindantes*, murmuraban:

—Las palomas duermen en estos rincones y se van. Nosotros hemos descansado y seguimos su camino. Vemos grandes planicies al sur, que deben de ser fértiles riberas: llegan aquí purísimas auras perfumadas. Vamos a beber el agua de esos ríos; vamos a probar la fruta de sus bosques olorosos; vamos a repartirnos el campo feraz del Mediodía.

—Dejadlos ir, hijos míos —repuso *Aitor*—, y no murmuréis de mi elección. ¿Queréis ser ricos para ser esclavos? Seguidlos; tendeos por la *florida* campiña. ¿Queréis ser libres, aunque olvidados *de todo el mundo*? Quedaos en la montaña.

Ninguno de sus hijos abandonó a su *querido* padre, el cual, en acción de gracias, adoró al Señor de lo alto en las alturas.

El limpio firmamento *está* teñido de rojo. ¿Quién ha encendido esas inmensas hogueras en las faldas del Pirineo? Los metales de sus entrañas corren derretidos, como torrentes de nieve desatada. ¿Ha perecido, *acaso, la estirpe* de *Aitor*? ¿La ha castigado Jaungoicoa por haber abandonado las tiendas de sus *ancestros*? No, *sino* que el sabio patriarca ha dicho:

—*En esta tierra*, el suelo *está* virgen, y las selvas son impenetrables: *demos fuego a* los bosques de las riberas, y tendremos campos para el cultivo y praderas para el ganado.

Así terminó la peregrinación de *Aitor*: las cabañas sucedieron a las tiendas, *en las tierras antes baldías* las mieses alternaron con las frutas, los rebaños se multiplicaron. Yacía al fin moribundo *el feliz varón* en su pajizo lecho, y sus siete hijos le contemplaban en torno. El color del anciano era ya *tan blanco como* su lengua barba; pero su mirada, serena. El justo no teme la muerte.

—Hijos míos —exclamó—, las aguas han inundado la tierra, pero no han anegado sus crímenes; las islas se han hundido, pero *la mentira* ha sobrenadado. Mirad otra vez el mundo contaminado con la idolatría. Pero mis hijos no adorarán *de rodillas* la obra de sus manos. Creed en un solo Dios, y obedeced *siempre* a vuestros padres. El padre es legislador; fuera de casa, padres son los ancianos. Las riquezas que he traído, sepultadas quedan en las entrañas de la tierra. Os dejo *tan solo mi honrado nombre*, y las rocas por herencia, *para que seáis venturosos trabajándolas*. No seáis conquistadores, y no temáis ser conquistados.

Al decir esto el afamado *Aitor*, rindió su postrer aliento, *dejando atrás su tierra dividida en siete partes*.

¹ ¡Adelante, muchachos! (Nota del traductor).

JOAN BAPTISTA XURIGUERA

LOS IBEROS

Traducción de Mariano Martín Rodríguez

Cuando el aire peinaba suave los olivos con frescas melodías, abriendo el amplio camino, y mecía los árboles, encinas y palmeras, los iberos llegaron al jardín más bello.

Cuando los pájaros cantaban el más dulce compás, bordando el espacio de formas y miríficos sonidos como latidos alegres del corazón de la naturaleza, los iberos se instalaron en el más rico de los mundos.

Cuando el oro del sol llenaba caminos de nueva vida y los hombres recorrían el Mar Interior en busca de un clima benigno y una tierra en flor, los iberos descubrieron la calma y la abundancia.

Cuando el agua fresca y clara de ríos y torrentes bajaba azul y pura como el color del cielo, y reían campos y bosques, bañándose en sus riberas, los iberos abrazaron el lucero más preciado.

Cuando llanos y montañas mostraban sus figuras como cuerpos de matronas durmiendo en abandono, llenando el espacio y plantas de los aromas más puros, los iberos admiraron el mágico horizonte.

Cuando el ancho mar bañaba la costa primitiva, mojando la arena muelle como polvillo de oro fino, o bien rompía la ola sobre la altiva roca, los iberos descansaron después de la larga marcha.

Venían de las lejanas tierras de África como pájaros que dejan atrás su nido; marchaban angustiados huyendo de sus cabañas, llevados por la esperanza que los guiaba y los sonreía.

Su paz laboriosa era demasiado tranquila. La tierra grande del Atlas era un vergel florido, los ríos llevaban agua bien fresca y abundante, y las altas montañas les enardecían el corazón.

En los árboles verdecía eterna primavera, los campos fructificaban con generoso ritmo, la savia que nutría la llanura risueña jugaba a fecundar con brazos de amante.

Las aves engalanaban, tejiendo la azul bóveda de cánticos de alegría y colores brillantes, y el aire se extendía del mar al llegar, como grandes rebaños de ovejas por todas las vertientes.

Sin embargo, la vida toda de repente languideció. La tierra que quemaba decidió su

suerte, y el aire se detenía y moría su país... El sol que da vida era la muerte para ellos.

Las nubes se alejaban, llevadas por la tristeza; los árboles se rajaban y caían tumbados; los campos no producían, roídos por la sequedad, y los ríos, perdida el agua, morían secos.

Al faltarles ramas verdes, las aves abandonaban el clima demasiado tórrido para sus pequeños corazones. Las rocas se partían, las sierras se desmenuzaban y los iberos se creyeron malditos.

Huyeron llenos de angustia, perdidos a la ventura; dejaron atrás parajes de dolor. Los dioses los olvidaban y les volvían insegura aquella nueva vida, de amargura tan llena.

Las lágrimas no hacían callar las voces sagradas; las tumbas de sus padres quedaron en el desierto; dentro de los hogares, las llamas, perdidas y olvidadas; el altar de la familia, un campo al raso.

Por donde fueran, les faltaría el aire; hijos de los atlantes como eran, huían de sus lugares. La raza que fue fuerte, ya no lo era tanto hoy, buscando la nueva tierra para plantar sus dioses.

Unos hacia la derecha dirigían sus pasos, fundiéndose con otras razas de los pueblos de oriente. Hacia las costas del norte caminaban otros y, los que quedaban, seguían la ruta de occidente.

Todos querían huir del gran desierto de arena. La casa antes florida estaba sembrada de sal. Ya no vivían en ella ni un hombre, ni una planta, ni un gusano. La tierra era una brasa y el sol, una fragua.

Septentrión gritaba como puerta medio abierta y el éxodo de los iberos seguía progresando. La parte más dura estaba casi completada y las Columnas de Hércules se alzaron delante.

De allí vino aquel pueblo que se pierde en la leyenda. Atravesó el estrecho marítimo

con troncos de árboles vaciados y penetró en Tartesia, y allí plantó la tienda, y los iberos descansaron, viéndose ya a salvo.

La tierra vieja se despertaba suave por doquier; se despabilaba el reino minoico en Creta, Menés unificaba el gran imperio de Egipto y Sargón, rey de Acad, creaba Caldea.

Bien pronto, los iberos, gente fuerte e ingeniosa, se pusieron de nuevo en marcha, abriéndose nuevos caminos. El miedo aún movía su alma angustiada y los llevaba, infatigables, a tierras más adentro.

Marchaban en grupos compactos; seguían el mar azul; el viento movía las castañas cabelleras, y el nuevo país les sonreía y les alegraba el corazón. La tierra se ofrecía como generoso regalo.

Los iberos se detuvieron al cabo de unas jornadas, como si naciese el día después de larga noche. Veían a lo lejos la niebla de las tristuras pasadas. Aquel territorio de calma sería el escogido.

Quedó ocupada toda la costa levantina; las tribus se rehicieron; el fuego volvió a arder. La mujer se embellecía con mantilla y peineta, y el ritmo de la vida recomenzaba.

Mostraron sus riquezas a los pueblos que encontraron: la oveja y la montaña haría el buen pastor y, trabajando la tierra, se hermanaron con ellos, haciendo rebrotar las plantas con el arte del labriego.

Por en medio de los poblados pasaba un río gigantesco como bravo corcel que baja corriendo por ancho prado. Iberia que nacía le daba gozosa el mismo nombre que llevaba, como hijo más querido.

La raza de aquellos hombres que fueron nuestros padres perdura en nuestras venas y mira al porvenir. Ellos son las fuentes que tienen las aguas más claras, son las raíces de un árbol que ya no puede fenecer.

FRANCISCO TETTAMANCY

BOICENTRIL

Traducción de Bruno Salgado

EL CREPÚSCULO

Comienza el sol a ponerse, veloz desfallece la tarde y el calor va menguando por la frescura de las brisas. Buscan refugio los pájaros porque va muriendo el día y, piando alegremente, en los árboles anidan felices. Mecen los pinares las caricias del viento suave y esparcen embriagadores perfumes que el viento aviva. Corre serpenteante el río y las aguas, que incesantes bullen con su rumor, evocan armonías delicadas. Se oye romper a lo lejos el mar en la costa bravía, llevando grata solemnidad a los valles y vegas vecinos. Ya los últimos rayos de sol brillan en los trigales, muy débilmente, quedándose triste la fecunda

campiña. Avanza la noche sosegada, las estrellas titilan y, de la luz de Luna, una resplandeciente claridad viene a la Tierra. Se adormece la comarca, sisean las culebras, cantan en las ciénagas las ranas y ya revolotea el murciélago. En el castro la soledad reina, la paz reina en las familias, el valle se encuentra en silencio, la noche... se iba alargando...

EL DRUIDA

Ya no hay sosiego en la tienda del viejo druida: Boicentril, el sacerdote, se duele en su lecho. De cuando en cuando gimotea y delira por momentos; a veces su vista permanece

inmóvil y a veces se anima. Tan pronto se yergue del lecho, dando muestras de energía, en el lecho vuelve a caer, víctima del agotamiento.

—¡Voy a morir! —exclama—. Siento que se me escapa la vida, que mi misión en la Tierra camina hacia su fin, ya cercano. En estos supremos instantes, mi alma pide arrepentida que Endovélico me valga dándome una muerte tranquila...

Luego dice a sus familiares el gran deseo que tenía de hablar seguidamente a la tribu que lideraba:

—¡Rápido! Avisad a todos y que a la cita nadie falte: las horas se escapan arrebatadamente de esta mi vida...

EL AGÜERO

Da la alerta el cuerno desde lo más alto de la cumbre del castro, turbando la calma allí reinante. En los valles y vegas se nota una infinita ansiedad: veloz, en lo alto del castro se arremolina la familia. Pronto rodean el lecho del venerable druidesas y druidas, guerreros, viejos y jóvenes. En seguida se percatan de lo crítico de la situación: todos se deshacen en lágrimas al ver en peligro la vida de su muy amado jefe, quien requiere la presencia de su grey bienquerida, a quien habla de esta forma:

—Os llamé —dice Boicentril— en estas horas precisas porque el cielo quiere que os dirija mis últimas palabras. Voy a dejar esta tierra de abundantes alegrías con las que los dioses quieren premiar a nuestra bendita raza; que los dones de los que disfrutáis y, en lugar de pleitos, las virtudes sepáis guardar y nunca olvidéis... Pero ¡ay, que, en estos momentos en los que se me va la vida, auguran un porvenir de tinieblas los malos hados...! Nuestra gallarda raza, por leyes de evolución, sufrirá incontables amarguras hasta finalmente caer vencida por

otras razas osadas de almas ruines, pero temidas, que harán de nuestros campos un pueblo de gente sometida; profanarán nuestras tumbas, que han de ser pasto de la rapiña de las gentes que nos sucedan por la maldita codicia. A la par que se suceden los siglos, se avivan luchas tras luchas sin tregua y la Muerte, siempre dispuesta, no carecerá de víctimas. En política jamás serán estables las ideas y, al mudar esa ciencia, se pervertirá la justicia, se irá perdiendo la fe y así en negocio se tornará la religión, de herejías infestada. Desarmonías sobradas, trifulcas interminables se verán en la patria amada con el pasar de los tiempos. Y, con mentir audaz, reñido con la hidalguía, ¡hasta se negará la influencia en Galicia de nuestra raza! Ante semejantes afrentas se me encrespa el corazón, pues es una afrenta que no merece esta raza de tan digna estirpe.

Calla el patriarca un momento, acaricia su larga barba, mira a todos dulcemente y suspira con amargura. Después sigue, con la voz debilitada por la fatiga, hablando a sus familiares, que tienen fija en él su atención:

—De la relación que os hago, según decía antes, tomad buena cuenta, pues los hados la auguran, como también auguraron antaño, en días mejores, aquellas luchas crueles de las que tenemos noticia, que acarrearán a nuestros hermanos irlandeses grandes desdichas, narradas en la Epopeya con precisa exactitud. Quisiera que mentira fuese lo que los hados auguran, mentira producto de la fiebre que me domina... pero, a ese respecto, recordad que, de cumplirse la profecía... ¡Me muero...!

... y la ola de la Muerte deja mudo al druida.

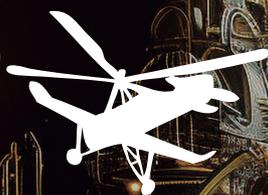
EL CIELO ESTRELLADO

Comenzó a llenarse el cielo de estrellas, la aurora ya despunta y, poco a poco, alargándose,

en la carrera sigue el día. Ya no se oye romper el mar en la costa cercana, ni revolotea el murciélago ni sisea la culebra. Se despierta la comarca, las familias van a bregar, salen al pasto los rebaños, el valle recobra la alegría. Pero cuando el sol, ya en el cielo, brilla espléndido, lanzando sus rayos sobre la campiña fecunda; cuando los pinares se mecen con los tiernos besos de la brisa y en la arboleda los pájaros entonan alegres cantos; cuando los borbotones

del río susurran dulces armonías y la naturaleza, amorosa, prodiga sus dones a la tierra... la Muerte hace presa de Boicentril, rauda, dejando rígida la materia al espíritu dio nueva vida... cubriendo de luto el castro, cubriendo de luto la familia, y quedando así dictada la profecía que por boca del viejo druida auguraron los hados, legándola como ley eterna a las generaciones venideras.





Hélice: Reflexiones críticas sobre ficción especulativa

www.revistahelice.com

ISSN: 1887-2905

Editorial

Gaspar
& Rimbau

www.gaspar-rimbau.com